

LUIS DURAND
MERCEDES URIZAR
NOVELA



NASCIMENTO

L U I S D U R A N D

MERCEDES
URIZAR

novela

EDITORIAL N A S C I M E N T O

SANTIAGO

1934

CHILE

I

Con el abrigo al brazo y la pequeña maleta en la mano, Andrés García descendió desganadamente del coche de pasajeros, en el cual acababa de llegar. Era la media tarde de un día de mediados de abril, nebuloso y frío. La estación estaba casi desierta; algunos chiquillos y dos o tres hombres, seguramente mozos de las haciendas vecinas, eran toda la concurrencia. El conductor, un hombre moreno, alto, de rostro severo, vestido con su traje oscuro y su gorra galoneada de rojo, recorrió con la mirada el andén, y, acto seguido, llevándose el pito a los labios, lanzó un agudo silbido. El ronco alarido de la máquina le contestó, e inmediatamente el convoy echó a rodar.

Al frente quedaron las bodegas, edificios bajos techados de calamina, parda de humedad quemada por el sol. Unos jornaleros con una bolsa de tocuyo sobre la cabeza, a manera de capuchón, y la cintura enfajada, cargaban sacos de harinas sobre un carro plano. Al costado, un portón ancho con sus maderos rotos y desclavados, daba acceso a la calleja plantada de árboles. El tren se llevó el bullicio que reinó un instante y todo quedó en silencio, como si el ámbito y los seres que lo poblaban, tornaran a su habitual recogimiento.

García, indeciso, colocó su maleta sobre uno de los bancos adosados a las paredes del andén, para prender un cigarrillo. El

ojos azules, con expresión lejana. La señora Carmela, con la faz inclinada, pensando seguramente en el recién llegado, hacía girar el anillo que tenía en el dedo de su mano izquierda. García recordó las manos de su madre al mirar aquellos dedos finos con cierta aristocrática delicadeza y la piel brillante y fresca como la de una niña.

—Me gustaría quedarme a vivir aquí en su casa, señora.

La señora alzó los ojos bondadosos, para mirarle un instante:

—Me parece muy bien, señor. Aquí si usted no es muy exigente creo que no lo pasará mal. Somos muy pocos. Mi viejo, que está casi inválido, mi hermana Teresa, y mi sobrina Elena. Mi marido tiene una pensión de veterano; fué sargento mayor en la guerra del Perú, pero lo que recibe es poca cosa, así es que hay que ayudarse en alguna forma.

—Pienso que estaré muy bien aquí en su casa. Yo como usted lo verá soy un hombre tranquilo; mi mayor anhelo es encontrar una casa que se parezca a la de mi madre.

La señora Loyola, entonces comenzó a explicarle, lo que era la vida allí. García la escuchaba casi sin entenderle, sintiendo una desazón que no sabía explicarse. Por la calle no pasaba un alma. En la esquina del frente, un guardián apoyado en un árbol, conversaba con un jornalero que liaba lentamente un cigarrillo. Allí tendría que vivir en un medio bien distinto al de sus sueños y esperanzas. En aquella aldea se deslizaría su vida, lánguida, monótona, sin relieve ni belleza. Recordó a los preceptores del tiempo cuando él iba a la escuela, allá en su pueblo. Todos eran unos pobres hombres sin ninguna condición intelectual ni moral que los alzara del insignificante medio en que actuaban. Más bien personas despreciadas por las gentes del pueblo: Rosales, Paredes, Orellana... Fueron desfilando uno a uno, y los vió surgir de recuerdo, dentro de un marco triste, casi ruin. Allí en el bodegón del «Guatón Parada», sentados en una banca larga, o sobre un barril comiendo tortillas con ají y empinándose los grandes potrillos de chacolí, dejando sobre el cristal, la media

luna de sus labios grasientos. Algunos como Rodríguez, solían dar escándalos horribles en sus casas. La mujer de aquel salió muchas veces huyendo de sus acometidas entre gritos de terror, a pedir amparo a los vecinos.

La señora Loyola había salido a preparar la pieza y García se levantó de su asiento para mirar los retratos que colgaban en la pared. Un militar de gorra alta y larga visera con el pecho adornado de presillas, y el rostro iluminado como el de las artistas que salen en los cigarrillos, debía ser el dueño de casa. En otros, mujeres de peinado alto, con el talle muy ajustado y las mangas anchas cerca de los hombros.

Todo hablaba allí de cosas antiguas, de tiempos pasados. Los mismos muebles de aquella habitación le recordaron los días de su infancia. Sillas bajas de terciopelo verde, desteñido y lustreado, por el uso. Finos floreros, con pajitas de colores a guisa de flores y encima de la mesita de centro, cubierta con un gran paño tejido a crochet, un álbum de tapas rojas, repleto de tarjetas relumbrosas y llenas de flores, en las cuales habían escrito, versos de salutación y letras doradas con las palabras: ¡Feliz año nuevo!

A la hora del té, conoció a la familia: don Samuel, un viejito octogenario con la vista baja y sin luz, que le dió su mano áspera y seca, sin levantar la cabeza, murmurando apenas algunas palabras que no entendió. La señora Teresa, menor que doña Carmela, un poco más alta y delgada que ésta, vivaracha y alegre, y dotada de una gran simpatía. Por último Elena, una chiquilla de cuerpo frágil, de belleza exangüe y aspecto reconcentrado, pero que tenía unos hermosos ojos verdes, y le tocó apenas la mano con sus dedos fríos.

Después, salieron a mostrarle la casa, el jardín y la huerta. En todas partes se advertía, orden y limpieza, haciendo el ambiente cordial y acogedor. Doña Carmela le hablaba de lo difícil que era mantener todo en buena forma, cuando en la casa no había un hombre que pudiera ayudar.

García, casi alegre ahora, expresó su satisfacción:

—Está todo muy bien, señora. Espero vivir siempre con u stedes mientras permanezca en este pueblo.

—Mucho me alegro, pues, señor. Creo que nos entenderemos muy bien, y así podrá estar como en su casa.

Esa tarde, García se ocupó en arreglar los efectos que traía en su maleta, los cuales fué distribuyendo en la cómoda y en un pequeño ropero que había en la pieza. Después sin sentir la menor curiosidad por conocer el pequeño pueblo, se sentó junto la ventana para reconcentrarse en sus pensamientos. ¡Qué vida tan frustrada había sido la suya! Desde chico, fué apocado, tímido. Hijo del amor, no conoció el afecto, ni el amparo de un padre, que imprimiera en él, su huella de hombre, y le moldeara un carácter. Así creció, solitario, incomprendido. El ensueño y los libros fueron sus mejores amigos y llegó a hombre, desconectado de la realidad y sin poder aprender una profesión, que le permitiera alcanzar una situación. Con grandes sacrificios, su madre logró enviarlo a Santiago, donde ingresó en el Instituto Nacional, al amparo de unos parientes que no se preocupaban ni poco ni mucho de él. Allí su alma de niño soñador, conoció las más hondas tristezas. El drama silencioso de su abandono, la enorme necesidad del cariño de su madre. Supo del hambre, del frío, de la humillación de ir con las ropas rotas y la camisa desaseada al colegio. De sentir el menosprecio de sus compañeros, que, en las horas libres, se iban a excursionar al cerro o al parque sin convidarlo nunca.

Por las tardes, de regreso a la casa, era cuando sentía más

intensamente su orfandad. Era la hora desolada, la hora dolorosa y sin efusión, sin calor ni cordialidad. Era entonces cuando experimentaba un hambre cruel, un hambre aguda que le hacía desfallecer y pensar desesperadamente en como comprar un pedazo de pan, o uno de esos olorosos peques que vendían en la Alameda. A esa misma hora allá en el pueblo lejano, estarían alrededor del fuego, tomando el mate con leche y grandes tajadas de «pan colono». Su madre, luego de tostarlo en la parrilla, sobre las brasas le pondría mantequilla y mientras afuera llovía, ella preguntaría a Rosa, la moza de servir:

—¿Encerrastes las gallinas? ¿Le dieron de comer al chanco? Y luego con un suspiro diría seguramente:

—¡Pobre mi hijo, qué estará haciendo! Quién sabe si andará con hambre y con frío.

Entonces recordaba que ella le podía haber escrito, y se encaminaba ilusionado al correo de la calle San Diego, que por ese tiempo era una verdadera montaña rusa de tierra sacada de los profundos heridos, junto a los cuales estaban los fierros y cañerías para instalar el alcantarillado. Y las más de las veces, la mamá le había mandado un billetito de a un peso que el sacaba trémulo de gozo, de entre los pliegues de la carta. ¡Qué poco se necesitaba para hacer feliz a un niño!

Y entonces, como la hormiguita del cuento, cavilaba mucho antes de decidirse a comprar una golosina. Largo rato miraba frente a las ventanas iluminadas, donde habían montones de galletas, de dulces lustrosos, barnizados de azúcar tostada, estrujando en su mano el billetito. Recordaba los alfajores de pera, que hacía allá en su pueblo doña Angela. Grandes, dorados, olorosos. Todo acá era bien distinto. Y casi siempre optaba por un par de «colegiales» blanduchos con una masa oscura adentro, y que por lo menos le satisfacían un poco más.

Otros días se hartaba de pan espiritual. Refugiábase en la biblioteca del Instituto, para vivir un poco junto a los aventureros personajes de Julio Verne, Salgari o Mayne Reid, que le hacían olvidar sus pequeñas preocupaciones. Y así fueron pa-

sando los años; después de dejar el colegio, desempeñó una serie de empleos insignificantes en su pueblo. Escribiente en la notaría, ayudante del oficial civil, empleado de la gobernación. Después el miraje de Santiago, le volvió a atraer. Recorrió casas de comercio, hizo antesalas en la casa de políticos atareados que le recibían en la puerta, en donde les entregaba una carta de algún elector de su pueblo. Siempre era la misma respuesta, obsequiosa y falsa.

—Como no, dígame al amigo Pérez, que me voy a preocupar con mucho interés de su asunto. Dése una vueltecita.

Y no era una sola. Eran muchas vueltas infructuosas, tristemente estériles. Las puertas se cerraban, los personajes nunca estaban en casa. Eran como estacazos en su sensibilidad, las respuestas:

—Salió el caballero. Se fué al sur. Quién sabe si vuelva. Acaba de salir.

Otra vez en la calle. Con un deseo tremendo de encontrar un amigo. Alguien que le convidara a tomar una taza de café o un refresco. Que amarga cosa era ver a la gente como entraba a las cafeterías del centro, en donde había calor, alegría, palabras de mujeres, música. En suma una vida completamente desconocida para él. Y nada llegaba a endulzar la suya; los días iban deslizándose sin una alegría, sin un amor. ¿Quién le podría querer, cesante, triste, apocado? Sin nada que ofrecer a una mujer. A veces la plaza de armas, era su oasis. Allí se sentaba largas horas, maltratado, deshecho, con deseos de llorar o de salir gritando que tenía hambre y sed de un poco de dicha.

Hasta que un día, sin otro camino que seguir, aceptó un empleo bien original. Llevaría los apuntes de un negocio que se acababa de abrir en el llamado Barrio Latino. Era una especie de cabaret. Su propietaria era Matilde Fierro, antigua meretriz y después dueña de prostíbulos, que en sus últimos años deseaba terminar en un negocio más serio y decente. Lo había bautizado con un nombre pomposo: «París Soir». Pero por más que ella se empeñó, nadie la quiso tomar en serio. Allí llegaban noche

a noche comparsas de remoladores, que entraban desde la puerta llamándola a gritos:

—¡Matilde, Matilde! ¡Hija, que elegancia! Esto es colosal, mujer! Te felicitamos. ¿Y las chiquillas dónde están?

—Nada de chiquillas, caballero. Este es un cabaret-concert —decía entonces Matilde, frunciendo mucho los labios, y acomodándose con cierta majestad la peluca rubia. Este es un negocio serio.

Eso de la seriedad, provocaba en todos verdaderos ataques de risa. Y cuando la orquesta de ciegos, atacaba los primeros compases de un valse, aquello se convertía en un mar tempestuoso, sin tomar en cuenta para nada la seriedad de la dueña. Las parejas, entraban de la calle cantando a gritos la última canción en boga, con los brazos en jarras y locos contorneos.

Allí llegaba noche a noche, el loco Costabal, perteneciente a una rica y aristocrática familia. Aparecía impecable con sus trajes claros, su caña flamante y su gran flor en el ojal. Hablaba siempre muy fuerte, y su voz recia lograba dominar el tumulto de las conversaciones y los gritos de las mujeres ebrias. Algunas noches venía la Chamito, una mujer gruesa, morena, de voz ronca, que sin embargo, lograba dar tonos agudos y claros a su voz, cuando cantaba. Eran grandes amigos con Costabal. Desde lejos apenas se divisaban se abrían los brazos entre exclamaciones de júbilo.

—¡Negro lindo, ven para acá!

—¡Chamito, de los demonios!

Después la Chamito, se subía al tabladillo, y cantaba acompañándose con el piano:

—¡Ay Matilde me has echado al abandono!

Otras veces, cuando ya el grado de alcohol era muy subido, bailaba una danza, contorsionada, epiléptica y salvaje, lanzando gritos agudos y dejando caer los pies cruzados a ambos lados del bastón de Costabal, que había puesto en el suelo. En seguida jadeando, congestionada y sudorosa, con los ojos extraviados se empinaba el vaso que le ofrecía su amigo.

Allí se veían los tipos más curiosos. Un señor solemne, imperturbable, no faltaba jamás a beberse su copita de fuerte. Después, sin perder su compostura, se dedicaba a observar la escena, casi siempre animada y borrascosa, ante la cual permanecía impassible sin que se moviera un solo músculo de su rostro. Un jovencito con cara de seminarista y ojos inocentes, bebía una tras otra, botellas de cerveza, con la espalda apoyada en la pared, sin tomar jamás parte en el bailoteo, ni asustarse cuando las botellas se estrellaban en los espejos, o una bandeja iba a dar al suelo de un violento estrellón.

García, metido tras una rejilla, anotaba en su libreta, apresuradamente, lo que los mozos servían en cada mesa. Llegaba allí a las diez, cuando aquella parecía una casa de tranquilos burgueses. Don José Santos, el amigo de la señora, tomaba el fresco en una silla de balanza entre los bambúes del patio, mientras Matilde trajinaba haciendo sonar las llaves y contando las piezas de servicio que entregaba a los mozos. Natalia y Marina, las dos sobrinas de Matilde, a esa hora le ayudaban, entonando a media voz alguna canción. Pero solía ocurrir, a veces, que llegaban en las primeras horas de la noche grupos de gentes enfiestadas que volvían de alguna excursión al campo. Matilde entonces, puesta en jarras en medio de la sala, medía de una ojeada el grado de alcohol, que aquellos traían, y si éste era muy subido, se negaba rotundamente a venderles. Pero, en muchas ocasiones, los visitantes se empecinaban en tal forma, que después de los más monstruosos improperios, se lanzaban a las manos en contra de los de la casa.

Los mozos, campeones del silletazo, se lanzaban de lleno al combate, mientras las sobrinas bajando de los altos, gritaban agudamente ¡Guardián! Don José Santos, desempeñaba entonces su oficio con verdadero entusiasmo, empleando todos sus recursos de ex marinero de un buque a la vela, en el cual sirviera por muchos años. Las zancadillas y el puntapié, eran su especialidad. Pero cuando las cosas eran duras sabía pelear con un valor digno de mejor causa, y, en una ocasión, lo probó gallardamente.

Una noche, todavía no había nadie en la cantina, cuando apareció un hombre, alto, hercúleo, con gruesa cadena y profusión de anillos de oro. Con el sombrero ladeado y el aire característico del matón, se sirvió un trago con visibles muestras de desagrado:

—¡Qué porquería es esta, ché! Vaya Ud. a Buenos Aires, allá verá amigo, allá verá que trago se bebe... ¡Ja! No hay nada que hacer, hombre. No hay como la patria argentina. La patria chilena. ¡Ja!

José Santos, le oía con los ojos encendidos como dos tizones. Tirando la colilla, se le acercó bruscamente para preguntarle iracundo:

—¿Qué tiene la patria chilena?

El otro le miró como se mira a un quiltro, para volver la cara en seguida con el aire y la sonrisa desdeñosa:

—¡La patria chilena! La gran macana, che!

Una bofetada de José Santos fué la respuesta. Luego, tomándole de las solapas, violentamente, lo hizo girar en redondo. Pero el hombre no era hueso tan fácil de roer. Arrojando el sombrero, se le fué encima como un toro enfurecido. El otro lo recibió, con la guardia cerrada, golpeándolo en el estómago, mientras gritaba:

—¡Déjenme solo! ¡Déjenme solo! ¡Yo le enseñaré a este cuyano perro, a saber quiénes son los chilenos!

En el centro de la sala, bailaron, estudiándose con los puños cerrados, en un ir y venir de engañosos amagos. Don José Santos, desmelenado, con una llama asesina en la mirada, fué el primero en atacar. El otro, con leve balanceo de cuerpo, lo recibió en los puños con golpe tan recio, que lo azotó bajo una mesa, de donde aquel se paró inmediatamente, bramando de coraje:

—¡Déjenme solo, déjenme solo!

Las mujeres en tanto, lanzaban al extranjero toda suerte de insultos y cuchufletas, que él recibía sonriendo desdeñoso y despreocupado, seguro de su fuerza. Pero esto lo perdió. José Santos, recordando sus lecciones de jiu-jitsu, de a bordo, saltó

de súbito, como un gato sobre él, y con una tomada maestra lo llevó al suelo, donde aquel grueso corpachón se estrelló con la barra de bronce atravesada al pie del mesón. Allí quedó sin sentido, mientras un hilillo de sangre le brotaba de la sien.

Fué una noche de júbilo delirante, después que el hombre se fué, entra las pullas y repiquetes de todós. José Santos con los labios partidos y un ojo en tinta, fué el héroe de toda la concurrencia. La Matilde, radiante, orgullosa, salió de sus casillas, bebiendo a cada rato a pesar de su afección al hígado.

—¡Salud mi hijito! Acompañe a su negra...

—¡Rájate pues Matilde, con una «convidá»—gritaban muchos—alguna vez siquiera!

La Matilde se franqueó rumbosamente esa noche. Se cantó la canción nacional y se bebió hasta que el sol penetró por el tragaluz.

García recordaba todo aquello, encendido de rubor. En su rincón, tras la rejilla de bronce, el no hacía otra cosa que anotar lo que los mozos le gritaban al pasar con los platos servidos.

—¡El tres! Un bistek apanado y tres huevos a la cote.

—¡El siete! Un Macul reservado.

Hacía un mes y medio que estaba allí, y cada día sentía que su humillación era más grande. Hasta que una noche al levantar la cabeza, vió sobre él los ojos de asombro de uno de sus ex discípulos, Juan Etchevers, quien con una sonrisita compasiva, le lanzó un «¿cómo le va?» que le hirió como un latigazo. Rojo, con las lágrimas en los ojos, tiró el lápiz y se fué al último rincón del patio a llorar. A llorar su amargura de vencido, su tristeza de solitario, a llorar su infinita desolación.

Etchevers, el más porro de la clase, aquel que siempre le estaba diciendo por lo bajo: «sóplame, sóplame García», era ahora un alto funcionario de la administración pública. La Matilde, orgullosa, reventando de satisfacción de tenerlo en su casa, le decía al verlo:

—¡Ay, don Juanito, qué gusto! ¿Qué se va a servir?

—No tengo plata, —contestaba casi siempre Etchevers con tono regalón—no tomo nada.

—¡Señor!—como si alguna vez se le hubiera negado algo en esta casa. ¿Quiere que le deje la cantina por su cuenta?

Entonces Etchevers, tras una imperceptible mirada a los que le rodeaban sonreía satisfecho ante la consideración que allí se le demostraba.

Aquella misma noche, García sombrío y silencioso, se despidió de la dueña, por más que todos le manifestaron sus simpatías, tratando de retenerlo, extrañados de su repentina resolución.

Después se marchó al norte, donde fué pasatiempo en una oficina salitrera, y de la cual fué despedido por haberse mostrado partidario de un dirigente obrero que más tarde fué elegido diputado. Otra vez volvió a Santiago a peregrinar en busca de un empleo. De nuevo los días tristes, desesperanzados, haciendo largas esperas, en aquella sala de la Cámara que alguien, con mucho acierto llamó de «los pasos perdidos». Su amigo, todavía un poco desorientado, sin conocer el tejemaneje de los ministerios, no había podido conseguirle nada, a pesar de su sincero empeño, por servirlo. Hasta que una tarde lo abrazó encantado por la noticia que le daba, que era para él también, su primer triunfo en el servicio de sus electores. Le alargó un papel escrito a máquina en el cual, había varios timbres, a tiempo de decirle:

—Para mientras, compañero. Después vendrá otra cosa mejor.

García no salía de su asombro.

—¡Profesor! Pero si yo no sé nada de esto, dón Casiano. No tengo ideas.

El otro rió alegremente. El tampoco había sido jamás diputado, y lo más bien que lo estaba haciendo. Todo se aprendía en la vida. Lo malo es que era tan poca cosa.

—Yo hubiera querido para Ud. algo mejor, compañero. Pero peor es mascar laucha, y le diré que cuesta mucho encon-

trar pega en estos tiempos. Alégrese no más y ponga pecho al frente. Esta noche lo convido a comer para que celebremos el triunfo.

Y de esta manera, Andrés García, se convirtió de la noche a la mañana, en profesor de la escuela mixta N.º 54 de Villa Hermosa, a donde acababa de llegar.

III

Al otro día amaneció un sol radiante. En el corredor, frente al jardín, cantaban los pájaros dentro de numerosas jaulas y pajareras. Un cardenal, de encendido penacho, lanzaba su grito claro, agudo, vibrante. De la estación llegó el ¡talán-talán! de un tren que venía entrando, y luego el ronco pitazo de la partida. Por la calle pasaban al galope algunos campesinos, luciendo al anca su regio lazo de cuero peludo. En la puerta de la casa, una muchachita engreñada y regordeta, recibía la leche que le medía un muchachón, de uno de los tarros y que traía sobre su cabellejo a manera de árguenas, uno a cada lado de la montura.

Hacía un friecillo penetrante. Un peón arremangado hasta las rodillas, provisto de un balde tiraba agua sobre la calle. De los altos acacios, bañados de sol, se desprendían hojas amarillas, que iban cayendo lentamente sobre la tierra húmeda. Las mozas de servir barrían los corredores, ahora claros y alegres. El aire transparente traía olor a campo, a estiércol fresco, a tierra humedecida. García respiró con profundas aspiraciones. Sentíase bien, casi gozoso de vivir. Una señora de manto que cruzó la calzada, le saludó sonriendo con un:

—¿Cómo ha amanecido?—cordial y cariñoso.

Era doña Teresa que iba a oír su misa. La voz del campanario se atropelló en un repique claro, que pareció quedar vibrando.

do entre las copas de los árboles de la calleja que se iba empinando hasta cortarse en una hondonada, en cuyo fondo, brillaba el agua de un estero, entre altas matas, por sobre las cuales se tendía un puentecillo de gruesos tablones. A una cuadra escasa, en la parte más alta de la calle, estaba la escuela donde García iba a prestar sus servicios.

Agudos gritos de niños que jugaban se oyeron en el interior. Un ancho pasadizo, dividía el pequeño edificio en dos grandes salas llenas de bancos en fila. En la testera una mesa, sobre la cual veíase un mapamundi. Unos chicos, se peleaban en la entrada insultándose en voz baja.

—¿Está el director?

Los chicos miraron extrañados a García, y luego, unos a otros se contemplaron con expresión de asombro. Uno más avisado salió gritando:

—¡Señorita, señorita, buscan aquí!

La encontró junto al brocal del pozo que estaba bajo un níspero en el medio del patio, y del cual uno de los chicos sacaba agua en un balde amarrado a una larga cuerda. Las ramas del níspero, ponían manchas doradas y oscuras sobre su abrigo azul. Era una joven alta, de semblante alegre y acogedor, cuyos ojos oscuros se posaron sobre los del recién llegado con expresión interrogadora, mientras se inclinaba levemente para corresponder a su saludo.

—Buenos días, señor. ¿Qué deseaba?

—Deseaba hablar con el director de la escuela.

Rió ella, con risa franca y graciosa, que mostró sus dientes sanos y blancos, en uno de los que brillaba una pintita de oro. Puso su mano sobre la cabeza de uno de los pequeños, y siempre sonriendo contestó:

—Soy yo, señor, a sus órdenes.

García confuso, al punto no supo qué responder. Una impresión extraña, mezcla de agrado, de desconcierto, casi de desencanto se le entró en el pecho. Siempre su destino, le condenaba a las más insignificantes situaciones! Allí iba a ser el ayudante de

una mujer, tal vez el hazmerreír de las gentes del pueblo, que se burlarían de él. Un hombre sirviendo a las órdenes de una preceptorcita de aldea, que seguramente sería presumida y vanidosa y trataría de humillarlo. Diéronle ganas de pedir disculpas, de decirle que se había equivocado y de volverse inmediatamente. Quién sabe si a su amigo diputado, le fuera posible conseguirle una permuta a otra escuela más grande o cambiarle el empleo. Y no obstante, una dulce inercia se había apoderado de él, como si una voz afectuosa le dijera: no te vayas. Y con repentina resolución, sacó el papel que le diera en Santiago, don Casiano, para entregárselo a la joven, que lo leyó con visible interés.

—¡Pero qué divertido es esto!—exclamó ella, al terminar de leer.— ¿Así es que Ud. es el ayudante que me prometió el señor Olivares, el Visitador? Y él me había dicho que iba a mandar a una niña que estaba en Imperial. Debe ser una equivocación de la Inspección, porque antes nunca nombraron hombres para esta escuela.

Lo miraba ahora, seria, con cierta inquietud reflejada en su semblante, tal si en aquello viera un escondido propósito que no lograba ver claro. Después alzó la mirada para posarla sobre García como si quisiera preguntarle algo, que por de pronto no supo formular. No le extrañaba demasiado que llegara aquel joven, a ocupar el empleo destinado a otra persona según todos sus informes, porque allá en Santiago sin aviso previo ni consulta a los Visitadores hacían cambios y nombramientos. ¿Es que a ella también le ocurriría algo semejante, y mandarían a ese señor para reemplazarla al poco por él? Aquello que económicamente no le afectaba en lo más mínimo, la hería en cambio en su amor propio. Sintió un momento con vehemencia el deseo de decirle algo desagradable a ese hombre, para ella un intruso, pero le miró y casi acto continuo se sintió desarmada. Era un rostro bondadoso el que tenía frente a ella, una cara de niño grande, un poco triste y con cierta dulzura que se deslía en sus ojos azules. Y los de ella, grandes, oscuros, intensos, se fueron suavizando.

—¿Quiere que vamos hasta la oficina, señor, para ponernos de acuerdo, en la forma que hemos de trabajar?

García con respetuosa inclinación, la dejó pasar. Sabía andar con gracia, y la curva de sus piernas se afinaba a través de las medias negras. De un salto ganó los dos tramos de la escalerilla y ya en el umbral, le invitó:

—Adelante. Venga a conocer su nueva casa.

Una luz clara en sus pupilas. García la miró un instante y ella con su presencia, pareció devolverle con una actitud plena de gracia, su mirada. Tenía las mejillas encendidas, y el pelo de un negro intenso se abría separado por una rayita blanca. Entraron en la sala desmantelada. En una larga percha, clavada en la pared, se amontonaban los sombreros de los chicos. Prendas humildes, tristes, de muchas formas pero de una sola y mínima calidad. Los más estaban rotos como los ponchitos desflecados que colgaban de los ganchos. Del marco del pizarrón colocado en un ángulo de la sala, cerca de la ventana, colgaban dos almohadillas negras, blanqueadas de tiza. Sobre el tablero negro, una mano insegura, había escrito silabeando las palabras:

el - ga - to - se - co - mió - la - lo - ra

En el rincón opuesto estaba el escritorio de la directora, en un recorte hecho con dos bastidores de vidrio. En la mesa, algunos papeles con el membrete «ESCUELAS PÚBLICAS DE CHILE». En un libro grande de tapas negras, con una etiqueta decía: «Libro de presencia diaria».

—Asiento señor... y tras amable vacilación — ¿señor cuánto?

—García—dijo él, con lenta voz afectuosa.

La joven, tras el pequeño escritorio, permaneció un rato de pie, con el aire de quien no se resuelve a decir lo que está pensando. Pero de repente, envolviendo sus palabras en una sonrisa, le habló:

—Yo le ruego que no se burle de mí, y también que me

excuse si soy indiscreta, pero quiero que Ud., en su calidad de hombre y de caballero principalmente, me diga si Ud. viene con sinceridad hasta mí, sin traer una escondida intención. —Y al decir esto, una leve confusión se apoderó de ella, pero sobreponiéndose, alzó sus ojos francos, para posarlos sobre los de él, agregando: ¿No viene Ud. a desplazarme?

Andrés se había encendido hasta la raíz del pelo. Sus ojos, azules, brillantes, denunciaban la intensa agitación que le produjeron aquellas palabras. Con ágil movimiento, se levantó para decirle mirándola también cara a cara:

—¡Por Dios, señorita! ¿Por quién me toma Ud? ¿Tanta cara de sinvergüenza y mala persona tengo?

Ella, ahora se excusaba, también encendida y turbada de haberle molestado con aquella sospecha. Y su voz fué blanda y suave, casi un ruego:

—Yo le dije que me había de perdonar por estas palabras. Además, tengo poderosas razones para presumir estas cosas. Ud., que posiblemente, llevará como yo algún tiempo en la instrucción, debe saber cómo se estilan hoy día las cosas. Sacar a un maestro de su empleo es más fácil que despedir a un sirviente. A mí, en realidad, esto no me afectaría económicamente, pero si ello ocurriera, sin estar plenamente justificado, me heriría en mi amor propio. Yo vine a este empleo sin necesitarlo para vivir, pero sí para llenar mi vida con algo que considero hermoso, como es el entregar parte de lo mejor de nuestro espíritu a los niños. Como aquí nunca mandaron antes a un hombre, a mi me extrañó y se me puso esta idea. Yo soy así: me moriría si no dijera lo que siento, y como soy vehemente no sé esperar ni valerme de subterfugios. Es mejor, a mi juicio, hablar claro y cara a cara. ¿No le parece?

García la oía de pie, al otro lado de la mesa, jugando con el perforador de papeles en una mano, mientras con la otra, se alisaba el pelo húmedo de transpiración proveniente del bochorno que aquello le causaba. Al fin dijo en voz baja, pausada:

—Me deja Ud. profundamente reconocido, por su franqueza,

que me da la consoladora impresión de que, a su lado, cualquiera puede vivir confiado. Yo a mi vez le ruego, me crea lo que le voy a decir usando de la misma sinceridad suya. Siento ansias de que así ocurra, y no sé de qué medio valerme para ello, pero ya que de su espíritu fluye tanto señorío para darse a conocer ante mí, estimo que debo corresponder con igual gentileza y confesarle, por penoso que sea, que no soy sino un pobre hombre, bastante aporreado por la vida. Nunca he sido profesor, y sólo después de una larga cesantía, un amigo me ha conseguido este empleo, tal vez quitándoselo a otro con más derecho. Pero, ¿qué quiere Ud., señorita? la vida es a veces demasiado dura y no todos podemos sentar cátedra de estoicos frente a la necesidad urgente de muchas cosas indispensables para vivir. Ahora mismo, si Ud. no me ayuda, si no me da facilidades y me orienta para desempeñarme aquí, no sé qué voy a hacer. Y se lo pido humildemente. Yo, en cambio, la serviré lealmente. Por de pronto no puedo ofrecerle otra cosa. Pero, ¿Ud. me cree? Antes que nada quiero saberlo.

La joven había dejado su aire de preocupación. Sus grandes ojos, ahora remanso de suavidad, estaban anegados de confiada luz. Vió en García una expresión tan clara de sinceridad, que se convenció. Y, gravemente, como si oficiara en un rito, le alargó la mano:

—Si Ud. lo quiere, seremos buenos compañeros. Yo por mi parte se lo prometo.

Hubo en su voz, una tierna inflexión, que penetró dulcemente en él. Diéronle deseos de inclinarse a besar aquella mano que se le ofrecía confiada.

—Muchas gracias, señorita. Trataré de corresponder muy de veras a su confianza.

—Sí, estoy segura que así lo haremos señor García. Aprenderemos de los niños a no tener reservas odiosas. ¿No es cierto?

—Muy cierto, señorita.

—A propósito. Aun yo no le he dado mi nombre. Me llamo Mercedes Urizar de Arlegui.

No pudo evitar García un gesto de asombro, herido por una extraña emoción. Balbuceó torpemente:

—¡Casada! Yo creía que...

—Era soltera, —concluyó ella riendo—es que los niños me dicen señorita. A mí me encanta. Eso de señora, lo encuentro tan serio, tan formal; lo dejaremos para cuando estemos más viejitas, aunque ya no va faltando mucho para eso. Afuera es claro, no puedo evitar ese tratamiento. Y en realidad, es como si no fuera casada, porque... En fin, ya le contaré—terminó con sonrisa triste. —Tendremos *¡tanto* tiempo para conocernos! Años posiblemente.

Después conversaron de su trabajo. Ella le fué mostrando horarios, programas, textos. Le echó también su discursito sobre el papel del maestro, a su juicio, en muchos casos, más noble que el de los mismos padres. En seguida abrió el libro de presencia diaria. Inclínada sobre la mesa, sus dedos finos, un poco pálidos le fueron mostrando, la forma de llevarlo. Andrés, muy cerca de ella, la oía con sus cinco sentidos. Un suave aroma a polvos de arroz, a carne joven y limpia, le hacía pensar en cosas bien distintas; en esas caricias, inéditas para él, hombre sin suerte, que no conoció sino el amor de las meretrices. Que no supo de los besos que no se venden, ni de las palabras afectuosas, sin que mediara un billete.

Era como un effluvio, que subía hasta él, para mostrarle panoramas desconocidos. Como un descubridor maravillado ante las bellezas de un mundo nuevo, de tierras ubérrimas y prodigiosas, sentía, que una voz fuerte y dulce a la vez, le hablaba en un idioma íntimo, musical, cuyo sentido era tan bello traducir. Ella le preguntó:

—¿Ud. se ha dado cuenta, no?

—Sí, claro—dijo él.

Y en realidad no había entendido nada, porque estaba ausente del significado de sus palabras, pero cerca, muy cerca de su voz.

I V

Mercedes se bajó de un salto del cochecillo, que ella misma guiaba. Tiró la huasca sobre el cojín y luego de amarrar las riendas en uno de los fierros del pescante, atravesó el jardín corriendo:

—¡Tía Quecha, tía Quecha!

Su voz hizo levantarse a dos grandes perros, que dormían bajo el corredor, y que al verla, salieron corriendo a su encuentro para hacerle entusiastas manifestaciones de júbilo, que ella rechazó con ademán de enfado, gritándole a un hombre que deshojaba maíz en un rincón:

—Oye Pancho, ¿dónde está la tía?

El hombre levantó la cabeza, y sacándose el cigarrillo de los labios, contestó pausadamente:

—Me creo que está en la galería. Hace apenas un rato que la vi pasar para allá.

Mercedes cruzó el corredor, para entrar en la casa, donde sólo se oía el gorjeo de un canario, cuya jaula giraba suavemente suspendida del techo. Una señora alta, un poquito gruesa, con los anteojos suspendidos sobre la frente y el tejido en las manos, vino a su encuentro:

—¿Qué te pasa que vienes tan apurada?

La joven soltó la risa, a tiempo de dejarse caer sobre uno de los sillones de la galería. Luego dijo:

—Nada que sea como para ponerse a llorar, pero oye, ¿quieres que te cuente? Llegó hoy un joven que viene como ayudante, a reemplazar a la señorita Flor María. ¿No encuentras tú raro que hayan mandado a un hombre?

La señora sentada frente a ella, bajándose los anteojos la miró un instante, y tras un rato de silencio, mientras se disponía a proseguir su tejido, le respondió:

—¡Un hombre! Es bien curioso, realmente. ¿No te había dicho Olivares que mandaría a una niña que estaba en Imperial?

—Así es, pero a este joven lo nombraron en Santiago. Allá nombran a quien se les ocurre. Como irá a rabiarse Olivares cuando lo sepa. Pero te diré que parece un excelente joven. Me he formado la mejor idea de él:

—No me confío mucho de tus condiciones para apreciar la gente. Hay graves antecedentes que me lo impiden. ¡Tendría yo que dar mi fallo, hijita!...

La señora había adoptado un tono de broma, que Mercedes no advirtió, o no dió ninguna importancia, después agregó:

—¿Y qué piensas hacer? Ten cuidado, no vaya a ser alguna jugarreta que te quieren hacer, y luego de mala manera te quiten la escuela. Eso sería lo sensible. ¿Por qué no le escribes hoy mismo a Olivares?

Mercedes se quedó un instante mirándose la punta de sus pequeños pies. Luego echando la cabeza hacia atrás, se abrió el pelo con la peineta, inclinándose en seguida para recibir la caricia del sol poniente.

—Lo mismo pensé yo, Quechita. Pero ya sabes como soy. Llegando le largué el agua. Por si acaso. Le dije clarito lo que se me había ocurrido. Ya vez tú, a la señora Elcira, que estaba dieciocho años en Lolén, la obligaron a acogerse a la jubilación. ¡Pobre! Como no tenía quien la amparara. El mismo Olivares se portó mal con ella.

La señora Lucrecia, apartando los ojos del tejido, la miró maliciosa:

—Es que en estos tiempos, de desconsideración, es malo

ser vieja y fea para colmo. Por suerte tú... Y sin terminar la frase, doña Lucrecia que estaba del mejor humor, se echó a reír con una risita burlona que sacudía su cuerpo y traslucía una intención, conocida por la joven, que se levantó de un salto, para besarla en la frente, mientras con una mano, nerviosamente, le revolvía el pelo diciéndole:

—¡Mira tontita no más! Crees que yo no sé lo que me quieres decir. Eso es para que veas que tengo espíritu de mártir. Mientras yo pago el pato, tú haces la romántica con Olivares. Y no estés tan tranquila porque no sabes lo que él me dice cuando va a la escuela y conversamos solos... A lo mejor hijita un buen día nos fugamos como dos tortolitos...

Y abriendo los brazos, con los ojos entornados, que eran una rayita de luz brillante entre los párpados, daba a entender, con risueña picardía el mundo de felicidad que aquello significaría. Doña Lucrecia siguiendo la broma agregó:

—Mira, y ¿sabes que tienes razón? Como te fué tan bien con el primero, ahora puedes ensayar con ese viejo verde de Olivares. Y me haría un servicio señorita. Así me dejaré de hacer la romántica, y podré buscar un viejo de esos que necesitan quien los cuide.

Mercedes reía, ahora, con risa clara que terminaba, con un jay...! largo y dulce. En tanto, se arreglaba el pelo, alzando los brazos que se doraban de sol, junto a los cristales de la galería.

—No, viejita. Y disculpe que así la considere. Ud. no me asusta, y como soy generosa, le dejo a su Olivares tranquilo; fíjese que tiene un buen sueldo y cuatro hijos de llapa, lo que ya es una ventaja, pues no tendrá que molestarse en la crianza ni...

—Y Mercedes ahora tentada de risa, no pudo terminar su frase.—Entonces Ud. con toda sus comodidades, no me necesitará, y yo, para no pasar tan apenada le buscaré el amor a mi ayudante que es solterito y bien dije. ¿Qué tal? Mira como todo se arregla en santa paz de Dios.

—De veras niña. No has podido pensar nada mejor. Desde mañana entonces comenzamos...

Una dulce paz reinaba en el ambiente. La voz pura del canario seguía lanzando sus largos píos que terminaban en un gorjeo claro. Por el camino pasaba en ese momento un piño de vacunos, que arreaban dos jinetes, entre gritos enérgicos y des-templados. Grandes bandadas de pájaros cruzaron, casi tocando las puntas de los álamos cuyas hojas maduras veíanse casi transparentes, encendidas de sol. Desde las estacas de los cercos algunos tiuques, lanzaban su quejumbre desapacible, anunciadora de los días de lluvia. Gritos de chicos que jugaban en el camino y ladridos de perros, se oían ensordinados de distancia, o tal si se fueran desmayando, enredados en la luz vacilante del crepúsculo que se avecinaba. Una muchacha gruesa con delantal de brin obscuro y los brazos arremangados apareció en la puerta:

—Ya tengo las once en la mesa, misiá Quecha.

El comedor era grande, con muebles antiguos y pesados, barnizados de obscuro. Doña Lucrecia se sentó en la cabecera de la mesa para servir el té. Mercedes que se había quitado el abrigo, lo había reemplazado por un chal rosado.

—¡Qué pena!—exclamó—ya va a llegar este invierno tan aburridor! Ni a caballo dan deseos de salir. Ah! mira y a propósito no dejes que Pancho me ensille el Tordo, porque con su maldito avío le hace pedazos el lomo al pobre negro. Denantes cuando le fuí a dar un terrón de azúcar, no quiso dejarme tocarle una lastimadura roja que tiene cerca de la cruz.

Y fijando los ojos, sobre el campo que se llenaba de sombras agregó:

—No me digas tía, que no es sacrificio grande, este trajín de todos los días. Y, a pesar de todo, me entretienen tanto mis pobres chiquillos. ¿Qué sería de mí sin ellos? Pero me gustaría tener la escuela aquí cerquita. Hay que ver como uno se moja en los días de lluvia. La verdad es que a veces me dan deseos de que nos vamos luego a Concepción, y después me da una pena horrible salir de aquí. Yo nací para campesina.

Doña Lucrecia paseaba su vista, por la amplia sala como si

no la oyera. De las paredes colgaban algunos cuadros de frutas. Uno de ellos lo pintó Mercedes, en un tiempo que le dió por la pintura. Fué precisamente en la época de su noviazgo con Fernando Arlegui, que entonces era el contador del molino de Villa Hermosa. Doña Lucrecia solía recordar esos días tristes, cuando la muchacha se empecinó en su pololeo con aquel mozo. Un tipo alto, pálido, de boca grande y labios delgados. Tenía, era cierto, una arrogante figura y un gran desenfado en sus maneras, pero en sus ojos grises, metálicos, había no sé qué de avieso y falso. Era un hombre vivo, inteligentísimo, pero doña Lucrecia, cuando llegaba a oír hablar de esta cualidad, nunca dejaba de exclamar:

—¡Psh! De mucho le sirve. Yo no veo qué mérito tiene la inteligencia cuando se es un sinvergüenza.

Mercedes que acababa de recibirse de bachiller en Concepción, a donde había recibido, además, una vasta educación musical, vivía sus años románticos. El influjo del campo por otra parte, había ahincado en ella su inclinación a lo sentimental. Allí donde no había, sino uno que otro joven, Fernando se le aparecía como el príncipe de sus sueños. Se sintió deslumbrada. Era todo un buen mozo, que gustaba de vestir con elegancia y de quien se contaban muchos enredos amorosos. Y con su orgullo de mujer, quiso rendir a aquel corazón esquivo. Arlegui por su parte, estrechó el asedio. Los días Domingo, pasaba por la quinta en su linda yegua alazana y también muchas tardes, después de las horas de oficina, doña Lucrecia oía resonar en el callejón el trote ruidoso de la enorme yegua inglesa. La muchacha, huraña, nerviosa, con un carácter desconocido en ella, entonces tiraba los pinceles y se iba a su pieza donde su tía más de una vez la encontró llorando, en vista de su tenaz negativa para que visitara la casa. Antes, Mercedes se lo presentó una mañana a la salida de misa, pero la señora, a pesar de la obsequiosidad que Arlegui le demostrara, no lo pudo «tragarse», como se dice. Hasta que doña Lucrecia, viendo la inutilidad de sus esfuerzos para convencer a la joven, y, ante el temor de que aquello tomara otro giro,

resolvió dar a esas relaciones la seriedad necesaria, invitando a Fernando a la casa, quien al poco tiempo le manifestó su formal propósito de contraer matrimonio con Mercedes.

Durante el primer año de su matrimonio, todo fué muy bien, tanto que doña Lucrecia comenzó a creer que se había equivocado en sus apreciaciones con respecto a Fernando, que se manifestaba muy enamorado de su mujer. Dejó todas sus correrías y sólo muy de tarde en tarde iba a Temuco, por algún asunto relacionado con su empleo, o acompañándolas a ellas, cuando iban de compras.

Pero ocurrió que cuando menos se esperaba, y por una circunstancia imprevista, Arlegui comenzó de nuevo, a sus andadas de soltero. En una compañía de variedades, llegó a Temuco una coupletista, que en los carteles figuraba con el nombre de Pepita Abril, y era, según la propaganda, la Reina del Couplé y la Emperatriz de la gracia. Fernando se declaró muy pronto, entusiasta admirador de ella. Comenzaron a menudear los viajes a la ciudad. Las operaciones bancarias se demoraban más que de costumbre, y muchas veces avisaba por teléfono que lo había dejado el tren. La Compañía, después de agotar su repertorio, siguió al norte, y entonces Mercedes pudo respirar, en la creencia que la cosa no había pasado de allí.

Orgullosa, jamás le demostró a su marido el pesar que aquellas relaciones le causaron. Muchas veces, cuando Arlegui no llegaba, doña Lucrecia la vió levantarse con los ojos hinchados y rojos de llorar, a pesar de su esfuerzo para disimularlo, pues nada le decía a ella de sus padecimientos, temerosa de que le hiciera presente sus anteriores advertencias. Fernando, en tanto, trataba de aparentar tranquilidad y mostrarse ajeno al asunto, como si ignorara que ellas lo sabían. Era, por lo demás, un hombre frívolo, vanidoso, muy preocupado de su prestigio de don Juan. Comenzó así a reinar un ambiente falso en la casa; un hábito de desconfianza y tristeza enfriaba las veladas. Mercedes que en otras ocasiones tocaba el piano acompañada por Fernando, cuya voz era bastante agradable, o jugaba al dominó

con doña Lucrecia, ahora metía la cara entre un libro, o se encerraba en un mutismo absoluto, inclinada sobre su tejido. Fermando, pretextando dolor de cabeza, se iba a acostar, o se dedicaba a leer el diario columna por columna.

Hasta que la señora, sin avisar a Mercedes, resolvió encerrar al mozo. Al fin y al cabo, era la única madre que conociera Mercedes, y tenía la obligación de velar por ella. Mas, apenas le formuló las primeras palabras, en el tono más prudente que pudo, Arlegui la atajó en forma destemplada y altanera.

—Mire señora, yo no me he criado en las monjas y soy bastante hombre para saber lo que hago. Y con tonillo zumbón: —tampoco me agrada recibir consejos, cuando ya los han dado antes para sembrar discordias. Si a Ud. no le agrada mi manera de ser, el remedio es sencillo. Me llevo a Mercedes, y así no se molesta Ud. ni yo.

Doña Lucrecia sintió que un arrebato de ira, le encendía las mejillas. Adoptando entonces un tono enérgico replicó:

—Es que Mercedes, no se separará de mí, para dar gusto a tus caprichos. Claro, eso es lo que deseas para estar a tus anchas. Pero no te lo imagines.

Arlegui le había clavado los ojos con esa mirada fría y cruel que ella le conocía muy bien a través de su sonrisa, y que los ojos enamorados de Mercedes no supieron ver. Con risa sarcástica terminó:

—Me parece que soy yo el marido. Por lo demás, descuide Ud. ya sabré hacerme obedecer.

Pero Arlegui no contaba con el derrumbamiento que en el corazón de Mercedes produjo su actitud. La fina sensibilidad de ella había descubierto un sinnúmero de detalles odiosos en su manera de ser, y también, en su intimidad de marido. Angustiada comprendía ahora, que nunca se preocupó de lo que aquel hombre era espiritualmente. Amó su arrogancia, su manera de vestir, su frase oportuna que también ahora, en muchos casos, le resultaba cínica. Amó su leyenda de don Juan, con la ansiedad ilusionada de sus veinte años. Pero a pesar de todo, a ratos, se

aferraba con fuerza a su anhelo de hacerlo como lo imaginó, en la brumosa subconsciencia de sus esperanzas. Empero, sentía que un desapego le nacía, casi bruscamente, un cansancio de redimirlo en su ilusión. A veces casi sentía alegría de aquellos enredos de Fernando con la Abril. Su dolor, henchido de celos, después de la crisis del sentimiento, había dejado irse la lava ardiente de su corazón en donde sólo quedaba una desvaída fragancia de algo al cual ni siquiera concedía el prestigio añorante de las horas de recóndita y dulce intimidad.

Y cuando Arlegui le explicó, por la noche, los propósitos que le manifestara a doña Lucrecia, ella se lo quedó mirando con una sorpresa que tenía mucho de curiosidad y de extrañeza. Reclinada sobre los almohadones estuvo un largo rato, en silencio, tal si su pensamiento preocupado de algo que lo obsediara, no pudiera retrotraerse al momento. Por fin, tirando a los pies de la cama, el libro que leía, le dijo.

—¡Pero mi hijo, que te pasa! Estimo que sería la mayor locura abandonar a la tía Quecha, a donde estamos tan bien. Además, creo que no debes olvidar que a ella, le debo todo en la vida. Ha sido mi madre, mi hermana, mi amiga. Sería inhumano dejarla sola, ahora.

Fernando, sentado en el borde del lecho, la miraba enfurruñado, con el ceño contraído y hosco:

—Me parece que el primer deber de una mujer, es darle gusto a su marido. Es un deber y una obligación. Yo te advierto, y es bueno que lo sepas luego, que no admito ni admitiré jamás, la intromisión de nadie en mis asuntos privados; menos tendré paciencia para soportar a una señora maniática.

Mercedes se acomodó en las almohadas, y estirándose las mangas del paletó de dormir, le miró a los ojos:

—La tía Quecha, es demasiado buena. Tal vez si fuera su hija no me querría tanto, al extremo de afligirse por cualquiera insignificancia que me pase. Llevada por su cariño, le ha dado más importancia de la que merece, a ese asunto tuyo con la mujer de un circo que vino a Temuco. Te hablo de esto únicamente,

porque viene al caso y no porque le dé alguna importancia, a la mujer ésa.

Una sonrisa burlona entreabría los delgados labios de Arlegui:

—Haces muy bien, porque la señorita a quien te refieres, es una artista, cuya cultura y trato exquisito, está muy por encima de todos estos chismes aldeanos. No es de esas beatas que se escandalizan hasta de ver volar una mosca. Por otra parte, nuestra amistad, no ha tenido mayor proporción que la que debe haber entre un caballero y una señorita.

Mercedes, con el codo apoyado en la almohada, sosteniendo su cabeza en la palma de la mano, le oía ahora sin mirarlo:

—Yo no lo dudo Fernando. Y haces muy bien en cultivar relaciones con personas tan finas, cultas y distinguidas, como la señorita ésa. El error tuyo, fué haberte casado con una aldeana, beata por añadidura, que no podrá jamás proporcionarte esa satisfacción espiritual.

Arlegui, que se paseaba oyéndola, sin hacer otra cosa que sonreír irónicamente, se detuvo de pronto frente a su mujer, para decirle con voz dura e imperiosa.

—Bueno, todo está muy bien. Pero terminemos este asunto. Y de los dos, el que manda soy yo. Desde mañana Ud. se va conmigo a Villa Hermosa, al departamento que el molino me da para vivir. Puede Ud. venir a ver a su tía, cuando le parezca, pero no estoy dispuesto a seguir haciendo el papel de pariente pobre, en esta casa.

Mercedes se había sentado en la cama. Dos lágrimas grandes temblaban en sus ojos.

—Fernando—dijo—sería yo la primera en estar a tu lado, si hubiera un motivo realmente justificado. Comprendo mis deberes. Pero ahora creo que no podré hacer lo que me pides. Es un capricho absurdo que no puedo aceptar.

—¿De manera que te niegas a obedecerme?

—Sí, en esto sí.

Su voz era ronca, amarga, dolorosa. Era la primera disputa

seria entre ellos; pero en sus palabras hubo una decisión irrevocable. Fernando, ahora se desvestía lentamente murmurando en tono zumbón y amenazador:

—Está muy bien, está muy bien.

Y desde aquel día empezó una verdadera víacrucis para las dos mujeres. Arlegui se mostró cínico y desvergonzado. La Abril, había vuelto a Temuco, en donde él le había arrendado una casa, haciendo pública ostentación de vivir con ella. Muchas veces llegaba al amanecer a la quinta, ebrio, lanzando juramentos y profiriendo amenazas. Y una mañana llegó a levantar la mano sobre Mercedes que desde ese momento le perdió el último resto de afecto que la ligaba a él.

Hasta que ocurrió, lo que dió motivo a su separación de hecho. Después de defraudar al molino, en una fuerte suma que debía cancelar en obligaciones bancarias, Arlegui huyó con la Abril. Decíase que a la Argentina. Ojalá hubiera sido al fin del mundo. Por lo menos así lo deseaba doña Lucrecia para la tranquilidad de Mercedes.

V

Después de las horas de clase, Andrés García sentíase desorientado, sin ubicación, en aquel pequeño pueblecito. Se iba caminando, a lo largo de la avenida de acacios, por donde se marchaba todas las tardes la señorita Mercedes, guiando su pequeño cochecito hasta su quinta de Colliguay. Poco a poco, se fué habituando a esa vida apacible y monótona. En la casa de la familia Loyola, donde sólo por excepción, solía llegar algún viajero, la familia, después de comer, se reunía en la pieza del costurero, donde rezaban el rosario. En seguida Elena, leía con voz lenta, algún capítulo de los folletines de Carolina Invernizio o Luis de Val.

García se sentaba en un rincón, sin hallar la manera de participar en las conversaciones que allí se suscitaban. Sentía su vida vacía y sin objeto, sin nada amable que la apartara un poco de su desesperante quietud. A veces, cosa que le alegraba mucho, la tertulia se animaba, pues venían de visita las Quezada. Doña Celia con sus dos niñas, altas, robustas, casi atléticas. Entonces se jugaba a la lotería; doña Teresa y Elena participaban en el juego, mientras doña Celia conversaba en un rincón, junto al brasero, con la señora Carmela.

Doña Celia, era una viejecita alta, seca, con ademanes y maneras muy pulcras. Siempre estaba conversando de su últi-

mo viaje a Santiago y de los prodigiosos adelantos, que según ella se producían allí.

—Si Ud. viera Carmelita, ¡cómo está ese Cerro Santa Lucía! cada día más lindo, no me diga, si parece que una rejuvenece al verlo. Allí en Santiago, estas chiquillas no me dejan parar, cuando vamos. Es otra vida Carmelita, otra vida. Sólo con ir al centro, ya es una fiesta. En los días que nos vinimos iba a llegar el príncipe de Prusia, y ya se estaban haciendo todos los preparativos para recibirlo. Nosotras sentimos tanto no habernos podido quedar para verlo a su llegada! ¿Se imagina Ud. con qué pompa, viajarán esos hombres? Lo único, que si una no tiene allá su casa, es plata la que se necesita para gozar. Pero allá se vive, Carmelita...

Doña Carmela, sonreía plácidamente. Ella se sentía muy bien en Villa Hermosa. Sólo la necesidad la hizo ir a Santiago en dos o tres ocasiones. A ella le mareaba ese movimiento, ese bullicio.

—No me hable Celita. A mí me enferma Santiago. Ni andar tranquila se puede. Y tanta gente mala que hay allá. Los diarios no hablan de otra cosa.

Griselda, la mayor de las Quezada, se escandalizaba al oírla. Levantando la vista del tarjetón de la lotería, preguntaba a García:

—¿Oye lo que dice la señora Carmela? ¿No es cierto que no hay cómo Santiago?

Un mundo de visiones desoladas pasaban por la mente de García, que respondía desganado:

—Según y como—yo pienso que para vivir en Santiago se necesita dinero. De otra manera, a mi modo de ver, es preferible la vida en provincias.

—Lo que es nosotras no podemos pasar ningún invierno sin ir a Santiago, —contestaba Griselda. Yo no veo la hora que mi mamá venda la hijuela para irnos a vivir allá. Ya ven Uds. las Pérez tan bien que están. Hasta la Elcira que era bien desengañadita, está de novia. Lo que aquí...

—Es verdad—decía maliciosamente doña Teresa cerrando un ojo con una sonrisa llena de picardía—aquí nosotras las niñas no tenemos esperanzas. Hasta yo tengo deseos de irme a columpiar a la capital. A lo mejor, algo me resultaba. ¿Qué no habrán también algunos aburridos de su vida, que se interesen por las que dejó el tren? ¡Qué le parece don Andrés!...

—Por qué no, pues señora,—contestaba éste riendo.

En la pieza vecina, doña Carmela preparaba el té, que luego ofrecía cariñosa y jovial:

—Bueno pues, dejen un rato su juego, para que tomemos una tacita de agua caliente.

—Por Dios, señora Carmela—protestaban las visitas—Ud. siempre molestándose.

Algunas noches venía don Pedro Arriagada, el dueño de la tienda del pueblo. Era un beato solterón muy ceremonioso y cortés. Invariablemente llegaba con una cajita de pastillas de salón de las que ofrecía con su mejor sonrisa, a los concurrentes, inclinándose con grandes reverencias. Hacía siempre especiales atenciones a Ester, la menor de las Quezada, que se mostraba un tanto esquiva con él. Arriagada después de ofrecerle a todos, recorría la sala con la mirada diciendo:

—¿No queda nadie sin servirse? Bueno, entonces sírvete tú Pedro, también tienes derecho.

Y con la misma ceremonia, sacaba una pastilla de la caja, para guardársela en seguida en el bolsillo del chaleco.

De aquel Arriagada, se contaba en el pueblo, las más divertidas historias. Era, dentro de su cursilería un hombre correcto, pacato, casi tímido. Pero cuando tomaba unos tragos, se volvía un tigre según la expresión de Jara, uno de los mozos del pueblo. A veces solían suscitarse algunas discusiones de carácter religioso, tema que le apasionaba, entre él y algunos de los pocos jóvenes que vivían en Villa Hermosa, y que pasaban a verlo por las tardes. Arriagada detrás del mesón, defendía sus principios ardorosamente, enredándose a veces en tremendas disquisiciones sobre la existencia de Dios, y de como él, había hecho

conocer sus leyes a los hombres. Reforzaba sus opiniones, con la de Manuel, el dependiente.

—Ud. será muy mi amigo, pero esto no lo acepto. No y no, y no. La confesión no es mala, mi amigo. Es el alivio del alma. El refugio del hombre pecador, el descanso de la conciencia. ¿No te parece Manuel?

Manuelito, como todos le llamaban, era un muchacho rubio de pelo rebelde, y aire cándido. En el rincón, donde estaba la sección almacén, pesaba una libra de clavos, o sacaba grasa de pino del barril, colocado en la entrada del negocio. A veces Arriagada lo pillaba desprevenido, hablando con un cliente al cual despachaba:

—¿Un kilo de grampas, me dijo?—Y luego volviéndose presuroso hacia el patrón: —Chis, claro pues don Pedro, todo buen cristiano se confiesa.

En tanto, don Pedro, hacía pasar a sus amigos a la tras-tienda. Con alegre sonrisa les prevenía:

—Ante todo somos caballeros. Yo respetó sus ideas. Respétmenme las mías y tan amigos. El hombre por la palabra... y, ya saben Uds., lo demás.

Entretanto, descorchaba una botella de vino, del más ordinario que vendía en su negocio.

—Una copa mis amigos, viene bien para el frío y para alentar la confianza.

Los invitados se sentaban sobre los sacos de arroz, en los cajones de azúcar o de galletas. Don Pedro, entonces mientras más repetidas eran sus libaciones, mayor era su elocuencia. Afuera Manuel se hacía tres, para pesar la harina, la manteca, o medir el tocuyo y el diablo fuerte de la tienda. Cuando ya las sombras comenzaban a invadir el recinto, cerraba las grandes puertas, ponía las trancas y se disponía a retirarse.

—¡Manuel! No te vayas, Manuel—gritaba entonces la voz enérgica de don Pedro. —Ven acá para ayudarme a convencer a estos amigos. Herejes pero buenos amigos, no lo podemos negar.

Los amigos comenzaban a hacer concesiones. La confesión

en realidad se podía aceptar; la comunión también. Sí, era cierto, el hombre necesitaba el freno de la religión para contenerse. Entonces don Pedro, furiosamente, desclavaba cajones de galletas, o abría tarros de salmón y sardinas. Tito Jara el ayudante de la contabilidad del molino, uno de los más descreídos, mostrábase emocionado y decidido partidario de las doctrinas sustentadas por Arriagada. Con un pedazo de queso en una mano y el vaso de vino en la otra, declaraba solemnemente:

—Me ha convencido don Pedro. Mi palabra. Yo desde mañana comienzo a asistir a misa. Todavía es tiempo de salvarse.

—¡Sursum corda! —gritaba don Pedro en el colmo de su entusiasmo. —Mientras el corazón lata, mis amigos, el alma puede recibir el aroma de la fe. De la fe que es como la fragancia de la flor del paraíso.

—¡Preludio del concierto celestial!—completaba Jara, cerrando un ojo tras de Arriagada, a los demás que hacían prodigios para no reírse.

—Exacto, exacto. La fe, mis amigos, es el preludio de todas las dichas que tendremos en nuestra vida futura y eterna.

Aquellas improvisadas reuniones, terminaban, a veces, en forma tumultuosa. En una ocasión en que se encontraba el Obispo de la diócesis, de visita en Villa Hermosa, a don Pedro que había estado echando sus copas, se le ocurrió ir a presentarle sus respetos. Pero en la casa parroquial, donde el Obispo se alojaba, no le abrieron por ser ya un poco tarde, o porque el prelado se encontraba descansando. Arriagada, que esa noche estaba «más tigre» que nunca, aquello lo tomó a desprecio y a orgullo. Fuera de sí se encaramó en el tabladillo donde solía tocar la banda, para lanzar un discurso incoherente y terrible, en contra de aquellos, según él, falsos apóstoles del divino Jesús. Estos, al revés del maestro de la humildad, andaban en coche con llantas de goma, y sólo amaban el lujo y el dinero.

Aquello, naturalmente constituyó el escándalo más mayúsculo. Se levantó la mitad de la población para llevarlo en vilo, y a viva fuerza hasta su casa, donde aun continuó perorando. Pero

al día siguiente cuando le informaron de lo que había hecho, se sintió tan mal que cayó a la cama. Manuel, el dependiente, contaba que en los días que siguieron al incidente, pasaba largas horas como atontado, o rezando de rodillas en la trastienda, sin atreverse a salir hasta el mostrador.

Pero de aquello ya hacía un par de años largos. Ahora Arriagada, cuando salía, sólo era para hacer visitas de familia, según su propia expresión. Nada de tragos ni peloterías, ya estaba viejo para esos trajines. Pastillas de salón, pasteles o chocolates eran ahora sus aficiones. García lo conoció en la casa de la señora Loyola, y desde ese día Arriagada le manifestó mucho aprecio.

—Es un joven muy serio—decía—. Sobre todo tan prudente y educadito.

A García le agradaba y entretenía don Pedro. Era un tipo curioso. Un tanto amanerado y cursi, pero con un no sé qué de simpatía que en realidad lo hacía apreciable. Luego de sentarse donde las Loyola, su frase invariable era:

—¡Pero por qué estamos tan tristes! No es posible. La vida debe ser alegría. Y sin música no hay alegría. ¿No le parece don Andrés?

Y sin esperar respuesta, se iba a buscar la guitarra, a la cual quitaba la funda, con amorosa solicitud. Con ella se iba donde Ester Quezada, quien después de muchos remilgos la aceptaba:

—¡Por Dios, si estoy tan ronca! No puedo cantar. Les voy a tocar para el oído no más.

—No es posible señorita Ester. Así bajito como el otro día. ¿Se acuerda? Nosotros la acompañamos. La copa del amor... No me canso de oírla.

Ester después de muchas tosecitas, carraspeos y protestas, comenzaba:

Por aquella calle viene
el moreno a quien yo adoro
y en su bella mano trae
una hermosa copa de oro.

Y en la copa de oro trae
el veneno del amor...

—¡El veneno del amor! —cantaba Arriagada, mirándola con su más afectuosa sonrisa. Y luego: Qué veneno tan agradable es este del amor. ¿No le parece, don Andrés? ¿No moriría Ud. envenenado con amor?

Doña Celia, comenzaba a arreglarse su pañuelo de rebozo y el velo con que se cubría la cabeza.

—¿Qué hora es, Carmelita?

—Van a ser las once.

—Por Dios, qué escándalo! A estas horas en la calle. Vámonos chiquillas.

Si llovía, en el pasadizo, se calzaban los zuecos, y una vez en la calle se apretaban las tres bajo el enorme paraguas. Don Pedro las solía escoltar hasta la puerta.

García quedábase solitario, sentado, fumando junto a la ventana. Recordaba sus noches en el «París Soir». A las diez u once aquello era un convento. El bullicio y la jarana, recién comenzaba a las 12. En tanto, aquí en Villa Hermosa, ya las nueve de la noche era una hora avanzada. Largo rato se entretenía en mirar hacia la calle haciendo conjeturas de lo que pudiera haber entre el misterio de aquel hueco obscuro, negro con la sombra de los árboles, en donde reinaba un profundo silencio. A veces lo interrumpían algunos peones ebrios, que volvían de alguno de los chinceles del pueblo. Sus voces estrepitosas tenían una extraña resonancia en la honda quietud. Luego tornaba la calma y sólo se oía el blando rumor de los acacios movidos por la brisa.

Y no obstante advertía que una dulce esperanza iba entrando en su corazón. Había algo que le decía que ya su vida no era tan inútil. Un sentimiento nuevo, indeciso como una canción lejana le hacía soñar ¡Mercedes! Rechazaba obstinadamente su recuerdo como si presintiera que esa mujer cuyo nombre le rebullía adentro como una caricia, sólo le traería sufrimientos. Pero la soledad le empujaba a recordarla, a cobijarla en el rin-

cón más íntimo de sus pensamientos. García era un soñador, pero su timidez nunca le acercó a una mujer con un llamado tan intenso; intenso y dulce a la vez, como un secreto y esparanzado refugio. Su risa sana, su cuerpo gracioso, sus ojos confiados de mirada franca y serena llegaban hasta él como un efuvio. Recordó su primer día en la escuela. Los niños formados en el patio, le miraban curiosamente. Mercedes frente a ellos, muy formal, les recorría con una mirada que trataba de hacer severa. Luego les dijo:

—Este caballero, es el señor García, el nuevo maestro que tendrán Uds. Deben respetarlo y obedecerle como si fuera yo misma. Salúdenlo.

Los chicos, unos más lerdos que otros le habían salutado descompasadamente:

—¡Buenos días, señor profesor!

García se había encendido para contestar todo confuso:

—¡Buenos días, niños!

Después Mercedes recorrió la fila, revisándoles las manos, el pelo, la cara, la ropa.

—Tú, Crisanto no te lavastes hoy. Sucio no más. ¿No sabes que debes asearte apenas te levantas?

El chico se mostraba, asustado, confundido.

—Es que me mandó mi mamita... Tuve que ir al trabajo a dejarle el desayuno a mi papá.

—¡No es cierto, señorita! —gritaba uno del extremo de la fila. Estaba jugando denantes ese niño. El papá come en la misma hacienda ahora.

—¡Síííí, cuando!... No es cierto, señorita.

—¡A lavarse!

Después con voz breve ordenó:

—Marchen.

Golpeaba las manos para llevar el compás de la marcha. Los chicos daban una vuelta por el patio, antes de entrar a la sala.

—¡No pierdas el paso, José!

—Un - dos - un - dos...

Luego, un gran alboroto al entrar. Gritos, golpes, pellizcos y moquetes disimulados. Sólo cuando la señorita Mercedes recorría la fila, los chicos se mostraban formales.

Poco a poco, García se fué acostumbrando a aquella vida tranquila. Entre los chicos fué escogiendo sus amigos. Con ellos jugaba a las bolitas o a la barra, o en un rincón del patio les leía algunos cuentos de Calleja.

Mercedes, próxima a él, era su bella animadora. Sonriente le miraba con la misma confianza que usaba con los niños. Sentíase así, dulcemente protegido; que un afecto suave, que una cordial simpatía nacía entre ellos. En sus horas tristes, ahora le era grato acercarse a ella, cuando se entretenía con los más chiquitos en las horas de recreo, en juegos de rondas y canciones infantiles. En esos momentos los chicos ponían nervioso a García y sin motivo justificado los reñía. Era un ansia de reconcentrarse en sí mismo para oír la voz de Mercedes, que le llegaba como un susurro o como una luz; cada uno de sus pasos los sentía sobre su corazón. ¡Ay! qué dulce herida dejaban sus pies en su sensibilidad. Un día, Mercedes, le sorprendió tan extasiado en su contemplación, que temerosa de que los mayorcitos lo advirtieran, le dijo sonriendo:

—¿Qué le pasa García?

Y ella misma sintió que sus palabras eran trémulas, que su respirar era agitado y que aun cuando trató de dar a su voz un tono de broma, una dulce ternura le había salido de adentro, repentinamente, como aparece un rayo de sol al filtrarse por las rendijas de un cuarto oscuro. García, en silencio inclinó la cabeza, pero en sus ojos azules hubo una llamarada tan intensa, que pareció que se le habían agrandado en una afebrada y repentina alucinación.

Ella le había dicho, García, así, en una súbita intimidad suprimiendo el señor, como si comprendiera que era un estorbo que les impedía acercarse.

V I

—¡Hasta mañana!

En la puerta de la escuela, García con el sombrero en la mano se despedía de ella. Era para él, siempre un momento de indefinible tristeza. ¿Qué haría Mercedes durante todas esas horas? ¿Le recordaría siquiera un instante? ¿Golpearía alguna vez el eco de su voz en su recuerdo, cuando se recogía en sus pensamientos?

Y en ese momento cuando Mercedes, con su blusa de seda blanca bajo el paletó granate, se inclinaba sobre el pescante de su cochecito, para despedirse, él trataba de mirarla entera, desde los pies hasta la cabeza, donde los cabellos negrísimos hacían resaltar la blancura de la piel. La «Chaquira» en tanto, manoteaba impaciente deseosa de ir a disfrutar del pasto jugoso en el potrero de la quinta.

Mercedes a veces lo veía tan triste, que se demoraba en irse forcejeando con la bestia que estironeaba las riendas, mientras conversaban de cosas sin importancia, en que, sin embargo, habían escondidas sugerencias y silencios inquietantes. Por fin repetía:

—Hasta mañana, ¿no?

Y aquel ¿no? era como una promesa, como una dulce complicidad o como una bella cita en la cual ambos quedaban de acuerdo.

Una de esas tardes, Mercedes sentada en el coche, conversaba de los niños, de la pobreza de sus padres, motivo que disminuía la asistencia a clases. García, junto al coche, la escuchaba como si estuviera muy lejos con su pensamiento.

—En realidad, señorita, es triste todo eso—respondió al fin, pero a veces la pobreza no es lo que más nos hace padecer. Se me ocurre que hay ocasiones en que uno desearía ser bien pobre, pero tener siquiera un afecto que disipara la pena de sentirse tan solo. ¿No le parece a Ud., señorita?

Ella le miró a los ojos. En esa palabra «señorita» ponía García su ternura más honda, era como si ilusionado se olvidara del estado civil de ella y se aferrara a la idea de que era libre y así, alguna vez podría retornarle con otra palabra afectuosa ese tratamiento. Sonriendo, le contestó:

—De veras, tiene Ud. razón. La vida siempre es incompleta, contradictoria, pues nunca se tiene lo que se quiere, o lo que esperamos, llega cuando no lo podemos recibir...

Y como temerosa de haber traslucido lo que sus pensamientos ocultaban, estironeó las riendas de la yegua exclamando:

—¡Sociego, Chaquira! ¡Es más hambrienta esta yegua! Por las mañanas apenas tranquea cuando venimos, pero a la vuelta se va como disparada.

García, aparentando no haber oído estas palabras, contestó:

—Creo que en la vida hay que saber esperar, y nunca es tarde para alcanzar un poco de dicha. Y la dicha sólo se consigue...

Una súbita confusión le asaltó. Encendido, como le pasaba siempre, tartamudeó mirando al suelo, sin atreverse a concluir su pensamiento. Ella con las riendas listas y una sonrisa adorable y maliciosa, le preguntó lentamente:

—¿Cómo?

—En el amor de dos seres, en ese amor que se alza por encima de todo, para oír únicamente la voz del corazón.

Ella tuvo un gesto desencantado:

—¡La voz del corazón! ¿Existirá esa voz de que habla Ud.? Yo

por lo menos lo dudo, mejor dicho creo que no existe. Una vez creí oírla, pero seguramente me equivoqué, pues, si es así, no tiene nada de hermoso, de esa cosa tan grande de que hablan los libros. Y a propósito de libros, ¿no tiene Ud. otro más alegre que ese que me prestó ayer? Ese «Poquita cosa» es tan triste, que es como para ponerse a gritar de pena. Y para penas, nunca nos faltan más de alguna...

Y como si enervada, quisiera descansar de esa tensión, siguió hablando, en voz baja, suave, afectuosa, como en una confidencia:

—Me he fijado que a Ud. García, le gustan mucho los libros tristes. Ud. también es así... ¿Por qué? Es cierto, también, que debe encontrarse muy solo aquí. Uno de estos Domingos tiene que ir a almorzar conmigo a mi casa. ¿Quiere?

Aquella última palabra, fué para García como una caricia, como una flor olorosa que le hubiera rozado la cara. No le contestó, pero sus ojos azules se agrandaron en una mirada rendida, casi humilde, cuando ella alzando la mano enguantada le gritó desde el coche en movimiento:

—¡Hasta mañana!

Quedóse solo sobre la calzada. Pronto el cochecito se perdió en una nube de polvo y luego en una curva del camino. Sentía entonces una verdadera necesidad física de seguir andando, en la misma dirección. Sobre el camino se amontonaban las hojas marchitas. Era el Otoño. Pasaban las carretas cargadas de choclos y de porotos cuyos capis desteñidos se asomaban por entre la quinchá. Muy pronto las sombras caían sobre las huertas silenciosas arrebujándolo todo de misterio. En los aguazales las ranas comenzaban su tonada trémula y descompasada, mientras como pájaros invisibles y doloridos venían desde el fondo de la calleja las campanadas que llamaban a la oración de la tarde. Pequeños rebaños de lanares cruzaban el camino para entrar con gran alboroto de estrellones y balidos en alguna puerta a medio abrir. Alguna vaca volvía la mansa cabeza para bramar sosegadamente, esperando al ternerillo rezagado, entretenido en

despuntar las ramas bajas de los álamos. Todo a esa hora se empapaba en melancolía. El canto de un pájaro, el rechinar de una puerta sobre sus goznes enmohecidos, el grito de un niño que traspasaba las sombras, adquiriría un acento extraño y triste. Un vientecillo trasminante gemía como una trutruca indígena en la oquedad de los tranqueros.

García sentía entonces una angustia tan punzante que era casi una enfermedad. Tal si sus pensamientos dolorosos le flagelaran la carne y le maceraran el estómago. Experimentaba la necesidad de tenderse, de no hablar, de recogerse en el silencio para oír el acento lejano de la voz de ella, de Mercedes, cuya partida le hacía el efecto de una desgarradura física.

Tendido sobre su cama, oía el gri-gri, apenas perceptible de un grillo, o la musiquita del viento en una rendija. Poco a poco, su risa, sus pasos, sus actitudes, su voz, le llenaban la mente por completo. La veía graciosa, cuando en el patio hacía gimnasia a los chicos, y tomada de la mano con ellos, giraba en rondas juguetonas. Sus piernas mostraban entonces mejor que nunca, su curva fina y ágil. Su talle flexible se movía con la misma facilidad que los chicos. Su boca de labios un poquito gruesos, se encendía como una fruta madura, como una cereza que convidara a morderla.

Una intensa agitación ponía una sensación tremante en el cuerpo. ¿En qué iría a parar aquello? Una voz cruel, lejana, insistente le golpeaba el cerebro. ¡Nunca! Nunca serían para él ninguno de los encantos de esa mujer, cuya belleza parecía florecer en cada mañana y adquirir un matiz más atrayente para sus ojos admirados. ¡Nunca! Jamás besaría su boca, jamás su rostro se inclinaría sobre la tibia seda fragante de sus cabellos. Y de pronto, una ansia ardiente lo quemaba, lo calcinaba. Veía sus senos, sus muslos tibios y dulces, su sexo, lámpara ardida de misterio, principio y fin de la dicha, en donde se adormecía el divino estremecimiento. Y entonces los pensamientos eran corceles locos, desatados, esparrancados después, jadeando sin poder seguir huyendo de aquella llama devorante. Hasta que

encontraba sus ojos. Sus ojos hondos, remanso de suavidad, de promesas infinitas, oasis de frescura, de calma que le llevaba nuevamente a su éxtasis, a sus rosados caminos de ilusión. Desesperado se ponía de pie. Se empapaba con agua helada la cabeza, y fumando cigarrillos unos tras otros, se paseaba con ganas de acostarse, de salir, de correr o de gritar. Iba a la mesa, sin deseos de comer, sintiendo una inquietud apremiante, que a veces lo hacía ser huraño con las gentes de la casa, en medio de las cuales, sentía cada vez más, la intimidación del hogar. Doña Teresa le solía embromar:

—Algo le pasa a Ud., señor García. ¿Que no le han escrito de Santiago? Alguna ingrata será. Pero si lo olvidan, haga Ud. lo mismo. Yo creo que por aquí no es tan difícil encontrar un consuelo.

García sonreía sin ganas. Más de una vez al levantar la cabeza, vió sobre él la mirada de Elena, en la cual no supo explicarse si había admiración o curiosidad. Aquella chiquilla tenía algo de flor de invernadero, demasiado frágil físicamente y en extremo sensitiva y retraída. Había en ella esa belleza fugaz del sol invernal cuando aparece por entre las nubes, pues tras una sonrisa su mirada se tornaba esquiva y casi huraña. Algunas veces García pensaba que podía intimar con ella, y poco a poco hacer nacer un cariño. Quien sabe si así conseguiría olvidar aquella otra que jamás sería para él. Pero las palabras no le salían. La conversación languidecía y terminaba por levantarse de la mesa para ir a pasearse por la calle solitaria.

En una de esas ocasiones se encontró con Arriagada, quien le presentó a Alfonso Fuentes, estudiante de agronomía que abandonó sus estudios y vivía allí con su madre. Esa misma noche conoció a Pedro Torchi, un joven italiano, técnico del molino; y a Vicente Galarce, hijo de un hacendado de la localidad.

Lo convidaron a la celebración de un santo, en casa de don Francisco Céspedes, dueño de una hermosa hijuela al otro lado de la estación.

—Vamos compañero, allá va a conocer un par de chiquillas como se pide. De lo bueno, bueno...

—Puro y garantido, mi alma—dijo Galarce bromeando.

Deseoso de distracción, aceptó agradecido. Por el camino se les unió Javier Méndez, que era el comandante de la Policía Comunal, y Tito Jara.

—Hombre, y yo casi la pierdo—dijo Jara. Estuve toda la tarde con un dolor de muelas tremendo, que me tenía desesperado. Por suerte con unas obleas que me mandaron de Temuco, se me quitó, aún que siempre tengo muy delicado la parte de la muela.

—¡Qué barbaridad!—exclamó Méndez—Ud. sufre porque quiere pues compañero, cuando con una gotita de parafina no siente más la muela. Es maravilloso el efecto que hace.

—No hay caso—replicó Jara riendo—Ud. señor García, ¿no conoce al médico más prodigioso de estas tierras? Aquí lo tiene pues. Es el doctor Parafina. Este doctor receta la parafina hasta para las enfermedad del amor...

Lo pasaron magníficamente en casa de la familia Céspedes que era una gente simpatiquísima. En un ambiente muy cordial y alegre la fiesta se desarrolló hasta que aparecieron las primeras luces del alba. Las dos chiquillas, Nora y Elba, eran bellas y graciosas, llenas de amable condescendencia en todo lo que ayudara a animar la fiesta. Nora, de rostro casi perfecto, estaba, a instancias de su padre, de novia con Juan Osore, un vejete muy relamido, gerente de la feria de Temuco, y hombre de muchos pesos. Esa noche con su cuello alto y almidonado, rendía el máximo de sus últimas gallardías sacando en cada baile a su novia. No obstante, Tito Jara que todo el tiempo hacía chistes, celebrados ruidosamente por la concurrencia, la sacaba de nuevo a bailar, apenas Osore fatigado y tembloroso la dejaba en su asiento.

—No sea tan abusador pues don Juan. Déjenos siquiera alguna vez bailar con la Norita, ahora que todavía está soltera. ¡Qué más irá a ser después! Por Dios, ¡que hombre tan terrible!...

La señora Céspedes, tocaba el arpa maravillosamente. Elba la acompañaba en la guitarra y Nora cantaba con una voz dulce, un poquito nasal en la que había cierto inflexión de tristeza. Las bandejas se sucedían unas tras otras. Siempre se encontraba motivo para servirse mistela, apiado, ponche, etc. Tito Jara, tenía una especial preocupación por servirle tragos a Osore, cuyo cuello almidonado, se arrugaba en grandes canalones de sudor.

—¡Este don Juan es muy gallo! Así hasta quién no espera— le decía Jara dándole confianzudas y amistosas palmadas en la espalda.

—Y que más tiene pues joven Jara—contestaba el otro con cierta sonrisa de vanidad satisfecha que no sabía ocultar. Hable Ud. pues. Ahí está la Elbita que con alguien se tiene que casar.

Jara haciendo una morisqueta muy significativa, le decía en el oído:

—Si Ud. me da la receta... ¿qué nos demoramos? Todo creo yo que depende de la tinca que se le ponga. Pero de todas layas, para mí que en esta cuestión Ud. tiene sus secretos. Diga con franqueza don Juan, ¿qué le dijo a la Norita para enamorarla tanto?

Osore se refa plácidamente con las bromas de Jara, y sacando su pañuelo empapado en agua colonia, se limpiaba cuidadosamente los labios, como una mujer después de empolvarse.

—Bueno con el hombre éste, tiene obra y no la trabaja...

—Es que llegué atrasado don Juan, parece que Ud. se puso las botas de siete leguas, para dejarme tan atrás.

En tanto que los grados de alcohol subían, la reunión cobraba mayor animación. Alfonso Fuentes, gordo, casi obeso, con una mirada lejana y romántica en sus grandes ojos verdes, declamaba versos, a los cuales era muy aficionado, ante un grupo de muchachas que en un rincón de la sala le oían embelesadas. García, a quien los tragos habían dado una inesperada animación, bailaba un vals lánguido y arrastrado con Elba.

La señora Céspedes anunció de pronto:

—Tengan la bondad de pasar a la mesa. Por ahora se van a tener que sacrificar, para otra vez será mejor.

—Yo estoy dispuesto al sacrificio—gritó Jara—pero es preciso antes saludar en debida forma a la mesa. No podemos entrar sin bailar una cueca con la dueña de casa. El primer pie lo baila la señora con don Pancho, el segundo Pedro Arriagada, y el tercero esta «mamita» con la señora, si acaso todavía es tan «afamada» como dicen.

—¡Hurra!—gritó en ese momento Arriagada, que a pesar de toda su compostura, pues Ester Quezada era de las invitadas, comenzaba a sentir unos ímpetus terribles. Eso se llama hablar bien, y ¡viva la alegría!

—Ya Torchí, has de cuenta que estás en el Piave. ¡Al piano, al piano!

Torchí que era un mozo simpatiquísimo, de un salto estuvo junto al piano. Nora, con los ojos hondos, tristes, como si soñara, sacaba acordes dulces, gemidos largos y armoniosos al arpa. Y de pronto, como un grito, como un lamento, que era también un ruego amoroso, surgió la voz de la chiquilla:

El clavel y la rosa
se enamoraron, se enamoraron
los claveles y rosas
siempre se amaron...

La dueña de casa, muy alegre bailaba ante la expectación risueña y cariñosa de los convidados. Don Pancho gallardamente trataba de arrinconarla, pero ella en la vuelta, recordando sus mejores tiempos le atajó con un zapateo tan gracioso, que la concurrencia les lanzaba los más entusiastas epítetos.

—Ese no es clavel, parece cardo por lo espinudo!

—¡No lo mate doña Rosa, por Dios!

—¡Pásenle un abanico, para que pueda respirar!

El piano parecía crujir, mientras Torchí con su voz arreve-

zada de italiano, seguía a Nora en su canción. Jara de un brinco se interpuso de pronto gritando:

—¡Yo lo defenderé don Pancho antes que lo maten!

La señora Céspedes, tenía fama de bailar bien la cueca. Había en ella toda esa gracia típica y sabrosa de los gloriosos tiempos de nuestra danza. Y entonces fué tal la alegría y el entusiasmo, que la casa daba la impresión de venirse abajo. Tito Jara que se creía un maestro, se encontraba con la horma de su zapato. En el centro de la sala, sus cuerpos seguían las mismas inflexiones de la música, ya ondulando, ya zapateando o persiguiéndose en avances y amagos maliciosos e intencionados.

De pronto, Jara, con esa galantería del hombre que siente la necesidad de rendirse ante una mujer, abrió los brazos gritando:

—¡Auxilio, auxilio!

Arriagada, Vicente Galarse y el mismo Torchi que daba unos saltos estrafalarios, lo reemplazaron frente a la señora, mientras Jara ahora apaleaba el piano en forma estruendosa. Doña Rosa fué llevada después en triunfo hasta la cabecera de la mesa, en la cual se amontonaban frutas y viandas en forma verdaderamente fantástica. Pavos, tortas, dulces, licores. Tito se desesperaba:

—Yo me voy, señora Rosita. Después que casi me mata, no le tiene ni qué comer a uno. Es un verdadero abuso.

La alegría no decreció un momento. Los platos eran servidos por las niñas de la casa y por las Quezada. Tito Jara siempre inquieto hacía frecuentes incursiones a la cocina, no sin visible molestia de don Juan Osoreo que entonces le miraba con cara de pocos amigos. A la hora de los postres, don Pedro se levantó para brindar por la eterna paz cristiana de los dueños de casa y de las niñas, «dos capullos de rosa todavía en el pensil».

A pedido de la concurrencia, Alfonso Fuentes, recitó la «Canción del Camino» de Chocano, que fué entusiastamente aplaudido por don Pedro.

—¡Qué linda su poesía Alfonso! Es Ud. un gran poeta, lo felicito,

Alfonso, gordo, mesurado, le aclaró cordial y afectuoso.

—No son míos los versos, Pedro. Son de un peruano. Un bardo ilustre.

—¿Sí, no? Miren no más. No se puede negar que es inteligente el peruano ¡inteligente, inteligente! Pero los versos, en estos casos, son del que los dice, así como las canciones son de la cantora cuando las canta bien.

La guitarra estaba ahora en manos de la señora Céspedes, que cantaba una especie de redondilla, dirigida a cada uno de los comensales y comenzaba así:

Estando en la reunión
hay que seguir el destino
sírvasle su copa, su copa de vino
sírvasela toda la copa de vino.

El último verso se iba repitiendo hasta que el aludido vaciaba su copa. Entonces la cantora seguía con el más próximo hasta dar vueltas la mesa. Todo aquello con graciosas variantes que eran muy celebradas.

Aquella fiesta dejó imborrables recuerdos en todos los asistentes y sus incidencias fueron el comentario obligado durante muchos días. Para Andrés tuvo un sabor novedoso y grato. Fué también el principio de otra vida más entretenida, pues en ella conoció a toda la juventud de Villa Hermosa.

No obstante, sus nuevas amistades a veces le producían un verdadero fastidio. Siempre la misma cosa: el chismecillo, el poker de veinte para cuarenta, los cuentos colorados y de tarde en tarde en las noches de luna, especialmente, algún paseo por la larga avenida de acacios. Una de esas noches llegaron muy cerca de la quinta de Mercedes. Desde un altillo, Fuentes, mostró a García la casa de ella, semienvuelta entre los árboles del jardín.

—Es una mujer que manda muchas fuerzas su patrona, compañero García—le dijo Jara.

—De veras—exclamó Fuentes, —y tan tonta que fué. Ese imbécil de Arlegui no supo lo que tuvo, era un farsante. La Merceditas merecía otro hombre, y no ese sinvergüenza, porque era harto dije y buena. Yo la conozco desde chiquilla...

—Como dije lo es todavía, y bastante—dijo García con insegura voz.

—¡Hem! Compañero no se entusiasme demasiado mire que ya andan moros en la costa—interrumpió Jara.

—No seas mala lengua Tito—intervino Torchi. Apuesto que ya quieres pelar a la señorita Mercedes.

García, sintiendo una tremenda angustia, una inquietud que no supo disimular, miró sucesivamente a sus acompañantes. Luego haciendo un esfuerzo supremo sonrió:

—¿Qué es eso de moros en la costa? ¿Qué es lo que quiere decir el amigo Jara?

El otro soltó una ruidosa carcajada.

—¡Caramba, con que esas tenemos! Calladito el hombre se quiere comer el dulce...

Calmosamente, Fuentes intervino, para explicar la alusión de Jara.

—No le haga caso a este gallo, porque es un frito. Lo que hay es que el visitador Olivares, viene muy seguido a verlas. Y Ud. sabe que pueblo chico, infierno grande. La gente dice que le hace el amor a la Merceditas. Yo, por mi parte, no lo creo. Es amigo muy antiguo de la casa. Posiblemente él le busque el ajuste, pero ella no lo lleva. Es medio cargante el tío ese...

—Arlegui era peor todavía...

—Sí, tal vez, pero por una vez eso está bien. No creo yo que la Merceditas vaya a hacerle caso a Olivares, que puede ser su padre. Lo atiende porque él es muy servicial con ellas. Creo que fué quien la metió a esa escuela, para que la Merceditas tuviera en que entretenerse. A mi parecer ahí no hay más que amistad. Así es que Ud. compañero, puede estar tranquilo...

Las últimas palabras dichas con socarrona y maliciosa in-

tención provocaron una explosión de risa, en la cual el mismo Andrés tomó parte, más luego serenándose dijo:

—Son Uds. muy bromistas y creo que lo hacen sin otra intención que la de pasar el momento, pero comprenderán que el hecho de que yo la encuentre más o menos bien a la señorita Mercedes...

—No cambie las palabras, denantes dijo que era dije, bonita.

—Todo lo que Ud. quiera mi amigo. Pero convengamos que es una señora y además es mi Jefe, le debo consideración y respeto. Una broma se convierte en chisme, el chisme en calumnia.

—No se ponga trágico, joven.

—No, es verdad lo que dice García—convino Fuentes. Es peligroso hacer bromas así. Para el momento pase, pero no para seguir las... a menos que el afectado dé motivos.

Alfonso Fuentes era un hombre bondadoso y sincero. Serio, conciliador, buen amigo, siempre intervenía en las discusiones más violentas con tan buen tino, que lograba apaciguar los ánimos y hasta hacer reír con una broma bien intencionada.

Siguieron caminando hacia Villa Hermosa. Era una noche de Junio, fría, silenciosa. La luna se mostraba, limpia, reluciente, al centro de un círculo que parecía haber sido trazado con un brochazo de nubes plumizas, en el cielo profundo. Cantaban lejanamente los gallos unos después de otros. Desde lo alto caía sobre la aldea una paz suave, empapada en blancura lunar.

VII

Un bordoneo monótono, llenaba la sala. Los chicos inclinados sobre sus libros estudiaban la lección en sus silabarios. Como las ovejas cuando lanzan un balido y todas las demás le siguen el mismo tono, los chicos se iban siguiendo el sonsonete. Por las ventanas entraba, el sol, un hermoso sol de Junio, que atemperaba el vientecillo áspero que se colaba por los vidrios trizados.

Pobres trajes de casineta, piececillos desnudos amoratados de frío, ojos claros, inteligentes, alegres y dulces, como una buena intención, algunos. Oscuros, taciturnos y esquivos, con los pómulos pronunciados, los más. Algunos distraídos miraban hacia arriba siguiendo un rayo de sol, que se quebraba entre las vigas, o se rascaban la cabeza con expresión despreocupada, pero cantaban igual que los demás:

—Federico - era - un - niño - muy - miedoso -

En tanto, García se paseaba entre los bancos, con el pensamiento completamente ausente, sin darse cuenta de lo que le rodeaba. Con el cigarrillo en los labios, y las manos en los bolsillos del abrigo, pensaba en lo que le dijeran sus amigos sobre Mercedes que en la sala vecina hacía su clase.

—¡Qué idiotez—pensó—¿qué saco yo con llevarme pensando en esta mujer? Convertirme en un imbécil y nada más.

Hay que buscar algo que nos distraiga y nos saque de esta obsesión ridícula. ¡Y no hay más!—grito de súbito en voz alta, dando un puñetazo sobre un banco próximo con tal fuerza que todos los chicos detuvieron su canturreo, para mirarlo extrañado.

—Estudien, estudien—dijo entonces confundido, como si sólo en ese momento se diera cuenta de que estaba en medio de ellos.

Los chicos tornaron a su bordoneo, mientras Andrés, prendía otro cigarro. Y de pronto la voz de Mercedes, surgió desde la otra sala, clara, suave, dulce como si estuviera soñando bajo la luna, y luego cristalina, como la de una chiquilla que soltara la limpia vertiente de su risa.

Es el sol, es el sol
lindo sol
cuyo rayo
me llamó...

García sintió entonces que aquel canto sencillo, se le entraba en esa voz, como una luz, como un aroma que le ponía alas y le hacía remontarse a una región de ensueño:

—Lindo sol, cuyo rayo
me llamó!...

¡La voz de Mercedes! Cerró los ojos para verla, para imaginarla frente a sus niños sosteniendo una pequeña regla, con los bellos ojos intensos, llenos de luz alegre y la boca encendida:

—¡Lindo sol!

De veras, era un rayo de sol que le llevaba por caminos hermosos. ¿Qué importaba sufrir? Sufriría en silencio guardando aquel tesoro de ensueño que su amor le ofrecía. Su vida era tonta, sin relieve, sin nada que le arrancara de esa monotonía de vivir sin esperar nada. Un día le sonreiría, otro cantaría como ahora y todo eso iría hasta su corazón como un rocío fresco, como una

huella que se abre paso entre sus pensamientos, peñas ásperas, donde no arraigó nunca una planta, de donde surgiera la gracia de una flor. ¿Quién sabía lo que guarda un destino? Cofre cerrado, entre sus secretos alguna bella sorpresa podría ofrecer. Acaso también, ¿no era posible que ella lo amara y ambos pudieran sentirse transfundidos en la transparencia de un afecto ideal?

Una limpia claridad ponía un rebullir confiado en su corazón. Toda su existencia, había sido de tristezas, de fracasos, de ansias jamás realizadas. ¿Por qué un día, no podía llegar hasta él, un poquito de dicha? En la sala vecina se había hecho ahora un silencio completo, pero su voz seguía cantando dentro de él. Una ternura inmensa, le subía hasta los labios, para pronunciar muy quedo, su nombre, su nombre que era tan lindo, porque ella lo llevaba: ¡Mercedes!

Lindo sol, cuyo rayo me llamó...

Y de pronto el hielo de la realidad, vino a echarle por tierra su alcázar de quimeras, un acontecimiento vulgar, al parecer sin importancia. La puerta se había abierto y por ella apareció un señor alto, vestido correctamente, junto a Mercedes. Bien parecido con un rostro bondadoso, pero con unos ojos inexpresivos, como si quedaran ausentes de su rostro cuando sonreía o hablaba. Traía una cartera de cuero bajo el brazo, y García antes que ella se lo presentara supo el nombre del recién llegado. Una voz que partió de su corazón ya se lo había dicho:

—El señor Olivares, —el señor García.

La voz de ella resonó en él como si tuviera una alegría nueva que le nacía repentina, una alegría que él antes no advirtiera; sus ojos confiados, fueron serenamente de uno a otro semblante, para agregar:

—El señor Olivares es el Visitador.

García sonrió con visible esfuerzo, mientras sus pensamientos, fierecillas encadenadas le decían: ¡Claro si yo sé, que es

el Visitador! Si ya sé que es su querido señor Olivares, que es tan bueno, según Ud.!

El visitador, en tanto miraba a Mercedes con afable sonrisa que se tradujo por último en un:

—Muy bien, muy bien...

Los chicos en tanto, simulaban leer, mirando a hurtadillas hacia el grupo. Afuera sobre el níspero del patio inundado de sol, revoloteaban unos pájaros. El visitador había dejado su cartera sobre la mesa, y se restregaba las manos despaciosamente.

—Un poquito de frío, ¿no?

—Sí, en realidad, —contestó García con fría atención.

El señor Olivares hizo un gesto desencantado:

—La educación está desatendida en este país, señor! Salas desabrigadas, dificultad para observar la higiene, falta de material apropiado. ¡Una cosa terrible! Nosotros ya sabemos lo que es eso, ¿no es cierto?—terminó volviéndose a Mercedes.

La joven sonreía sin hablar. Encogida con las manos en el bolsillo del abrigo, cuyo cuello se había subido, estaba en la actitud de una persona aterida. Luego con leve tiritón, y cierto acento que resonó zalamero en los oídos de García contestó:

—Sí, pero Ud. tiene mucha culpa. Podía habernos conseguido una estufa siquiera. En este frigorífico el reumatismo nos va a hacer salir muy pronto en silla de ruedas. Ud. que tanto amigo tiene allá en la Dirección, pudo habernos conseguido alguna de las muchas cosas que necesitamos.

El otro sonreía afectuoso, demostrando a Mercedes al dirigirse a ella, una confianza que bien podía ser de amigo o de amante, pero no de Jefe a subalterno:

—Es que de todas partes llega el mismo clamor. No crea Ud., mi amiga, que no me preocupo de mis escuelas cuando voy a Santiago, pero la politiquería, los empeños... Vaya Ud. a saber! Hasta nuestros derechos más legítimos a veces son atropellados.

Hablaba en general, sin referirse a ningún caso en particular, pero García creyó entender en aquella última frase, una alu-

sión a él, por haber sido nombrado sin tener título, pero en ese momento Mercedes desvió la conversación, explicando a Olivares, el porqué de la escasa asistencia, en relación con la matrícula y que se debía a la pobreza de las gentes del pueblo, razón que privaba a muchos padres de mandar a sus chicos a la escuela.

—En estos días tan helados, yo los hago correr todas las mañanas una media hora para ahuyentar el frío. Otras veces, yo misma les hago una fogata bajo el galpón. ¡Pobrecitos, hay que ver como llegan los chiquitos! Da realmente pena... ¿No es cierto señor García?

—Así es—contestó éste con el tono vago de quien está pensando en otra cosa.

—Y Ud., señor—dijo entonces el Visitador—¿ingresa recién a la instrucción? No tiene título, ¿no?

—No, señor, no tengo título.

—Eso es lo malo. No lo digo por Ud. en especial, pero los normalistas que han hecho sus estudios para cumplir este objeto, se perjudican con esta situación. Además hay muchos de los que ingresan en esta forma que estarían mejor para alumnos que para maestros.

—Si, eso es cierto,—interrumpió vivamente Mercedes—pero esa es gente que no se interesa por su empleo ni le toma cariño a la enseñanza. En el caso del señor García, yo me hago un deber en declararle que lo ha tomado con verdadero empeño, como Ud. lo podrá apreciar.

—Muy bien, muy bien... Vamos a ver, vamos a ver...

Sonreía con su característico aire bonachón. En seguida, adoptando un tono de atenta y grave autoridad, dijo a García:

—¿Quiere tener la bondad de seguir su clase?

Y luego con su tono más afable a Mercedes:

—Vaya no más a atender su sala.

Andrés que todo el rato había estado pensando en esto, se turbó visiblemente. ¡Qué triste era su situación! Tal vez incuriría, dominado por sus nervios, en una serie de errores que el se-

ñor Olivares le reprocharía en presencia de ella. Y lo tendría que soportar. No era posible ponerse frente a quien tenía la autoridad. Se le hizo odiosa la presencia de aquel hombre. Un deseo obscuro, desconocido en él, le subía con fuerza inusitada estironeándole los nervios: saltar sobre el Visitador, para estrangularlo, para abofetearlo, para morderlo rabiosamente. Le molestaba, le irritaba que la mirara siquiera. Se le figuraba que le quitaba algo de ella, que la manchaba con los deseos que seguramente se ocultaban tras de sus miradas. Estaba pálido, con una sombra extraña en el semblante. Mercedes buscó sus ojos antes de salir, pero él los desvió porfiadamente.

—Hasta luego, ¿no?

Su voz quedó vibrando dentro de él, e hizo el milagro de volverlo a la tranquilidad, a una tranquilidad absoluta. Con toda calma se volvió hacia los niños para hacer su clase como si no hubiera nadie presenciándola.

El señor Olivares, apoyado en la mesa le observaba. A ratos abría su libreta y apuntaba algo, moviendo la cabeza y haciendo unos visajes en los cuales sus ojos seguían dando la impresión de estar ausente. La campana, anunciando el término de las clases de la mañana, resonó de pronto. El señor Olivares presenció hasta el último momento la salida de los chicos. En seguida puso su cartera bajo el brazo, y saludó a García con un apretón de manos vigoroso.

—Hasta la vista, señor. En mi próxima visita, traeré a Ud. las observaciones que me merece su labor. Hay que contraerse mucho, mi amigo, para que la enseñanza dé los frutos necesarios.

Andrés, como de costumbre, esperó que «la señorita Mercedes» saliera para cerrar la puerta. En la vereda estaba ahora el señor Olivares junto al cochecito de ella. Uno de los pequeños sujetaba las bridas de la Chaquira.

Mercedes salió corriendo desde su sala, creyendo encontrar a García en la puerta, pero éste habíase quedado en la de él, junto a la ventana. Ella gritó desde afuera:

—¡Hasta la tarde señor García!

García no contestó. Estaba trémulo, los labios secos, las manos empuñadas. Vió como Mercedes subió de un salto al coche, y tras ella Olivares. En seguida pasaron frente a la ventana. La joven iba sonriendo, pero no con esa sonrisa que él le conocía. Sus ojos se clavaron con fuerza, tratando de ver hacia el interior de la escuela. Iba guiando, y muy pronto se perdieron tras la curva del camino.

En medio de la sala de clases el joven se quedó indeciso, extenuado, agobiado. Sus ojos azules estaban brillantes, su rostro moreno se había encendido y el pelo se le inundaba de transpiración. Un tumulto oscuro de pensamientos lo agitaba, un torbellino de ideas descabelladas, estrafalarias, se retorció dentro de él. Ahora sí que estaba solo, más que en sus días de errancia a la busca de un empleo, más que en sus noches vergonzantes del «París Soir». Estaba solo, y sin embargo la tenía adentro como un aroma adormecedor, luego como un hormigueo doloroso que se trocaba en aflicción hasta ahogarlo, quitándole la respiración, y con unos deseos de salir gritando de dolor, de un dolor que le punzaba y no sabía donde, si en el corazón o en todo el cuerpo, pues hasta el cabello le dolió al pasarse la mano sobre él.

—Me voy—dijo lentamente. Y aquellas palabras dichas en voz alta le exasperaron. Diéronle deseos de tirarse al suelo, de estrellarse la cabeza entre los bancos, de romperse la ropa. ¡Nunca! La palabra despiadada como un suplicio chino, le caía sobre la sensibilidad como la punta de un cuchillo sobre una fruta madura. ¡Nunca! Ni sus besos ni sus palabras serían para él. Nunca besaría sus manos de seda tibia, nunca sus dedos finos se enterrarían entre su pelo, mientras sus labios le dijeran: te amo.

¿Qué le ofrecía el mundo a los hombres que, como él, no tenían otra cosa que su pobreza? A aquellos que para mayor desgracia tenían en la mente un pájaro azul cantándole, o volando hasta perderse en las lindes anchas e infinitas de una ilusión? ¿Qué se sacaba con amar lo bello, lo grande, lo generoso de la vida, cuando todo en ella se desenvolvía a base de egoísmo,

de mezquino interés, que sobrenadaba, por encima de los sentimientos más puros? Una ira sorda le fué llenando el pecho. También ella era así. De las mujeres que viven apegadas a un interés, a una conveniencia. No se vendía como una prostituta, pero se vendía al fin a una situación, sin consultar para nada el grito del corazón, del alma. ¡Corazón, alma! Palabras absurdas, ridículas, con un sentido unilateral que quedaban sin ninguna significación, ante la sensibilidad dormida de los seres normales. ¡Canalla, hipócrita! Era la hipocresía de la mujer que ni siquiera tiene el valor de afrontar el desdén, con que se mira a una cortesana.

—¡Me voy! Otra vez lo repitió Andrés García, y no obstante, una dejadez indígena, le retuvo. Sentado ante la mesa, hacía mil proyectos. Se iría dejando la puerta abierta, para no volver más. Así le demostraría su desprecio. Aunque no, era mejor demostrar gentileza hasta el último instante. Se marcharía dejando todo en orden. Le escribiría unas cuantas palabras, despidiéndose, haciéndole ver lo bello que era recordarla.

—Tiene que ir un Domingo de éstos, a vernos a la quinta. ¿Quiere?

La voz de ella, se lo dijo despacito, emergiendo de un día de ensueño. ¿Quiere? Dulce milagro de una palabra, salida de una boca de mujer, le apaciguó el huracán de sus pensamientos y le hizo razonar optimista. ¡Pobrecita! Ella seguramente hacía todo aquello obedeciendo a una fuerza mayor, o sencillamente por el deber que impone la amistad. Además, estaba acostumbrada a aquel rincón, junto a su tía Lucrecia a quien no podía dejar. ¡Linda! Era el lindo sol. ¿Cómo era posible que la hubiera ofendido con tan crueles pensamientos? Toda la tensa exaltación de sus celos se le desdobló en una tristeza infinita. Se levantó de su asiento, y al salir al pasadizo vió la puerta de la sala de Mercedes, abierta. Un llamado dulce, suave como palabra de consuelo lo atrajo hacia allí. Cruzó la fila de bancos, hasta llegar al rincón donde estaba el escritorio de ella. Un ramo de flores sobre la mesa. Una libreta de apuntes. Tenía una letra firme,

clara, graciosamente redondeada, con algo de parecido a su andar, a sus actitudes, alguna de las cuales vió reflejarse en los rasgos de ella. Detalles de gastos de fines del mes, horarios, fechas, cartas por escribir. En una hoja decía: Abril 20. Hoy llegó el nuevo profesor, se llama Andrés García.

Todo aquello le fué llenando el pecho de dulzura. ¿Qué importaba que ella no lo amara, si él la adoraba? Alguna vez la luz intensa de sus ojos, penetraría hasta el rincón de sus penas. Y quién sabe si lentamente iría naciendo en ella un afecto nuevo, desconocido... Gratitud, compasión. ¿Quién podía saber el hondo misterio que ocultan los ojos de una mujer? Por todos los caminos se llegaba a la felicidad. Y ya se iba a marchar, cuando advirtió que el abrigo azul de Mercedes, estaba colgado tras del armario. Lo cogió con ansia, acercándolo a su rostro, apretándolo a su pecho con una ternura de niño. Cada pedazo de tela, tenía algo de ella, del olor de su carne, de sus cabellos, tal vez del misterio íntimo de su cuerpo. Una emoción dulce, le fué doblando sobre aquella prenda para besarla muchas veces, mientras unas lágrimas grandes, tranquilas, le sacaban del pecho aquella larga y lancinante espina, para dejarle en cambio su triste alegría de querer.

Se fué caminando despacito. El cuerpo laxo y los nervios deshechos. En la calle había una gran paz aldeana. Algunas gallinas picoteaban entre la yerba mustia. Un buey, metido en una acequia, le miró al pasar con sus ojos mansos y asombrados. El sol en tanto le acariciaba la espalda. Los gallos cantaban la dulcedumbre del mediodía y el cielo era tan azul, que a través de los árboles pudo ver los altos picachos de la cordillera, coronados de nieve resplandeciente.

En la esquina de la calle que iba hacia la estación, conversaba el gordo Fuentes con Torchi. Le saludaron desde lejos con cariñoso ademán. García les contestó en igual forma, agachando en seguida la cabeza. Se le figuraba que llevaba escrito en el semblante el sentimiento que lo embargaba. Que los otros iban

a ver muy claro todo aquel secreto de su amor que se le desbordaba por todos los poros.

Encontró la puertecilla del patio abierta, y por ella penetró al interior de la casa, saltando al corredor frente a su cuarto. Al empujar la puerta, no pudo disimular un movimiento de asombro al ver que Elena, tenía su retrato en las manos y lo contemplaba con expresión de arrobamiento. La joven al verlo dió un grito dejándolo sobre el velador para volverse hacia él avergonzada y triste.

—¡Por Dios, qué susto me ha dado!—exclamó—. Estaba mirando el nombre de la fotografía, y no lo podía entender.

Huyó rápida como una sombra que se deshace junto a la pared. Su cuerpo delgado pareció doblegarse en un vencimiento total.

García, en tanto, habíase quedado con los brazos colgantes a lo largo del cuerpo, sin poder al punto coordinar sus pensamientos. ¿Qué significaba aquello? ¿Es que Elena estaba enamorada de él? Recordó sus miradas ardientes, a veces, en el comedor, su actitud esquiva y temerosa para permanecer con él a solas. Además, había notado, últimamente, en su pieza, un arreglo especial. Flores, cojines, algunos cuadros. Su misma ropa era cuidadosamente revisada. Un hada invisible y buena se preocupaba de todo.

—¡Pobre niña!—pensó—. ¡Qué tremendo sería haber despertado un afecto, en ella, que ya jamás podría corresponder! Largo rato se quedó conjeturando, sobre los sufrimientos que Elena podría tener, en sus lágrimas ocultas, en su desesperación, si le amaba con esa pasión que el sentía por Mercedes. Y no obstante, a pesar de su buena voluntad, no pudo sentir ningún dolor grande, ninguna compasión que le preocupara demasiado. Más bien fueron sus palabras, las que lamentaron el hecho, permaneciendo sus pensamientos rebeldes a aquel dolor que presentía en la joven.

—¡Qué estúpida y arrevesada es la vida!—soliloquió. Somos puro egoísmo. Vivimos adorándonos nosotros mismos. Sólo nos hace vibrar lo que nos interesa, lo que deseamos.

Después de almorzar se peinaba junto a la ventana, cuando vió cruzar el cochecillo de Mercedes hacia la estación. Iba con Olivares. Seguramente a dejarlo al tren que pasaba poco después del mediodía por Villa Hermosa. Le acometió una ira tan tremenda, una furia tan súbita, que se estironeó el pelo, estrellando la peineta contra la pared.

¡Caramba, buena la había hecho! ¡Cómo se engañaba un hombre! El, que la creía digna, delicada, veía ahora por sus propios ojos que era poco menos que una... La palabra le subía por los nervios como un escalofrío y como una onda ardiente después.

Iría a la estación, para que ella se diera cuenta de que él la había visto, para manifestarle su desprecio, su desdén. Y decidido, sombrío, con el alma en vilo, se dirigió hacia allá. Afuera reinaba una atmósfera tibia; de los jardines venía un aroma desvaído y húmedo. A la media cuadra, encontró a Tito Jara que le saludó riendo:

—¡Salud ilustre! ¿A donde marcháis?

Una sensación inmensa del ridículo que estaba haciendo, le acometió en seguida. Diéronle gana de reír, pero la tristeza le tañía adentro un responso de muerte. Aparentando indiferencia, contestó:

—Hombre, iba a dejar una carta al tren, pero ya no voy a alcanzar. Lo haré mañana. Además me olvidé de poner lo más importante.—Y con ese afán de los enamorados de aparentar lo que no hace falta, pues creen que todo el mundo vive para estar atento a lo que ellos hacen, agregó:—Estoy lateándome aquí. Voy a ver si me consigo un traslado. Estos pueblos chicos...

Jara le miró maliciosamente. Traía ese día el hablar romanesco y le contestó con gravedad y sorna:

—No os amilanéis, joven; el moro puede ser vencido. Animo y corazón fuerte.

Ambos soltaron la carcajada. García se daba cuenta de que no debía tomar en serio aquellas bromas y que por el contrario una actitud indiferente era la más conveniente en su caso. Con-

versaron después de un paseo campestre que se proyectaba, y en la puerta del molino se despidieron.

No había caminado sino unos cuantos metros, cuando sintió a su espalda el trote de la Chaquira. Lo conocía tanto como los pasos de ella; no le cabía duda, era Mercedes que venía. Y no tuvo necesidad de volverse a comprobarlo porque el coche ya se había detenido a su lado. Mercedes, cariñosamente, ahora con esa sonrisa adorable que descubría sus dientes brillantes anegándole de luz los ojos, le hablaba:

—Suba, lo llevo. Ya, venga luego que vamos atrasados.

La miró él, esquivamente. ¡Ah, como la adoraba! Se hubiera abrazado a sus piernas para besar el polvo de sus zapatos. Pero miró su boca, sus mejillas, sus ojos, tal vez el otro los habría besado, apenas un momento antes. Sin alzar los ojos le repuso:

—Muchas gracias, voy muy bien a pie.

—¡Oh, no sea porfado, suba luego!—insistió ella.

El con la voz helada, le dijo entonces con acento firme:

—Perdóneme, señora, deseo caminar un poco.

Aquel «señora» la hirió. Fué recalcado con especial entonación. Nunca la había llamado así. Irguióse altiva y con visible molestia le dijo:

—¡Ah, dispénseme—y encogiendo los hombros, dejó caer con nerviosa energía, la huasca sobre las ancas de la Chaquira que partió al galope.

No sabía si volver o seguir. Ahora una terrible angustia de que ella se hubiera enojado de veras, le asaltó. ¿Por qué era tan estúpido? ¿Qué derechos podría hacer valer ante ella? Era absurdo, ridículo el adoptar semejante actitud.

Llegó a la escuela cohibido, maltrecho, con deseos de dormir largamente. De hundirse en una inconsciencia absoluta. Un profundo desmayo le desmadejaba el cuerpo. Ella, por el contrario, esa tarde estuvo más alegre que nunca. En la clase de gimnasia jugó con los chicos como si tuviera doce años. Después, como si él no existiera, subió hasta su sala, tarareando una canción.

García estaba desconcertado. Le hubiera gustado verla triste, tal vez la hubiera preferido enojada. Un sentimiento empapado en rencor, casi en odio, le subía otra vez por las venas.

—Es una mujer vulgar, estúpida,—murmuró entre dientes.

Pero veía sus ojos expresivos en todos los rincones. Su cabellera magnífica, su andar gracioso. El aroma de su paletó le cosquilleó cariñosamente como en un sueño. Y no supo cómo sus labios dijeron:

—¡Linda! ¡Oh, como la adoro!

Era un ansia terrible de oírla hablar, de que lo mirara. Tanteó que los chicos estuvieran con sus sombreros listos a la hora de tocar la campana, a fin de salir hasta el pasadizo antes de que ella se fuera sin despedirse. Y apenas resonó, dió la orden de partida y se fué a esperarla junto a la puerta. ¿Qué le iba a decir? ¿Le pediría excusas? Comenzó mentalmente a enhebrar una serie de frases, en las cuales además le haría entrever su tortura, pero de pronto ella misma, vino a desbaratar todos sus proyectos:

—Mañana, hay que hacer las libretas de los niños, señor García.

—Muy bien, señorita.

—Bueno entonces, hasta mañana.

—¡Señorita Mercedes!

Muy seria, se volvió para interrogarlo un tanto seca:

—¿Qué?

García permaneció silencioso. Había olvidado sus bellas frases y sólo tontas vulgaridades, venían a golpear su mente.

—Este... iba a decirle, que me encuentro un poco enfermo...

—¿Sí? ¡Bah! ¿desde cuándo? Resfriado seguramente, no se levante temprano mañana. Yo me preocuparé de su sala.

García no respondió nada, pero sus ojos ardieron, dolorosos, tristes, humildes. ¿Qué necesidad había a veces de pronunciar las palabras? Mercedes le sonreía ahora como una madre a un hijo regalón.

—Le voy a quemar todos esos libros tristes que Ud. tiene. Eso le está haciendo mucho mal. Hay que pensar, amigo mío,

que la vida suele ser hermosa cuando uno menos lo imagina. Alégrese. Hasta mañana, y que duerma bien.

Andrés quedó deslumbrado. Una inmensa ternura le llenaba el pecho. Una fragancia de jardín en primavera lo embriagaba. Hubiera querido alzarla en sus brazos y correr a través del campo llevándola, hasta caer rendido, para besarla con un ansia inabarcable.

VIII

—Por fin se ha decidido Ud. venir—exclamó la joven al verlo llegar. ¡Cuánto me alegra tenerlo por acá!

Lo esperaba junto a la puerta que daba acceso al jardín. Era una hermosa mañana de sol de fines de agosto.

—¿Cómo ha amanecido Ud.?

Cariñosa y jovial le sonreía. Vestía un traje azul ajustado al cuerpo. Sobre los hombros había echado un chal de lana.

—¿Y que tal le pareció el camino? Está bastante retirado mi ranchito, ¿no?

—No tanto. Créame que no sentí el trayecto.

—¿De veras? Yo había pensado mandar a Pancho esta mañana con el cochecito, pero a la tía Quecha, se le ocurrió ir a misa, y seguramente se ha pasado a comadrear porque aun no vuelve. ¿Quiere que nos vamos a sentar para que descanse?

—Si Ud. lo manda... Yo preferiría pasear un poco. Está tan hermosa la mañana.

—¡Linda!—asintió ella con entusiasmo. Parece que uno revive con estos días. Fíjese como viene llegando la primavera.

En efecto, ya algunos manzanos y durazneros se veían florecidos. En la limpia claridad, las ramas se extendían cuajadas de flores blancas y rosadas, con gracia aérea y delicada. Eran como la sonrisa jubilosa, con que la naturaleza saludaba al día

luminoso. Algunos chincoles saltaban entre las ramas haciendo caer los pétalos sobre la tierra negra y húmeda.

—Que jardín tan bonito tiene Ud.—dijo Andrés. Tan bonito como...

Y tímido, avergonzado se detuvo, ante la ingenuidad de la frase que iba a decir. Alcanzó a columbrar que era aquel un requiebro de huaso siútico, desprovisto de todas esas vagas sugerencias que hacen el encanto de una insinuación. La joven sonrió discretamente como si no hubiera oído. Poniéndose la mano sobre la frente, para mirar la lejanía le propuso:

—¿Vamos hasta aquel alto? Se divisa desde allí un paisaje muy interesante, porque ahí comienza la selva.

Caminaban por un sendero estrecho. Altos álamos, aun desnudos, alzaban su silueta plumiza, entre las tupidas zarzamoras en donde un pájaro lanzaba sus silbidos insistentes, que siempre se oían muy cerca, como si fuera tras ellos. Un pequeño estero cruzaba el camino. Mercedes se adelantó para coger unas piedrecitas blancas barnizadas de agua cristalina. García entonces pudo admirar la línea firme de sus caderas, y la curva graciosa de sus pantorrillas, henchidas dentro de la brillante suavidad de la seda. Y cuando el joven iba a ofrecerle su ayuda, ella ágil y segura, ya había ganado la otra orilla.

—Muchas gracias, García. Yo soy como las cabras para saltar. Campesina al fin. Me he criado desde chica en este rincón y siento que formo parte de él. Y a pesar de los pesares lo quiero mucho.

—Sí—contestó García,—se quiere a la tierra donde uno nace, pero creo que se mira con más ilusión cuando se está lejos de ella.

—Cierto. En la distancia todo se nos figura más bello, con ese encanto de lo que no vimos bien y se nos quedó sin conocer. Es como en el amor. Yo cuando muchacha tuve un pololo, un joven muy inteligente. Recuerdo que en una ocasión me decía en una postal «que la ausencia agiganta el recuerdo de los seres queridos».

—Por supuesto que él trataría de acortar esa ausencia— exclamó García en son de broma, pero con el deseo de inquirir algo de su pretérita intimidad.

Ella, entornó los ojos con leve ensoñación. En seguida replicó:

—¡Oh, no! Fué de esos pololeos que no resisten la media docena de cartas por lado. Es que en ese tiempo existía la costumbre de mandarse tarjetas postales entre la juventud. Bastaba que un joven supiera el nombre de una niña para que le remitiera una, que, conforme a la costumbre, debía ser contestada. Más de alguna vez Ud. también lo haría.

—No, en realidad no me acuerdo.

Maliciosa ella, buscó la mirada de Andrés.

—¿También me va a hacer creer que nunca ha tenido un amor?

García como si le hubieran descubierto un secreto que no deseaba revelar, enrojeció. En realidad, su vida amorosa había sido insignificante, por no decir nula. Recordó que a los dieciocho años se enamoró de la querida de un militar que llegó a su pueblo. Tenía aquella mujer, unos grandes ojos negros y un cuerpo muy esbelto. En esa época García era empleado de la notaría, y por las noches la veía pasar por la vereda de su casa, oliendo a perfumes fuertes que lo turbaban. Una vez se atrevió a saludarla y ella le sonrió afectuosa. En muchas ocasiones le escribió cartas encendidas de pasión, cartas que leía él mismo en su cama antes de dormirse y que jamás le remitió. Se ilusionaba con que era ella quien se las escribía. Después el militar la dejó y entonces la mujer comenzó a recibir por las noches misteriosas visitas en su pieza. El, a la sombra de un árbol que había en la esquina, lo veía todo con inmenso dolor. Muchas veces se acostó llorando, con deseos de morir o soñando con redimirla, haciéndola su esposa. Y ahora sonrojado delante de Mercedes, experimentaba la tristeza de reconocer que había sido un hombre sin historia amorosa. No obstante replicó:

—En realidad, creo que a nadie le ha faltado, su pequeño

amor. Pero eso que uno sueña no creo que haya sido todavía realidad en mí.

No encontraba las palabras. Experimentaba de nuevo la impotencia de no saber interpretarse a sí mismo. Hubiera deseado decirle algo a la joven, que lejanamente la hiciera comprender cómo la adoraba, pero nada se le ocurrió. Un afán trascendental y grave lo enredaba recogiéndole más adentro sus pensamientos.

Ella dijo entonces, sin darle ninguna importancia a las palabras:

—Resulta divertido a veces, recordar los tiempos de la niñez. Se me viene a la memoria un incidente de cuando yo estaba en la escuela mixta de Temuco. Había en mi clase, un chiquillo rubio, gordito, de carácter muy apacible al cual yo quería mucho. En esa época las niñas acostumbraban a llevar al colegio, el tejido, una fruta o un pedazo de pan, dentro de una de esas cajitas donde venía el té. Era como una especie de torneo, en el cual, cada una trataba de llevar una caja más linda. Y un buen día mi amiguito también se aparece con una caja enorme. Aquello produjo una explosión de risas y de gritos entre todas las chicas que armaron un verdadero escándalo, ya Ud. los ve como son. Todas le gritaban ¡Mariquita! en tanto el chico en silencio las miraba muy enojado pugnando por no llorar. Yo, compadecida de mi amorcito, me acerqué a él para decirle:

—No seas tonto, ¿para qué les haces caso? Dame a mí la caja.

—Y entonces él, enfurecido, sin tener otra más próxima con quien desquitarse, me la estrelló en la cabeza. De esta manera estrepitosa concluyó mi primer amor.

Y Mercedes, como si de nuevo volviera a ser una chiquilla, reía alegremente, recordando el suceso.

Una deliciosa intimidad, parecía haberles unido. Juntos rieron después, recordando muchas incidencias de su vida de colegiales. Mercedes se entregaba confiada a aquella amistad. Y Andrés sentía la impresión de que la joven ni siquiera había

reparado en su admiración, y que él no debía romper aquella encantadora camaradería con una insinuación que sólo consiguiera ofenderla. Una dulce ceguera le hacía creer que no sabría encontrar el camino hasta su corazón. Y, no obstante, experimentaba cada vez con mayor apremio la necesidad de que ella lo supiera.

Cruzaron el potrero que seguía a las tierras de la quinta, para caminar después por un sendero que se retorció al pie de unas lomas suaves, en donde un trigal se rizaba con la fresca brisa. Unos robles viejos, retorcidos, achatados, parecían imponer su dirección al camino.

Un largo silencio, les recogió en sí mismos. Arriba, unas nubes viajaban lentamente hacia el mar. En tanto ellos iban ascendiendo lentamente por la suave gradiente del camino, hasta llegar a una especie de plazoleta rústica, donde el viento hacía oír su quejumbre entre la oquedad de los viejos robles.

Mercedes aspiró con deleite el aire fresco. Con los brazos en alto y las manos cruzadas por encima de la cabeza miró el cielo que ahora estaba limpio y casi celeste. El paletó se le había abierto y el viento le ceñía al cuerpo la blusa de seda blanca. Los senos emergieron redondos, finos, tersos, dibujando graciosamente el puntito inicial, principio y fin de aquella fruta, envuelta en la tibia fragancia del misterio, y que se ofrecía como una proa de ensueño a la dulce caricia de la brisa. Andrés la contempló absorto un largo rato. La mirada de la joven se perdía en la distancia, y sus mejillas, florecidas de carmín, tenían la misma encendida seducción que sus labios entreabiertos.

—¡Mire!—exclamó de pronto—que enormidad de pájaros vienen allá. Son choroyes, y van a pasar por aquí.

En efecto al poco rato se oyó el griterío insistente de los pájaros. Un momento proyectó la bandada su sombra temblorosa sobre el pasto. Después, se fué doblando en un arco, para ir a posarse entre los árboles de una quebrada próxima en donde continuaron chillando bulliciosamente.

—¡Qué comodidad tan grande es poder volar!—exclamó

Mercedes riendo. Se puede ir para donde uno quiere. ¡Qué lindo debe verse todo desde arriba!

—Nosotros volamos, únicamente con la imaginación—dijo él, intencionadamente. —Eso sí, que a veces es una cruel manera de asomarnos a las cosas bellas.

La joven sonrió esquiva. Alargando la mano, exclamó:

—¿Ve Ud. aquellos montoncitos blancos entre los árboles? Acérquese aquí mirando derecho, por entre ese roble desganchado, donde están los choroyes. ¿Ve ahora?

Un aroma tibio, turbador, surgía de su cuerpo, como un effuvio. Andrés la miró apasionadamente. ¡Con qué loca ansiedad la hubiera estrechado en su pecho, para hundir su boca en los labios de ella que parecían esperar la caricia!

—Sí, sí veo—dijo con la voz temblona.

—Es el cementerio, explicó Mercedes. Otro día que Ud. venga vamos a ir a conocerlo. Es bien bonito.

García con esa ansia romántica de los enamorados le dijo:

—Qué triste debe ser morirse, sin tener quien nos vaya a dejar una flor, siquiera alguna vez.

Ella hizo un gesto vago.

—A nadie le falta eso. ¿No sabe Ud. que los muertos son siempre buenos? ¡Y quién piensa en morirse en este día!

García tontamente insistió:

—Yo creo que a mí me faltaría. ¿Quién podría acordarse de mí?

—¡Bah!—hizo ella con gracioso enfado—qué cosas tiene Ud.! Si eso ocurriera iría yo a dejarle muchas flores. —Y entre risueña y afectuosa agregó: Supongo que no piensa morirse tan pronto...

—Quien sabe—dijo él melancólicamente—tal vez esa sería ahora mi única felicidad.

—¡Por Dios! ¿Tan aburrido está a mi lado?

—Por el contrario—. Encendido tartamudeó un momento, y por fin sobreponiéndose a su timidez, concluyó con la voz

temblona—siento que para mí todo lo bello de la vida está cerca de Ud.

Mercedes lo miró en silencio, pero hubo en su mirada tal fuerza, tan intenso flúido, que él experimentó la sensación de haber quedado ciego. Después, dulcemente, ella dijo:

—¿Quiere que nos volvamos?

Una dicha inefable lo turbaba. Mercedes caminaba ahora, silenciosa, muy ocupada en sacarle con sus uñas rosadas, la corteza a una ramita que cortó al pasar. De los potreros venía un olor a tierra nueva, a pastos verdes, a leños hundidos en el agua. Entre el fango de las acequias, los pidenes lanzaban el ¡riu-riu! sonoro y claro de los días de sol. En una poza que formaba el canal que cruzaba bajo el puente, unos patos nadaban ceremoniosos y erguidos. Las membranas amarillas de sus patas brillaban como láminas de oro dentro del agua. Cerca de la casa encontraron a la tía Quecha, tomando el sol al abrigo de una alta cerca de zarzas. Mercedes se adelantó para cogerla por la cintura y volverse con ella al encuentro del joven:

—Mi tía Lucrecia. El señor García.

La señora le miró a través de los vidrios brillantes de sus anteojos. Tenía los ojos verdes y la frente amplia. El pelo ondulado le caía en dos bandas relucientes a ambos lados de la cabeza. Su aspecto era aristocrático con una natural fineza de actitudes que se acentuaban en ella al hablar.

—Como tú no estabas—dijo Mercedes—nos fuimos andando hasta los Robles Viejos.

La señora rió, con una risa franca, confiada:

—¡Nada más! Ya no puede ser más amable su compañera con Ud. Lo hace venir a pie y después lo obliga a caminar casi el doble. Es abusar sin ninguna consideración de la amistad.

Mercedes la había cogido del brazo, y con el rostro ladeado sobre el hombro de la señora sonreía con expresión maliciosa. García con su tono más afable repuso:

—¡Oh, no señora! Por el contrario ha sido una excursión muy agradable.

Caminando lentamente siguieron hasta la casa. Dos perros enormes vinieron jubilosos al encuentro de las señoras. Después olfatearon amistosamente a García. Mercedes les habló entre cariñosa y formal:

—Cuidado muchachos con este caballero. Vengan para acá.

—Estos son nuestros compañeros—comentó doña Lucrecia,—son como leones en la noche.

Entraron por la puerta del jardín. Junto al sendero que lo cruzaba había un duraznero en flor, cuyos pétalos salpicaban de manchitas rosadas el suelo. En la temblorosa suavidad de las corolas de algunas rosas pálidas, brillaban gotas de agua. Doña Lucrecia se volvió a Mercedes para llamar su atención:

—Mira que lástima. El ventarrón de anoche, quebró los brotes más lindos del camelio.

Mercedes se sacó una hojita de tallo rosado que tenía entre los dientes, para responder:

—¿No ves? Yo te dije el otro día que era conveniente protegerlo con un cerquillo de alambre.

En el pasadizo la jaula del canario giraba suspendida del techo. Habían muchos cojines sobre el piso brillante y en las repisas y mesitas altas, maceteros con hermosísimas hojas transparentes. El sol entraba de lleno en la salita donde le dejaron un momento, excusándose, para ver el almuerzo. Una mata de cardenal, cubierta de flores, colocada entre la ventana y la cortina, ponía una nota cordial y luminosa en el rincón.

García suspiró con tristeza, recordando sus días de niño en su casa, cuando su madre vivía. También ella tenía una salita así llena de flores, y de pequeños cuadros con marco de terciopelo. Se parecía mucho a ésta. Sólo faltaba en ella el enorme espejo, frente al cual él iba a contemplarse los días Domingo, para admirar su gran cuello blanco y tieso, sobre el paletó, y su corbata escocesa de fina seda a cuadros.

En ésta también habían muchos retratos. Uno de medio cuerpo, de un señor que aparecía sonriendo, le recordó al del

Papa León XIII, cuyos ojos parecían seguirlo por todos los rincones, cuando él entraba a la sala. Después llamó su atención un estante giratorio con libros, cuyos títulos fué mirando con ávida curiosidad. Allí estaba Dumas al lado de Daudet y de Loti. Suderman, Queiroz y Pérez Galdós junto a Carlota Braeme y Xavier de Montepin. También algunos autores chilenos: Blest Gana y Liborio Briebe entre los del siglo pasado, Santiván Joaquín Edwards, Mariano Latorre y Eduardo Barrios entre los del último tiempo.

Mercedes entró de pronto y vino a sentarse a su lado.

—No se venga a reír de mi biblioteca, pues. Y luego como si se excusara anticipadamente de los reparos que le pudieran hacer sobre la calidad de los libros añadió: —Aquí también hay muchos de la tía Quecha.

Juntos, sintiéndose respirar hurgaron como dos chicos curiosos en el estante. El pelo de ella, a ratos le cosquilleaba deliciosamente en el rostro. De pronto Mercedes estirando su mano fina, en uno de cuyos dedos brillaba una piedrecita azul, le dijo:

—¿Conoce Ud. este libro?

—Amistad amorosa—leyó García y luego: ¡Qué libro tan hermoso es! ¿no?

—Sí—contestó la joven, hojeando sobre su falda, sin levantar la cabeza, un libro lleno de hermosas láminas en colores.

—Amistad amorosa—repitió García, en un susurro, como si soñara o hablara para sí mismo. Y los dos con el mismo pensamiento que se les retorcía suavemente en la cabeza como una voluta azul, quedáronse silenciosos, mirándose a hurtadillas, temerosos de verse en los ojos el mismo secreto.

Después del almuerzo hicieron un rato de charla, en la galería que a esa hora estaba inundada de sol. La conversación languidecía y Mercedes muy pronto lo convidó a recorrer las dependencias de la quinta. A veces le mostraba plantas, al parecer insignificantes, ponderando su aroma, la belleza de la flor o la delicadeza de su cultivo. Andrés, aparentando gran interés, escuchaba sin pestañear las explicaciones de ella.

—Estas otras no—decía luego—son también muy bonitas, pero son carne de perro, ni aunque Ud. les eche agua caliente se mueren.

Después inclinada sobre un cuadro, sus ojos certeros buscaron algo entre las matas, para alzarse en seguida con dos violetas de largo tallo morado.

—Déjeme condecorarlo, le habló juguetona y lejanamente tierna, al colocarle en el ojal del vestón, las flores.

En seguida vieron el gallinero cuidadosamente barrido y enarenado. Unas gallinas negras de enormes cresta roja y abultados aretes blancos, se amontonaron bulliciosas a picotear un puñado de granos que ella les sacó de una caja. Bajo una casita de madera, un cerdo dormía plácidamente su sueño de personaje obeso y satisfecho de vivir. Una cantidad de detalles, hicieron recordar a García, la casa donde transcurriera su niñez. Su madre acostumbraba a matar todos los años, por aquel mismo mes, un chanco. El día del sacrificio, todos en la casa, se levantaban muy temprano. La olleta negra de tres patas, llena de agua, hervía desde la mañana. Don Villablanca el matancero, afilaba sus cuchillos en la piedra de moler. El, rondaba de lejos, inquieto, con una aficción que no podía dominar. Con qué ganas les hubiera dicho que no le hicieran nada al pobre chanchito que era tan manso y bueno y se tendía de costado, cuando él le rasca-ba el vientre, diciéndole ¡cochi-cochi! mientras el adormilado hacía: ¡ho, ho!

Pero los hombres entraban al chiquero, y entonces se oían los gritos agudos, enfurecidos, rabiosos al principio, luego fatigados, suplicantes. Y de súbito un alarido de dolor que traspasaba todo el ámbito, para muy luego, convertirse en un ronquido penoso que se iba debilitando poco a poco. Entonces él, agobiado por una tremenda aficción, se metía en el último rincón y muchas veces lo encontraron debajo del catre llorando.

Pero más tarde cuando los chicharrones chisporroteaban en la olla, y humeaban en el azafate las salchichas calientes, era de los primeros en reclamar su parte, y, junto con el sabor de una

sopaipilla, terminaban en él, los penosos recuerdos de la tremenda y definitiva desgracia del pobre, cochi-cochi.

—¡Uup! En qué se quedó, pensando amigo mío—díjole Mercedes tocándole en el brazo. Y graciosa agregó: —Parece que andaba muy lejos, ¿no?

—En realidad—replicó García prendiendo un cigarrillo para disimular su turbación. Aunque no tanto, porque siempre que pienso en la felicidad, estoy cerca de Ud.— Y para aminorar la intención de la frase añadió: —Me acordaba de mi casa, de cuando era niño.

Ella con afectada gravedad, le preguntó:

—¿Ya sabía mentir?

No supo qué contestar, porque un tumulto de frases apasionadas le subían a la cabeza.

Tomaron el té junto a una mesita redonda, en la galería. Descendía dulcemente la tarde. Los gritos de los chiquillos de los ranchos vecinos que jugaban en el callejón, se oían con cierto dejo de melancolía. Una cortina de sombra subía por la pared empujando al pálido sol.

—¿Por qué no tocas algo?—propuso la señora Lucrecia; y dirigiéndose a García le preguntó: —¿Le gusta a Ud. el piano?

—Le gusta mucho, —contestó Mercedes—pero cuando lo tocan bien.

—Entonces para poder opinar, hay que oírla—dijo García.

La joven no se hizo de rogar. Abrió la ventana de la sala contigua a la galería, y muy pronto los acordes suaves y evocadores de un vals antiguo se hicieron oír. Era una música en la cual parecía renacer en una perfumada onda de recuerdos aquello de que todo tiempo pasado fué mejor. Después con voz limpia y aterciopelada entonó una sencilla canción cuyos últimos versos decían:

En tu imagen pensando, adorado,
sorprendiόμε tan hermoso sueño
en tu pecho soñé dulce dueño
blandamente reclinada estar...

Había ya anochecido cuando se despidió de ellas junto a la puerta que daba al callejón. Experimentó entonces una infinita melancolía. Era como si la felicidad residiera allí y al alejarse terminara en él. Tal si ya no la fuera a ver más. Hubiera deseado quedarse en la casa donde todo se saturaba de su adorable presencia. Un tren piteó agudamente y luego divisóse entre los árboles la luz fugitiva de las ventanillas. Aquel pitazo fué como una desgarradura dentro de él. Un rumor sordo y lejano quedó vibrando en la noche. Después, todo lo envolvió el silencio. En los ranchos, débilmente iluminados, los perros ladraban medrosamente.

I X

—Hombre, ¿no sabes la gran noticia?

Comenzaba la noche de un apacible día de fines de septiembre. Los tres amigos lo detuvieron al doblar la esquina de la calle, donde estaba la casa de las señoras Loyola.

—¿Qué noticia?—interrogó García sin prestarle mayor interés a la cosa.

—¡Psh! Este García está en la luna—exclamó entonces Vicente Galarce.

—¿E de vera que non sabes niente?—preguntó a su vez Torchi con sonrisa incrédula.

Don Pedro Arriagada le miraba socarrón, y tras un rato de silencio exclamó:

—A mí no me la pega el compañero García. Seguramente ya lo ha sabido, pues siendo tan amigos con Jara no es posible que no le haya contado el asunto.

—¡Pero qué diablos ha pasado, digan de una vez!—repuso García.— Les doy mi palabra que no sé una palabra de lo ocurrido en Villa Hermosa. Vengo ahora de la escuela donde me quedé escribiendo algunas cartas. Realmente estoy en la luna como dice Galarce.

Entonces, Fuentes, como siempre calmoso, chupó su cigarrillo, para lanzar en seguida la colilla:

—Una noticia estupenda compañero. Fíjese que esta mañana Tito Jara se las emplumó, por el tren de 7 con la chiquilla Céspedes.

—¡No diga compañero! ¿Y con cuál de ellas?

—¡Hombre!—eso no se pregunta. Con cual quería que fuese sino con la Norita, pues mi amigo.

—¡Chupallas! Así es que el joven Jara, entre broma y broma, salió haciendo la grande. Como estará el pobre viejo Osore.

Don Pedro Arriagada interrumpió vivamente:

—Pero si él no debe saber nada aun. Ayer estuvo aquí, pero se volvió en la tarde por el tren «burrero».

Alfonso Fuentes soltó una estrepitosa carcajada:

—Eso se llama ponerse a tono con la realidad—exclamó—No habría estado bien que se hubiera ido por otro tren. ¿Se dan cuenta Uds.? Osore se fué ayer por el burrero y hoy Tito, se las echó a primera hora por el «lechero» con su prenda. Cada uno como corresponde. Han cumplido con el protocolo.

—¿Y no se sabe dónde han ido a aterrizar?—inquirió García.

—Don Ludovino, el Jefe de estación, dice que Tito Jara sacó boleto no más que hasta Lautaro, pero yo creo que eso no ha sido sino para despistar—explicó Arriagada—. Esos gallos no van a sacar la cabeza sino hasta Concepción o Chillán, lo menos.

—Si no van a dar a Santiago—apuntó Galarce.

—No lo creo, dijo Fuentes. A lo mejor se han ido a Lautaro, como él dice. Lo que a él le interesa es que cuando los encuentren ya el «hecho» esté consumado.

—Así es que a esta hora...

—Eros preside su reunión—concluyó con afectada gravedad Fuentes.

—La suerte del ñato—comentó García.

—A estas horas—siguió Fuentes—todas las señoras de Villa Hermosa, deben estar diciéndoles a sus chiquillas. ¿No ven lo que le pasó a la Nora Céspedes? Eso es para que les sirva de experiencia. Y las «cabras» estarán envidiando a rabiar a la Nora.

Esto le puede servir de experiencia a los caballeros en estado de pretender, a García, por ejemplo, y a Pedro, también...

Una risita interminante sacudía su abultado vientre. García protestó:

—Y a mí ¿por qué? En todo caso a don Pedro.

—¡Hombre!—y a propósito—exclamó Galarce—. Pasado mañana Domingo, cambia argollas el amigo Arriagada. Es necesario que esta noche nos manifestemos con él. No todos han de tener la misma suerte. Mañana don Juan Osores estará llorando su desgracia, mientras don Pedro disfrutará del cariño de la Estercita que le estará cantando «La copa del amor». ¡Qué diablos! La vida es así. Bueno, propongo una moderada cuota por cráneo para que nos vamos a comer donde el rey.

—No, no es posible—decía Arriagada, melifluo y sonriente. Todavía no corresponde. No se molesten Uds. Después habrá tiempo...

—En este caso, Pedro no delibera, es el estado llano.

García sonriendo, interrogó curioso:

—¿El estado llano?

—Claro hombre. ¿Qué no ve que está llano a casarse? Pedro ahora se calla y obedece. Vamos a buscar a don Ludovino y a don Menandro porque somos muy pocos. Aunque esto no tiene ninguna importancia porque la manifestación va a ser en la casa de un rey, y este solo hecho, suple todo lo que falta.

La idea encontró amplia acogida. Don Menandro Saldías, y don Ludovino Jerez aceptaron entusiasmados. Eran el Jefe de la estación y el dueño de la botica, respectivamente. Por el camino encontraron a Baltasar Pedregal, el valijero que transportaba la correspondencia a las minas de Lolén. Como tenía unas chiquillas muy dijes, lo cual era de gran importancia para después de la comida, por acuerdo unánime fué también propuesto para formar parte de los manifestantes. En total, ocho personas dispuestas a divertirse.

—Hoy ha hecho falta un diario en Villa Hermosa—dijo

Galarce. Acontecimientos como estos, no deben pasar desapercibidos.

—E* la verdá—replicó Torchi—ahora questa manifestacione debe ser conocida.

Llegaron a casa de Jerónimo Cereceda: «El Rey» como todos le llamaban en Villa Hermosa, por su apostura arrogante y su nívea melena. Todo lo hablaba en forma solemne y ampulosa. En las procesiones era indispensable su presencia para encabezar el anda.

Fuentes y Galarce se encargaron de confeccionar el menú. En ese momento apareció Juvenal Toro, sobrino de un general que se cubriera de gloria en la guerra del Perú, y que, por tales antecedentes, se incorporaba en forma brillante a la juventud de la Villa. Era el jefe de la bodega de los Ferrocarriles, y fué recibido jubilosamente.

—¡Atención! Vamos a ver que le parece a la concurrencia. Entrada: sardinas con pebre de cebolla con cilantro. Segundo: cazuela de ave con chuchoca y ajicito para que llame trago. Tercero: longanizas con papas paradas. Cuarto: asado de cordero con ensalada de apio. Postre de piña y té o café al gusto del consumidor.

Galarce gritaba como los martilleros en un remate. Al terminar fué saludado con un aplauso cerrado.

—Está bien, está muy conveniente—dijo el rey con su voz clara y entera. Apoyado en el mesón, esperaba órdenes erguido y solemne:

—Mientras tanto digan que les sirvo. La comida se va a demorar un poquito.

—¡Vino, pues, hijo mío, vino!—exclamó Toro.

—¿Cómo es eso—tronó Fuentes—a quién os atravéis a llamar hijo mío? Tal impavidez os puede ser fatal joven inexperto. Bien es verdad que él desde su omnipotencia, no os concederá mayor importancia. Este que veis aquí es el rey de Villa Hermosa. Lo coronó Rubén Darío, no sé si,

en Ecbatana fué una vez
o más bien creo que en Bagdad...

—Ya pues, cortenlá—apuró el rey. Mientras más embro-
men, más se dilatarán en comer. ¡Guillermína! Dile a Pancho
que vaya al gallinero a buscar una de las gallinas grandes. De
las amarillas dile. Que la mate al momento. ¿Les pongo vino?

—Una vainita, ¿no sería bueno?—propuso tímido y sonrien-
te Arriagada—con una media docenita de huevos.

—Haces bien Pedro—exclamó Alfonso. Debes desde luego
comenzar a fortalecerse. En vino tinto—agregó dirigiéndose al
rey—el vino tinto es muy reconfortante; es como la leche alba
que da la vaca negra. Pero, ¿no serán muchos huevos?

—Son pocos—afirmó don Pedro—debe ser por lo menos
uno por persona.

—Sí, para variar—apuntó Galarce muy formal.

Había en el ánimo de todos un manifiesto deseo de alegrar-
se y de intentar chistes, aunque no siempre resultaran. Ponían
la mejor voluntad en celebrarlos. Cereceda, en tanto, molía
azúcar para preparar el trago. Arriagada apartó a García en un
rincón:

—Y, ¿qué le parece compañero, la barrabasada del ami-
go Jara?

García sonrió lanzando una bocanada de humo.

—Hombre, no se puede dar una opinión definitiva, porque
el caso tiene sus pro y sus contra muy dignos de ser tomados en
consideración.

—Claro, tiene sus pro y sus contra de mucha fuerza—repli-
có el otro. —Pero, mi amigo, no hay derecho a burlarse de la
gente respetable.

—Es que tampoco hay derecho a obligar a una chiquilla
que comienza a vivir, a casarse con un viejo, pues un matrimonio
así tiene por fuerza que resultar un fracaso. El amor es una cosa
muy bella para segarla en flor a cambio de una conveniencia.

—Cierto, cierto—convino Arriagada—no se puede segar en

flor. —Y dando una palmadita en el hombro de García: —Es muy poeta Ud., mi amigo. Sabe decir bien las cosas. Pero un gran golpe para la familia y para el pobre don Juan cuando lo sepa.

Y tras una pausa:

—Yo creo que Jara es un buen muchacho, y se casará con la Nora. ¿No le parece?

—Así lo creo. Lo demás sería una canallada.

La sala se había llenado de humo. Los concurrentes sentados, parte sobre unos sacos de porotos y otros en una larga banca arrimada a la pared. El perro negro, de Vicente, estaba muy preocupado de mirar al gato, que, fastidiado de sus embestidas, concluyó por subirse arriba del estante.

La conversación se había generalizado. Eran ya varias las corridas de tragos servidas. Arriagada consultaba a ratos a García sobre su propósito de casarse.

—¿No le parece que la Estercita Quezada es de lo mejor de la Villa? Yo la conozco desde niñita. Creo que me hará feliz. Y le diré que ha pensado mucho para darme el sí. Por fin lo ha hecho a conciencia, completamente a conciencia. Aquí no hay engaño ni interés, compañero. ¿No lo cree Ud. así don Andrés?

—Ya lo creo—repuso el ótro distraído—Ud. hace muy bien.

Torchi que estaba sentado en la banca, le contaba a Toro en su pintoresca y arrevesada jerga, una excursión que hiciera en su viaje, por el barrio negro, a su paso por Dakar, en compañía de uno de los empleados de la nave. Era aquello una hediondez tan espantosa, que renunció a seguir caminando bajo un sol de fuego, por entre aquellas cabañas miserables, donde todo se descomponía y podría. Allí, sólo vió perros muertos, detritus y porquerías.

Toro, con los ojos encandilados le decía:

—Me han contado que hay negras muy bonitas...

—¡Non diga hombre! Qué va a haber. Unas negras lo llaman a Ud. con unos senos que le llegan hasta la rodilla. Todo una mugre. ¡Caramba!

Vicente Galarce conversaba por otro lado, con Pedregal y

don Ludovino, sobre los precios de la feria. Aquello era una indecencia. Un verdadero descaro. Vacas que él comprara un mes antes y mantenidas a buen talaje no habían llegado al precio.

—Fué un escándalo—dijo Pedregal—. ¿Usted se acuerda de aquella vaca frutilla, que le compré a don Díaz, la vez pasada? No llegó a dos cincuenta. Figúrese...

—No hay más que aguantarse—aconsejó el Jefe. Yo también tengo un lote de novillos colorados, que me están sacando media costilla. Y si los vendo no saco ni el talaje.

—Y dése a santo—exclamó el valijero.

Fuentes, ya muy alegre y colorado, le echaba requiebros a Guillermina, la hija de Cereceda. Los versos de Pedro Antonio González le vinieron al pelo:

Suelta tu cabellera al céfiro de Europa
en torno de tu cuello alabastrino
y dame un beso, y lléname la copa
que tengo sed de amor y sed de vino.

—Esto es—dijo Galarce—no es nada lo que le pide el cuerpo a este guatón. Que le den un beso y le llenen la copa. Y en presencia del rey. Es atrevimiento grande.

—Nada me detendrá ni amenguará mi ánimo, caballeros. No pararé hasta llegar a ser el príncipe consorte.

—Ya va a estar ligerito la comida, para que se esté callado—dijo Jerónimo—. La debilidad lo está haciendo hablar más de la cuenta.

—¡Oh, Majestad, no ofendáis a este humilde paje del ensueño que sólo se alimenta en la mirada de los dulces ojos de Guillermina.

La conversación adquiría cada vez más vivacidad. Las bandejas se sucedían unas detrás de otras, y después de la vaina había seguido el «tinto», profusamente. Don Menandro, lampiño, enjuto, con algo de simiesco en sus gestos y ademanes, sentado sobre un barril vacío, contaba cuentos colorados al valijero

y a don Pedro, en tanto, ahora don Ludovino se había enredado en una furiosa discusión, con Galarce, sosteniendo que un automóvil, no podía en ningún caso competir en velocidad con el tren.

—Convénzase, don Ludovino. Si el tren es un chuzo muy retieso mientras que el auto tiene muy buena rienda, va por donde Ud. lo endilgue.

Fuentes con Toro, García y Torchi, cantaban junto al mostrador, con la copa en la mano una canción en boga que terminaba con el siguiente estribillo:

«Olvidame, olvidame, pues tengo cierta ocupación».

—¡Bravo!—gritó Arriagada—viva la alegría! Y dígame Alfonso, ¿qué ocupación sería esa?

—No hagas preguntas indiscretas, Pedro. Un hombre como tú, próximo a contraer «naucias», debe respetar los secretos del amor.

La comida transcurrió en un ambiente caldeado por los brindis repetidos. Se bebió a la salud de los futuros esposos. También en honor de los fugitivos, quienes, según la expresión de Fuentes, en aquellos momentos «apuraban el delicioso néctar del amor».

Arriagada agradeció la manifestación, en emocionadas palabras en las cuales habló del amor de Jesús a Magdalena y de la fe que lo había hecho esperar a él, que un día llegara esa mujer a ofrecerle su cántaro rebosante de amor.

—Protesto por lo del cántaro rebosante—interrumpió, Alfonso—. Tú, Pedro, debiste decir «a ofrecerme el búcaro delicioso y pleno de ósculos férvidos y encendidos de amor».

—¡Es que yo no soy poeta, mi amigo Fuentes, y por eso tengo que buscar mis comparaciones en los libros que proclaman la excelsa fe de Cristo!

—Bueno, bueno, no es para gritar tanto. No olvides que tu nombre puede inclinarte a negar al maestro antes del tercer canto del gallo.

Eran los días en que unas cuantas canciones nuevas andaban

en boca de todo el mundo. Muy pronto a la concurrencia le dió por cantar. Había algunas adaptadas a defender la campaña de un candidato a diputado que se presentaba por el departamento. Pero Arriagada se opuso a que se cantara, esa.

—Nada de adaptaciones partidistas, mis amigos. La amistad debe prevalecer por encima de todo: lo único más alto que hay para mí, es el amor. ¡Viva el amor!

—¡Bien Pedro! Hablas como Salomón en el «Cantar de los Cantares» lleno de entusiasmo y de generosidad—exclamó Fuentes, y luego con acento grave y dolorido añadió: —ojalá que nunca tengas que hablar con el desencanto que habló después en el Eclesiastés.

—Oiga don Fuentes, ¿a Ud. le paso la cuenta?—preguntó en ese momento el rey, con digna gravedad.

—No me parece, le contestó éste muy serio. Estimo que en el presente caso es el festejado quien debe pagar. Es lo justo. Ha recibido nuestros homenajes, le hemos dedicado lo mejor de nuestro espíritu. ¡Que pague él, con ese vil metal tanta atención!

—¡Tres rás por Arriagada!

El aludido sonreía entre malicioso e inquieto. No era broma pagar todo aquello. Lo menos sesenta pesos, calculaba. El rey cruzado de brazos muy tranquilo, contemplaba aquella baraúnda.

Galarce y Fuentes, declararon por fin.

—No se preocupe su majestad. La cuenta se pagará. Servíos ahora acompañarnos a beber por Ester y Pedro que muy en breve constituirán uno de los más nobles y hospitalarios hogares de Villa Hermosa.

Habían abierto la puerta de la calle. Con el humo de los cigarrillos y el calor producido por los tragos, la atmósfera de la sala se hizo irrespirable. Una oleada de viento fresco dió nuevos bríos a los cantores. Los versos de «Olvídame» y la «Maldición» atronaron la dormida calleja. Iba ya a ser la media noche y aquello constituía un verdadero escándalo, para los morigerados habitantes de Villa Hermosa. De pronto apareció el sargento de la

policía municipal, seguido de sus dos guardianes. Ellos, y el comandante Javier Méndez que a esa hora ya dormía en su casa, constituían toda la fuerza de seguridad de la población. Aquel sargento estaba recién llegado, y tenía un marcado afán de dárselas de «palo grueso» haciéndose respetar y obedecer al pie de la letra. No era como el pobre Crisanto, su antecesor, a quien acababan de expulsar del «Cuerpo» por «ponerle» muy seguido al tinto y a la chicha cruda. Era todo una simpatía, cuando completamente ebrio y eructando ruidosamente decía:

—El único defecto que tengo, es que soy un roto muy paco y muy perro también. ¡Hip! No aguanto pelos en el lomo. El que tiene que ir preso va no más ¡y no hay tutía!

Pero casi siempre los dos guardianes se ocupaban en arrastrarlo a él hasta el cuartel para dormir la borrachera que comenzaba al otro día con un «pihuelo» con harina de maíz.

Su sucesor era muy distinto. Se hacía llamar «mi primero» y al referirse a los dos guardianes decía «la tropa». A uno de ellos le había conferido el grado de cabo, después de una sigilosa conferencia con el alcalde, a espaldas del Comandante. Se decía en la Villa, que Sobarzo, así se apellidaba, abrigaba la intención de desplazar a Méndez que era un sujeto, según el decir de Tito Jara, más bueno que las empanadas y no tenía otro defecto que recomendar la parafina para cualquier dolencia. A Sobarzo todos le tenían la más cordial de las antipatías, especialmente Galarce que no lo podía ver desde que un día le dió un catanazo al «Negro» su perro regalón.

• Autoritario y severo les conminó:

—Ya no son horas de estar con gritos ni zalagardas, señores. Hagan el favor de callarse porque están molestando a la vecindad.

Vicente fué el primero en protestar:

—Mire sargento, es Ud. quien se va a callar. Nosotros estamos aquí en una casa de familia y somos dueños de hacer cuanto nos dé la gana.

—Así será—replicó el otro, con áspero tono—pero estas

no son horas para estar con gritos. La gente desea dormir y Uds. deben obedecerle a la autoridad...

El mozo enfurecido, replicó, saliendo a la calle:

—¡Qué autoridad eres tú, paco mugriento, aparecido, intruso! ¿Crees que porque nadie te ha hecho un parado, yo también te voy a soportar tus atrevimientos? Retírate inmediatamente antes de que te haga conocer de mala manera quien es Vicente Galarce!

El policía refunfuñó entre dientes una amenaza, avanzando hasta la puerta del boliche, para gritar con grueso vozarrón:

—A ver, que se presente aquí el dueño del negocio. Vamos a ver si se vienen a reír de la autoridad. Creen que por que son futres... Tengo encargo de amansar a estos «empaladitos».

—¿Sí, no? Vamos a ver hijo de p... si aquí vienes a reírte de mí.

Acto seguido, Vicente arrojando el ligero poncho hacia el interior, salió a la vereda lanzándose sobre Sobarzo a quien asió una bofetada en pleno rostro. Los otros salieron tras él para intervenir a favor de su amigo. Pero, en ese momento, los dos guardianes enarbolando sus pequeños bastones vinieron a ponerse de parte del sargento.

Súbitamente, en el medio de la calle se formó un verdadero nudo de hombres, que abrazados se abofeteaban lanzando imprecações y juramentos. El garrotito de los guardianes, sonaba seco en la cabeza de los manifestantes. Pedregal, don Ludovino y el boticario, en vista de que la cosa tomaba aquel cariz, se resbalaron por entre los árboles de la calleja.

Don Pedro que en medio de la refriega, perdiera el sombrero, gritaba asustadísimo:

—Calma señores, calma. Todos somos caballeros y debemos respetarnos.

Pero una bofetada en plena boca, de uno de los guardianes, lo sacó de quicio. En unión de Alfonso se le fué encima con tal ímpetu, que fueron los tres a dar al suelo. Y allí siguieron dán-

dose bofetadas sin fijarse donde pegaban. La calle estaba como el día, pues era una noche de luna llena. Cerca de un árbol, Vicente boxeaba académicamente con el sargento a quien el Negro en tanto, le tarasconeaba los talones. Torchi por su lado, había reducido en unión de García, al otro guardián que renegaba enfurecido.

De pronto, Galarce tendió a Sobarzo de una recia bofetada y ya se disponía a seguirlo castigando, cuando el otro se paró de un brinco, huyendo a todo correr hacia su casa que estaba a corta distancia del lugar del suceso. Don Pedro Arriagada enardecido, y dando muestras de un valor inaudito, salió tras él gritando:

—¡Párate cobarde, párate bribón!

Pero el otro sin hacerle caso, llegó hasta su casa, cuya puerta abrió de un vigoroso estrellón, para salir casi inmediatamente con un garrote fantástico, ante el cual Arriagada giró sobre sus talones, para huir a su vez, desesperadamente hacia el grupo de sus amigos.

La situación había cambiado por completo, y el sargento así lo comprendió, pues haciendo girar el garrote como una guiripola, los insultaba ahora a su antojo:

—Peguen ahora, cuadrilleros, sinvergüenzas, borrachos, futres falsificados. Van todos presos.

Todos se miraron consternados. Con un solo garrotazo de aquellos era más que suficiente para mandar al demonio, a cualquiera. Alfonso Fuentes, a manera de general vencido que desea rendir sus armas con honor, avanzó tímidamente:

—Mire sargento, no se exalte, iremos al cuartel siempre que Ud. nos respete, y nos trate como corresponde.

—No sé nada yo. Van todos al cuartel. Allá les voy a enseñar a respetar a la autoridad.

Marcharon todos en silencio: uno de los guardianes a cada lado y el Jefe atrás, con el garrote listo para descargarlo sobre el que intentara huir. La autoridad en tanto, lanzaba a los presos más repiquetes que un campanario. Al llegar a la avenida de

Los Acacios, vieron venir a una persona que se dirigió resuelta-mente hacia el grupo. Era Javier Méndez el comandante que, avisado por los fugitivos, venía a imponerse del incidente. Saludó con un «buenas noches» severo, y dirigiéndose al sargento interrogó:

—¿Qué pasa sargento?

Bastante mal debió parecerle a éste, que su jefe lo tratara de sargento, olvidando su grado de «primero» conferido recientemente por el alcalde. De mal talante respondió:

—Lo que pasa es que estos son unos futres abusadores y sinvergüenzas, que han venido a atropellar a la autoridad.

A la vista del comandante, todos recobraron sus bríos. Vicente que era el más afectado, habló a gritos:

—Oye Javier, esto es insopòrtable. Nunca pasó antes, que la gente conocida del pueblo fuera atropellada por la policía. Y la culpa de todo la tiene este roto badulaque, que Sanhueza ha puesto aquí. Todo el mundo sabe que te está haciendo la «cama», pues desea quedarse en tu puesto.

Estas palabras provocaron un tumulto de voces y gritos. Estaban frente al cuartel y Méndez dijo:

—Entremos. No es posible estar dando escándalos a estas horas.

En el cuerpo de guardia, Méndez prendió una vela, y la colocó en un candelero de bronce que había sobre la mesa. Luego sacando un cigarrillo quedóse un rato en silencio, y tratando de aparentar una calma que no sentía habló pausadamente:

—Ustedes están ahora con todo el fastidio del momento. Mejor es que nos vamos a dormir y mañana arreglaremos este asunto en la mejor forma.

—¡Claro pues!—bramó el sargento—que otra cosa se podía esperar, sino que Ud. les diera toda la razón a estos futres. Si son de su misma calaña también...

Méndez estupefacto, abrió tamaños ojos ante la insolente respuesta de su subordinado. Pero reaccionando violentamente ordenó:

—¡Al calabozo el atrevido! ¡Inmediatamente!

Mas, Sobarzo, en lugar de obedecerle, se abalanzó sobre una carabina con la visible intención de atacar contra él. Méndez ordenó a los guardianes con enérgico acento:

—Tomen a ese hombre.

Estos le miraron risueñamente y entonces el comandante enardecido, sacó su pistola, con la cual hizo fuego a tiempo que los tres hombres se abalanzaban sobre él. El disparo, afortunadamente no dió en el blanco, y entonces los de la manifestación que hasta ese momento no tomaran parte en el incidente se unieron a Méndez para repeler el ataque. Como los doblaban en número, no les costó gran trabajo reducir a los rebeldes a quienes encerraron en el calabozo, en donde los pusieron a la barra. En seguida Méndez puso un grueso candado a la puerta y luego de comentar un rato el incidente con sus amigos, se despidió de ellos para volver a la oficina a redactar un largo oficio al alcalde, exponiéndole lo ocurrido y pidiendo la expulsión de aquellos subordinados que habían desconocido su autoridad.

El suceso fué comentado jocosamente en los diarios de Temuco, en donde se publicó a grandes títulos haciendo resaltar el hecho de que el pueblo tomara preso a toda la policía de la localidad. El alcalde, en vista de la gravedad del incidente, se vió en la necesidad de aceptar las medidas propuestas por Méndez. El que salió beneficiado fué Crisanto que logró reincorporarse a su puesto y lucir nuevamente su «informe» como él decía.

X

Pocos días después de aquel bullado incidente, se recibió en la escuela un largo oficio del Visitador, en el cual expresaba su impresión sobre la visita a ella, y al mismo tiempo las observaciones que le mereciera la actuación del profesor señor García en el desempeño de sus funciones, quien a juicio de Olivares debía hacer un curso de perfeccionamiento a fin de poder ejercer con mayor eficiencia su magisterio. Por de pronto, era necesario que el señor profesor trabara conocimiento con algunos autores que estaban de moda en esos días, y además, que la señora Directora le guiara y supervigilara en sus clases, para que los alumnos adquirieran los conocimientos que los programas exigían durante el año escolar. Terminaba diciendo que la Visitación tendría muy presente el propósito de trasladarlo a una escuela de mayor importancia donde le fuera más fácil convertirse en un verdadero maestro.

Aquel oficio produjo en García la más penosa impresión. Eran los comienzos de septiembre, y muy pronto los niños saldrían a vacaciones, durante las cuales él no tendría trabajo y pensó aprovechar en ir a Santiago, para hablar con don Casiano, su amigo diputado. Mas, de pronto, Andrés recordó que este andaba en el norte, noticia que leyó en los diarios y era la explicación de no haber recibido respuesta a una carta que le dirigiera.

Entretanto, era muy fácil que ya el Visitador, hubiera conseguido su traslado y después le sería poco menos que imposible volver a su puesto.

Había leído el oficio en el escritorio de Mercedes, mientras los niños en recreo, jugaban en el patio. Era una tarde desapaible. Un sol pálido e intermitente, ocultado a cada rato por espesas nubes, que proyectaban su sombra informe sobre la tierra. Por la mañana llovió a torrentes y después cuando aclaró, comenzó a levantarse un vientecillo frío y trasminante que gemía entre las rendijas y se colaba por los vidrios rotos.

—¿Qué le parece?—dijo Mercedes, tirando sobre la mesa el papel cubierto de letras azules escritas a máquina.

—Que es una simpatía el señor Visitador—repuso García con aire desabrido y molesto. Lo sensible es que estamos bajo sus órdenes y obligados a acomodarnos a sus gustos y deseos mientras estemos en este empleo.

La joven hizo un mohín entre burlón y malicioso, y acomodándose en su silla, se apretó al cuello las vueltas del abrigo. Luego encogiéndose de hombros contestó:

—No le dé mucha importancia a lo que dice Olivares. Tiene la manía de dárseles de «sabiondo». A mí me había extrañado que no hubiera empezado antes con sus recomendaciones. Le gusta que lo encuentren muy culto e inteligente y le lleven el amén en todo lo que dice. Pero, en el fondo es muy buena persona, incapaz de hacerle un mal a nadie.

—Sí, en realidad la cosa no es para darle tanta importancia—replicó García.—Lo único malo sería que me hiciera salir de aquí, porque ahora yo no deseo irme, por ningún motivo.

Mercedes con el codo apoyado sobre la mesa, hacía girar con la punta del dedo el globo del mapamundi. Una sombra de tristeza vagaba en su rostro. No contestó al momento las palabras de García, y sus párpados ocultaron obstinadamente la luz de sus pupilas. Afuera los niños en el patio cantaban:

Le pondremos la toca piano
mandan dirun dirun dán...

En realidad, no había un motivo real para estar triste, y no obstante aquel papel lleno de frases muy peinadas, se les figuró que era como un mensajero hipócrita que en el fondo ocultaba una mala intención. García, de pie al otro lado de la mesa, se empeñaba en entender un problema de aritmética escrito en un papel, pero su pensamiento dominando fácilmente a su voluntad, lo llevaba a recordar el día cuando llegó al colegio y deseó irse, deseo que los bellos ojos de Mercedes le quitaron casi inmediatamente. Y allí estaba frente a él, mirándole otra vez con esa dulce expresión de sus ojos de los que surgía una luz recóndita e intensa que le hizo experimentar la impresión de que ella le amaba, que le entregaba su espíritu en esa mirada. Y los ojos de García se detuvieron lentamente, sobre los de ella para darle las gracias por esa merced, por esa ventura que le infundía en aquel momento de inquietud.

—No, eso no—dijo al fin con repentina energía,—Olivares no hará eso y si tal ocurriera, yo le diré que no quiero que Ud. se vaya...

Lo dijo tratando de aparentar indiferencia, de no darle importancia a sus palabras, y sin embargo un vivo rubor le encendió las mejillas. García tartamudeando se inclinó para darle las gracias, y entonces, ella ahora, con esa franqueza que le era característica, le dijo:

—No me agradezca nada, amigo mío. Hago únicamente lo que Ud.: corresponder a su estimación. ¿No es así?

Sabía empapar sus palabras en una velada ternura, que le tocaba el corazón como un effluvio lejano. Otra vez, el día, se había vuelto a nublar. Sobre las hojas del níspero saltaban algunos chincoles. Una arañita negra se balanceaba colgando de su tela, como si tratara de reintegrarse a su vivienda, ubicada en el ángulo del marco de la ventana. Las voces de los niños adquirían

un acento extraño y lejano, como si el vientecillo áspero las saturara de tristeza.

—Hace frío—dijo la joven—parece que va a llover.

—Sí,—dijo García, soñando con ella. Y como si de pronto volviera a la realidad, le preguntó: —¿Ud. tiene frío?

Después de la clase y antes de que la joven se marchara, conversaron brevemente en la vereda. La tempestad se avecinaba. Nubes gruesas, henchidas, se avecinaban, amontonándose en el cielo. En las charcas próximas los sapos lanzaban su croar metálico e insistente. Las ramas de los acacios se abatían produciendo un rumor hondo y doliente, que parecían devolver las alamedas distantes. De un potrero cercano llegó el rebuzno silbante y desapacible de un burro. Mercedes sentada en el cochecillo, trataba de arreglarse el pelo que le agitaba el viento.

—Me voy García. Y Ud. también váyase luego, para que no se moje; ¡hasta mañana! Mire, no esté triste. No olvide que después de un día de temporal luce el sol. Y por lo demás, nosotros hemos estado preocupándonos de algo sin importancia. ¡Qué duerma bien! ¿no? ¡Hasta mañana!

—Muchas gracias—repuso él—¡Hasta mañana, señorita!

La mano de Mercedes se alzó entonces en señal de despedida mientras con la otra agitó las riendas, animando a la bestia que partió al trote largo.

Andrés se quedó un instante de pie sobre la vereda, en actitud indecisa. Sentía adentro un tumulto de sentimientos contradictorios; alegría, tristeza, inquietud. Como le ocurría siempre que ella se iba, experimentaba un impulso de partir tras el cochecito empujado por el deseo de hacer algo descabellado. Saltar sobre el pescante, y quitarle las riendas para, en seguida, cubrirla con sus besos. Para aplacar los nervios, caminaba entonces algunas cuerdas, hasta que un desgano enorme le aflojaba las piernas, que una laxitud le desmadejaba el cuerpo por completo. Entonces volvía lentamente sobre sus pasos, pensando en mil cosas disparatadas. Sacarse la lotería, heredar a un millonario o tener dinero, mucho dinero que no sabía de donde le llegaría. Via-

jar, llevándola a ella, en camarotes de lujo, cruzando el océano en grandes transatlánticos donde todas las gentes serían desconocidas para ellos. Comprar después una finca, en algún país de Europa donde nacerían a una vida nueva, de amor, de dicha inacabable. Pero, muy pronto la realidad lo sacaba de aquellas fantasías pueriles, al encontrarse frente a la escuela y recordar sus \$ 200 mensuales. Le daban entonces deseos de gritar de pena, sintiendo un dolor sin remedio. Era en vano luchar: aquella mujer no sería jamás de él. Todo los separaba: su estado civil en primer término y, luego su tremenda pobreza. Aunque ella lo quisiera, ¡era tan adorablemente buena! no tenía derecho a hacerla más desgraciada de lo que ya había sido. Debía abandonar noblemente toda intención amorosa. Sí, era mejor irse, olvidar. O bien casarse con una lugareña presumida como la mayor de las Quezada o estúpida y adinerada como la hija de don Zenón Miranda, dueño de uno de los fundos más valiosos de la región, ofrendándole así toda una vida de sufrimientos en homenaje a aquel inmenso amor.

Entraba a la escuela y allí se dedicaba a escribirle cartas apasionadas, dolorosas, en las cuales daba rienda suelta a su fantasía, o vertía toda la inquietud sentimental que le dominaba. A veces se despedía de ella para siempre. Decidido, con el semblante grave y la faz desencajada iba a dejarlas en el cajón del escritorio de Mercedes. Lo hacía como en un ritual, pausada, solemne, respetuosamente. Después se marchaba y cuando aun no había caminado dos cuadras, regresaba, apresurado, temeroso, presintiendo las cosas más absurdas. Sacaba entonces la carta no sin antes mirar muchas veces el cajón por si se había quedado alguna carilla, u otra carta que le escribiera y en ese momento no recordaba. Entonces las leía de nuevo, lentamente, deslumbrándose él mismo con su literatura. ¡Qué lástima que ella no leyera eso tan hermoso! Seguramente al saberlo tan inmensamente desgraciado, lo querría por encima de cualquier consideración.

Un tanto calmado, tornaba a pisar tierra firme, conformándose sí, con seguirla amando. Pobre, triste, solitario. Era la an-

torcha que iluminaba su sendero, la flor que ponía un aroma de ilusión en su vida. ¿Qué más podía esperar?

—No, nunca me podré alejar de su lado—decíase entonces convencido—me moriré de hambre si es preciso junto a ella. Y esa tarde, como le ocurría siempre, tras de sentir una terrible tempestad dentro de su alma, se encaminó a la pensión de las señoras Loyola. Todo ese tiempo había vivido tan abstraído en su amor, que casi no se daba cuenta de lo que ocurría en la casa. Llegó a tiempo que un fuerte chaparrón se descolgaba sobre los techos haciendo resonar las calaminas, para caer, en seguida, en delgados chorritos sobre la vereda donde formaba una pequeña canal arenosa.

Reinaba a esa hora un gran silencio. El viento agitaba los árboles del patio, cuyas hojas barnizaba de un verde más claro el agua de la lluvia. Largo rato estuvo mirando llover a través de los cristales. La calleja veíase desierta y las sombras de un crepúsculo invernal invadían todo el ámbito. De pronto oyó que alguien tocaba despacito en su puerta. Rápidamente fué a abrir. Era la señora Teresa que le sonrió al saludarlo:

—¿Qué hay, señora Teresa?

—Venía a rogarle nos facilitara alguna aspirina si es que Ud. tiene. Con este aguacero no me atrevo a ir a la botica.

—¡Cómo no señora! ¿Se siente mal?

—No, a Dios gracias. Es para Elena que está otra vez en cama. La pobre volvió otra vez a caer hoy como un pollo. Vamos a tener que llevarla donde el médico apenas pueda levantarse y esté el tiempo mejor.

—Vaya señora. ¡Cuánto lo siento! ¿Quiere que la vaya a ver? Sonrió afectuosa la señora con gesto de aquiescencia.

La tarde cerraba rápidamente y la lluvia había mojado las maderas del corredor interior. Una tristeza infinita lo llenaba todo. El dormitorio de Elena estaba débilmente alumbrado, por una pequeña lámpara, cuya pantalla tenía un papel verde encima. El cuerpo de la joven apenas se advertía bajo las ropas. De espaldas en el lecho y en la indecisa luz, su rostro tenía algo

de irreal, como si se desdibujara dentro del marco obscuro de su cabellera.

García se acercó despacito, hasta el lecho de la enferma. La joven abrió los ojos para fijarlos con lánguida expresión sobre él. Un instante una luz extraña los agrandó en un destello vivo y luminoso, que luego se apagó tornándose en un suave resplandor afiebrado.

—¿Qué hay Elenita, no se siente bien?

Elena bajó los ojos y su rostro adquirió una suave belleza, dulce y rendida. Su nariz se afinaba delicadamente sin afearla, y los labios sonrosados se dibujaron tenuemente en la difusa luz que le comunicaba un halo de ensoñación.

—Hay que cuidarse—prosiguió García, sin que se le ocurriera otra cosa que decirle, pero dando a su voz la más cariñosa entonación. —Esto pasará muy luego.

La joven permaneció en silencio. El mozo se sentó junto al lecho con el ánimo de distraerla con alguna frase amable, tratando de poner en ello su mayor sinceridad. Aquella casa había sido un verdadero hogar para él, durante su permanencia en Villa Hermosa. Era deudor de atenciones y afecto a esa gente. Estaba obligado a corresponder en la misma forma, y, no obstante, su pensamiento se alejaba presuroso hacia la otra, hacia la mujer cuya juventud plena de gracia y de salud le llamaba con su sonrisa de chiquilla reglona. Era inútil intento encadenar su pensamiento allí junto al lecho de la enferma. Cruzaba veloz el callejón para ir a rendir su homenaje a la adorada. ¡Mercedes! ¡Qué lindo era siempre el nombre de una mujer querida!

Se olvidaba por completo de esta niña enferma que yacía en el lecho, cerca de él, cuyas actitudes le demostraron en más de una ocasión, un silencioso amor hacia su persona. Vefalo todo como en un sueño que ocupaba sólo a ratos su mente, como si surgiera desde un fondo verdoso y desteñido.

Afuera el agua caía con violencia y el viento hacía crujir las calaminas del techo colándose en la casa con un gemido largo y hondo.

¿Qué haría Mercedes, allá en su quinta? Tal vez estaría asustada sintiendo el rumor poderoso de la tormenta y quien sabe si pensando a ratos en él.

El maullido plañidero del gato le volvió a la realidad. Estaba a sus pies en actitud de saltar sobre sus rodillas, como tenía costumbre. Elena, entonces despegó los labios para decirle en un susurro:

—Echelo afuera para que no lo moleste.

Habló como venciendo una fatiga suprema. García le repuso sonriendo.

—No, déjelo no más, es muy bueno este rucio.

Lo había cogido sobre las rodillas, donde el «cucho» ronroneaba satisfecho, mirándole a ratos con sus ojos enigmáticos, en tanto García, se había quedado contemplando una imagen de Cristo, que colgaba en la pared sobre la cabecera. Tenía aquel Cristo un rostro casi femenino, unos ojos suaves y tímidos. Con su mano fina y delicada como la de una mujer, mostraba su corazón. Más abajo, se leían unas bellas palabras:

«Dadme hospedaje de amor en vuestro hogar y yo os lo retornaré eterno en mi sagrado corazón».

¡Hospedaje de amor! Eso que todos buscan ansiosamente, ilusionadamente, muchas veces sin hallarlo jamás, o casi siempre, distinto de lo que cada cual anhela.

La señora Teresa salió y quedaron los dos solos en la habitación. García le preguntó:

—¿Tiene un poco de fiebre, Elenita?

Ella hizo un movimiento dubitativo con la cabeza. El joven se inclinó para apoyar la palma de su mano sobre la frente de la joven. Estaba húmeda y fría. Aquel ligero roce la hizo rebullir nerviosamente bajo las ropas. Un anhelar apresurado le levantó el pecho y luego un sollozo que ahogó en el pañuelo, la hizo volverse de lado.

—¿Qué tiene Elena, que tiene?

Le alisaba el pelo sin encontrar una expresión consoladora. ¡Pobrecita! ¿Qué le pasa, dígame, quiere?—insistía tontamente.

La joven lloraba en silencio, conteniendo los sollozos. Un instante acercó a su rostro la mano de García, para apretarla, con la suya ardiente, rechazándola en seguida. Luego con la faz escondida en la almohada, le imploró:

—¡Váyase, váyase, por favor, ¿quiere?

Trató él de decirle alguna palabra cariñosa, pero ante el apremiante pedido de ella optó por retirarse. Afuera, en el corredor que azotaba la lluvia, permaneció un largo rato fumando con el pensamiento hundido en confusas cavilaciones.

¡Pobre chiquilla! Así era de contradictoria la vida. A ella que era libre y seguramente con muchas condiciones para hacerlo feliz, él no podía retornarle su afecto. ¡Imposible! Era todo de la otra, de Mercedes. Y allí, frente a la noche, su recuerdo surgió claro, vibrante, triunfador dentro de él. Sus ojos tenían un barniz brillante de seducción, de hechicería. Su boca encendida, húmeda, fresca, dulce... ¡Qué fuerza de vida se desprendía de toda su persona! Elena se le desvanecía como se desvanece una voluta de humo en una tarde dorada y fragante.

XI

Las sombras se fueron apretando rápidamente sobre el campo, donde ya se percibía el latido de la tempestad. El viento barría las hojas del callejón que se enredaban en el pasto o formaban pequeños remolinos, confundidas con el polvo del camino. La luz se hizo más indecisa en tanto el rumor de la ventisca se tornó más amenazador. Un espeso cortinaje de nubes cerraba el horizonte. Gritos lejanos, como voces de angustia, venían de los potreros donde los capataces rodeaban el ganado mugidor. Como golpecitos en el hierro frío las ranas salpicaban el estruendo de aquella amenazadora sinfonía que era el preludio de la tempestad.

Una inmensa tristeza se abatía sobre el campo. Lejos, en la curva de Molco, las ruedas de un tren de carga tuvieron un chirriar desapacible. Poco después, la locomotora lanzó un alarido ronco y luego algunos pitazos, breves y agudos como lamentos de alguien que fuera huyendo. Desde las ramas más altas de unos robles viejos, volaron unos tiuques con desgano aleteo, chillando quejumbrosos. La Chaquira iba al trote largo, estironeando las riendas con tales bríos que Mercedes se veía obligada a llevar las riendas firmes, casi tensas, chistándola a cada instante.

Una desazón casi angustiosa, agitaba el ánimo de la joven.

Hubiera deseado que el camino fuera mucho más largo, para fatigarse un poco y aquietar sus nervios por el cansancio. Y sin darse cuenta, fustigaba al animal, que de pronto, partió al galope, siéndole preciso sujetarlo empleando todas sus fuerzas. Próximo a la quinta encontró a Francisco, el mozo que iba a dejarle la capa de agua que le mandaba la señora Lucrecia, temerosa de que la lluvia la sorprendiera en el camino. Mas ella, sin detenerse la rechazó a tiempo de gritarle:

—¡Vuélvete Pancho para que largues la yegua!

Ya los primeros goterones, comenzaban a humedecer el anca de la Chaquira. Un trueno retumbó lejanamente, y la llanita azul verdosa de un relámpago alumbró fugazmente las puntas de los álamos.

—Va a llover que es vicio, patroncita—le gritó Pancho galopando junto al coche—el tiempo se ha preparado como para llover una semana.

Como un promontorio de tierra ondulante y móvil, un piño de ovejas avanzaban por el camino, apretujadas, allegándose al cerco. La esquila de la oveja madrina tenía un tintineo de cristal roto. Al cruzarse con el coche, el ganado se atropelló balando desesperadamente. Voces roncadas y temblorosas se confundían con otras trémulas y chillonas. Caía ya el agua a torrentes, cuando Mercedes detuvo a su bestia junto al galpón.

En la salita de la costura, la esperaba tejiendo, doña Lucrecia que, al sentir los ágiles pasos de la joven se asomó a la puerta del pasadizo para interrogarla:

—¿Qué hay, te mojastes mucho?

—No, nada,—respondió Mercedes arreglándose el pelo que le caía sobre la frente—comenzó a llover ahora no más.

—¡Elisa—gritó la señora—tráele el té a Mercedes! Que venga bien caliente.

Afuera, en tanto aullaba la tempestad. La ventisca hacía crujir las maderas con un leve rumor de cristales. En el corredor, los grandes perros ulularon largamente, lanzando después ladridos amenazadores. A ratos, cuando la fuerza del viento de-

crecía, oíase el chapotear de algunos caballos al pasar galopando por el camino. Mercedes se sentó en un sillón de mimbre que acercó a la mesita donde la muchacha acababa de servirle el té.

—¿Traes hambre?

La joven arrugó ligeramente el entrecejo, con gesto negativo. Luego alcanzando su bolsa de tejer, extrajo de ella una carta que desdobló sin apresurarse. A medida que se iba imponiendo de su contenido se le iba arrugando la frente mientras sus labios se estiraban en un mohín de disgusto.

—¿Quién te escribió?

—¡Que gran tontera!—repuso—. Es una carta de Olivares, en la cual me dice que se va a llevar a García, para mandarme a una señorita en su reemplazo. Y de esto tienes tú la culpa, por haberle manifestado tus recelos cuando este joven llegó, y también la tengo yo, pues nunca le dije que no tomara en cuenta tu petición. ¡Qué tontera!—repitió—. Otra vez tener que comenzar a congeniar con una persona que no se conoce.

En su voz se transparentaba el desagrado que aquella noticia le causara. Con el codo apoyado en la mesita y la carta en la mano, habíase quedado silenciosa. De pronto la señora dijo:

—¡Mejor niña! Cierto que García es una excelente persona, pero ya tú sabes como son en los pueblos chicos. Luego comenzarán los pelambres y las habladurías... Te diré que yo he pensado muchas veces en eso. Alégrate. ¿Y a dónde lo trasladan?

Mercedes miró el papel levantándolo a la altura de su rostro para ocultar la emoción que la embargaba. Luego con voz insegura contestó:

—A Temuco.

—¡Ah! Muy bien queda ahí. En este pueblo debe aburrirse bastante, el pobre.

Mercedes se había levantado después de empinarse de un trago la taza de té, sin tocar el pan. Un nudo de angustia le apretaba la garganta. Una gran tristeza llenaba su espíritu. En su pieza, sentada al borde de la cama, volvió a leer a la luz de la pequeña lámpara aquellas palabras que tanto la hicieran sufrir.

«Me imagino que Ud. estará muy contenta cuando sepa esta noticia—le decía Olivares—pues en esta forma desaparecerá la inquietud que la Quecha y Ud. me manifestaron cuando llegó este mozo. Por otra parte, estimo más conveniente y correcto que su ayudante sea una señorita. Al joven García no se le hace ningún mal con esto, pues irá a Temuco, donde tendrá más posibilidades para su carrera. Sin embargo, no es conveniente ponerlo en antecedentes hasta que no llegue el decreto de la Dirección General».

Abrumada, se enderezó para arrebozarse en un chal de lana. Sentía frío y luego una sensación de ahogo y de calor que le subía a la cabeza. Se acercó a la ventana para apoyar la frente sobre el cristal, en donde el agua de la lluvia se escurría en largas lágrimas. A través de la noche, veía los ojos de García confiados y siempre humildes para mirarla. ¡Pobre! Como se advertía en todas sus actitudes el inmenso cariño que sentía por ella, que ahora era la culpable de lo ocurrido. ¿Por qué no impidió a doña Lucrecia que insinuara a Olivares el alejamiento de García? Ni ella misma lo sabía. Bien es cierto, que aquello no la preocupó, pues Olivares era muy dejado para cumplir sus encargos. Y la verdad era que, aparte de sus dudas del primer momento, jamás tuvo temor de que García no iba a ser a su lado el compañero leal, que se ofreciera, en su conversación del día de su llegada a la escuela. Era una curiosa jugarreta de su destino, el ser ella quien faltara a la lealtad ofrecida, cuando su corazón le estaba diciendo que ese era el hombre que sus sueños de mujer la hicieran presentir. Ahí estaba, era cierto, tímido, apocado, tal vez demasiado soñador y romántico, pero todo corazón para quererla como ella anhelaba ser amada. Y era ella, ella misma, quien lo lanzaba de su lado. Ella, que necesitaba del calor de su afecto, como un rosal, la luz, para florecer, o como el agua para ser transparente. Y, no obstante, su malhadado destino la ponía, por su propia culpa, en aquel trance.

¿Qué hacer? Nerviosamente leyó varias veces la carta de Olivares sin encontrar la solución al problema. Sin ánimos para

desvestirse, habíase reclinado sobre las almohadas y allí comenzó a adormecerse agobiada por una congoja infinita. ¡Ah, la vida! Siempre era una contradicción, siempre estaba ofreciendo lo que no se deseaba. La felicidad no era más que un miraje absurdo. De pronto el hielo de sus propias lágrimas la hizo reaccionar bruscamente. ¿Y si le contara todo a Olivares? Era cierto que había en él un funcionario honesto que por encima de cualquier consideración cumpliría con su deber, pero también tenía co-razón. En el fondo era un hombre bondadoso y tierno. Le contaría su íntima tragedia, sus anhelos de ser feliz, de ser admirada por un hombre, de saber que únicamente sus deseos reinaran sobre él, y Olivares que la quería como a una chica consentida accedería.

Ya más tranquila, se incorporó, acercándose a un espejo a mirarse los ojos. Los tenía hinchados y con tal expresión de tristeza que a ella misma se asustó. Una luz fuerte la penetraba para hacerla comprender. Jamás había amado hasta entonces. Lo otro no fué sino un capricho. Sólo ahora sentía la dulce herida hasta el fondo de su ser, para lanzarla a ratos a abismos de tinieblas, y, luego a cimas donde resplandecía como un sol, su más alegre esperanza.

Sí, Olivares accedería, mas, era preciso hacerlo inmediatamente. Al día siguiente a más tardar. Ella sabría conmoverlo. Además, le sabía su secretillo el cual le sería necesario aprovechar para tocarlo en medio del corazón. Olivares cuando muchacho sintió una gran pasión por doña Lucrecia, pero él en esos años no era sino un insignificante preceptoreito de escuela y aunque de una familia muy honorable, como no se le veía ningún porvenir esta razón, movió a los padres de ella a hacerle una oposición tenaz, en tal forma, que ninguno de los dos, pudo alimentar ninguna esperanza. La vida después les alejó por espacio de cerca de veinte años y hacía ya diez, que volvieron a encontrarse en Temuco. Doña Lucrecia viuda y él casado con una mujer con la cual, según se decía, jamás se pudo avenir. Y como aun quedaba «sol en las bardas», aquel viejo idilio volvió de nuevo a florecer.

Mercedes, por esa época era una muchacha de dieciocho años, un tanto candorosa y distraída, que aprovechaba su tiempo en leer a escondidas algunas novelas románticas que le prestaban sus compañeras del Liceo. En realidad, nunca se dió cuenta de nada extraordinario en las relaciones de aquellos viejos amigos. Fué la propia señora Lucrecia quien se lo contó durante una grave enfermedad que la tuvo próxima a la muerte.

Y, poco después, resolvieron ir a pasar un tiempo a la quinta de Villa Hermosa, pero la temporada se fué alargando y ambas que habían cobrado un gran cariño por esa propiedad, resolvieron quedarse a vivir allí. Era un rincón muy tranquilo y seguro pues al frente estaba el retén de la policía. Después vino el matrimonio de Mercedes seguido de su desastroso descalabro. Fué entonces, cuando Olivares la convenció que aceptara el puesto de ayudante en la escuela de doña Milagros, la vieja preceptora, que poco después murió, siendo reemplazada por Mercedes.

Pero en esa parte de sus evocaciones, la joven recordó que Olivares, fué quien más influyó en su ánimo en contra de su matrimonio con Arlegui. En una ocasión, con una ternura de padre, le pidió visiblemente emocionado que se fijara bien en lo que iba a hacer. Pero ella, ¡la gran tonta! se había encaprichado con aquel barbilindo. Se insultaba ahora con los más deprimentes calificativos, y, luego, dábase ánimos para realizar su gestión ante Olivares. Mas, de pronto, le asaltó una preocupación horrible. ¿Qué explicación le daría para pedirle dejara sin efecto el traslado de García? ¿Le diría que lo amaba y que si éste se iba ella moriría de desesperación? ¿Y para qué? Para convertirlo en su amante y ser luego el pasto de todos los chismes, como poco rato antes se lo dijera la señora Lucrecia? Se afiebró haciendo conjeturas y proyectando mil cosas que, siempre le resultaban descabelladas. Era inútil, el corazón jamás podría avenirse con las cosas que inventaban los hombres para después martirizarse ellos mismos, cuando sus sentimientos no lograban conciliarse con aquellos dictados.

Adolorida, con un dolor casi físico que marchitaba todas las vibraciones de su espíritu, comenzó a desnudarse y de pronto sus ojos tropezaron con el retrato de su madre. De esa madre-cita que apenas conoció y era en sus sueños algo así como un hada o un ángel bueno que la protegía. La miró largo rato y lentamente como si obedeciera a una fuerza interior dejóse caer de rodillas en actitud de imploración. Tenía los brazos desnudos y sobre el seno turgente, la luz de la lámpara resbalaba con tenue suavidad:

—¡Madrecita querida, aconséjame!

Estuvo largo rato con el rostro recogido entre los brazos cruzados sobre su corazón, como si temiera que se le fuera a escapar. Afuera zumbaba el viento, y su ala negra tocaba los cristales de la ventana que hacía sonar la lluvia. Fatigada se enderezó. Pero ahora tenía la frente tersa y en el rostro una expresión de serenidad. Abrió la cama y después de apagar la luz, se metió en ella.

Lejos oyóse el fragor de un tren, monstruo herido en mitad de la noche, que lanzó su ronco alarido. Bajo el corredor, los perros seguían ululando, como si el viento se hubiera corporizado en ellos para alargar su queja.

XII

En casa de las señoras Loyola, reinaba el más cruel desconcierto. El médico venido de Temuco, después de recetar, había movido la cabeza con esa esquivia gravedad del hombre que no desea decir una verdad demasiado penosa. El caso era en extremo delicado y si la joven lograba reaccionar después de las medicinas que le dejaba, era necesario cuidarla mucho para llevarla a un clima alto, donde pudiera restablecerse poco a poco. El pulmón, los nervios, el corazón...

García, considerado como de la familia, oyó en la sala vecina el dictamen del facultativo. Aquello, más que tristeza, le causó una desazón inexplicable. Se sentía como reo de un delito que no deseó cometer, de haber hecho algo sin saber porqué, como empujado por una ley fatal. Después que el médico se marchó quedóse en la sala con las dos señoras. Creyó advertir en la actitud de ellas algo así como un secreto que no le pudieran confiar.

Los amigos de la casa, llegaron también, unos tras otros a preguntar por la salud de la enferma. Don Pedro, como siempre grave y ceremonioso, trató de consolarlas diciéndoles que era preciso tener fe en la divina Providencia. Fuentes, serio y pensativo citó el caso de una hija del administrador del fundo Huillenlebu que también estuvo muy mal del pulmón, y con una

estadía de tres meses en Lolén, se había restablecido por completo.

—La juventud es siempre una esperanza, señora Carmela, no hay por qué desesperarse tanto.

—Ya lo creo—agregó Arriagada—dice muy bien el amigo Fuentes,—la juventud es una esperanza y es un tesoro.

Vicente Galarce abrió la boca seguramente para decir un chiste, pero se retuvo en vista de la gravedad de las circunstancias. Cuando se despidieron, García les acompañó hasta la puerta del corredor, en donde Alfonso lo invitó a dar una vuelta:

—Dicen que donde Barrera ha llegado una chicha, que es como para bautizar con ella—dijo el gordo. ¿Vamos a probarla?

García sonrió de la comparación irreverente.

—No, hombre, discúlpennme. Debo escribir unas cartas urgentes. Tal vez en un rato más vaya a reunirme con Uds.

Los miró alejarse a través de la calleja donde los árboles, aun desnudos de sus hojas, ponían una nota de paisaje invernal. Era un día nublado y silencioso. En el fondo de la calle veíase el portón de la estación, desclavado. Un carro con harina cruzó en ese momento empujado por unos jornaleros. Era tal la quietud, que el «Negro» el perro de Vicente formó un verdadero escándalo al perseguir en una de sus locas carreras a una gallina que escarbaba en medio de la calle y huyó ante su acometida cacareando afligida.

Todo aquello hizo recordar a García el día de su llegada al pueblo, cuando descorazonado creyó que nada de lo que allí existía lograría interesarlo. Y he aquí que ahora se sentía ligado a esa existencia apacible, por el lazo fuerte de un amor. Ahora mismo experimentaba la necesidad de estar solo y más que todo acechar el paso del cochecillo de Mercedes, que, ese día, andaba en Temuco y debía regresar por el mixto de las 5 de la tarde.

Y al penetrar en su pieza, sintió repentinamente una extraña angustia. Aquella chiquilla se moría. La sentencia estaba escrita en la cara del médico. Y Elena lo amaba, lo amaba con el amor doloroso de esos seres que creen haber nacido, sin tener

derecho a conocer el dulzor de un beso, ni el delicioso cosquilleo de una palabra afectuosa, que abre al pensamiento fantasiosos panoramas de ilusión. Y él, ¿qué podría hacer en tan crueles circunstancias? ¿Era honrado mentirle afecto a un ser que estaba próximo a hundirse en la eternidad? Y si lo hacía y aquello contribuía a mejorarla, ¿en qué situación quedaría cuando ya no le fuera posible seguir engañándola?

El pitazo de un tren le torció sus pensamientos hacia Mercedes. ¿Qué haría en ese momento? Seguramente había ido a hablar con Olivares a fin de que no lo molestara a él. Y claro, para eso era preciso que le concediera algo, una sonrisa, quizás un beso. Los hombres que podían hacer servicios, sabían hacerse pagar bien cuando era una mujer bonita quien los pedía. Y ante esa idea toda la sangre se le subió a la cabeza. Caramba, era preferible soportarlo todo antes de poner a la mujer adorada en ese trance. Pero Mercedes no era de esas, la sabía demasiado buena para descender a esos extremos. Ella era sólo de él y aun cuando nada se lo dijera hasta entonces, lo presentía en sus dulces silencios, lo leía en sus intensas miradas, en todo eso que hay en la mujer que siente rebullir en su intimidad, la inquietud anhelante de la felicidad.

Y, no obstante aquellas consideraciones, un dolor agudo lo penetraba, se le retorció en la carne viva como un alambre ardiendo, al pensar que pudiera estar en ese momento sentada sobre las rodillas de Olivares, entregándole la boca encendida, la boca que él ansiaba tan locamente, dándole como un efluvio la luz acariciante de sus pupilas. Quien sabe si aquel, era un amor que declinaba entre ellos, y Mercedes experimentaba ahora la necesidad de dar paso a este que comenzaba a sentir por él. Pero, seguramente le era preciso valerse de su ascendiente amoroso para obtener del Visitador lo que deseaba. O a lo mejor, a él lo necesitaba para satisfacer esa vanidad de toda mujer que se siente bien sabiéndose adorada. Quizás el capricho de quien desea un juguete para después tirarlo. ¡Qué distinto del amor de Mercedes, era aquel otro de Elena: grande, sublime en su dolor,

recóndito. Y los hombres eran unos estúpidos, unos imbéciles y quien sabe si, más que todo, unos tremendos vanidosos. Porque bien mirada la cosa, si él no se hubiera enamorado de Mercedes, habría podido ser muy feliz casándose con Elena para vivir la tranquila y apacible existencia de la aldea. Súbitamente sintió un rencor salvaje en contra de ella, de Mercedes, un odio de fiebra que se revuelve frenética en su cubil, un odio que le subía como una embriaguez tremante hasta el cerebro. ¡Psh! El no era nada más que un buen animal. Lo mejor era irse lo más pronto de allí. Así no haría desgraciada a la pobre Elena, ni le serviría de entretenición a la otra.

Trató de leer para aligerar su tensión nerviosa y al abrir un libro se encontró con las violetas que ella le pusiera en el ojal, la tarde que la fué a ver a su casa. Se acercó a ellas para coger algo de su evanescente fragancia y entonces la vió surgir, con los ojos dulces, con su sonrisa de niña grande y buena. Luego, cuando le mostraba el cementerio, de sus senos surgía un aroma de suavidad y de misterio, nacido de aquellas dos flores maravillosas que palpitaban con leve respirar bajo la seda de su blusa. ¡Oh, no, no! Era imposible sacársela del pecho. En ella se resumían todos sus sueños, todo el sentido hermoso de la vida, toda la razón de existir. Satisfacía dentro de lo ideal, todo aquello que la mente forja como atributo de una mujer. Su manera de caminar, la modulación de su voz, todo se hacía luz de simpatía dentro de su alma. ¡No! la amaría aunque se burlara de él, aunque lo pusiera en ridículo, aunque lo tomara como el juguete con que se entretiene un niño.

Estaba tan abstraído en sus pensamientos, que no sintió llegar el tren y que el cochecito de Mercedes se había detenido frente a la casa. La mocita regordeta, le volvió a la realidad al abrir la puerta de su cuarto.

—La señorita Mercedes, está ahí don Andrés, y desea hablar con Ud. Están en la pieza de misiá Elenita.

Se paró de un brinco alisándose el pelo y arreglándose el

paletó. En ese momento un pálido sol, doraba las hojas en el jardín.

—Con ella siempre aparece el sol—se dijo García, deteniéndose un momento.

Estaba junto a la cama de Elena, hablando con ésta en voz baja. Lo saludó con afectuosa indiferencia para tornar a su conversación. La señora Carmela le invitó afable:

—Síntese don Andrés. Creímos que se había ido con sus amigos.

—No—hizo él, con leve movimiento de cabeza—estaba en mi pieza escribiendo unas cartas.

Mercedes sonrió maliciosa:

—Dicen que estos jóvenes de Villa Hermosa, son muy alegres. La otra noche dieron una función muy bonita, muy graciosa sobre todo.

García se encendió al contestar tartamudeando:

—¿Quién le pudo decir tal cosa?

—Sí,—exclamó entonces la señora Teresa, bromeando,—se lo vamos a acusar Merceditas, para que lo deje sin recreo allá en la escuela. Con la junta de estos picaronazos de la Villa, se está poniendo bien diablito. Antes era muy serio, pero ahora se manda también con ellos a tunantear.

—Pero niña—la reconvino doña Carmela—las cosas tuyas! Como lo ves de buen carácter, le dices lo que se te ocurre. ¿Qué quieres que haga aquí solo entre nosotras? Los jóvenes en algo han de entretenerse.

—Buena cosa con la chiquilla ésta—dijo Mercedes tras un breve silencio, haciendo girar la conversación hacia otro terreno—¿a quién ha salido con la salud tan delicada? Es que también debía salir un poco más para distraerse y no pasar todo el día metida en la casa sin nada que la alegre. Yo por mí lo digo. Cuando estaba en la quinta, pasaba desesperada y en un tiempo estuve bastante mal de los nervios, a tal punto que casi nos fuimos a vivir a Concepción. Eso debo agradecerle a Olivares que tanto se empeñó porque me empleara. Ahora me entretengo

en la escuela, y, muchas veces, jugando con los chicos ni sé cómo se me pasa el tiempo.

—Sí, es cierto dijo entonces doña Carmela—hace mucho la distracción. Pero esta chiquilla es tan floja para salir.

—Tienes que cambiar—le aconsejó Mercedes—. Podías irte los días Sábados para Colliguay, y venirte los Lunes conmigo. Así por lo menos cambiarías de aire. En cuanto te sientas mejor, te voy a llevar para allá.

Elena con sonrisa triste, se limpió la frente y luego dijo pausadamente:

—Yo me voy a mejorar con la muerte.

—¡Ah, no seas tontita, pues, mi hija—replicó cariñosa Mercedes. Si tú lo que tienes no es más que un gran resfrío. Lucidos estaríamos si nos echáramos a morir por eso. Hay que hacer ánimo, todos estamos expuestos a una enfermedad. —Y con risueña malicia terminó: —Si todavía tenemos mucho que ver en esta vida...

Doña Carmela, en tanto, había traído una bandeja con tazas que doña Teresa arregló sobre una mesita próxima:

—Acompáñenos Mercedita, a tomar una taza de té. Es un té bien pobre, pero hágalo por la Elena, para que esté más contenta y no se lleve pensando tonterías.

A través de los cristales había entrado el sol, que iluminó la cara de la enferma. Tenía los ojos orlados de negro que hacía más intensa la palidez de su semblante. Era una flor deshojada, marchita. Los labios blancos, la nariz transparente y afilada. Frente a ella, Mercedes era la expresión de la vida sana y esplendorosa. Los ojos barnizados de expresiva luz, el pelo reluciente y un suave sonrosado en las mejillas.

Tomaron el té, haciendo proyectos de paseos y excursiones. Mercedes con García irían a verlos a Lolén, cuando estuvieran allá, Elena y la señora Teresa. ¡Quién pensaba en la muerte! La muerte era para «los viejos que andaban con las patas a la rastra» no para lo jóvenes que tanto tenían que hacer en la vida.

Al despedirse, García acompañó a Mercedes hasta el coche. Mientras se acomodaba en el asiento ella le dijo:

—Hablé con Olivares sobre Ud. y le pedí que no lo molestara en nada, porque Ud. era un buen compañero y le tenía un verdadero amor a la enseñanza. El no tiene ningún mal ánimo en contra suya, pero me parece que deseaba llevárselo a Temuco. En atención a mi pedido me prometió no hacerlo. De todas maneras, escríbale hoy mismo a su amigo diputado, a fin de que vea en la Dirección, si hay algo en ese sentido y lo deje sin efecto. No deje de hacerlo. Hay que ponerse en todos los casos. ¿No le parece?

García junto a la vereda, permanecía silencioso, sin mirarla.

—¿Qué le pareció mal?

—No—dijo él—es que siento haberla molestado.

—¡Psh! No sea bueno. Alégrese hombre. La vida es demasiado corta para pasarla triste. Qué hubo, ¿va a hacer lo que le dije?

Su voz era insinuante con cierta afectuosa autoridad.

—Sí, ahora mismo.

—Bueno entonces, hasta mañana ¿no?

Alzó la mano enguantada para dejar caer la huasca sobre el anca de la «Chaquira» dejándole al partir su más cariñosa sonrisa.

XIII

Ese día por el tren que llegaba a las dos de la tarde, regresaron a Villa Hermosa, Tito Jara y Nora Céspedes. Eran ya marido y mujer. Don Francisco y la señora Rosa fueron el día antes a Lautaro para dar su aprobación en la ceremonia religiosa. No quedaba otro remedio. Por lo demás, doña Rosa en el fondo estaba feliz de que aquello hubiera terminado así. Ese vejete de Osore, a ella no le gustaba y sólo accedió en vista de la insistencia de don Francisco, a consentir en ese matrimonio. En cambio, a Tito Jara lo consideraba como su hijo y aun cuando éste no tenía una situación muy buena, la cosa no era para preocuparse tanto. En la casa de ellos, a Dios gracias, no faltaba nada. Ya se irían formando alguna situación. Las cargas se arreglaban por el camino...

—¡Qué diantre de muchacho! Con sus chacotas y payasadas nos hizo la grande. Pero ya verá el picaronazo si no sale buen casado. ¡Conmigo se las va a entender!

Y doña Rosa con su más alegre sonrisa, esa tarde convidó a los amigos de confianza a una comida en familia.

—Es una comidita a lo pobre—dijo Jara—haciendo una de sus muecas características. Pero, ¡nada de bailoteos!—Y bajando la voz para que no le oyera don Francisco agregó:—Eso lo dejare-

mos para cuando el viejo se baje bien del macho. Ahora es cierto que ya se bajó, pero todavía lo tiene ensillado.

Todos los amigos, ya impuestos de su próximo arribo, los esperaron en la estación. Fuentes, Galarce, Torchi y García, que esa tarde no tenía clases en la escuela. El Jefe de estación los cumplimentó cariñoso y había ya empezado a enhebrar su discursito, cuando el «Negro» el perro de Vicente irrumpió violentamente entre ellos, para hacer las más jubilosas demostraciones de cariño a Jara. Pero en cambio no se libraron de Arriagada que les habló de la paz del hogar y de la unión bendecida por Dios.

—Mi amigo Jara, ahora que Ud. ha hecho triunfar su amor, tiene graves y solemnes deberes que cumplir. Graves y solemnes, sí, sí...

—Sí, sí... comprendo—repuso Jara con tan afectada seriedad que todos estallaron en una carcajada.

Nora Céspedes, ruborosa, tímida y recogida, oía sin levantar la vista, las palabras de Arriagada. Sólo en ese momento alzó los ojos para sacudir suavemente del brazo a su flamante marido y decirle con cariñoso reproche:

—¡Tan tonto que eres!

Se despidieron en la esquina. Eran los comienzos de Septiembre y por encima del cerco del sitio de la viuda Fernández, asomaba la sonrisa de un duraznero en flor. En la puerta del cuartel de la policía estaba Crisanto que se cuadró militarmente al verlos pasar. En las acequias gorgoriteaba el agua, bajo el pasto que verdeaba en las orillas. Galarce convidó a García a ver unos carboneros que tenía en la montaña:

—Andale rucio. Te tengo un caballo bien suavecito. Vas a ver que ni sentirás la tarde.

—No, discúlpame. Debo ir a la escuela a hacer unos estados de presencia diaria que es necesario mandar mañana. Convida al gordo Fuentes.

—Eso no quita—dijo éste—yo ya tengo mi caballo ensilla-

do para ir. Pero deseábamos que nos acompañaras. Conversaremos. Así tu musa no será tan doliente.

—De veras que este rucio anda apenado—dijo Galarce—yo no sé que te pasa, mira ve! Para mí que estas enamorado.

García trató de aparentar alegría y haciendo un ademán de despedida, les gritó ya andando hacia la escuela:

—Me las pagarán esta noche. ¡Hasta luego!

Era una tarde apacible. La primavera reventaba dulcemente por todos lados. Una brisilla tenue hacia delicioso el ambiente. García deseaba estar solo con sus pensamientos. Tenía horas de neurosis tan terrible que sólo las aplacaba en la soledad, entregándose al ensueño. Le agradaba, entonces, irse a la escuela en las horas que estaba solitaria y sentarse en un rincón a forjar sus quimeras, a veces con angustia, con un dolor desesperado. Se calmaba escribiéndole largas cartas, en las cuales vaciaba toda esa tumultuosa inquietud que embargaba su espíritu. Se entretenía evocando en ellas su vida de niño, sus sueños y sus tristezas de hombre. En esos momentos experimentaba una necesidad de fumar y quemaba un cigarrillo tras otro, con una especie de fiebre que sólo se calmaba así.

Y ese día, cuando ya iba dispuesto a refugiarse en la soledad, que se le hiciera más cruel e insoportable ante la felicidad de Jara, no pudo reprimir un gesto de extrañeza al ver que la puerta de la escuela estaba abierta. Creyó que él la había dejado así, cuando al acercarse oyó la voz de Mercedes, que lo traspasó de emoción:

—Mira Vicente, trae el balde y la escoba para acá. Da gusto ver lo bien que limpiaste aquí...

No supo si entrar o volverse. Seguramente habría venido a hacer un aseo general en el interior de la escuela, donde los chicos estaban siempre rompiendo y ensuciándolo todo. Reflexionó un instante, y por fin, se decidió a entrar. Se encontró con ella en la entrada del pasadizo. Estaba con la cabeza envuelta en un pañuelo azul y con los brazos arremangados más arriba del codo. Lo saludó con alegre sonrisa, exclamando:

—¡Pero qué a tiempo llega Ud.! Casualmente estaba necesitando alguien que me ayudara a limpiar las paredes, que ya no se ven de telas de arañas. Ni que lo hubiera llamado.

—Me alegro mucho de poderle ser útil. Aquí estoy listo para hacer lo que mande. ¿Hay que sacarse el paletó?

—¡Claro! Y el chaleco también y ponerse un capuchón en la cabeza, para no llenársela de tierra.

Estaba linda con las mejillas encendidas, los ojos reidores y los dientes brillantes entre la pulpa encarnada de su boca. En los brazos blancos, ligeramente dorados, las venas azules se transparentaban levemente. García tomando en serio la cosa, después de dejar su sombrero en una percha, se dispuso a sacarse el paletó. Pero ella, con vivo ademán, corrió hacia él, riendo confiada y tierna:

—¡Pero está loco, hombre! ¿Cómo se le ocurre que va a hacer eso? ¡Si es una broma!

El protestó entusiasmado con la idea de quedarse allí ayudándole. ¿Dónde estaría mejor?

—¿Y qué tiene de particular? Como Ud. lo hace...

Mercedes, seria ahora, le miraba desde el fondo de los ojos con una dulzura inmensa.

—No, García, no es eso. Sé que Ud. lo haría, pero se ensuciará su ropa y no vale la pena. Lo hará Pancho que luego llegará con el coche. ¿Y qué andaba haciendo por aquí a esta hora?

El pensó largo rato y por fin dijo en voz baja:

—No sé. He venido porque alguien me lo mandaba; como si obedeciera a un pensamiento que abrigara ese deseo.

Le pareció de una audacia enorme aquella frase, y, después de decirla, enrojeció hasta las orejas. En ese momento los chicos que le estaban ayudando a hacer la limpieza, aparecieron en la puerta.

—Ya nos vamos, señorita. Tenemos que ir al tren de las 4. Ella vaciló un instante:

—Bueno, váyanse.

En tanto, se había sacado el pañuelo de la cabeza y con la

palma de las manos se enderezaba el peinado. También se había estirado las mangas de la blusa de lana, y mientras se desataba el delantal amarrado en la cintura, dijo con ligero enfado:

—Bueno el hombre bien tonto este Pancho. Le dije que viniera a las cuatro y todavía no llega.

—Son recién las cuatro—dijo García con una voz trémula que ni él mismo se reconoció. Una emoción intensa hacía temblar sus manos y le estrujaba el estómago, al verse solo por primera vez en las escuela, con Mercedes. Un dulce anhelar le agitaba la respiración. Ella dijo:

—Voy a dejar estos trapos a mi sala. ¿Por qué no se asoma García a ver si viene Pancho?

El salió sintiendo la pena de no poderle decir una palabra de afecto. Miró hacia el camino un rato que le pareció muy largo y entró con las piernas débiles como si pisara en altos y en bajos a decirle que el hombre no venía:

La joven estaba aún en su rincón. Mirábase en el espejo, después de haberse empolvado ligeramente. García quiso mostrarse sereno, pero se atragantó al hablarle:

—No viene Pancho todavía.

Ella le miró en silencio. Había una luz misteriosa en sus pupilas. El silencio se agrandó de pronto. Diríase que ambos se habían puesto a escuchar el latido de su corazón. De súbito Mercedes dijo:

—Váyase García, ¿quiere?

Su ruego estaba echo de suavidad y ternura. Andrés se atrevió a preguntarle:

—¿Ud. quiere que me vaya?

Mercedes no contestó pero sus ojos ardieron, en una mirada larga, infinita. Después le respondió quedamente:

—Sí, ahora sí...

Andrés le dió la mano para despedirse. Una suave presión las mantuvo unidas como si se atrajeran. Tal vez fueron los dos que obedecían a esa emocionada ansiedad, que, como un río dulce, les subía desde el corazón. Y no supieron cómo, tal si re-

pentinamente se quedaran ciegos, heridos por una luz que les traspasó el alma haciéndoles perder la noción del momento, se unieron en un beso largo, interminable, casi doloroso que se apretaba más y más, como si quisieran transfundirse el alma, en un enloquecimiento definitivo, en una embriaguez que se tornaba cada vez más intensa. Se separaron un instante para hundirse las miradas en los ojos y tornar anhelantes y como enajenados a unirse en otro beso que entonces fué frenético. Era una sed inextinguible, una dulce sed que les recorría todo el cuerpo con un flúido de narcótico. Y del pecho de Mercedes subía una suave fragancia desconocida para Andrés que ahora la besaba sobre los ojos, en la frente, hundiendo sus labios entre la cabellera. Hasta que ella, temblando como un arbusto florecido de rojo se descinó de aquel abrazo inacabable:

—¡Ay, por Dios, García! Váyase, váyase, por caridad.

Y él obedeció caminando como si estuviera ciego, tropezando con los bancos, llevando en su rostro la expresión de quien no sabe lo que hace. Sólo al salir a la calle se dió cuenta de que se iba sin sombrero. Sentía el rostro ardiendo y en el corazón un latir tan agitado, como si fuera incapaz de contener tanta y tan inesperada dicha.

XIV

Elena, aparentemente, fué recobrando poco a poco su salud, aunque siempre estaba muy delicada. Su enfermedad le había dejado una expresión de melancolía que fluía de sus ojos, orlados de sombras que los agrandaban, haciendo más intensa la palidez de su cara enflaquecida. Había algo de vejez prematura en aquel rostro donde la sonrisa se abría como una flor próxima a deshojarse. La primavera que comenzara luminosa y casi ardiente, habíase tornado nebulosa y fría. Doña Teresa, de ordinario tan alegre y con ese aspecto juvenil que le prestaba el brillo de sus ojos, era la más afectada con la enfermedad de Elena, a quien miraba ahora como a una niña chica.

En algunas ocasiones García las acompañaba después de la hora del té, leyéndoles algunos de los «Episodios nacionales» de Pérez Galdós que lograban hacer reír y animar a la joven. A veces, cuando doña Teresa abandonaba la estancia, Andrés al volver una página veía los ojos ardientes de Elena fijos en él. Aquello lo turbaba y por más que trataba de contraerse a la lectura y de seguir el relato, le era imposible. Pero esa turbación se desvanecía para dar paso al recuerdo de Mercedes que lo envolvía, en una especie de onda cálida, enervándolo, haciéndole nacer intensos deseos de irse a la calle, a recorrer los largos caminos desiertos, para contraerse mejor a aquel minuto de dicha

que lo sentía prendido en su sensibilidad como un aroma que a la vez tenía el sabor delicioso de su boca.

Pero de pronto al mirar a Elena, la veía absorta, con el pensamiento ausente, el rostro exangüe entre los pliegues de su chal de lana. Una piedad sincera lo hacía olvidar momentáneamente a la otra. Un deseo de consolarla. La seguridad de saberse amado por Mercedes lo hacía más generoso con Elena. Con su voz más afectuosa le preguntaba al verla tan desmayada:

—¿Está muy cansada, Elena? ¿No quiere que le siga leyendo? O, ¿encuentra muy latoso esto?

Ella con un movimiento cansado, como si sus débiles fuerzas necesitaran emplearse enteras, para desprenderse de lo que la abrumaba, respondía:

—No, al contrario, está muy gracioso y entretenido. Es que al caer la tarde el ánimo se me apaga. Los tísicos son así...

Una lágrima enorme reventaba en sus ojos, como si fuera toda su angustia desbordada. Su pañuelito se humedecía, y, era evidente su esfuerzo por disimular todo el pesar que la consumía. Muchas veces, Andrés, sin saber lo que hacía, traspasado de tristeza le arreglaba el cabello, con la ternura que pudiera hacerse con una hermana.

—¡Por Dios. Elena, que le pasa! No se deje dominar por los nervios en esa forma. Es necesario que ponga algo de su parte para mejorarse.

—¡Y para qué!...

En aquellas palabras estaba expresada toda la terrible trizadura de su alma, la herida sin remedio, el abatido dolor que no tiene consuelo.

Entonces quedábanse un largo rato silenciosos, hundidos en un mismo pensamiento que era un problema obsesionante e insoluble en el alma de cada uno. Afuera, en la calle silenciosa comenzaban a hincharse las yemas de los árboles. El viento sur como una voz añorante, musitaba sus quejas entre las rendijas. En la estación los trenes llegaban con fragor de hierros y luego partían después de un pitazo breve y agudo. El tañido de las

campanas de la iglesia surgía, entonces, tal si fuera la voz doliente de la tarde saturada de dulcedumbre. La viuda Fernández cruzaba a esa hora la calleja para ir a rezar el rosario. Se iba calmamente recogida la faz cetrina, en aparente y mística meditación. Por el camino uníanse a ella la hija de don Zenón Miranda, con quien hacía los últimos comentarios de la Villa, el próximo matrimonio de Arriagada, el regreso de Tito Jara con su mujer, y la enfermedad de Elena. La viuda tenía una voz agria, incisiva, mordaz.

—Para mí que la chiquilla esa no tiene vuelta, Filomenita. Es tisis lo que tiene y de esa que ataca a la garganta. Para colmo, dicen que está enamorada del preceptor García.

—¿Sí, no?—respondía entonces la Filomena Miranda, entornando los ojos con expresión pudibunda. De seguro que el joven no le corresponde, porque es hartó desengañadita la pobre.

—Y para colmo, hueso pelado, pues niña—replicaba la viuda con sonrisa aviesa—. Hoy en día lo que los hombres buscan, es una mujer a la cual haya algo que sacarle. Y más que el futre ese debe andar al tres y al cuatro. Apenas alcanzará para sus gastos. No hay refrán más cierto niña que ese de «Casamiento de pobres, es lo mismo que echar piojos a pelear»...

Filomena reía entrecortadamente escondiendo la cara ancha y de facciones bastas, entre los pliegues del manto, al celebrar las venenosas alusiones de la viuda. Luego añadía por su cuenta con un tonillo despectivo.

—Pero el joven ese es muy pagadó de sí: se cree una gran cosa... Lo que es yo ni lo miro cuando pasa. Le gusta mucho hacerse el interesante.

Y tras un momento de silencio para pensar en donde fijar sus malévolas alusiones, proseguían:

—Dicen que la Ester Quezada se casa pasado mañana. Está que no cabe de orgullosa. No es para menos también, porque ya hace ratito que la estaba dejando el tren. Si no es por el buenas tanas de Arriagada, no se la aseguro.

—Esa lo va a dejar en la calle, porque en lo vanidosa no

me dirá Ud. que no son todas cortadas por una misma tijera. No viven sino aparentando lo que no tienen.

—De veras niña. Son las dos, unas «ayecagües». Y ahora lo más lindo es que les ha entrado por la vanidad de aniñar a la vieja. ¡Señor, las cosas que se ven!

A veces cuando lo más sabroso del pelambre las pillaba frente al pórtico de la capilla, se detenían para terminarlo. Después entraban santiguándose y haciendo genuflexiones frente al altar mayor. La pequeña iglesia estaba a esa hora casi solitaria. Por las pequeñas ojivas entraba la débil luz de la tarde. Las mujeres iban a arrodillarse frente a un pequeño altar lateral, donde ardían algunas velas. El cura, un anciano de aspecto grave y respetable las saludaba con una imperceptible sonrisa, desde la puerta de la sacristía. Las beatas a veces cuchicheaban:

—No sé por qué a este cura no lo he podido tragar. Es tan formal y tan poco amistoso. Con las únicas que lo he visto en mucho «camarico» es con las Urizar. La Mercedes, con sus aires de condesa...

—Sí, de condesa de la poronga.

En el fondo sentían una gran envidia de Mercedes, con quien jamás lograron intimar, pues siempre estaba prevenida contra sus pelambres, que oía discretamente por cortesía, un momento, para despedirse en seguida, con cualquier pretexto.

Era a esa gente a quien Mercedes siempre guardaba cierta prevención. Ellas eran las más felices de poderle llevar alguna noticia de Arlegui, en los tiempos que este tenía sus amoríos con la Abril. Y en estos últimos días las había recordado con un temor recóndito que repentinamente la asaltaba por las noches cuando se entregaba a sus sueños de ventura y sentía vivo y palpitante como en el momento mismo, aquel beso de fuego que Andrés le diera en la escuela, y cuyo recuerdo hermoscaba todas sus ilusiones de mujer. Mas, aquel sentimiento era demasiado poderoso para abatirse ante ningún tropiezo o amenaza. Había entrado en ella como una luz que asomara a sus ojos en destellos resplandecientes.

Una energía nueva la estremecía haciendo desaparecer todo obstáculo. Se entregaba a sus sueños rechazando los recuerdos que vinieran a enturbiar su felicidad, sin querer, tampoco, acordarse de su infeliz matrimonio. Muchas veces, como una chiquilla, se entretenía por las tardes en un rincón del jardín, arrancando uno a uno los pétalos de una flor, con la obstinación pueril de que al cortar el último coincidiera con la frase «me quiere mucho». Pero después de aquel beso no se podía acostumbrar a verlo sin sentir rubor. En la escuela evitaba su presencia, y sólo al marcharse se despedía con un «hasta mañana» que trataba de hacer indiferente. Mas, la voz le temblaba y no podía evitar de lanzarle una mirada en la que ardía toda esa férvida esencia que le inundaba el pecho.

Pero algunos días, una verdadera desesperación se adueñaba de su espíritu. Veía llegar a Arlegui con su sonrisa cínica, a exigirle reanudar su vida matrimonial. Y eso no era una quimera. Algo le contaron una tarde en el molino, de que un hermano rico, residente en Santiago, había escrito al dueño proponiéndole un arreglo a fin de que la mano de la justicia no cayera sobre él. Ella no prestó mayor interés a la cosa, pero ahora venía a morderla como una fierecilla que se le introdujera de súbito en su intimidad para desgarrarle los momentos más dulces.

Sin embargo, luego reaccionaba de todas aquellas dudas que se le infiltraban como un veneno. ¡No! Jamás volvería a unirse a ese hombre. Prefería morir. Ya no podría traicionar a su amor, a aquel amor que se le ofrecía rendido y suave como la súplica de un niño, de un niño bueno que llegara a buscar su amparo. Estaba segura de que la tía Quecha no la abandonaría en aquel trance sentimental. Era la única persona que tenía de su sangre, y el cariño que le demostró siempre, era tan grande o mayor que si fuera su hija. La quería con ese aferramiento del que lucha en el agua sujeto a un madero. En su caso no le quedaba sino pedir el divorcio, y aunque eso no anulaba el vínculo, por lo menos la separaría para siempre de aquel hombre por quien no sentía rencor ni odio, pero sí, una profunda antipatía, tan

intensa como era su amor por Andrés. Nadie, nadie le privaría de amarlo, de darle un poco de la felicidad si es que en su mano estaba hacerlo y ser dichosa, ella también, de esta manera. Si era necesario renunciaría a su empleo, que en realidad no necesitaba y solo aceptó por no hacer su vida tan monótona. La tía Quecha era casi rica, pues con las rentas de sus propiedades podía vivir perfectamente. Ella misma, tenía dos casas en Temuco que daban una buena renta, y casi todos los meses gastaba gran parte de su sueldo y en ocasiones íntegramente en comprarle ropa a algunos chicos, o remedios a algún enfermo indigente.

Esa tarde sentada junto a doña Lucrecia, tejía sin levantar los ojos, y mientras la señora leía en voz alta, Mercedes seguía soñando en su inquietante felicidad. Doña Lucrecia leía un grueso novelón, que trataba sobre un amor adulterino. Mercedes nerviosa al oír las tonterías moralizantes del folletín no pudo reprimirse:

—¡Pero, Quecha, por Dios! Hasta cuándo vas a leer esas leseras. Me revientas con tus folletines de marqueses y condes intrigantes y malos, y de mujeres que no saben lo que es amor. El amor es una cosa demasiado bella para decir tanta tontería de él. Tú misma lo sabes demasiado bien.

Doña Lucrecia, se alzó los anteojos para mirarla extrañada, con tal cara de asombro, que Mercedes no pudo reprimir una alegre carcajada. La señora terminó por unirse a su hilaridad. Después, con el libro en la falda se quedó un largo rato meditando.

—Es cierto—dijo al fin—que son medio tontos estos folletines, pero también la vida, a veces, es tan absurda y contradictoria para juzgar eso que no va de acuerdo con lo establecido. La murmuración no perdona a los seres que se equivocaron y que después tratan de tener una migaja de felicidad. El «que dirán», es un amo muy omnipotente, mi hijita, y mal que nos pese, tenemos que doblegarnos a él.

Mercedes había tirado su tejido sobre una banqueta próxima, y con el codo apoyado en la rodilla la miraba ahora con

la cara apoyada sobre la palma de la mano. En los cristales se quebraban las últimas luces del atardecer; una mosca grande trataba vanamente de subir por el vidrio. Sobre una mesita cerca de ella y junto al florero, el gato se acariciaba el hocico con su pata rubia, entornando los ojos ante la viva luz.

—¿Así es que tú crees que el que la erró no tiene más que aguantar?

Doña Lucrecia se sacó los anteojos, para meterlos despacio-samente dentro de la caja que al cerrarse sonó tan fuerte que asustó al gato. Luego, con voz en que había cierta tristeza, dijo:

—No sé, mi hija, qué decirte. Pero todo está sujeto a tanta circunstancia. ¿Qué me dirías tú, si después de sufrir tanto como sufriste con ese desgraciado matrimonio, le entregaras tu amor a un badulaque, que en vez de agradecerte y respetar tu afecto, le sirviera sólo para pavonearse? El hombre de por sí tiene algo de vanidoso. Está más dispuesto a recibir que a dar. Y luego, que en cuestiones de amor, cuando hace un daño es casi siempre un malhechor a mansalva. Los peligros mayores son para la mujer. Todas las consecuencias caen implacables sobre ella. Dime tú, una mujer herida en lo más íntimo, que entregó todo lo que sus sueños le pidieron, y que en cambio de eso recibe como un latigazo el calificativo de «amante» o de «querida». Si tiene un hijo es el «huacho». No me digas, la maledicencia es una fiera sin compasión.

—¿Así es que tú crees que toda la felicidad que proporciona un gran cariño, no es lo suficiente como para arriesgar todo eso que tú dices?

Doña Lucrecia le lanzó una mirada inquisitiva, tratando de descubrir en los ojos de la joven algo de la inquietud que la atormentaba. Su instinto y su experiencia, le decían claramente que algo nuevo, desconocido por ella, agitaba el espíritu de su sobrina.

—¿Y después de todo, a qué viene esto? Supongo que no estarás enamorada, porque si así fuera, me lo habrías contado...

Mercedes la miró con su más alegre sonrisa. Acariciaba al

gato que había saltado sobre su falda, pasándole la mano por el lomo.

—De algo se ha de conversar, pues, señora. Hay que estar preparada para todo. Por si acaso...

—¡Psh niña! Más vale la tranquilidad. La tranquilidad es como la salud, que sólo se aprecia cuando se pierde.

—Sí claro. Pero también es una gran lata. El aburrimiento pone estúpida a la gente.

En ese momento entraba Pancho con una carta. Era un sobre grueso de la mejor calidad, con un monograma en la esquina. Estaba a nombre de las dos. Mercedes leyó:

«Celia M. v. de Quezada, tiene el agrado de participar a Ud. el matrimonio de su hija Ester, con el señor Pedro Arriagada y tiene el placer de invitarle a la ceremonia religiosa que se celebrará el Domingo 10 del presente en la parroquia de Villa Hermosa».

—¡Pasado mañana! —gritó Mercedes. Hay que ver los huasos grandes. Podían haber dado tiempo para prepararse siquiera. Pero iremos de cualquier manera Quechita. ¡Tengo unas ganas de ver a esa pareja! ¡Cómo irán a ir de fruncidos y arreglados! Oye, ¿cuántas cajas de pastillas de salón habrá comprado Arriagada para ese día?

—¡Tonta! —dice la señora acariciándole la mejilla. Estás muy peladora y así te admiras de la viuda Fernández.

XV

Fué un lindo día de primavera aquel en que se celebró el matrimonio de don Pedro Arriagada. La noche antes, García y Alfonso Fuentes estuvieron en la pieza del segundo, planchando los pantalones rayados que se pondrían al día siguiente. Fuentes se había hecho muy experto en este trabajo, cuando vivía en una pensión en Santiago, mientras seguía su curso de agronomía. Andrés, por la tarde, le manifestó sus dudas sobre la asistencia al matrimonio, pues tenía su ropa muy ajada. Pero el gordo mirándole con sus ojos enormes, en el fondo de los cuales se desleía una sonrisita maliciosa le dijo:

—¿Estás loco? Por una dificultad tan pequeña sería una tontera perder una fiesta así como esa. Si eso va a estar muy «lape» rucio. Convécete.

—No me interesa, créelo.

Alfonso le deslizó intencionadamente:

—La Merceditas también va a ir...

García trató de disimular el rubor, que como siempre le encendía las mejillas, cuando le hablaban de ella en son de broma, y dándole la espalda se puso a mirar hacia la calle. Fuentes insistió:

—No os avergoncéis, joven amigo. El amor es la más noble

facultad del espíritu. Sé que ahora estáis ansioso de abrir vuestro corazón para decirme como el poeta:

Pues bien yo necesito, decirte que la quiero,
decirte que la adoro con todo el corazón...

—Pero no os obligaré a tales confidencias y en cambio os prometo plancharos, como nadie lo hizo, los pantalones.

El gordo Fuentes, ante la expectativa de los buenos ratos que iba a pasar en la fiesta, estaba del mejor humor. García optó por reírse y preguntarle en seguida:

—Oye, ¿entonces es cierto que tú sabes planchar ropa de hombre?

—¡Pero claro! Vamos a ver inmediatamente esa ternada y yo te diré inmediatamente lo que hay que hacerle.

En la noche, después de terminar su faena, en la cual Fuentes puso el mayor esmero, salieron a fumar un cigarrillo en el banco que había en la vereda. Pronto aparecieron Tito Jara, Galarce y Torchi.

—¿Qué hay?—dijo Galarce—¿ya están listos para mañana Uds.? La cosa, a juzgar por los preparativos va a ser como pocas. Hoy por el tren de seis llegaron de Temuco, unas «cabras como se pide, don Vito».

—¡Amigo!—vaquillonas de dos para tres—dijo Jara haciendo el huaso.

—Non seas roto, Tito—exclamó Torchi—tú ahora debes ser más serio.

—Y el «Piave» lo que se aflige—rió Galarce. —Si Tito es como la chicharra: tiene que morir cantando.

—Por suerte ahora no pasará del canto—dijo Fuentes—porque la Nora lo tendrá a la «trinca». No debemos inquietarnos por Tito, reinaremos sin peligro nosotros. La cuestión es que el ganado ese que llegó, sea bueno.

—Es de primera—aseguró Galarce—tal vez algo monta-

ñero, pero de muy buenas hechuras. Viene una gorda «muy bien empiernada» que, ni sobre medida, te vendría mejor guatón.

—Muy bien pues, hombre. Espero en Dios que sabré fascinarla, haciendo uso de esta simpatía que se desborda de mi persona. Para mientras, ¿vamos a jugar un pokercito de a chaucha, donde nuestro amado rey?

—Ya tiene cerrado el rey. Creo que la chiquilla está enferma.

—¡Pero es posible—saltó Fuentes con cómica y afectada afición—y yo sin saber que mi amada Guillermina puede estar a punto de fallecer!

—¡No tengas cuidado!—exclamó Tito—ya pasó el peligro, acaba de salir con bien de uno de los mayordomos de «El Avellano».

Una carcajada resonó en la dormida calleja. Los amigos decidieron ir a acostarse, para estar, según la expresión de Galarce, «muy firmeros» al otro día.

La pequeña iglesia estaba cuidadosamente engalanada para la ceremonia. Los tres altares con sus velas encendidas, entre numerosos tiestos de flores. Desde la puerta hasta los pies del altar mayor, frente al cual estaban los reclinatorios para los novios, se extendió una ancha tira de alfombra. En la villa, notábase cierto inusitado rebullir de gentes. Como la tienda de Arriagada no se abrió, el negocio de Barrera estaba lleno de compradores. A Fuentes, que era muy cerrado de barba, le fué necesario levantarse más temprano, para irse a afeitarse donde Pedro Baltierra, el peluquero.

Media hora antes de la ceremonia, ya estaba la iglesia llena. Los mozos conversaban afuera muy compuestos. Todos, a excepción de Torchi que llegó de tongo y traje azul marino, vestían paletó negro y pantalón rayado. Dentro conversaban en voz baja las mujeres. La viuda Fernández debía decir cosas muy divertidas, porque Filomena Miranda, hacía visibles esfuerzos para no reírse a carcajadas. En el coro, esperaban Nora y Elba Céspedes, listas para tocar el harmonio y pocos momentos antes de los

novios, llegó Mercedes con doña Lucrecia, a quienes ayudaron a descender del coche, Andrés y Vicente. Mercedes venía radiante de alegría. Vestía un traje de seda negro y un sencillo velo sobre la cabeza. Una crucecita de oro le colgaba sobre el pecho. Al entrar en la iglesia se separó de doña Lucrecia para unirse a las chiquillas Céspedes. Había verdadera expectación de ver llegar a los novios, que por fin aparecieron caminando lentamente por la vereda bañada de sol.

Arriagada venía muy circunspecto. Muy pálido, sólo en las sienes le asomaba un ligero tinte sonrosado. Venía de tongo, con chaqué y pantalón claro y traía del brazo con tal empaque a la señora Quezada, que daba la impresión de tener las piernas ligeramente engarrotadas. Ester vestía de blanco de pies a cabeza y daba su brazo a Alfonso Fuentes que al pasar saludó risueñamente al grupo de sus amigos, que abrieron calle a la entrada del templo, mientras los acordes graves y hondos del armonio, resonaron lentamente, hasta cuando la pareja llegó junto al altar. En ese momento el sacerdote revestido salió de la sacristía, para comenzar el oficio divino. La viuda Fernández no se pudo retener y deslizó al oído de Filomena:

—¡Por Dios, la mujer «charra». Fíjese como viene de «enso-
limanada».

—Y él, parece que se ha tragado un chuzo...

Empero, tuvieron tiempo para persignarse, con la expresión de mojigatería que adoptaban siempre en misa. El sol entraba gloriosamente por las ojivas. Uno de sus rayos cruzaba el rostro de Ester que en ese momento veíase realmente hermosa. Los fieles seguían devotamente el oficio. García tras de una pilastra, lanzaba furtivas miradas hacia el coro. Su sensibilidad ese día parecía haberse agudizado, a tal extremo que la voz del sacerdote lo emocionaba humedeciéndole los ojos. Y dulcemente, desde lo más hondo de su ser, surgía como un halo sutil, como un aroma recóndito, un deseo de tener fe, una fe inmensa, una fe a la cual estaba dispuesto a darle lo mejor de sus sentimientos, a cambio de esa dicha que le era tan esquiva, a cambio del amor

de Ella que estaba allí cerca, acaso sintiendo, su mismo anhelo en ese instante.

Había un no sé qué de hermoso en aquella misa aldeana. Campesinos viejos con la cerviz inclinada, rezaban entregados con inmensa devoción a sus creencias. Y en el momento de alzar pareció que se doblegaban enteros, ante la fuerza de aquel poder divino que presentían como la cristalización de toda la bondad circundante. La iglesia se llenó un momento del olor al incienso, del aroma denso de las flores. La campanilla resonaba a intermitencias, mientras los hombres se golpeaban el pecho con un ¡santo, santo!—traspasado de unción.

En el acto del matrimonio, el sacerdote les habló de los solemnes deberes que imponía aquel sacramento. Lo dijo con palabras claras, sencillas, emocionadas. Y cuando la fórmula del ritual se dejó oír, hubo un momento de silencio durante el cual pareció que los fieles contenían la respiración:

—Pedro Arriagada: ¿quieres recibir por esposa a Ester Quezada?

La voz del hombre resonó trémula, velada de emoción.

—Sí, quiero.

Ester contestó alegremente, tranquila, orgullosa. Tras de ella su madre se limpiaba una lágrima. Alfonso estaba muy serio, con aspecto recogido y respetuoso. García en su rincón, sintió que un sollozo le subía porfiadamente a la garganta. Tosió a la fuerza, para disimular la emoción que lo ahogaba, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¡Qué idiota estoy!—se dijo en voz baja.

La mirada de Mercedes estaba fija en él como si le mirara en una especie de ensoñación, mientras un suspiro contenido le henchía levemente los senos. Y de pronto la música del harmonio llenó todo el ámbito en una onda fresca y melodiosa. La voz de las tres jóvenes surgió desde el coro como una dulce vertiente de emoción, para saludar a los recién casados. Afuera, el sol irradiaba gloriosamente, caldeando la tierra que eclosionaba con fuer-

zas. En el aire tibio zumbaban las abejas, y, bajo los árboles, el suelo negro y húmedo estaba salpicado de pétalos de flores.

En el enorme salón de las Quezada, esperaron todas las visitas a los novios, para darles el abrazo tradicional. Muy pronto aparecieron radiantes de felicidad y todos entre gritos, exclamaciones y alegres bromas querían ser los primeros en recibir el abrazo a fin de que se les pegara el «espíritu santo». Tito Jara con ademán de arremangarse le dijo a García:

—Aquí hay que apretar fuerte, compañero. Cosa que la novia se maltrate a fin de que Arriagada después no se vea tan afligido.

El otro sonrió desganado como si no comprendiera la picante intención. Y no supo por qué sintió una súbita ternura y simpatía, cuando Ester avanzó hasta él, para abrazarlo afectuosa, y fué seguramente uno de los más sinceros sus deseos al decirle:

—Que sea Ud. muy feliz Estercita.

—Gracias García, y que pronto me devuelva este abrazo con el mismo motivo.

En tanto los amigos ya le tenían las espaldas molidas a don Pedro, que juvenil y gallardo devolvía los palmetazos con alegre energía. Sin embargo, al abrazar a Fuentes y a García, les estrechó largo rato sin decirles una palabra. Era tal vez la mejor expresión del hondo aprecio que por ellos tenía. Igualmente le ocurrió con Mercedes que con esa voz dulce tan conocida por García, le dijo:

—¡Pedro!—sea Ud. siempre bueno con su mujer!

—Cómo no, Merceditas, cómo no...

Y entre el tumulto de risas, de cuchufletas y bromas en donde todos hablaban a un tiempo, ellos quedaron juntos. La joven con ese bello dominio que tenía sobre él, le dijo, como si se acercara súbitamente a su intimidad.

—Buenos días, Andrés. Lo he notado triste. ¿Por qué? ¿Será porque estoy yo aquí?

—No sé, me agobia la felicidad de los demás. Y, sin embargo, soy feliz, dolorosamente, eso sí.

Mercedes dejaba irse su mirada en derredor, aparentando distracción, pero estaba pendiente de las palabras de García, y de pronto volviéndose hacia él le dijo con su voz empapada en ternura:

—No quiero verlo así. Deseo que esté alegre hoy. Así me sentiré feliz. ¿Lo va a hacer?

Andrés se había encendido, una dulce exaltación le hizo enterrarse las uñas en las manos. Quiso hablarle pero ya ella estaba lejos. ¡Oh, qué hermoso era quererla así, dolorosamente, desesperadamente! Una embriaguez deliciosa se apoderó de él, y entonces, con los nervios tensos hubiera querido dispararse a la calle para disfrutar a solas de toda la ventura que le dejaban sus palabras. Y poco a poco todo aquello se le fué transformando en una sensación de suavidad, de livianura, como si dentro tuviera un pájaro cantando junto a su corazón, o si sus pensamientos fueran ajorcas de oro, con las cuales el niño del amor estuviera jugando. Así recibió, alegremente, a don Pedro, que le sacó de su rincón para presentarle a las amiguitas de Temuco. Dos morenas, una de ellas muy graciosa y simpática, la otra, una rubia de senos prominentes y ojos verdes. Lo saludaron con afectada distinción. Con ellas se puso a hablar del día tan hermoso, de la ceremonia en la iglesia, y de la primavera que se presentaba tan agradable.

No obstante, sus ojos la buscaban, y se sintió más tranquilo aun, cuando la vió conversando muy risueña con Fuentes y Torchi. Era ya el medio día, y entre los invitados circulaban profusamente bandejas con aperitivos y pasteles. Don Pedro declaró en ese momento que nadie se podría ir.

—Quedan todos invitados al almuerzo. Será un almuerzo muy modesto, pero en cambio, habrá mucha sinceridad y cariño para atenderlos.

La concurrencia manifestó la mayor conformidad con aquella determinación. Todos agradecían encantados. Don Pedro insinuó a media voz cerca de Mercedes y las Cépedes:

—Un poco de música vendría bien, para que bailen un rato.

La cuestión es, mis amigos, que en estos momentos en que se santifica el amor, haya alegría, mucha alegría y en el corazón, paz, mucha paz.

—Así en la tierra como en el cielo—terminó Jara con la voz campanuda en su eterno afán de hacer chistes.

Las niñas de Temuco fueron las únicas en celebrarlo. Una de las morenas dijo a García:

—¡Pero qué divertido es este joven!

—Sí—repuso Andrés—siempre está muy alegre y dispuesto a la broma.

La rubia tenía la voz ligeramente nasal. Preguntó:

—Pero es casado, ¿no?

—Se acaba de casar con la Norita Céspedes, la niña que está junto al piano.

—¡Ay! ¿No es esa niña, la que estaba de novia con don Juan Osoreo?

—La misma.

Se miraron las tres con imperceptible gesto de entendimiento y de malicia. Torchi, en ese momento, tocaba «Sobre las Olas», en el piano. García les preguntó:

—¿Supongo que Uds. bailarán?

—¡Ay, pero valse no sabemos! Puras cosas modernas únicamente.

—Yo, dijo la rubia—bailo nada más que tango...

En ese momento se acercó Nora Céspedes y García la invitó a bailar, aprovechando la ocasión de zafarse de aquellas señoritas que comenzaban a cargarle. Ya Fuentes bailaba aquel valse cuya música tenía un compás lento y casi lánguido. Pedro Arriagada con su flamante esposa giraban también, mirándose como dos tórtolos. Galarce inclinándose al oído de don Ludovino le dijo:

—¿Se fija don Ludo? Mire ese pollito como las menea. Yo creo que esta noche se va a portar a la altura de los países bajos.

—¡Claaaro!—hizo el otro alargando con intención la sílaba—

el choque va a ser en toda la línea—terminó con una sonrisita rechoncha como su cuerpo.

El baile terminaba. Jara gritó con voz atiplada:

—Oye Torchi, toca un «guaristequé», ahora pues, hombre!

García en ese momento detuvo su pareja junto a Mercedes y Alfonso, quien le dijo:

—Oye rucio, baila con la Merceditas. ¿Bailemos nosotros, Nora?

Le temblaron las manos cuando le enlazó el talle. Una sensación casi nueva para él. Un aroma suave que subía a momentos a acariciarle el rostro. Sentía su aliento tibio, tenue, cosquilleándole en las mejillas. Era ágil, flexible, y a la vez firme en sus movimientos. De nuevo el mozo experimentaba esa turbación tan intensa que era como si su corazón latiera demasiado de prisa impidiéndole respirar. En una vuelta la joven le apretó la mano y aquel ligero contacto le estremeció de pies a cabeza como si le tocara el corazón. Ella le dijo casi sin mover los labios:

—¿Está contento Andrés?

—Sí muy contento. Sólo me digo que es demasiada dicha para mí. Tengo miedo, inquietud, y eso me hace sufrir.

—¿Entonces siente sufrir por mí?

—No, no es que lo sienta. Es que para mí esto es definitivo.

Hablaban en voz muy baja, entre la ronda de danzantes. Las niñas de Temuco, olvidadas de que sólo bailaban tango giraban contoneándose y moviendo la cabeza. Tito Jara bailando con la rubia cantaba a media voz:

Salomé de Herodías la hija fiel...

Mercedes tras una breve pausa le dijo:

—A mí me ocurre lo mismo que a Ud. Andrés. Creo que es la primera vez que amo y será para siempre. Lo demás fué una pesadilla.

Le habló esta vez con energía, con una voz cálida, tan honda, que fué casi extraña. En los ojos de él hubo un destello de ena-

jenado. Mercedes lo vió traspasado por un sentimiento tan intenso, lo vió tan suyo, que le dijo:

—Y ahora tengamos fe mi amor. Fe para creer en la dicha aunque sea a costa de muchas tristezas.

—¡Oh, Mercedes yo...!

Torchi de pronto se levantó del piano, para gritar:

—¡No, pues!—yo también quiero bailar...

Pero no alcanzó. En ese momento don Pedro con su esposa, golpeando las manos, dijeron:

—Ahora van a tener la bondad de pasar al comedor. Y disculpar todo lo malo.

Jara sujetó a Fuentes para decirle en voz baja:

—¡A chitas, hombre, que me salió cimbradora la rucia! Es como puerta de golpe en día de viento. No te conviene a ti que eres lerdo para «la pedía».

—No te inquietes, la agilidad vendrá con los tragos de «bon vin» que escanciaremos en honor de Eros e Himeneo.

La mesa era una verdadera exposición de flores, frutas y tortas. La habían arreglado en la ancha galería de la casa y aun cuando los invitados pasaban de treinta quedaron algunas sillas vacías. García maniobró disimuladamente a fin de quedar sentado cerca de Mercedes pero don Pedro y Ester vinieron a desbaratarle sus propósitos sentándola entre ellos y Fuentes que, como padrino desempeñaba un papel importantísimo en la fiesta. Andrés quedó sentado entre Nora y la mayor de las Quezada, que ese día estaba muy optimista y saturada de espíritu santo.

—Menos mal—pensó, casi alegre, que no me haya tocado sentarme al lado de las niñas de Temuco.

Ellas estaban felices entre Galarce, Torchi y Toro, el Jefe de la bodega de la estación. Jara, en ese momento, les contaba un cuento mudo, haciendo tan extraños visajes, que todas se refan a carcajadas. Las ventanas que daban al patio estaban abiertas y una brisa suave refrescaba a ratos el recinto. En su jaula de barrotes azules un cardenal lanzaba su grito claro y retorcido; mientras una lora desde su palo estiraba curiosamente el

cuello, como si le interesara en extremo oír lo que se conversaba. A ratos gritaba con aguda insistencia:

—¡María, sirve el almuerzo! La lorita tiene hambre. Tiene hambre la lorita...

Al comienzo pareció que la confianza que reinaba en la sala había desaparecido en el comedor. Los hombres ofrecían pan, con ceremoniosas inclinaciones, y las niñas se limpiaban muchas veces la boca agradeciendo con la mayor fineza que podían. Mas, poco a poco, aquello se fué animando con las bromas de Jara y las cuchufletas de Galarce. El vino, que las niñas tomaban muy moderadamente en pequeños sorbos, teñía de carmín sus mejillas y abrillantaba las pupilas de los hombres. Muy luego la alegría se hizo general. De pronto, los acordes de una orquesta resonaron en la sala vecina. Era la suprema sorpresa que Arriagada tenía reservada a sus invitados. Aquello fué celebrado con vivas congratulaciones para los recién casados. Don Pedro estaba radiante, pero muy medido en los tragos. Galarce que no le quitaba el ojo de encima le gritó:

—Oye, Pedro, sírvete un trago pues, hombre. Estás besando las copas.

—Muy bien—exclamó Fuentes—que se sirva pausadamente, pero que se sirva. Los besos debes guardarlos para después. Te harán mucha falta.

—No tengas cuidado—gritó Jara—está muy bien provisto.

—El hombre habla por experiencia—exclamó un tanto ruborizado Arriagada—pero accedo en beber esta copa por mi querida Ester que es el cofre en donde he depositado todos mis anhelos de felicidad, y también por Uds., mis amigos, que me acompañan en esta hora tan dichosa.

—¡Pero que bien, Pedro!—gritó Alfonso entusiasmado. Hablas como el divino Rubén. Lástima que tu emoción no haya alcanzado para beberte «la lágrima y el vino».

El comedor era ahora como una colmena, que hubiera huido de su panal, para zumbar junto a un árbol cargado de flores. Todos demostraban una alegría desbordante. Mercedes tenía

los ojos luminosos y el rostro suavemente encendido. Cada vez que se inclinaba junto a Fuentes para oír la conversación de éste, aprovechaba la oportunidad para enviarle a García algo de su dulce intimidad en el fluir de sus miradas. García, muy locuaz, conversaba con Nora y Griselda Quezada que, a ratos, se ponía muy romántica:

—Claro que han sido muchos los jóvenes que me han querido, pero francamente debo decir que ninguno ha sido mi ideal.

A los postres Alfonso se puso de pie, para agradecer y decir algunas palabras con motivo de la fiesta: «Pedro—dijo—tiene un alma de niño bueno, y Ester en cuya persona se reúnen todas las virtudes de la mujer chilena, se lo merece de sobra...

—¡Chis, de sobra no, pues, a donde va!—le interrumpió don Ludovino a quien las copas habían puesto muy chistoso.

—Bien. Se lo merece por sus bellas cualidades. Ruego no interrumpirme porque me harán perder el hilo de mis observaciones. ¿Qué tal? En la Cámara, que bien hubiera resultado esto... Bueno, para nosotros, para la juventud...

—¡Paso!—exclamó alguien.

—Entonces váyase al plato, pero no me agujeree el discurso—dijo el gordo ya tomando a broma la cosa, y uniendo sus carcajadas a los demás, Pedro, deserta de nuestras alegres reuniones, donde siempre su presencia era recibida...

—Con un vaso de «crúa» le gritó Jara.

—Sí, muchas veces, pero también con sinceridad y cariño. Pero, en cambio como bella compensación, tendremos un hogar más que nos reciba con afecto, con esa hospitalidad tan noble como el cristal de esta copa cuyo contenido os invito a beber por la felicidad de ellos. ¡Salud!

—¡Qué bien! Poco, pero bueno.

—Confortable y apretado—volvió a hablar el jefe.

Después agradeció Arriagada usando sus frases conocidas. No se olvidó del cántaro de la Samaritana, ni de la paz del hogar. En seguida Jara recitó un monólogo jocoso y Alfonso una

poesía de Díaz Mirón. Poco antes de pararse de la mesa Nora Céspedes cantó «La Chacarera» acompañándose en la guitarra:

Chacarera de los diablos
que te vas por los zanjones
zanjoneando, zanjoneando
la tutuca, anda perdida
el tuto la anda buscando.

Chacarerita, chacarerona
zamba mulata, yegua rabona
me querís negra, no me querís
me echas al agua, no me echarís...

Pero la fiesta no llevaba visos de terminar; la orquesta atacó algunos motivos bailables, y todos pasaron de nuevo a la sala haciendo los más alegres comentarios. Los jóvenes que se habían quedado fumando en un rincón de la galería, fueron muy pronto a reunirse con las señoras que, un tanto sofocadas con el copioso almuerzo y el calor, se sentaron sin deseos ni de conversar. Sin embargo, a las chiquillas venidas de Temuco, que simpatizaron mucho con los jóvenes de Villa Hermosa, muy pronto se les vió girando en alegre danza por el medio del salón. En un grupo aparte conversaban don Pedro, Mercedes, García y Ester que a ratos lanzaba a su marido, miradas muy tiernas.

Las bandejas con refrescos, seguían circulando, aunque ya no eran recibidas con el entusiasmo de cuando comenzó la fiesta. Alfonso Fuentes, un poco congestionado y sudoroso, había puesto su pañuelo de seda en la palma de la mano, para dársela a su pareja. Danzaba muy lento con una de las morenas de Temuco, y seguramente debía de ir recitándole algún poema, pues ella le oía con los ojos entornados y la actitud romántica. Al pasar en la ronda junto al grupo donde estaban los recién casados se le oyó decir:

«Puede el último amor ser el primero...»

Las horas transcurrían sin sentir. Mercedes estaba muy alegre y sin dejar de atender la conversación a Torchi con quien ahora bailaba, sabía decirle con la muda elocuencia de los ojos a García todo lo feliz que se sentía en esos momentos. De pronto hubo un revuelo en la sala. Don Pedro y señora, que hacía unos instantes desaparecieran del salón, volvieron en traje de viaje, listos para partir a su luna de miel, por el tren que pasaba a las siete de la tarde hacia el norte. Hubo gritos de sorpresa, protestas y exclamaciones. Don Pedro declaró solemnemente:

—Nos vamos, pero dejándoles el corazón y el alma a todos los buenos amigos que han tenido la amabilidad de acompañarnos, y de sacrificarse en esta modesta reunión familiar. Pero la fiesta debe seguir con igual entusiasmo. Mi señora madre política y Alfonso quedarán representándonos.

—Serán cumplidas tus órdenes, Pedro, dijo Alfonso inclinándose con afectada gravedad. —Y bajando la voz les dijo: —Ahora partid y que Venus os inspire y Eros os entregue sus más dulces secretos. Idos y sed dichosos.

—¡Bravo!—gritó Vicente, pero antes es de rigor que se despidan con una cueca. ¡Están obligados!

—¡Claro, claro, obligados!—gritaban todos gozosamente.

—¡Cancha, cancha—decía Jara hablando a gritos.

—Pero, por Dios, que terrible,—decía Ester, si yo casi no sé bailar cueca.

—No se aflija, mi hijita—la animó Arriagada trémulo y excitado, con los ojos brillantes de alegría. Haremos lo que se pueda.

Y de pronto la sala pareció derrumbarse, porque la música estalló con tanto ímpetu y bríos, tal si en todos hubiera un repique de alegría expresiva y bulliciosa. Elba, en el piano, y Nora Céspedes, en la guitarra, junto a la cual se había arrodillado Jara para ganar las «tres mitades», soltó de pronto el torrente claro y gracioso de su voz:

Anda ingrato que algún día
de mí te habrás de acordar
y te pondrás a pensar
en quien tanto te quería.

.....Y te pondrás a pensar
en quien tanto te quería...

Ester, casi acto continuo de alzarse la voz de Nora, completamente olvidada de que no sabía bailar cueca, arremetió con tal entusiasmo que casi desconcertó por completo a su marido. Era la cueca graciosa y con cierta distinción que se baila en todos los hogares de nuestra clase media. Iba y venía en rondas, como si apenas tocara el suelo con cierta estremecida ondulación de las caderas, el pañuelo en alto, los ojos llenos de alegre y provocadora luz, ya amagando, entregándose o huyendo del hombre, con un ligero cimbrar del cuerpo, mientras los pañuelos a ratos ondeaban junto a los rostros en un juego engañoso y ágil que tenía algo de sensual y rebelde a la vez.

El corro aplaudía con un entusiasmo imposible de describir en medio de las más absurdas y divertidas exclamaciones:

—Sulfito, sulfato, nitrito, nitrato, el perro y el gato! ¡Ponche con bi-car-bo-na-to!!!

—¡Agarra ese trompo en l'uña!

—¡Tírenles con el aparador!

—¡Afírmate riendas d'hilo!

En el segundo pie fué el delirio, cuando los novios, casi juntos uno frente al otro, terminaron con un zapateo tan sostenido, que Arriagada, agitadísimo, se detuvo para abrazar a Ester alegremente gritando:

—Me entrego, me entrego.

En seguida, apresuradamente, fueron a dejar a los novios a la estación. El tren ya estaba anunciado, y los jóvenes se despedían de Arriagada haciéndole al oído los más picantes encargos. Javier Méndez muy serio le dijo al abrazarlo:

—¡No se olvide de tomar una gotita de parafina, compañero! —Y con el aire más serio y convencido, agregó:—en estos casos es lo mejor para afirmarlas, mi amigo!

Un clamoroso tumulto agitó el andén, cuando entró el tren inundando con su chorro de luz el recinto de la estación sobre la cual ya caía el crepúsculo. Pañuelos en el aire, voces de mujer, gritos enérgicos de hombres saludaron la partida del convoy por cuyas ventanillas se asomaban curiosamente los pasajeros. Tras el agudo silbato del conductor, resonó el breve pitazo de la locomotora, y el tren como una monstruosa serpiente anillada de luces, echó a rodar velozmente por en medio de los campos y de la noche que ya se avecinaba.

XVI

«Véngase hoy mismo. Gestión resuelta con felicidad sobre empleo, le conviene mucho. Saludos. Casiano».

García, de vuelta de la escuela, encontró al mensajero que le llevaba el telegrama. Venía saturado de felicidad, trémulo de dicha. Esa tarde, Mercedes, habíase quedado haciendo algunos apuntes, después que se fueron los niños. Desde aquel día tan hermoso, en que se dijeran su amor con un beso, cuyo recuerdo aun rebullía en su sensibilidad, García no había tenido oportunidad de hablar con ella, pues siempre temerosa, como si todos los pequeños fueran a leer en su rostro aquel bello secreto, esquivaba encontrarse con él, y sólo le saludaba de lejos con una sonrisa afectuosa. Andrés, desconcertado, mostrábase triste, sintiendo cada vez más lacerante la inquietud de su sentimiento, a pesar de sus cariñosas palabras en la fiesta del matrimonio de Arriagada. Y esa tarde, con un ansia indecible fué hasta su escritorio presintiendo un dulce momento en aquel amor que llegaba entre tantos sobresaltos y preocupaciones. Mercedes ya estaba lista para partir y apenas le vió entrar se puso de pie para preguntarle en voz baja:

—¿Se fueron todos los niños?

—Sí,—dijo él, presa de extraña sobreexcitación.

Se quedaron mirando a los ojos en los que despuntaba una

luz cálida. La sala con sus puertas cerradas, estaba en la penumbra. Afuera había un gran silencio que sólo turbaba a ratos el canto de un zorzal, desde el níspero del patio. Fué un instante de vacilación que deshizo ella impetuosa, tal si temiera perder la oportunidad de aligerarse en una explosión de afecto, de toda aquella tortura de sentir los nervios tensos.

—Quería verte—musitó tuteándolo por la primera vez—Quería verte—repitió—verte cerca de mí, oírte decir que me quieres mucho, que sólo piensas en mí.

Las últimas palabras casi no pudo decirlas, porque García la había estrechado entre sus brazos, con una especie de vértigo que lo hizo vacilar sobre sus pies como si estuviera ebrio. Frenético, la besó con un beso interminable sobre los labios dulces y cálidos, frescos y aromosos como una fuente sobre la cual se deshicieran rosas. Luego, apartándose un tanto, la miró traspasado como en un éxtasis. Ella con la cabeza rendida sobre su brazo, tenía los labios entreabiertos, más bellos después de la caricia, los ojos entornados, y un halo de misterio y seducción en el rostro. De su cuerpo se desprendía una fragancia sutil, como si toda ella fuera una esencia suave, un aroma de fruta en sazón.

—Bésame amor, bésame—suspiró.

Y él le cubrió el rostro con sus besos, y luego, en la deliciosa y tersa suavidad donde comenzaban a insinuarse los senos. Hasta que de pronto Mercedes reaccionando repentinamente de su laxitud, anudó sus brazos al cuello de él, y atrayendo su cabeza rubia lo acarició con ternura como si fuera un niño. Después lo besó en la boca para rechazarlo en seguida con intenso ruego.

—Andate ahora, mi amor. ¡Andate! Déjame sola y no estés triste. Piensa siempre en que te quiero mucho.

El trató de alejarse, pero como atraído por una fuerza magnética, volvió de nuevo para besarla por última vez sobre los ojos, y salir en seguida apresuradamente hacia la calle. Sentíase ingrátido, como si de pronto fuera a poder saltar sobre los árboles del camino o columpiarse en sus ganchos más altos. Todo

esa tarde tenía una luz nueva, una belleza en la que antes no reparó. La primavera llegaba con fuerza. Los árboles de la avenida se cubrían de hojas y los patios de las casas tenían un encanto rústico y poético. Una brisa fresca y agradable discurría suavemente como si trajera una voz de esperanza. Y de pronto, ese papel que el chico del telégrafo le entregara venía a sumirlo en una tremenda inquietud. Como una voz destemplada que le dijera que la felicidad no se coge así no más.

—¿Qué diantres será lo que me ha encontrado don Casiano?—pensó intranquilo, volviendo a desdoblar el telegrama y tratando de encontrar en aquellas breves palabras una respuesta a su interrogación. Claro, no cabía duda; su amigo le habría conseguido algún empleo que seguramente mejoraría su condición económica, pero, en cambio, lo alejaba de allí, de ese rincón hermoso donde residía ahora todo el objeto de su existencia. Una aflicción enorme se apoderó entonces de su espíritu. Aquello significaba abandonar todos sus sueños de amor. ¡Dejarla a ella! Esta idea le produjo tal dolor, que creyó ahogarse, tanta fué su desesperación. Marcharse de ese rincón para siempre, era como si le arrancaran el corazón. Prefería quedarse allí, trabajando aunque fuera de peón con tal de verla, de respirar su mismo aire. ¡Mercedes! Quiso ir corriendo al telégrafo a ponerle un largo despacho a don Casiano. Y de pronto resolvió ir a contárselo a Mercedes. Ella siempre sabía afrontar con serenidad los momentos más difíciles. El, en muchas cosas era solo un niño a su lado. Los fracasos de su vida, le hicieron tímido, cobarde. En cambio, Mercedes, sabía ser valerosa frente a la adversidad.

Hablando solo, dando tropezones, como los campesinos cuando recién se desmontan de su cabalgadura, sintiendo un miedo tremendo de que ella le aconsejara marcharse, o se mostrara indiferente, marchó hacia la quinta. Pero ya próxima a ella, le asaltó una grave preocupación. ¿Qué diría doña Lucrecia? ¿Qué explicación le daría si era ella quien lo recibía? No, era mejor no ir. Seguramente, él, con esa cosa estúpida que había en su sensibilidad, incapaz en un momento dado de sobreponerse a su do-

lor cuando este se agudizaba en él, era muy capaz de delatarse delante de la señora que entonces se daría cuenta de su amor por Mercedes. Se detuvo junto a un árbol para respirar con fuerzas. Su empleo insignificante le pareció ahora de una importancia enorme. Seguramente ya don Casiano habría avisado al Ministerio que se lo dieran a otro.

—Sí, es mejor ir inmediatamente al telégrafo—se dijo.

Mas, en lugar de hacerlo siguió caminando hacia la casa de Mercedes. Afortunadamente fué ella misma quien le recibió. Estaba en la galería descolgando la jaula del canario, cuando al volverse lo vió junto a la puerta. Debía tener cara de consternación, pues la joven le abrió inmediatamente la puerta con expresión de asombro e inquietud, reflejado en su rostro:

—¿Qué hay García? ¿Cómo es esto...? ¿Qué ha pasado algo?

García por toda respuesta le alargó el telegrama que Mercedes leyó ávidamente.

—¡Bah! qué curioso. ¿Ud. le pidió esto a su amigo?

—Sí, en un principio, cuando recién llegué aquí. Pero creí que don Casiano no se había acordado más del asunto.

—Está bueno—rió recordando que a ella le ocurriera el caso idéntico—lo que menos se espera está siempre más cerca. ¿Y qué piensa hacer?

Trataba de aparecer tranquila, mas, su voz se veló en las últimas palabras. Sus ojos adquirieron una pensativa tristeza. García balbuceó:

—Yo, en realidad, no he alcanzado a pensar nada. He venido para que me dé su opinión, o más bien dicho sus deseos a este respecto. A lo mejor, ya el empleo se lo han dado a otro.

—No, eso no. Sin su renuncia no pueden dárselo a nadie.

García respiró. En su confusión no había reparado en este importante detalle. Una grata esperanza germinaba de nuevo en su pecho. Se habían sentado en un rincón de la galería. Mercedes dejó la jaula del canario sobre la mesita redonda, lo que despertó un gran interés en el gato que desde el marco de la ventana

acechaba al pajarito, enarcando el lomo y con los ojos fosforescentes. La última claridad del atardecer resplandeció detrás de unos álamos raquíuticos. Por el camino pasaban algunos jinetes arreando las vacas para la encierra. Gritos lejanos y cantos de pájaros que se oían tenuemente como si fuera la tarde que se trizara, expresaban la melancólica dulcedumbre del crepúsculo. Un grato aroma a flores deshojadas entraba por la ventana. Y allí, en medio de la paz del ambiente, estaban sus corazones latiendo agitados por la inquietud del amor que agranda cualquier acontecimiento cuando este pone una ligera sombra cerca de él.

Por fin ella dijo:

—¿Y si es un empleo muy bueno? No es posible perderlo así no más.

En tanto, aparentando indiferencia, estaba atenta al efecto de sus palabras. García la miró como si soñara o no entendiera lo que le dijo. Un mundo de sensaciones, de pensamientos, de anhelos venían a golpearle el corazón y la mente. Y en aquel todo estaba ella siempre, como principio y como fin. ¡Qué hermoso hubiera sido poder explicarle toda la significación que tenía en su espíritu! Y como un niño temeroso o rendido, le habló con una voz que era casi un sollozo:

—¡Oh, Mercedes! Por piedad no me deje solo pensar en esto. Ayúdeme. Si me sacan de aquí me moriré.

Ella le sonrió cariñosa. Después en voz baja, en la que no obstante se manifestaba intensamente toda la fuerza de su amor, le animó:

—No, Andrés, yo no quiero que te vayas. ¡No quiero! Y no te irás. Nuestro cariño, ya nada lo podrá romper, pase lo que pase. ¿No te parece? Hay que pensar este asunto con calma. Por lo demás este ofrecimiento de tu amigo es una gran prueba de afecto para tí y nuestra mejor esperanza. Mira, pónle ahora mismo un telegrama pidiéndole no haga nada hasta no recibir carta tuya, y a la noche le escribes explicándole que no desear irte de aquí.

Se fué animando a medida que hablaba. En sus ojos veíase

otra vez la fuerte luz de sus momentos de alegría. Juguetona como una chiquilla le agregó risueña y bromista:

—Le puede decir a su amigo, que no se va, porque yo no le doy permiso, y también porque me quiere mucho. ¿No es así?

García ya casi aligerado por completo de aquel mundo de aflicción que se echara encima, rió alegremente. Experimentaba cierta dulzura inexpresable cuando ella con la mayor naturalidad lo trataba de «tú» a ratos, como si lo hubiera echo toda su vida. Contestó:

—Sí, Mercedes, Ud. lo sabe bien.

Sentíase tan tímido ante ella, que en el fondo experimentaba una especie de asombro que lo quisiera, como si no fuera merecedor de aquel afecto. Aquella misma circunstancia, le daba la medida de su insignificancia frente a la realidad de la vida. Si lo trasladaran, falto de medios, de libertad y de tanta cosa que era menester, le sería poco menos que imposible volver a verla. Era de la falange de los esclavos que para comer, para poder aferrarse a la vida que en algunos es tan inmensamente bella, deben olvidar todo sueño, toda ansia ideal. Habíase puesto de pie para marcharse, pero ella lo retuvo con dulce autoridad:

—No te vayas. Mandaremos el telegrama con Pancho. Ahora vamos a ver la tía Lucrecia, que está muy ocupada con sus gallinas. Tiene algunas echadas y otras con pollitos nuevos. Verás tú qué lindos son.

Era una deliciosa tarde de fines de septiembre. En el jardín se detuvo para mostrarle algunas rosas que recién abrían. Por todos lados veíanse flores y plantas muy hermosas y raras. Se había puesto una bata de grandes flores azules cuyos tonos muy suaves daban cierta gracia poética a su semblante y hacían más fina su silueta. Doña Lucrecia pillada en sus afanes en medio de los polluelos que corrían gráciles junto a la cerca de alambre, protestó:

—¡Pero, qué niña tan loca eres tú! Ni siquiera me avisas que ha llegado este caballero. Mire el estado en que me encuentra.

—Pero si está en su casa, señora—replicó el joven—por lo

demás, es muy agradable que lo reciban así en la intimidad a uno.

Mercedes había cogido un pollito negro, cuyos ojos estaban rodeados de un cerquillo blanco. Lo acariciaba en la palma de la mano acercándolo a su rostro. Después lo miró detenidamente, y volviéndose a doña Lucrecia, le dijo.

—Mira, Quecha, el pollito con anteojos. Este debe ser pariente tuyo.

La señora rió alegremente:

—Realmente yo no sé cómo los niños le tienen respeto a ésta. Cada día se pone más disparatera. —Y moviendo la cabeza entre risueña y sentenciosa agregó:—Y ya los años no son tan pocos para que no se ponga más seriecita.

—¡Uf! Para eso no faltará tiempo, mi hijita. Y por lo demás los años no son tantos. La vejez, Quecha, ya te está haciendo perder la noción de mi edad. Soy apenas un pimpollo.

Lo decía riendo con graciosa coquetería, como burlándose de sí misma. García pasó allí el resto de la tarde. Después lo dejaron a comer. Sentado frente a Mercedes, García experimentaba un dulce agrado en oír la charla de doña Lucrecia que en la intimidad era muy entretenida y ocurrente. Esa noche recordó, las incidencias de la fiesta de las Quezada, y tuvo expresiones muy agudas para referirse a las amiguitas venidas de Temuco. Igualmente cuando se refirió a la viuda Fernández y a la Filomena Miranda, que no fueron convidadas y que por ese motivo estaban como un «chingue» de rabia. Después le preguntó al joven:

—¿Y la Elena, cómo ha seguido?

—Está bastante mejor. Pero siempre por las tardes se siente muy decaída. Esperan que se afirme un poco más para llevársela a Lolén.

—¡Pobrecita! Y yo le diré que la primavera es terrible para los enfermos del pulmón. Dios quiera que se mejore, aunque yo creo que este año se va, si no tienen mucho cuidado con ella. Su padre murió del mismo mal. Para colmo, dice que está enamorada sin remedio.

—¿Ah, sí?—saltó entonces Mercedes vivamente—. ¿Y de quién? No me digas, Quecha. ¡Qué va a ser cierto! Habladurías de la gente de Villa Hermosa.

—Es muy posible. Pero también no veo porque no puede ser, y por lo menos así lo asegura la viuda Fernández a quien se lo ha oído Pancho cuando va a las compras.

García, estaba rojo hasta las orejas. Habíase inclinado obstinadamente sobre el plato sin decir una palabra. Doña Lucrecia con maliciosa crueldad agregó:

—El señor García debe saber algo de eso.

Andrés sin atreverse aún a levantar los ojos repuso:

—Yo, en realidad, casi no podría decir nada al respecto. Paso todo el tiempo en la calle. Por lo demás, no me parece creíble que una niña que está tan enferma, pueda estar preocupada de enamorarse.

Había comenzado a hablar trémulamente, tartamudeando. Pero, poco a poco, se serenó hasta el punto de alzar los ojos al terminar de hablar. Mercedes a su turno, esquivaba mirarlo. Aquello la tocó en parte sensible, y en ese momento no supo disimular su molestia, cuyo signo exterior fué una pequeña arruga sobre la frente. Sin embargo, como le ocurría siempre, reaccionó muy pronto. Al posar de nuevo sus ojos sobre García, una chispa maliciosa despuntaba en ellos. Festivamente le dijo bromeando:

—Y a lo mejor es García el causante de lo que le ocurre a Elena. Doña Lucrecia le miró riendo:

—No, eso no. El señor García no haría ese daño. Tiene cara de hombre bueno, incapaz de hacer sufrir a nadie.

No obstante, el tono de sus palabras indicaban lo contrario. García tornó a encenderse pero estaba tranquilo.

—¡Es muy pícara Ud., señora Lucrecia! Pero en broma me ha dicho la verdad. En realidad yo no soy capaz de hacer sufrir a nadie, y menos hacer daño a gentes a quienes sólo debo delicadezas y atenciones.

—Sí, —rió Mercedes— venga a hacerse el santito aquí.

Ya con esto voy a tener mucho cuidado cuando nos visite. Cualquier día se enamora la Quecha de Ud. y luego se muere de pena, dejándome sola.

—No, eso no—replicó vivamente la señora—pero me podría robar así como Tito Jara a Nora. Y yo te diré que me dejaría. Ahora Ud., señor García, sabrá como toma esta insinuación tan indirecta...

Rieron todos alegremente. Conversaron un rato más y en seguida Andrés se despidió. Mercedes cruzó el jardín para ir a dejarlo hasta la reja. Al despedirse le dijo:

—¿Con qué esas teníamos, no?

En su voz había una reconvención cariñosa y triste a la vez. Andrés le retuvo un instante la mano para decirle emocionado:

—Me iré muy triste si Ud. cree eso. ¿No es verdad que no lo cree?

—No, Andrés. Váyase tranquilo. Lo hice por seguirle la broma a la tía. Hasta mañana. No deje de escribir esa carta.

—No tenga cuidado. Buenas noches.

Había una hermosa luna. Desde el medio del camino el joven se volvió a mirarla. La vió a través de la reja como en una ensoñación. Una dulce tristeza le llenaba el espíritu. ¿En qué terminaría todo eso? ¿Lo seguiría queriendo siempre? Y si eso ocurriera, ¡qué triste sería siempre ese amor! Nunca podría mostrarse a los demás. Disfrutar de él con la tranquila alegría, de los que tuvieron la dicha de hacer realidad lo que soñaron. Porque él la adoraba con el ansia de que fuera suya para siempre. ¡Qué felices debían ser Jara y Arriagada, quienes dentro de su manera de ser, alcanzaron el logro de sus anhelos. En cambio en él, todo era una herida, una tortura, un grito desolado. Pero Mercedes lo amaba. ¡Qué lindo era saberlo! Se apretó las manos contra el pecho y como el que oye una música muy bella se llenó de su recuerdo. ¡De su simpatía, de su gracia para decirlo todo!

La noche estaba fresca, olorosa, susurrante. Sobre el camino, la luz de la luna dibujaba las más raras figuras, al proyectarse a través de las ramas de los árboles. Desde un altdio visó

las casas de la Villa, como si estuvieran acurrucadas entre las arboledas. Hubiera deseado andar toda la noche, cansarse, para dormir en seguida con esos deseos de no despertar más, que asaltan a los seres en quienes la alegría de la vida es siempre esquivada.

A la entrada del pueblo, se encontró con Fuentes y Galarce que volvían de San Enrique, un villorrio campesino, donde de vez en cuando solían ir a escuchar algunas tonadas. Al divisarlo, casi a un tiempo le saludaron en son de broma:

—¿Con que así era la cosa gallito, no? Y ni siquiera le cuenta a los amigos. Hay que ver el rucio egoísta éste. Cuéntanos algo siquiera, para acompañarte en tu alegría.

—Sí, es necesario—dijo Fuentes—no puedes negarte a participarnos algo de esa dicha que te embriaga...

—No embromen, hombre. Si vengo de la casa de mi lavandera a donde fui a apurar mi ropa. No sé si tenga que ir mañana a Santiago.

—¡Hombre! ¿Y a qué?

—Parece que me voy. Mi amigo don Casiano me ha conseguido un empleo por allá. No sé aún qué cosa será. Aquí está el telegrama.

Lo leyeron ávidamente. Habían cambiado de actitud y ahora lo miraban en silencio.

—¡Pero, hombre, y no nos habías contado nada! ¡Cuánto sentiremos que te vayas! Toda la gallada va a echarte mucho de menos. Realmente, ñato. ¿Y es algo bueno lo que te ofrecen?

—Tiene que ser,—exclamó Fuentes—el amigo de García sabe su situación. Bien sensible es porque ya no volverás nunca por acá.

—Pero, vendrás a despedirte.

—¡Ah!, claro—repuso García—y debo decirles que si es algo que no esté de acuerdo con mi manera de ser, prefiero quedarme aquí.

—Yo que tú no me iba—opinó Alfonso—. A mí me parece que la Merceditas de repente va a renunciar a su empleo. Doña Lucrecia tiene muchos deseos de irse a Concepción, según le

contó a mi madre ahora tiempo, porque ese clima le hace muy bien para el corazón. Y, entonces, tú podrías conseguirte la dirección de la escuela. Con tu amigo de Santiago, no sería difícil, y ahí quedarías muy bien.

—¡Claro!—agregó Vicente—y cerca de tus amigos que te quieren con sinceridad. Debes pensarlo bien, pues eso que te dice el gordo no está lejos. Si estas niñas tienen de más con que vivir, sin necesidad del sueldo de la Merceditas. A doña Lucrecia no le cortan el pescuezo por menos de cien mil pesos.

—Y tal vez más—confirmó Fuentes—. Fíjate que las dos casas de Temuco son de la Meche, y la quinta de Colliguay también es de ella.

Se fueron conversando del asunto hasta la esquina de la calle que iba hacia la estación. En el banco de la Municipalidad, estaban Javier Méndez, Toro y Jara, a quienes Vicente impuso de la nueva.

—¡Qué les parece, se nos va el rucio García!

—¡Cómo! ¿De veras?

Todos se interesaron mucho por García, a quien realmente estimaban. Javier Méndez que en ese momento les contaba una prodigiosa curación efectuada a base de parafina, se interrumpió para decirle:

—No sea tonto compañero, no se vaya. Creo que Ud. debe hacer lo que le aconseja Alfonso. Por lo demás, aquí la vida es barata. Y Ud. que es soltero no tiene para que apurarse tanto.

—Y si se enferma—rió Jara—donde Arriagada hay mucha parafina.

—Ya lo creo.

Tanto se conversó esa noche de su partida, que cuando se fué a su cuarto, iba con la idea que en realidad era cierto su alejamiento de allí. No obstante, le alegraba saberse estimado de todos sus amigos, en aquel pueblecito donde conociera el amor.

XVII

—A mí me dieron a entender un día en el Ministerio, que el Visitador deseaba sacarlo de ahí, y por eso le trajiné esta pega. Le diré compañero que va a perder una oportunidad muy buena de hacer carrera. Pero en fin Ud. lo ha de ver.

—Sí, es cierto—replicó García—pero, en realidad, yo ahora deseo quedarme allá. Toda la gente es muy buena y me han tomado mucho cariño.

—¡Psh, en todas partes hay gente buena, mi amigo! Si es por eso le diré que va a hacer una lesera. Porque ha sido un verdadero «chiripazo» conseguir este empleo. No se imagina Ud. la cantidad de interesados que habían. Y a un paso de Santiago. Yo creo que debe decidirse.

Caminaban entre el tumulto de la calle Bandera. Don Casiano iba hacia la Cámara a buscar su correspondencia. Había adquirido cierto empaque en su manera de caminar y una corrección en el vestir, que Andrés no le conocía. Le saludaban muchos conocidos, algunos con desmesurada atención, a los cuales don Casiano respondía con ademán desenvuelto, a veces con un ¡hola! o ¡salud! cuando eran correligionarios y con cierta ceremonia cuando se trataba de algún personaje que conociera en sus actividades políticas.

Pero con García no había cambiado en nada. Era siempre el

mismo hombre bondadoso y afable que conociera en el norte. Lo llevaba cogido del brazo y con tanto cariño como allá en Iquique cuando iban a comer a alguno de los numerosos hotelitos de la calle Vivar. García, ahora sentía que su cariño por él, tenía también un poco de respeto y admiración. A la entrada de la Cámara quiso despedirse, preguntándole:

—¿A qué horas vengo a verlo don Casiano?

—¡Cómo! ¿Qué se quiere ir? No, mi amigo. Tenemos que almorzar juntos, para conversar tranquilos. Los quehaceres los deja para después.

Lo entró en un salón cuyas amplias ventanas daban al jardín, en el centro del cual había una gran mesa rodeada de sillones tapizados con cuero, en donde algunos diputados leían o conversaban con sus electores. Un hombre grande, moreno, de corbata de rosa caída, como la de un poeta, de ojos redondos y labios sensuales, conversaba en voz alta con un vejete pálido que le decía muy zalamero:

—Claro que a Ud., por su alta investidura, no le pueden decir eso, pero a mí me han tratado muy mal a tal punto que cuando voy a la Inspección, el jefe no me recibe.

—Eso muy extraño. Debe ser porque aun no han recibido la orden de reponerlo. Pero como le digo, ayer tarde el Ministro me dió su palabra de que el asunto suyo quedaba solucionado. Así es que váyase tranquilo. Salude por allá a todos los correligionarios.

Pero el vejete insistía preguntando y dando ciertos detalles en voz baja, y con tal insistencia que el hombronazo le respondió de pronto con impaciente actitud.

—Le digo que todo está arreglado. Lo demás son historias. Hasta la vista.

—¡Ah, eso sí! Muchas gracias, muchas gracias. ¿Entonces me puedo ir tranquilo?

El diputado le rezongó un ¡claro! tan enérgico, que al hombrillo no le quedó más remedio que retirarse, dando vueltas al sombrero en actitud indecisa. Al pasar junto a García dijo:

—¡Caramba! Tenía una porción de cosas que decirle a este caballero, lo malo es que no dan tiempo. Pasan tan ocupados también.

Aun se detuvo en la puerta vacilando. Se rascó la cabeza con aire de contrariedad y echando una última mirada al diputado que conversaba ahora con una señora, se decidió a marcharse.

Don Casiano, en tanto, había vuelto del interior, trayendo muchas cartas en la mano. Sentado en un sillón, las iba leyendo rápidamente. Algunas las doblaba dejándolas sobre la mesa y otras las partía en dos, arrojándolas al canasto. De pronto volviéndose a García le dijo:

—¡Qué sinvergüenza es la gente! Figúrese que Astudillo, el ayudante de la Tesorería, me escribe pidiéndome amparo. Parece que lo tienen afligido. Ud. sabe que fué uno de los futrecitos que más se reía de mí cuando presenté la candidatura. Y ahora me dice que todos fueron chismes para ponerlo mal conmigo. ¡Cara de palo, el tipo! ¡Qué se joda por mala lengua!

Y estrujando la carta sin romperla, la lanzó al canasto moviendo la cabeza con aire despreciativo. En seguida, levantándose, ordenó sus papeles, se los puso en la cartera, y, despidiéndose de un joven que estaba a su lado con un: «hasta luego, colega», se volvió a García:

—¿Vamos compañero?

En la esquina de Bandera se detuvieron a esperar el carro. Era el mediodía. Los suplementeros ofrecían con insistentes gritos sus periódicos. Autos y tranvías pasaban en sucesión interminable haciendo sonar sus pitos y bocinas con un bullicio ensordecedor. Un tranvía Matadero pasó convertido en un racimo humano. En cada carro la gente se metía atropelladamente, empujándose y codeándose sin ningún miramiento. Don Casiano, fastidiado, le dijo a García:

—¡Qué embromar, hombre! A esta hora es una gran lata tomar carro. Vámonos en un auto mejor. No lo convido a almorzar en el centro porque deseo darle una sorpresa.

Don Casiano vivía en la Gran Avenida, unas cuantas cuadras más allá del Zanjón de la Aguada. Por el camino le contó a García que había arrendado una pequeña quinta. El era hombre del sur, y sólo las circunstancias de su vida de esfuerzo le llevaron al norte, donde supo hacerse querer del elemento obrero. Siempre deseó vivir en una casa amplia con árboles y flores, cosa que en Santiago no era tan difícil conseguir.

—Me carga, compañero, vivir en esos cités, donde parece que uno no puede ni estornudar a gusto, porque el vecino lo está oyendo, así como uno tiene que imponerse hasta de lo que el del lado va a comer. Allá en el norte ¡qué diablos! no había más que aguantar la calamina y el cuarto redondo. Pero aquí en Santiago, si quiera podemos darnos el gusto de respirar buen aire. ¿No le parece?

—Ya lo creo. La salud anda también mucho mejor.

—¡Claro! Y para mi tiene otra ventaja, porque viviendo más al centro los amigos y correligionarios no me dejan ni almorzar tranquilo. En fin acá, no es tanto.

Se detuvieron frente a una casita con rejas a las que seguía un pequeño jardín. Don Casiano alegremente, sacó la llave y abrió la mampara, haciéndole pasar a una pequeña salita donde había una mesa y algunas sillas. Junto a la ventana un tiesto con flores y en el rincón un estante con libros.

—¿Qué le parece? Aquí nos vamos arreglando poco a poco. A lo pobre.

De pie bajo el dintel de la puerta de la sala don Casiano le sonreía feliz. Era un hombre ancho de espaldas, de porte regular y con algo de rústico en su aspecto. Colorado, sin una cana a pesar de sus cuarenta y ocho años.

—Bueno mi amigo, ahora le voy a presentar a mi dueña de casa; a lo mejor va a resultar conocida suya.

García se asomó a la ventana. En ese momento pasaba a gran velocidad el carro hacia San Bernardo. En la esquina un heladero hacía sonar su platillo de metal. En el fondo, la cordillera recortaba su mole azul, coronada de resplandeciente blan-

cura. Sentía el mozo una dulce tristeza. El aroma de las flores, le trajo el recuerdo de Mercedes. Su casa, su jardín, la línea graciosa de su cuerpo, su boca dulce, la cálida luz de sus ojos. Todo en una lejanía que le saturó de penetrante nostalgia. Miró la hora. Iba a ser la una de la tarde. Ellas almorzaban temprano. Seguramente estaría cosiendo o leyendo, sentada en la galería en medio del apacible silencio campesino. El canario, en tanto, desde su jaula, lanzaría sus largos píos, seguidos de un gorjeo claro.

En ese momento los pasos de don Casiano y los de otra persona, con quien venía conversando entre risas ahogadas, lo sacaron de su ensoñación. Al volverse vivamente, se encontró, sin poder reprimir un grito de asombro, con Hortensia, la linda viuda de don Silvio Paretti, que fuera el dueño del Hotel Trípoli, de Iquique, que le abrazó risueña y feliz.

—¡Qué hay García! ¡Cuánto gusto de verlo!

—¡Pero qué es esto!—exclamó García alegremente sorprendido. Y no me había contado nada Ud., don Casiano. Pero ha sido mejor. No podía darme una sorpresa más agradable.

Hortensia reía entrecortadamente, con su manera característica, desplegando sus labios gruesos, que mostraban unos dientes grandes, sanos y relucientes. Era una morena simpatísimísima, cuyos ojos verdes orlados de largas pestañas, daban cierta expresión romántica a su rostro, pero sólo en apariencia, pues tenía un carácter alegre y bromista como el de una chiquilla.

—Ya le había preguntado por Ud., a don Casiano—le dijo García—y el diablito nada me contó de Ud.

—Fuí yo que le encargué, no le dijera nada hasta cuando viniera. Deseábamos darle una sorpresa bien grande. Lo lindo es que Ud. no sabe aún para que lo necesitamos. ¡Ya le contaremos! Ahora Uds. han de estar muriéndose de hambre, pero no se afijan porque he puesto toda mi ciencia de cocinera en el almuerzo. ¡Está rico!

Y al decir esto, reía alegremente Hortensia. A nadie que no lo supiera, se le ocurriría que era italiana, pues su manera de

hablar y hasta los dichos con que salpicaba sus conversaciones eran los de una chilena. Y era lo natural, pues llegó a Chile en los brazos de su madre, y no había vuelto nunca más, a la tierra de sus mayores.

Y mientras ella fué a ayudarle a la muchacha a servir el almuerzo, don Casiano le explicó la cosa. Aquellos eran amores viejos. A la muerte de don Silvio, Hortensia se vió envuelta en una serie de dificultades comerciales con motivo de las numerosas deudas que dejara su marido y entonces don Casiano le ayudó a salir de todos estos líos. Así pudo sostener el negocio y venderlo en muy buenas condiciones un año después. Entretanto la amistad se convirtió en cariño.

—A un hombre de mi edad, no le conviene una «cabra», compañero. Es exponerse a que nos pongan el cucurucho. En cambio, la Hortensia que no tiene treinta y cinco años aun, me ha demostrado un gran afecto. Es una mujer muy generosa y abnegada. Creo que lo pasaremos bien. ¿No le parece?

—Así me parece. ¿Y cuando se casaron?

Don Casiano sonrió malicioso. En ese momento entraba Hortensia, y él le dijo:

—Oye, Tencha, García me pregunta que cuando nos casamos.

Ella rió un tanto ruborizada. Luego con su cálida y armoniosa voz de italiana, le dijo:

—Lueguito lo va a saber. Pero primero vamos a almorzar.

Durante el almuerzo que fué un verdadero banquete, conversaron de Iquique, de los días de la elección, cuando el Hotel Trípoli era el centro de toda la actividad electoral de la candidatura de don Casiano. Hortensia en esos días había sido la más entusiasta en los trabajos. El mesón y las paredes del bar estaban empapelados con los retratos de don Casiano. Fué allí donde García hizo la cosa más fantástica de su vida: decir un discurso. Lo escribió y en seguida se lo aprendió de memoria. Muchas veces lo ensayaba delante de Hortensia, que a fuerza de oírse lo había aprendido mejor que él mismo. La noche que lo pronun-

ció, estuvo a su lado lista para soplarle por si algo se le olvidaba. Afortunadamente, animado por los estruendosos aplausos de la concurrencia, lo dijo con tanta expresión que todos de pie lo ovacionaron largamente. Hortensia, en uno de esos arrebatos apasionados, lo abrazó largamente y luego subiéndose a una silla, con un vaso en la mano, lanzó un sonoro «speech»:

—¡Tres rás, por el diputado Casiano Pérez!

Y en efecto, al día siguiente, don Casiano obtuvo una de las más altas mayorías. En la noche el Hotel Trípoli se convirtió en un verdadero volcán, que estallaba en una erupción de júbilo, celebrando el triunfo del candidato.

—Caramba, qué trabajamos fuerte García! Para la próxima tenemos que ir juntos al norte. Por eso, hombre, me gustaría tanto tenerlo cerca. Muchas veces créalo, me hace falta aquí. Uno necesita una persona de toda su confianza para ciertas cosas, y Ud. que es un gallo para eso de correr la pluma me ayudaría mucho en ese sentido.

—Pero ahora lo vamos a tener a un paso de Santiago—exclamó Hortensia y podrá venir continuamente. Aquí ya le hemos destinado una pieza para que se aloje cuando venga.

—¡Qué!—le interrumpió vivamente don Casiano—si no se quiere venir ahora. Lo tienen encantado por allá. Después que casi le costó llanto irse.

Hortensia entre asombrada y maliciosa exclamó:

—¿Es posible? No, García no puede hacer eso con sus amigos que lo quieren tanto.

En ese momento la sirvienta, vino a avisarle que un señor Barrientos, de Iquique, deseaba verlo. Don Casiano no pudo reprimir un gesto de fastidio.

—¡Caracho! Ni comer a gusto lo dejan a uno. Pásalo a la sala y dile que tenga la bondad de esperarme un momento.

—Gente más fastidiosa—dijo Hortensia cuando él salió—al pobre Casiano no lo dejan tranquilo un momento. Y todos quieren empleos. Yo creo que si el Fisco empleara a todos los que andan tras de un puesto, estaría toda la población, en la ad-

ministración pública. Y a propósito, ¿es cierto que Ud. no desea venirse para acá?

—Sí—replicó García—algo de eso hay. Tengo que conversar largo sobre ese punto con don Casiano.

—¡Qué lástima! Ud. no se imagina cuanto lo aprecia Casiano. Ahora le voy a contar toda la tramoya que tenemos. Fíjese que yo sólo hace un mes que estoy aquí. No nos hemos casado todavía, porque queremos hacerlo nuestro padrino y Casiano no deseaba que viniera hasta no tenerle algo a fin de que se quedara inmediatamente.

—¡Cuánto se los agradezco!—murmuró García sinceramente emocionado. No sabe Ud. Hortensia lo que esto significa para mí. Realmente no sé cómo expresarle mi gratitud. Sólo Dios sabe el cariño que siento por don Casiano. Desde que lo conozco, ha sido como un padre para mí.

—En realidad, no pasa día sin recordarlo. Supiera la alegría con que me muestra sus cartas. Para mí que Ud., diablito, está enamorado por allá. ¿Verdad?

García, sin mirarla, respondió:

—Algo de eso hay.

En ese momento entró don Casiano a decirle:

—Mire García, ¿Ud. tiene que hacer en el centro? Porque si quiere se queda acompañando a la Hortensia. Y oigame bien, queda notificado a venirse a almorzar y a comer aquí. En su próximo viaje ya le tendremos su pieza lista.

—Muchas gracias. Pero yo quisiera hablar con Ud. hoy mismo. Tengo tantas cosas que contarle y explicarle.

—Pero, mi hijo, si tenemos toda la semana para hablar. De todos modos si quiere confesarse luego vaya a la Cámara a buscarme a las siete. Nos vendremos juntos a comer.

Y esa noche, de vuelta de la casa del diputado, había sentido una profunda inquietud. Vea los ojos de Mercedes agrandados de pesar, con un aire de misteriosa reconvención. Háblele contado a su amigo toda la historia de su amor, de su bello amor. Sentados en un rincón de uno de los bares del centro, don Ca-

siano le oía muy interesado, tomándose a traguitos cortos un gran vaso de clery. Después quedó silencioso fumando en largas chupadas su cigarrillo, para lanzar por último su interjección habitual:

—¡Caracho! Qué embromar, compañero. Está enamorado hasta los huesos por lo que me cuenta. La del diantre es que ni siquiera pueden casarse porque aunque ella se divorcie eso no anula el vínculo. Y el asunto tendrá que llegar a donde llega siempre el cariño, cuando es verdadero. Menos mal. Lo embromado que estén en un pueblo tan chico donde es muy difícil ocultar nada, a la malsana curiosidad de la gente. Y eso podría traer más de un desagrado. ¿No es cierto?

—Así es, en realidad.

—Lo que Ud. mi amigo debe hacer, es andar con mucho cuidado, y no contarle el asunto, fuera de mi, ni a su almohada. Le encuentro toda la razón para no venirse. Yq en su caso haría otro tanto. No hay dicho más cierto que ese de «que el amor tira más que una yunta de bueyes» porque yo mismo hubiera sido capaz de mandar al diablo mi diputación si Hortensia no me aceptara venirse conmigo. Ahora lo único que yo puedo hacer acá, es afirmarlo lo más que se pueda con los fiatos del Ministerio que son muy buena gente, a fin de que lo pase bien tranquilo por allá. Y estas cosas, mi amigo, sólo las arregla el tiempo. ¡Caracho! No se imagina cuánto siento que no se venga. Lo malo es que ese pueblo no pueda tener una ocupación mejor. En fin, ya veremos.

Conversaron después largamente de algunos casos relacionados con el asunto de García. Don Casiano también había sido toda su vida «muy picado a la araña». Pero ya que el hombre no se sosiega, los años se encargaban de hacerlo. Y eso, mucho más, cuando al hombre la vida lo había aporreado.

Era un día jueves, y el anterior se vino de Temuco, a donde fué a tomar el nocturno que no paraba en Villa Hermosa. Le parecía estar años, lejos de ella, que junto con todos los amigos de la Villa fueron a dejarlo a la estación. En ese momento, Andrés

otras. Mullidos quilantares, salpicados de flores rojas, y siempre en lo alto; casi al borde del barranco, un boldo, mancha verdinegra de hojas brillantes. Tierras foscas, hurañas, bravías, surcadas de pardos caminillos audaces que se retorcían entre los troncos. Y a veces un retazo de selva en agonía. Palos secos, erguidos angustiadamente, con el vientre negro y hueco. Otros como leprosos, agujereados, torcidos, en actitudes estrafalarias, como un ebrio vacilando al borde de una vereda, o implorantes como en un hierático ruego. Y siempre manchados de negro. Coigües blanquecinos y robles rojizos; y de abajo, de la tierra, eterna juventud, brotaba el renoval de hualles, fraternizando en un abrazo fresco y perfumado con los quilantos, salpicados por el labio encendido de una flor de copihue. Por las ventanillas entraba aire y luz; fragancia de agua sombría, de leños tronchados de tierra frágosa. Y más allá lomas ondulantes por donde discurría la gracia juguetona de los corderillos y de las borregas que balaban dolientes.

Corría el tren, y Andrés sentía como algo físico dentro su espíritu, la tristeza de ir alejándose de Mercedes, cada rato más. Ya no estaba ella para embellecer lo circundante con su presencia. ¿Qué escondida hechicería, qué bello secreto guardaba su persona para poner ese algo encantador en lo que la rodeaba? ¡Ah! —si no hubiera sido por el segundo telegrama de don Casiano, en el cual le decía: «es necesaria y urgente su presencia en ésta», el no hubiera hecho de ninguna manera aquel viaje. Cuando Mercedes lo supo, le dijo:

—Es mejor que vayas. Te servirá mucho para convencer a tu amigo de que por motivos especiales, no deseas alejarte de aquí. Así conseguirás quedarte completamente tranquilo. Y te ha de servir también para que aprendas a quererme más.

—¿Más todavía? Creo que será imposible...

Y mientras el tren se tragaba los kilómetros él se llenaba de su recuerdo. Declinaba la tarde sobre los cerros lejanos arrebujados en gasas sutiles de malva y rosa. Al cruzar un río el agua era azul, profunda, transparente, pero en la distancia se había

incendiado. Llameaba con un resplandor que se reflejaba en el cielo, como si fuera un torrente de vino ardiendo. Cerca de Victoria había llovido y un trozo de selva mostraba su verdor más opulento, rejuvenecido, claro y fresco, aun cuando la noche se aproximaba en una sombra delgada, iluminada hacia el oriente como un extraño amanecer.

La tierra húmeda, negra, debía tener un latido tenue, bebiéndose sedienta el chaparrón. Lentamente las sombras se apretaron, haciéndose más densas, y entonces García se fijó en los viajeros que le rodeaban. Algunos dormitaban y otros leían con cara de aburridos una revista. A ratos sonaban reciamente las portezuelas y aparecía un empleado del ferrocarril con su uniforme obscuro y su andar oscilante siguiendo los vaivenes del coche. Otras veces eran vendedores de frutas, refrescos o periódicos. Y poco a poco, fué sintiendo que sus nervios se soltaban, que un hálito fresco y consolador lo penetraba, para irlo adormeciendo suavemente. A ratos la locomotora lanzaba su alarido, grito de angustia y amenaza horadante, y luego el convoy como si nervioso de saber que debía correr toda la noche para llegar a Santiago, emprendía una especie de carrerón frenético, tal si enfurecido de no encontrar otro enemigo, embistiera a la noche y al misterio.

XVIII

Don Casiano y Hortensia se casaron tres días después de haber llegado García, a Santiago. El oficial civil fué a la casa de los contrayentes, y por la noche se efectuó la ceremonia religiosa en la parroquia del barrio, en la cual fué García el padrino. Hortensia estaba radiante de alegría y don Casiano muy feliz, aunque un poco emocionado. Vinieron unos parientes de él, y entre ellos su hermana mayor, una señora grande, morena, que debía estar ya próxima a los sesenta años.

En la noche, después de la comida se celebró la fiesta que duró hasta el amanecer y durante la cual reinó una completa alegría. Andrés fué objeto de parte de los contrayentes, de las más cariñosas manifestaciones de simpatía. Don Casiano le presentó a todos sus amigos, ponderando sus condiciones de inteligencia, en tal forma, que Andrés hubo de hacer prodigios, para no defraudarlo en el concepto de los demás. Estaba alegre, tranquilo, confiado. Al fin todo llegaba en la vida. Harto había sufrido, también, don Casiano. Probablemente más que él mismo, y no obstante, el día de la felicidad llegaba hasta él. Eso le hizo sentirse optimista. Además, esa mañana le había escrito una carta a Mercedes, encendida y lírica, en la cual se deshagó contando sus impresiones y sus sueños de amor ya saturados de penetrante nostalgia.

Así pudo mostrarse alegre y comunicativo. Intervino en todas las conversaciones y bailó con todas las chiquillas sin mostrar preferencia por ninguna. Al finalizar la fiesta fué a dejar hasta su casa en el auto que don Casiano arrendara para la fiesta, a Lucila Carlini, que asistió con su madre y un hermano menor, que era casi un niño todavía.

Hortensia le dijo, poco después de presentársela:

—No le perdono, García, que se haya ido a enamorar por allá. Yo que le había hablado tanto de Ud. a esta chiquilla que es un encanto. Hubiera sido muy feliz casándose con ella. Fíjese qué bonita es, y además su padre tiene mucho chiche... ¡amiguito!

Y abriendo los brazos, sus ojos se llenaron de luz expresiva y maliciosa.

Y en realidad, Lucila era una bellísima joven, de cabellos dorados y ojos claros, candorosos, que se posaron sobre los de él con ingenua curiosidad. Tenía el cutis tan delicado y un sonrosado en las mejillas tan leve, como el de una fruta cuando comienza a pintarse ante la caricia del sol. Se apoyó en su brazo con la confiada tranquilidad de un niño, y en su cuerpo había algo de liana y de árbol joven a la vez.

Pero García sentía sus nervios tranquilos. No había en Lucila, ese misterio, esa inquietud, esa vibración interna que se asomaba a los ojos de Mercedes. No tenía esta, esa vitalidad graciosa, emocionada a ratos y alegre otras veces. García no sabía donde estaba la diferencia, pero Mercedes tenía para él la clara alegría de un pájaro y el aroma de una flor. Era la única dentro de su espíritu. Y no sabía advertir que esta otra, era para él un encanto inédito, que resplandecería tal vez con la misma gracia maravillosa, si la tocara el sople milagroso del amor.

Y en ese fresco amanecer de septiembre iba sentado dentro del auto, junto a aquella hermosa muchacha, sin experimentar ninguna inquietud. Desde su cuerpo le llegaba a ratos cuando el viento rebullía dentro del coche, un delicioso aroma a polvos, a esencia fina, a carne joven y limpia, ligeramente humedecida de

transpiración. La ciudad aun no despertaba de su sueño. Cantaban los gallos melancólicamente haciendo soñar en amaneceres campesinos. En frescura de hondonada umbría, esperando la sonrisa del sol, entre la hurañez acerada de las piedras húmedas de rocío. En esa hora, cuando los vaqueros se lavan el rostro curtido, en el azote delicioso de las quilas y los pájaros sacuden el ala tibia, para dejar caer el cristal de sus primeros píos, mientras los zorros cansados de trajinar toda la noche por los montes, se rinden en su cubil para soñar con gallinas gordas y pavos de cuello bermejo.

Rodaba el auto por la calle Arturo Prat a esa hora silenciosa y solitaria. En la esquina de la Avenida Matta un hombre voceó con acento triste, su mercancía:

—¡Tortilliii guenaaa!

De pronto la niña dijo a García:

—Y Ud. se va a venir pronto para acá según me ha dicho la señora Hortensia. Espero que entonces nos vendrá a ver. Tendremos mucho gusto en tenerlo de visita en nuestra casa.

—Muchas gracias, señorita. Para mi será un placer.

Sintió la necesidad de ser sincero y decir que ya no se vendría y sin saber porqué, prefirió callarse. Vivían ellas en la calle de San Isidro, cerca de la plazuela, y al bajarse, las señoras le invitaron a entrar.

—Bájese. En un momento prepararemos una taza de café que nos vendrá muy bien.

Pero García se excusó de la mejor manera que pudo, despidiéndose en la puerta de la casa. En la esquina de Eleuterio Ramírez despidió al chofer, encargándole que no dejara de ir a la 1 de la tarde donde don Casiano, pues irían a las carreras después de almuerzo.

Tenía frío y deseos de andar. Sin saber porqué, sintió una extraña curiosidad por ver aquellos lugares donde se sintiera tan infeliz y desgraciado. Oíase aún, el bullicio declinante, en el barrio donde se vendía el amor. En la esquina de Santa Rosa, latía con acelerada angustia un auto sin poder partir. Los pasa-

jeros echaban toda suerte de improprios al chofer, que, preocupado de su máquina los recibía como quien oye llover. Más allá, un ebrio apoyado en la pared, renegaba evacuando su estómago entre grandes quejidos. Miró a García cuando éste pasó junto a él, con cara de idiota, el pelo sobre la frente de su rostro congestionado. Lanzóle una interjección canallesca que no inquietó al joven. Conocía demasiado el ambiente y sabía bien como había que estilarlas. Dos mujeres de voz ronca le llamaron desde una puerta.

—Venga, mi hijito. Venga, lindo...

Fué pasando junto a aquellas casas que surgían en su recuerdo como una pesadilla. La Elvira Silva, Pedro José; las Polacas, la Rosa Lepe. Frente al «París Soir» vió el farol quebrado, la reja aun abierta. Era el mismo amanecer turbio de aquellos días en que su destino lo llevara hasta allí. Recordó los desayunos en el rincón de la cantina de Matilde, después de toda una noche de juerga. A esa mesa se sentaban, las mujeres que quedaron «gareteadas», algunas otras envejecidas en el vicio y después en la alcahuetería; truhanes «bolseros», y los más raros tipos. Era cuando García se sentía más humillado. Había un dolor, una tristeza indefinible en su alma de soñador en aquellos amanezcos donde el vicio ponía sobre los rostros su huella más desagradable.

Al pasar por delante de la puerta se detuvo un instante. Adentro oíase la orquesta de ciegos, tocando un tango que le era muy conocido:

Ella tenía riquezas no soñadas
que un calavera amante le ofreció...

Era la misma voz de la mujer flaca y magra que seguía tocando el violín, con su marido el ciego Ramón y su compañero Lorenzo, un hombre chico picado de viruelas, que siempre estaba moviendo la cabeza con esa curiosa oscilación del vacuno que dentro de la pesebrera, ventea el aire del potrero. Matilde

debía estar en el mesón a esa hora, con la peluca desgredada y la cara arrugada desteñida de afeites. Todo en una niebla espesa de humo de cigarros, de olor a comida, a licor y cuerpos transpirados. También debía estar allí el loco Costabal, hipando, apoyado en el bastón con un resto de la flor deshecha en el ojal, empeñado en tomarse un último trago que Matilde inflexible le negaría. Costabal, levantando la cabeza, seguramente debía preguntarle.

—Oye, Matilde, dime, ¿te he quedado debiendo alguna vez?

Y Matilde sin contestarle, preguntaría al mozo:

—¿Le apuntaste el Macul reservado al número tres?

Afuera también, era todo igual. Frente a la puerta del «Submarino» un grupo de choferes conversaban entre grandes risotadas, contándose con inverecunda alegría, anécdotas indecentes. Algunos conocían a García y le saludaron con grosera familiaridad:

—Salud, amigazo, como le va.

Entró donde «Joaquín» a tomarse una taza de café. Allí estaba don Pepe, como siempre, con su habitual sonrisa de campesino recién llegado a la ciudad, los hombros cargados y un mechón gris sobre la frente. Un olor a cloaca venía desde adentro. Un olor a amanecida triste, trizada de cantos estropajosos y de agudos gritos de fingida alegría de mujeres ebrias.

Sentado en un piso alto junto al mesón, García soltaba la serpentina azul de sus sueños, que un viento de ilusión llevaba hasta muy lejos, hasta un rincón de pureza, de dulzura y de afecto donde la vida tenía un latido hermoso y noble. ¿Qué haría ella a esa hora? Dormiría seguramente. En el jardín las diucas comenzarían a dejar caer el chisperío claro y dulce de sus primeros trinos. En sus senos suaves, tersos y henchidos habría un tenue palpar. Su brazo desnudo reposaría sobre las abejas de la gruesa colcha, o quien sabe si en ese momento su mano tibia se estregaría los ojos heridos de luz de amanecer.

La voz de don Pepe lo trajo a la realidad:

—¿Y qué tal la vida? ¿Ud. no ha vuelto más donde la Matilde? Ha estado lo más enferma. José Santos casi la echó al hoyo de una tremenda pateadura que le dió. Parece que lo pilló haciéndole empeño a una de las chicuelas y entonces la Matilde se enfureció. Y por las puras no más, cuando éstas ya agarraron la calle del medio.

—¿Sí? ¡Hombre que lástima! Pobres chiquillas...

—Y de ahí, que otra cosa se esperaba. Estando en la miel...

Y de pronto haciendo un gesto de risueño asombro, le indicó que mirara hacia atrás. Al volver la cara se encontró con los ojos de Marina, una de las sobrinas de Matilde, que lo observaba con asombrada curiosidad.

—¡Chiquillo, qué haces por aquí! ¡Cuánto gusto de verte! ¿No estabas en el Norte? ¿Y cuándo llegaste?

Un tropel de preguntas que no supo al punto contestar. Marina le había tomado del brazo con amorosa familiaridad, acercándose a la de él su cara con los labios secos pintados de rouge. Un olor a licor, a tabaco y a transpiración se desprendía de ella.

—Me alegro de verla—dijo García, con manifiesta turbación, como si temiera que la muchacha le hablara allí, de cuando estaba en la casa de ella. —¿Y que fué de su hermana? Fíjese que en estos momentos nos estábamos acordando de Uds. aquí con don Pepe.

—Muchas gracias. A la Natalia hace días que no la veo. Tiene un amiguito muy celoso que no la deja ahora. Y que dije estás, chiquillo. Oye, ¿por qué no me vas a ver? Si quieres anda mañana después de las tres voy a estar sola en mi pieza. Toma mi dirección.

De su bolsita extrajo una tarjeta donde se leía:

Mademoiselle Ivonne.

Modes. Santa Cruz 027.

—Y esto, ¿qué quiere decir?—le preguntó García.

—Es mi nombre actual, mi hijo. Me dedico a la moda. Pero sólo para hombres. Vieras qué cosas tan lindas y buenas hago! ¿No me ofreces nada?

—¡Pero claro! ¿Qué te sirves?

—Dame un cigarrito primero. Una menta con seltz. ¿Son 43 estos cigarrillos? ¡ay! qué bueno. Son de los que a mí me gustan. Mira no dejes de ir. Mañana te espero. Dispénsame que me vaya, pero me aguarda un amiguito.

Se bebió la menta de un trago y salió a brincos gritando:

—No vayas a faltar. Mira que lo pasaremos regio!

Don Pepe con su cachaza habitual, le dijo sonriendo:

—Ahora está obligado. Por ley. Y le diré que es muy solicitada la chicuela ésta. Está en toda la pega también.

Andrés se despidió con un—hasta luegoito—aun cuando no pensaba volver más. Frente a la puerta, el caballo de un victoria, orinaba esparciendo una vaharada acre y cálida. Las puertas, al revés de lo que ocurría en las demás calles, se cerraban. En la esquina campanilleó un tranvía. Andrés deseaba limpiarse de aquella triste sensación que una necesidad inexplicable le hizo experimentar. Torció por la calle de San Isidro hacia la Alameda, en donde tomó carro. Tenía deseos de dormir, de pensar en Mercedes, de lavarse entero para desprenderse de toda aquella atmósfera de la cual estaba penosamente contaminado. En la ciudad advertíase la quietud característica de las mañanas dominicales. Frente a la calle Ahumada subió una mujer gorda con un canasto lleno de hortalizas que esparcieron su característico olor. Cuando llegó al hotel, ya la lámina de oro del sol se había esparcido Alameda abajo. El hotel estaba abierto, un muchachón ojoso y desgredado, barría el piso abundantemente regado. Un hedor fuerte que hería la garganta hacía más desagradable aun la indecisa luz del recinto de la cantina.

Subió la escalera con movimientos cansados. Una sensación de acidez en el estómago y un dolorcillo en la nuca, le hizo sentir un gran deseo de tirarse en la cama. Pero muy pronto aquella impresión de desaseo lo volvió a coger y entonces decidió ir a

meterse al baño. El agua fresca le produjo una deliciosa reacción y creyó que dormiría unas cuantas horas muy cómodamente. Pero al acostarse sintió su cabeza firme y lúcida. De la calle llegaba un rumor sordo y hondo que se acercaba y alejaba con sorda vibración; campanilleaban los tranvías y gritaban los vendedores de periódicos. Una raya de oro se quebraba en la silla donde estaba su ropa. Diéronle deseos de fumar y pensar en una carta que le escribiría a Mercedes, mas, de pronto, se hundió en un sueño tan agradable que sólo despertó cuando el mozo vino a llamarlo.

—¡Hombre!—exclamó intranquilo—¿qué hora es?

—Falta un cuarto para la una.

Vistióse apresuradamente mascullando confusas palabras de reproche para él mismo. Estaba convidado a almorzar donde don Casiano y era una falta de consideración para su amigo, hacerlo esperar. Disponíase ya a partir cuando el mozo vino de nuevo trayéndole una carta. Era un sobre grande rosado, sobre el cual estaba escrito con caracteres claros y hermosos su dirección. Era de ella, de Mercedes. ¡Mercedes! ¡Qué lindo era pronunciar su nombre! Una alegría de niño le llenó el pecho. Era como un repique de campanas jubilosas resonando en sus oídos. Se tendió en la cama, para leerla más a gusto, pero le pareció irrespetuoso recibir el effluvio de su espíritu en esa forma. Como un avaro que cuenta lentamente sus monedas resplandecientes, leía los renglones, sentado en la silla junto a la ventana. Que cosas tan sencillas y tan hermosas sabía decir. Era a más de hermosa, inteligente. Su corazón enamorado daba un prestigio y un valor enorme a cada una de las palabras de la carta.

—«Amigo querido—decía Mercedes—créame que la parte más difícil de esta carta ha sido ponerle el tratamiento. Me parecían risibles, mezquinos otros y este mismo por el cual he optado me parece hipócrita, porque mi corazón me pide otra cosa más bella que refleje mejor el sentimiento que me anima al escribir, pero no me fué posible encontrarla. ¿Cómo ha estado Ud? Esto también lo encuentro tan raro. ¿Cómo es posible tratar de

Ud. al ser a quien adoramos? Y es que estos temores provincianos ponen una ridícula timidez en mi pluma. Se me ocurre que esta carta la pueden abrir en el correo y entonces ¿te imaginas? Me dan escalofríos pensar en la cara que pondría la viuda Fernández, la Filomena Miranda o la mujer del boticario si supieran de este amor que es tan hermoso y triste. Entonces he decidido ir a ponerla a Temuco, y ya con esta resolución, te escribo como deseo hacerlo. ¿Cómo has llegado, mi amor? ¿Quieres decirme cuánto tiempo hace, desde esa tarde tan dolorosa en que te despedistes de mí en la estación?

—¡Ah, si supieras que pena tan grande tenía en ese momento! ¡Qué cosa tan despiadada y cruel es, a veces, un tren que parte! Yo nunca había conocido esa sensación hasta ese día en que te fuiste. ¡Pobre mi amor! Cuando te miré sentí unos inmensos deseos de que subieras luego al carro por temor de que te pusieras a llorar delante de todos. Y yo debo confesarte, aunque te rías, me sentía más desgraciada que Margarita Gautier.

La pobre Chaquira fué quien pagó el pato, porque la azoté sin lástima hasta la escuela, a donde llegué en una carrera loca desde la estación. Y es que sentía también ganas de llorar, de gritar de pena, como los chiquillos chicos cuando les quitan^{se} el chupete. Y no te da vergüenza grandota, dirás tú. Pero no, Andrés, no me da vergüenza porque te quiero mucho y ahora que te has ido es cuando lo he podido apreciar mejor. Todo mi espíritu está lleno de tu recuerdo. Estos días he pensado en tantas cosas y mientras más imposible veo que es nuestro cariño, más me aferro a él. ¡Qué cosa tan bella y doliente es querer cuando todo se nos interpone y la vida nos llama por ese antipático camino del sentido común! Pero este otro camino tan hermoso, tan ilusionado, ¿qué nos traerá?

Quería escribirte una carta bien alegre, una carta que fuera como un día de sol, y me ha resultado esta otra romántica y tal vez un poquito cursi. Pero esto de «correr la pluma» no es tan fácil que digamos. Sin embargo, me quedo ilusionada con que la encontraras hermosa, porque va de la mujer que te quiere.

Pienso que la leerás muchas veces, y entre cada renglón leerás todo aquello que quise decirte y no supe como hacerlo. Supongo que ya tú me has escrito y eso me llena de alegría, alegría que necesito mucho, porque desde que te marchaste todo aquí está muy triste. Me doy cuenta ahora, y la entiendo perfectamente, una frase que leí hace tiempo en una novela, de que la alegría de la vida, reside dentro de nosotros mismos.

Siento ahora que estás lejos que se ha apoderado de mí una gran inquietud, un temor a peligros que no sé de dónde vendrán. Por esto te pido que te vengas luego. Así me sentiré más fuerte, más dentro de una realidad que me hace soñar en cosas bellas cerca de las cuales siempre estás tú, y nuestro amor que sabe arrinconar mis pensamientos más negros. Deseo que como respuesta a esta carta seas tú mismo quien llegues a dármela y a contarme todo lo que te ha pasado por allá...

Un golpe en la puerta lo sacó de su éxtasis.

—¿Qué hay?

—Lo necesita un chofer, señor.

—Por Dios, qué barbaridad; de donde don Casiano debe ser.

Era él en efecto que lo mandaba a buscar extrañado de que no llegara. Lo recibieron entre risueñas protestas. Ya estaban en la mesa y don Casiano le preguntó.

—¿Se quedó dormido, García?

—Sí, en realidad me quedé dormido tarde, es decir mucho después de acostarme.

—¡Pobrecito!—exclamó Hortensia poniendo una cara entre cómico y trágica. Pensando seguramente en esa pícara que nos lo ha quitado, se desveló. ¡No le voy a perdonar nunca esta que nos ha hecho!

Almorzaron apresuradamente pues don Casiano deseaba llegar antes de la tercera carrera para la cual tenía un dato muy seguro.

—Yo no voy nunca a las carreras, compañero. Pero la Hortensia tiene muchos deseos de conocer el Club Hípico, y en plena luna de miel hay que darle gusto. ¿No es cierto?

—Ya lo creo—respondió García—no puede ser más justo.

—Ya que no podemos salir en viaje de luna de miel, hay que ir a tantear la suerte. Sería el colmo que nos fuera mal en un día de tanta alegría como éste.

—¡Ay, hijo!—exclamó doña Felicinda—la hermana de don Casiano, no te hagas ilusiones, la felicidad no es nunca completa. Siempre falta algo, por eso es mejor contentarse con lo que uno tiene.

—Así me parece—bromeó Hortensia—y ahora no es poco lo que Ud., don Casiano, posee. Parece que Ud. todavía no se da cuenta de lo difícil que es conseguirse una mujercita como la que su suerte le ha puesto en el camino...

—¡Salud! Me gustó la modestia. Ahora que me pescaste tratas de hacerme el trago menos amargo. Gracias por la intención, mi hija. ¿Quieren que vamos andando?

Llegaron cuando se acababa de correr la segunda carrera. Junto a las rejas de las galerías, se amontonaban grupos de harapientos de entre cuyas tiras, no obstante, lograban sacar algunas monedas para jugar a medias, por entre los barrotes, con algún compinche que tuvo para la entrada. Los vendedores se alineaban al borde de la vereda, ofreciendo tortillas, sandwiches, o empanadas. En la cara de algunos hombres flacos y sucios, muchos cubiertos con una camiseta, negra de mugre, bajo e paletó desgarrado, se advertía una luz ansiosa, un ansia sombría y penosa. Anhelosos se acercaban a los que jugaban para saber como les trataba la suerte y ver manera de pescar algo.

—Quiubo, ¿cómo te ligó?

—Remal hó, y de puro dorao, no más fíjate. El Huacho Honorio jué el que tuvo toa la culpa. Yo le porfié que le jugáramos too seco a San Amán y al muy chascón le cargó de ponérselo too a Fatalís, siendo que a San Amán yo lo tenía refijo. Por eso no hay lesera más grande que jugar de una mano a otra. Y San Amán pagó regüeno, fíjate.

—¿Figuró Fatalís?

—¡Chis! ¡qué iba a figurar! Hubiera dado «placer» entonces siquiera...

sentía una pena inmensa, una inquietud tremenda, tanto que cuando sonó el pito de la locomotora, experimentó la sensación de que era un cuchillo que se le enterraba en el corazón. Trató de aparentar serenidad al despedirse, mas no pudo hablar. Estrechó en silencio a sus amigos junto a su pecho:

—¡Qué te vaya bien, García, y que vuelvas pronto!

Ella le retuvo un instante la mano. Sus ojos intensos, claros de esperanza, húmedos de ternura se posaron largamente sobre los de él, tratando de infundirle valor. Aún resonaba su voz en sus oídos.

—Hasta luego, García. Felicidades. Buen viaje.

El estirón del tren al partir desgarró toda su pena. La luz, el aire, el ámbito que le rodeaba adquirió entonces algo indefinible y extraño, sin alegría ni vibraciones. En tanto en el pecho una lancinante congoja. Y como cuando allá, en los días lejanos, se despedía de su madre para ir a Santiago, dejó correr sus lágrimas. Sentía una dulce felicidad de llorar por ella, de saber que eso a la vez de consolarlo, era el homenaje de su sincero amor.

Después, ya en el otro tren, más calmado, se entregó obstinado a la contemplación del paisaje, el cual se ofrecía a sus ojos envuelto en poética tristeza. Las sementeras se rizaban en el viento. En medio de ellas, casi siempre destacaba su silueta un roble solo, desnudo, seco, angustiado. Quebradas hondas, esteros azules que se trasparentaban a través de la grácil delicadeza de los helechos. Los tranqueros daban la impresión de correr vertiginosos a la vera del tren, que a ratos aullaba frenético. Ganados indiferentes a su paso, pastaban en los potreros vecinos. A veces un potrillo con su largo mechón caído sobre los ojos, arqueaba el cuello para lanzar un largo y vibrante relincho. Bajo un pequeño puentecillo, próximo al larguísimo puente de la vía férrea, una moza campesina lavaba, aporreando sobre una piedra, la ropas blanquísimas. Su brazo moreno se barnizó de sol, al alzarlo, para corresponder el saludo de algún galante pasajero del convoy. Las hondonadas sucedíanse unas detrás de

Sobre la vereda ardía el sol. Una vendedora gorda, canosa, le grita a su vecina:

—¿No le decía yo doña Etelvina? Si ese San Amán es mucho caballo! Todos los demás eran unos traros al lado de él.

Don Casiano y sus acompañantes habían entrado al recinto de las galerías. La gente en tumulto, se dirigía a comprar sus boletos para la tercera. Algunos hombres, con un enorme fajo de billetes en la mano, recorrían los patios, con el rostro congestionado de gritar:

—¡Pago, pago, pago!

Pagaban con una rapidez asombrosa, a las personas que se agrupaban a su alrededor, para salir en seguida corriendo hacia las boleterías antes de que timbraran. Allí la gente anhelosa pedía sus boletos:

—Limited, arriba y abajo.

—Gitanillo, seco.

—Por favor—gritaba una vieja—deme dos «placeres» a Desavillé.

El público se distribuía por el enorme local. Un hombre flaco de ojos penetrantes y afiebrados, en un banco frente a las boleterías de diez pesos, anotaba cuidadosamente el nombre de los caballos que estaban más jugados. Un grupo de chinitos, pequeños, nerviosos, comentaban las incidencias de la carrera, cuyos resultados no debió serles favorable, pues gesticulaban vivamente, para terminar por romper con trágica expresión los boletos que no pudieron cobrar.

La gente comenzaba a llenar el patio, frente a la pista, para ver el paso de los caballos.

—¿Qué hay—preguntó García—jugó Ud., don Casiano?

—¡Claro!—le metí cincuenta pesos, arriba a Salpicón. Lástima que parece estar muy jugado.

—Sí, pero en las de a diez—dijo su hermana—en las de cinco tiene pocos boletos.

—Mejor entonces. ¡Caracho! Ojalá la acertáramos. Y Ud. García, también jugó?

—También me atreví—replicó éste sonriendo—le jugué veinte pesos abajo a Desavillé. Me dió una viejita el dato asegurándome que le podía cortar la cabeza, si la yegua no llegaba.

Hacía un lindo día de septiembre. Una brisa fresca, había enrojecido las mejillas de Hortensia, que tomada del brazo de don Casiano sonreía feliz. Un panorama espléndido se extendía en frente, destacándose como brochazos enérgicos en un telón azul, la mole de la cordillera cuyos altos picachos resplandecían de nivea brillantez. En ese momento salían los caballos a la cancha. Todos eran de fina musculatura, de remos delgados, cabeza chica, y grandes ojos inquietos. Iban con trotecito menudo y nervioso estironeando el bocado. Los jinetes, hombrecitos minúsculos vestidos de oro y seda, semejaban muñecos y daban la impresión de que cualquier movimiento brusco de las ágiles bestias, los lanzarían de la silla, sobre la cual iban como equilibrándose con las piernas encogidas.

—Lacre, azul y oro, gorra blanca. Ese es Gitanillo, decía un hombre gordo de grandes y penetrantes ojos negros, mirando el programa que tenía entre los dedos amarillos de nicotina.

García se interesó por saber cuál era Desavillé. El hombre muy contento de poder dar a conocer su sabiduría hípica arrugó la frente con aire de importancia y después de consultar sus papeles le dijo:

—Es esa negra del medio. ¿No ve? Blusa blanca, franja verde, gorra morada. ¿Ud. la jugó?—Y con aire de quien sabe lo que dice terminó—le diré que puede dar un batatazo.

Ya los caballos estaban frente a las huinchas de partida, y entre el público, como si todos se hubieran puesto de común acuerdo, se había hecho un gran silencio. Todos los ojos estaban fijos en el sitio de la partida. En los rostros se advertía una preocupación tan grande, que ninguna cosa próxima lograba llamar la atención. Hasta que de súbito como una gigantesca voz de mando, el grito formidable de miles de personas, atronó el espacio:

—¡¡Ya!!

Después un momento de ansiosa expectación. Todas las miradas tendidas hacia el lote de caballos y jinetes que en el fondo de la enorme cancha, corrían en un grupo compacto. De pronto un vozarrón entusiasta rasgó el silencio que hasta entonces estaba tenso de respiraciones contenidas:

—¡Limited entrando! ¡Limited adelante! Ese es caballo miércole...

El hombre que estaba de pie, adquirió una expresión de poseído. Los ojos llenos de luz ansiosa, el rostro rojo y en la garganta un jadeo de motor que retiembla a alta presión y sin control. Había encogido el cuerpo y en un ir y venir de los brazos gritaba entrecortadamente:

—¡Echalé, echale...! ¡Limited, Limited, echale...!

Mas, de pronto la presión de sus calderas encendidas de entusiasmo, se enfrió. Los caballos pasaban frente a las galerías corriendo en un tren vertiginoso. Un pataleo rítmico a pesar de su velocidad resonó un instante. Los hombreitos de oro y seda, de pie sobre los estribos y curvados sobre el cuello de las nobles bestias iban requiriéndolas frenéticamente. De repente un caballo que corría en el fondo cerca de la empalizada, pareció adquirir el impulso de un resorte, lanzado a una velocidad endemoniada, dejando atrás a todo el lote:

—¡Salpicón, Salpicón!—gritó entonces la muchedumbre enardecida. ¡Salpicón adelante! ¡Salpicón al galope! ¡Salpicón solo!

El hombre que gritara antes, animando a Limited, estaba ahora silencioso; su cara había adquirido una fiera trágica. Las galerías todas, eran una ola humana, estremecida, aulladora, frenética. Los caballos iban llegando a la meta. García en ese momento se volvió para mirar un instante a su alrededor. Toda la gente estaba de pie, gesticulando y gritando; algunos con el rostro radiante, otros rabiosos y sombríos. Y cuando el lote traspuso la meta se alzó un grito ensordecedor.

—¡Salpicón! ¡Salpicón solo!

Y en ese preciso instante, una mujer que todo el tiempo

mientras duró la carrera, estuvo saltando y animando el caballo de sus simpatías, dió un grito de loca y en un arrebato de entusiasmo sin encontrar a otro más a la mano, se abrazó de García que estaba junto a ella.

—¡Ese sí que es caballo, mi hijito! ¡Ese sí que es caballo! ¿No le decía yo?

Y antes de que García le contestara, ya se había separado de él, agitando sus boletos de ganador, para perderse entre el tumulto de gente que iba hacia, las cajas a cobrar.

En el pasillo se encontró con don Casiano que lo buscaba. Alegrementemente le dijo:

—¡Qué hubo García! ¡Anduvo bien la cosa, hombre! ¿Y Ud.? también ganó? ¡Cuánto me alegro! Ojalá que el viaje a Santiago le salga de valde. Sería macanudo. ¿No le parece?

Fueron a ver el tablero donde ponían los dividendos. Desavillé, la yegua jugada por García, había dado un placé estupendo. Ochenta y tres pesos por cada boleto de a cinco.

Hortensia que jugara a Gitanillo, le dijo entre apenada y risueña:

—¡Qué mal amigo se ha puesto García! No ve, si me hubiera dado el dato, yo también habría cobrado. Ahora tienen que darme «barato».

—Ya lo creo—exclamó don Casiano—y si la suerte nos acompaña, te llevaremos a comer a Apoquindo.

Y como a todos los que van por primera vez a las carreras, la suerte para tentarlos, les llenó esa tarde los bolsillos. Hasta doña Felicinda había cobrado dos hermosos «congrios» de a cien.

—Ahora te va a gustar la pega—bromeó don Casiano—y te vas a poner hípica.

—¡Bah! ¿crees que soy tonta? No, mi hijito, mañana mismo me compro con esta plata, un adorno para mi abrigo negro. Esta platita caída del cielo hay que aprovecharla muy bien.

No obstante, a pesar de todos aquellos momentos de intimidad y expansión, Andrés sentía que el dulce llamado de su amor

se hacía más intenso. Y esa noche, de vuelta de Apoquindo, mientras el auto rodaba bajo las alamedas susurrantes, experimentó con un ansia casi dolorosa, la necesidad de estar cerca de ella, de oír la voz de Mercedes y de sentirse envuelto como en una onda tibia, en la luz afectuosa de sus ojos.

XIX

Fué una tarde de mediados de octubre, cuando fueron a dejar a Elena, a Lolén. El administrador del molino les facilitó el auto, para hacer el viaje hasta aquel rincón, a donde las señoras Loyola deseaban que la joven pasara por lo menos un mes a fin de que se repusiera de su enfermedad. Elena había dejado el lecho pocos días antes que García regresara de Santiago. Su larga permanencia en cama, la adelgazó de tal manera que las ropas parecían colgarle del cuerpo. Daba la impresión de que su cuerpo no tenía sangre, tan intensa era la palidez de su rostro.

Al comienzo lo pasó sentada en un sillón cerca de la ventana, con las manos exangües, sobre la falda. Sin embargo, tenía las mejillas encendidas y en los labios húmedos un ligero tinte sonrosado. Pero la nariz se le afinó y en sus ojos seguía viéndose una brillantez febril. Era un sábado, y como esa tarde no tenían clases en la escuela, la acompañaron Mercedes y García. La señora Teresa se quedaría en Lolén mientras durara la permanencia de Elena allí.

Era un camino muy hermoso aquél. A ratos el auto se internaba bajo una bóveda de ramas, en tanto las quilas sedosas se destrenzaban sobre la capota del coche. La selva, en parte, se tornaba audaz, invadiendo el camino, y desde su fresco corazón el

viento traía aroma de ulmos, de boldos y canelos que se aparragaban junto a los alerces airosos, o se confundían con los robles y mañíos. En los claros, el huahuán destacaba su silueta elegante y graciosa, cuyas ramas estaban cubiertas de hojas pequeñas y brillantes.

Mercedes iba encantada de poder participar en aquella excursión. Su rostro terso barnizado de luz, tenía una frescura de manzana húmeda de rocío. Habían acordado quedarse ese día y el siguiente en Lolén, donde proyectaban hacer algunas excursiones en los alrededores de aquel paraje que era de una belleza extraordinaria.

—Me encantaría ir a caballo, hasta el puente de «El Centinela»—dijo Mercedes. —De ahí se puede pasar al otro lado del río que va por un precipicio muy hondo, y llegar hasta la laguna de «Los Robles» que es preciosa.

—Lindo sería—replicó doña Teresa—hasta yo me atrevería a «empetrencarme» en un caballo y acompañarlos a Uds., pero esta chiquilla, se quedaría sola.

—¡Ay, de veras! Qué lástima que Elena no pueda acompañarnos,—dijo Mercedes, mirando a la joven.

García que iba sentado adelante, junto al chofer, se volvió para proponer:

—Es que lo dejamos para cuando vengamos a buscar a Elena.

—No, ¿por qué, pues? —dijo entonces la niña con una sonrisa triste que se le deshizo en el rostro como una flor mustia—vayan no más. Hay que gozar de la vida cuando se puede.

Mercedes se volvió hacia ella para mirarla con su sonrisa más afectuosa:

—¡Muy cierto!—y tú también vas a poder hacerlo muy pronto. Pero tienes que dejar a un lado esa tristeza que contribuye a retardar tu mejoría. Hay que esperar siempre lo mejor de la vida, mi hijita.

—Sí, es verdad, pero eso cuando la vida es buena con uno, pues de otro modo, por más que se quiera...

La voz de Elena se había trizado, en tanto dos lágrimas reventaban en sus pupilas. Y con los labios apretados, para no soltar el llanto, se quedó sin terminar la frase.

—Pero qué tonta eres, niña—la reconvinó doña Teresa—emocionada a pesar suyo, —¿qué sacas con afligirte sin razón? Debes de cambiar. «Ayúdate que yo te ayudaré», dice el proverbio.

Quedáronse todos en silencio. El auto descendía por una suave pendiente, cruzada por un estero de agua límpida en cuyo fondo brillaban las piedrecillas. A la orilla del camino, tal si la mano cuidadosa de un jardinero, las hubiera plantado; veíanse hileras interminables de cartuchos, blancos, rosados y morados. Bajo la umbría, muchos tenían las corolas cargadas de rocío, que seguramente se escurrió del espeso ramaje. En un recodo próximo, un rayo de sol se cernía entre la ramazón de las quilas, dándoles el aspecto de una enorme esponja de oro. De los brazos de un coihue gigantesco colgaba con gracia ingrátida la liana de las copihueras, cuyas flores temblaban leves en guirnalda de ensueño. Entre el dulce misterio de la selva los huíos y los chucaos, perforaban el silencio con su grito característico. Unos novillos de hermoso pelaje que pastaban entre los troncos del faldeo, se internaron apresurados entre la espesura. En el cielo, de diáfana azulidad, se desgarraban unas nubes rosadas que el viento afínaba, dándoles forma de siluetas femeninas, tal si hadas de los bosques, bailaran sobre las altas copas de los árboles.

Llegaron a Lolén al atardecer. Era un bello rincón en donde se amontonaba una docena de casas, con jardines, árboles y pájaros enjaulados bajo los corredores. Una infinita dulcedumbre llenaba todo el ámbito a esa hora. Cruzaban el camino algunas yuntas llevando el arado sobre el yugo. De las hondonadas, remansos de neblina azul, subía un hálito fresco y oloroso.

Doña Rosa Maureira, la dueña de casa, recibió encantada a los viajeros. Era una mujer alta, de semblante bonachón y sonrisa franca.

—Yo los esperaba para el almuerzo—dijo—. Le tenía a la

Elenita, una dieta de ave rica. Pero eso no impide. Siempre habrá en la casa de los pobres un algo con que hacer cariño cuando hay voluntad. Pasen más adelante a descansar. Pero la niña trae buen semblante, un poco más delgadita no más viene. Aquí con el buen aire no se va a dilatar nadita en mejorarse. Y esta otra señorita tan linda, ¿también es de la Villa?

—Sí,—explicó doña Teresa—es la señora Mercedes, la directora de la escuela.

—Ah!—hizo doña Rosa, con ingenua sonrisa—y el caballero será el esposo... Bien bueno, pues; a su casa no más llegan.

García se había puesto rojo hasta los cabellos, en tanto Mercedes también ruborizada, reía alegremente, tomada del brazo de doña Teresa, quien bromeando preguntó:

—¿Y cómo les fué a conocer tan luego que eran casados?

La mujer ahora, con el delantal recogido, los miraba sonriendo dubitativa:

—Novios serán entonces pues, porque en la cara se les conoce que se están queriendo.

—Bueno con la señora esta, ¡por Dios!—gritó entonces Mercedes—si este caballero es soltero; soy yo la única casada de toda esta gente. El es un amigo de Villa Hermosa que ha venido a acompañarnos.

—Miren no más, insistió la dueña de casa—así es como uno se equivoca. Ya se ve, como el pensamiento es tan ligero... Yo estaba pensando en darles la pieza donde tengo la cama para matrimonios.

Una carcajada general estalló entonces. Hasta Elena que se había sentado en un silloncito de mimbre, reía nerviosamente. Doña Rosa, ahora solícita, preguntaba:

—¿Qué van a querer servirse? Les tengo cafecito listo. Pero si les gusta más el té, no me dilato una nada en prepararles.

Era una casita limpia y alegre. Desde la ventana de la pieza del comedor, divisábase un paisaje hermosísimo. El sol declinante era una hoguera entre los árboles, y una mancha de sangre en el horizonte.

—¡Qué lindo es todo esto!—exclamó García—. Aquí la Elena se va a mejorar muy luego. Este otro mes cuando la vengamos a buscar, nos acompañará a hacer la excursión a caballo, de que Ud. nos hablaba.

—Ya lo creo—exclamó Mercedes entusiasmada. Y alzando la mano cuya piel sedosa brilló en el sol, agregó:— Por ese cerro de enfrente se va hacia el Centinela, y, al otro lado, detrás de esos árboles que se ven en el fondo, está la laguna de «Los Robles».

Frente a la luz, el rostro de Mercedes, tenía una belleza espléndida. El cabello sedoso le acariciaba las sienes, los ojos llenos de honda luz, y la boca encendida al sonreír dejaba ver los dientes blanquísimos. García se quedó como en éxtasis mirándola, sin advertir que los ojos de Elena florecidos en un fulgor doloroso y extraño, se clavaban en él, con una expresión tan llena de ansiedad, que Mercedes al volverse lo advirtió.

Dña Teresa en ese momento le preguntó:

—¿Con quién vino Ud. por aquí, Merceditas?

—¿Con quién? ¡Ah, pero si hace tanto tiempo! Fué con Fernando...

¡Fernando! Qué herida tan punzante, abrió de súbito ese nombre en el corazón del mozo. Una arruga honda le surcó la frente, y como si los pensamientos en tumulto se le hubieran subido a la cabeza en una onda ardiente, experimentó una sensación de angustia amarga y cruel. La veía ahora a través de una telaraña de visiones atormentadas. Todos los encantos de esa mujer ya habían sido de otro, del otro, que había gozado del dulzor de sus labios, de la fragancia de su cabellera, del misterio de sus senos. ¡El otro! Clavo ardiendo que penetraba en su sensibilidad, puñal que se le clavaba en el corazón retorciéndose para salpicar la hoja helada con su sangre. ¡Todo había sido del otro! Las piernas dulces, suaves, enlazadas en un vértigo delicioso, transfundidas en el perfume de la voluptuosidad. Sus bocas unidas en el beso tremante, en el beso dulce, en el beso en que se da el espíritu en una mordedura enloquecida, ansiosa, delirante.

Todo eso para el otro ya no era un misterio. Su sexo, vaso cálido, ¡cuántas veces habría experimentado la intensa vibración del amor al sentirse penetrada, mientras el ánfora de sus caderas seguía el ritmo enloquecedor, mientras el vientre palpitaba unido al del otro! Y después ella, la adorada, con los rosados talones apoyados en la tibia intimidad del lecho, lo habría sostenido en un arco tenso, como un instrumento vibrando en un largo gemido amoroso. Juntas las bocas, confundidos los alientos, desgajadas las palabras como flores rendidas que se deshojan bajo un sopro ardiente, ella habría entregado su suspiro más hondo, su palabra más tierna en ese ¡ay...! largo; dulce quejumbre que se escapa del pecho de la mujer adorada en el divino momento de la entrega.

Y sin embargo, así la quería, así la adoraba, su amor la purificaba. Su amor la santificaba. Su amor la encumbraba por encima de todo. ¿Qué importaba que una mujer se entregara, si en su espíritu brotaba después, con perfume virginal, el ensueño? ¿Si sus pensamientos florecían a una nueva ilusión? Y quien sabe si fuera él, quien lograra conocer toda la inmensa ternura de aquella mujer, que vivía la plenitud de su gracia. La esplendor maravillosa de sus treinta años. Ahora que sus palabras eran un canto, ahora que su risa era como el chasquido de argollas de oro sobre un cristal. ¡No! Era preciso amar, amar siempre. Era tan hermoso sentir su influjo. Saltar por encima de cualquier consideración, como un pájaro que cruza un pantano, y va a pararse sobre la rama más alta de un árbol a deshilar en el espacio la hebra melodiosa de su trino.

Habíanse quedado pensativos, de codos sobre la mesa, contemplando como atardecía. La luz muriente se hundía en las hondonadas, donde el misterio se arrebuja en un cendal de suavidad. En la lejanía unos árboles cuyas copas traspasadas de sol, daban la sensación de ir volando lentamente colgados del cielo celeste. La brisa era musical, empapada de píos de pájaros; de susurros que se retorcerían en el follaje; de hálito de agua fresca, de sombra crepuscular. A ratos pasaban bandadas de choroyes,

cuyo griterío, tenía un eco desmayado, como si en ello influyeran las sombras que se avecinaban. Todo adquiría un poético encanto, un influxo de leyenda, en la cual vagaran en dulce errancia el espíritu de las hadas y de los gnomos que salidos de un cuento vinieran a poblar en esa hora aquel rincón.

El sol se había ocultado y en aquella pieza comenzaba a hacer frío. Mercedes estaba junto a la ventana mirando como todo se inundaba de sombras. Una roja flor de copihue que tenía prendida en el pecho, siguió la curva de sus senos cuando un suspiro los agitó levemente. Elena, a su lado, tenía la fragilidad de un arbusto que se curva sobre un precipicio. Doña Teresa le dijo:

—Sería bueno que te acostaras, mi hija. Con el viaje y el cambio de clima, el primer día hay que tener cuidado.

—Cuidados inútiles—sonrió hablando en voz tan baja, como si soñara—vivir para cuidarse, ¿de qué sirve?

Había un dolor tan resignado en aquellas palabras que todos la miraron con pena. Y Andrés en un súbito arranque del más acendrado afecto, se acercó, como cuando ella estaba en cama en Villa Hermosa, para alisarle el pelo cariñosamente.

—Pero qué niñita se ha puesto Ud. con su enfermedad. Hay que tener más confianza, más fe en la vida que al fin y al cabo es hermosa...

—Sí, ya lo sé que es hermosa, ya lo sé—repitió entonces como un débil eco.

Doña Teresa había salido a prepararle la cama, y allí estaban los tres en un triángulo de amor, uno de cuyos lados era como los brazos de un náufrago extendidos ante la inmensa terquedad de los elementos contrarios. Mercedes con los ojos húmedos de lágrimas, con una ternura de madre, la tenía ahora apretada contra su pecho, besándola como a los niños chicos, mientras le musitaba al oído las más dulces palabras.

—Chiquilla, chiquilla, ¿por qué te has puesto tan tontita?

García, cerca de la ventana, apoyado en una silla, tenía los ojos húmedos, un gran dolor le llenaba el pecho. ¡Qué cosa tan caprichosa era la vida! ¿Por qué a aquella chiquilla tan buena y

tan merecedora de afecto se le había ocurrido quererlo? ¿Era que sólo a costa del dolor de unos, era posible la felicidad de los otros? Y él mismo, ¿qué podía esperar de la existencia, cuando su sentimiento tan distante de los caminos de un don Juan, le exigía el amor de Mercedes para siempre, y sin la amarga inquietud de que ese otro hombre, cuyo recuerdo surgió ese día como una negra visión, llegara un día a quitársela?

Se paseaba por el caminillo delante de la casa, pensando en muchas cosas a las cuales no les veía solución, cuando vio venir a Mercedes hacia donde él estaba. Traía el abrigo sobre los hombros, y en el rostro una sombra pensativa. Sin hablar, caminaron sintiendo que la misma preocupación les helaba las palabras. Por fin ella dijo:

—Es hermoso este rincón, pero a esta hora es muy triste. Aunque la alegría uno nunca sabe donde la encuentra, aquí mismo posiblemente, si la existencia no fuera tan mezquina.

García la oía en silencio fumando su cigarrillo con largas chupadas. Ella siguió hablando y ahora con cierta vehemencia:

—Dime Andrés, dímelo por la fe que hemos puesto en nuestro amor, ¿tú nunca halagaste el afecto que esta niña siente por ti?

En la difusa luz, los ojos de García se alzaron hacia la joven serenos, francos:

—Nunca, Mercedes. Hubiera sido una canallada de la cual no me siento capaz. Elena tampoco, jamás me ha dado a entender que me quiere. Son seguramente los quebrantos de su enfermedad, los que han hecho traslucir algo de eso que yo lamento más que nadie.

—¡Y qué pena da saberlo, Andrés! Si fuera una mujer llena de vida, tal vez sentiría orgullo de saber que no podría quitarme tu cariño. Pero así, en estas crueles circunstancias, se me rompe el corazón. Que cosa tan espantosa debe ser para una persona darse cuenta que la vida se lo niega todo. Esta chiquilla me da la impresión de que se muere sin remedio. Mira, ¿por qué estas horas que vamos a estar aquí, no las sacrificamos en homenaje

a su dolor, y tratas de ser lo más afectuoso que puedas con ella? Yo no voy a sentir celos por eso. Y pensar, que después de todo, nuestro amor está rodeado de tanta inquietud e incertidumbre.

—En eso pensaba denantes—dijo Andrés hablando lentamente—al considerar como todo se eriza de dificultades y penas; de ver como para algunos la vida es un camino difícil y lleno de peligrosas encrucijadas. ¡Quién pudiera ser como esos magos de que hablan los cuentos, para poder quitarles el dolor a las personas que estimamos! Porque la vida a mi juicio debía ser en cierto modo parecida a como se sueña, sin necesidad de tanto quebranto para coger un poquito de eso que llamamos dicha. Yo a rato siento miedo de la felicidad de este amor, y debo decirle con entera franqueza, me asalta el temor de que un buen día se acabe en Ud. este cariño, que en mi se agiganta, y que entonces la cruel razón, el feroz sentido común, me la quite, me la arrebate. Y quien sabe si es mejor morir purificado por el dolor así como un día, se extinguirá la vida de Elena. ¿No es cierto?

Ella le contestó acercando la fresca suavidad de su rostro a la cara de él. Habían llegado hasta unos árboles donde el camino torcía y se ensanchaba. La noche latía quedamente en un susurro de vida dormida. En un aliento que tenía lejanas vibraciones. Y entonces se detuvieron un momento, para cogerse las manos, para beberse el alma y experimentar el inefable gozo de sentirse dueños de sus vidas un momento, para dárselas el uno al otro, con esa hermosa ansiedad que se alzaba por encima de toda conveniencia.

La luna como un arete blanco enredado entre los árboles, se había alzado sobre el campo para derramar su halo de blanca suavidad. Un aliento fresco llegaba desde las quebradas, entre cuyos ramajes dormían los pájaros, descansando de su dulce fatiga de errar por el azul. La brisa traía un olor a follaje empapado en la deliciosa humedad de las vegas próximas, donde los pidenes lanzaban sus silbidos vibrantes. Desde la montaña donde el viento destrenzaba las altas copas de los árboles, llegaba un

rumor hondo, armonioso, como el de una sinfonía lejana. En el alto del camino veíanse las luces de las casas de Lolén, escondidas entre los árboles. Desteñido de distancia llegó hasta ellos el ladrar de los perros y el grito intermitente de algún chiquillo retrasado en los escondrijos de un sendero, que se enredaba entre los renovales próximos. Mercedes se había cogido del brazo de García y lentamente, silenciosos, caminaron sintiendo la infinita dulzura del momento, hacia la casa donde por primera vez pasarían la noche bajo el mismo techo.

XX

—Son unos jóvenes mal pensados Uds. Se ve que no conocen lo que es la vida del matrimonio, cuando en éste, se encuentra la verdadera felicidad junto a la mujer amada.

—¡Psh! Pero si eso también entra en la felicidad pues, mi amigo. Además, no olvide que Dios dijo: «Creced y multiplicaos». Hay que cumplir con todo lo que manda la ley, pues de otro modo uno se desacredita en el concepto de los demás, y especialmente en el de la mujer amada, como Ud. dice.

—Muy bien. Todo eso llegará en su debida oportunidad. Hay que darle tiempo al tiempo, mis amigos.

En la puerta de la tienda, conversaba Arriagada, con Javier Méndez y Vicente Galarce. Hacía ya cerca de un mes que los novios habían regresado de su luna de miel. Ester volvió de Concepción con muchos trajes que se ponía todas las tardes para ir a casa de su familia, distante tres cuadras de la tienda, o para pasearse frente a la Municipalidad, del brazo de su marido, haciendo las delicias de la viuda Fernández que, desde su casa, en compañía de su inseparable amiga, Filomena Miranda, los observaba haciendo los más picantes comentarios.

—Bueno con la mujer «ayecahue». Ya le llevo contados como siete trajes, y a cuál de todos más charros». ¿Habrás visto va-

nidosa más grande? Esta va a echar al hoyo a ese pobre hombre. Aunque bien merecido se lo tiene por buenas peras...

Filomena se destornillaba de risa, agregando algo de su cosecha, a fin de dar ocasión a la viuda a seguir en sus chismorreos.

—Ah, ¿y no sabes? Dicen que han comprado un automóvil. Debe ser para sacar a ventearse a la otra que ya se está afiambrando demasiado. Me han contado que Alfonso Fuentes anda muy allegado a ella, aunque no lo hallo muy fácil para caer a la «naza». Y si así fuera bien se lo merecería por imbécil. Fíjate niña en Pedro, ahora ya no se pone el guardapolvos, para no parecer ordinario aunque tenga que vender aceite de carreta a cada rato...

Arriagada, ajeno a los picantes comentarios de su vecina, seguía conversando con sus amigos. En ese momento llegaba Jara, con Toro, el jefe de la bodega, a quienes Méndez con gesto malicioso les dijo:

—A ver, digan Uds. ¿No creen que Pedro debía haber dado ya, pruebas de su capacidad?

—¡Claro!—exclamó vivamente Jara—ya es tiempo de más. ¿Qué estamos muertos entonces? Tiene que ponerle mucha «injusticia» compañero, porque si no los helados no van a cuajar.

—¡Qué bribones son Uds.!—decía Arriagada tratando de desviar la conversación hacia otro tema—ya está bueno que se pongan serios. Debían aprenderle al amigo García que es tan formal en todo. Y a propósito, ¿qué es de él?

—No sé—repuso Galarce—hace dos días que no lo veo. Se ha puesto muy raro el rucio. Anda siempre medio tristón y huraño, como sacando el cuerpo. Cuando antes nunca dejaba de estar con nosotros.

—Hay que darle unas gotitas de parafina, para que le vuelva la alegría—aconsejó entonces Javier Méndez—y Ud., amigo Arriagada, debe también tomar unas gotitas para fortificar el ánimo pues de otra manera el heredero se va a tardar mucho en llegar. ¿No es cierto?

Una carcajada general ahogó las protestas de Arriagada

que ahora un tanto serio hacía valer una serie de consideraciones, que era preciso guardar a las señoras y, en este caso, a la suya, aun cuando el sabía que sólo se trataba de bromas de amigos.

En ese momento vieron que Alfonso Fuentes y García, venían hacia ellos casi corriendo y con cara de consternación.

—¡Hombre! ¿Qué les pasa?—preguntaron todos a un tiempo, vivamente intrigados.

Alfonso, olvidado de todas sus musas, jadeante, les lanzó la noticia:

—Hombre, ¿no saben la gran desgracia? La Elenita murió esta mañana en Lolén.

—¡No diga hombre, por Dios! ¡Pobre chiquilla! ¡Y cómo decían que estaba tan mejor!

—Así parecía. Pero acaban de venir de la casa de los Maureira a avisar. La señora Carmela está como loca de pesar. Ahora vamos al molino a conseguir el auto para ir a buscarla.

García no dijo nada. Estaba deshecho. Los ojos enterrados y el cuerpo flácido, desmadejado, como si de repente se hubiera enflaquecido. Las manos le temblaron cuando encendió un cigarrillo. Ester, que salía en ese momento hasta la puerta, unió su comentario triste al de los hombres sinceramente apenados con la fatal nueva.

La viuda Fernández, con esa especie de adivinación que era como el reflejo del sentimiento que se advertía en el semblante de las personas allí reunidas, se asomó a la puerta de su negocio, para interrogar desde el otro lado de la calle:

—¿Qué es lo que ha pasado, Pedro?

Javier Méndez contestó por Arriagada, que abstraído en honda meditación, pareció no oír:

—Han venido a avisar que murió la Elenita Loyola.

—¡Creo en Dios Padre!—exclamó la viuda haciendo grandes aspavientos.—Pobrecita, y tan dije que era. ¡Qué Dios la tenga en sus santos reinos!

Méndez, con Toro, se unieron a Fuentes y García, para ir hasta el molino a conseguir el auto, en tanto Galarce con Jara,

a insinuación de Andrés, fueron a la casa de las Loyola, a ponerse a las órdenes de los dolientes.

Don Pedro saliendo de pronto de su ensimismamiento, dijo a Ester:

—Hay que cumplir con estos penosos y sagrados deberes, mi hija. Vamos inmediatamente a darle nuestro pésame a la señora Carmela y a ver si se le ofrece algo.

—Pero hombre, ¿estás loco? Como vamos a ir en esta facha. Sería una falta de respeto imperdonable. Anda a ponerte tu traje negro. Yo también me voy a vestir.

—De veras hija, de veras, hay que ir en forma conveniente. No olvides de mandar a decirle a doña Celia.

Mercedes, avisada por uno de los carreteros que pasaban por Colliguay, se impuso momentos después de la triste nueva. Dolorosamente sorprendida se vino inmediatamente a Villa Hermosa. Había ensillado al Tordo, su hermoso caballo negro, y de un galope estuvo en el molino a donde llegó en el preciso instante quien sabía Andrés, que le ayudó a descender de la silla.

No se hablaron una palabra. Los ojos de Mercedes traían ese barniz brillante que dejan las lágrimas. Tras un prolongado silencio dijo:

—Era lo que debía suceder, amigo mío. Y quien sabe, si es que hay algo más allá de esta vida, ahora Elena es más feliz que nosotros. Por lo menos ha dejado de padecer. ¿Cuándo la van a buscar?

—Hoy mismo, repuso García—estamos esperando el ataúd que pedimos a Temuco, y llegará por el tren de cuatro. ¿Ud. no irá?

—Habría ido con toda mi alma, pero sé que esto me apenará demasiado. Le iré a rezar muchas veces aquí y a pedirle que me perdone si involuntariamente la hice sufrir.

Caminaban bajo los acacios de la larga avenida que iba hacia el pueblo. Había olor a tierra nueva, y a vida que comienza. En las casas cantaban alegremente los gallos. La primavera fecunda ponía un sople vivificante en todo el ámbito. Y esa misma

primavera, que tantas canciones, tantas promesas y esperanzas traía, había sido demasiado vigorosa para estallar en aquel vaso frágil que era el cuerpo de Elena. Ahora estaría allá en Lolén, dormida para siempre, en su cama frente a la ventana, por donde se divisaba la azulidad de los cerros que ya no podría ver. Cantarían los pájaros en el aire sonoro y ya no los podría oír. Entraría por todos lados el perfume fresco de la montaña y no lo podría aspirar. Su rostro blanco como un cirio se habría tornado transparente.

Mercedes iba con las riendas del Tordo, bajo el brazo, y a ratos se echaba hacia atrás cuando el caballo se detenía para despuntar una ramita tierna. Recordó esa tarde, en Lolén, cuando vió los ojos de Elena, intensos de triste amor imposible. Un lazo de angustia le apretó la garganta, y dos lágrimas grandes reventaron en sus ojos. No las secó; las dejó rodar por su semblante. Como si soñara, dijo en un susurro:

—Y pensar que uno se va para siempre, a veces sin que la vida nada hermoso le conceda.

En Villa Hermosa encontraron la casa de las Loyola, llena de gente. La señora Carmela veíase más chica y envejecida. Se abrazó a Mercedes con un abrazo silencioso y rendido. La joven la besó sobre el cabello con amoroso respeto, y entonces la señora alzando su rostro dolorido le dijo con la voz quebrada:

—Dios sabrá lo que hace, mi hijita.

Era el supremo consuelo. La voz del espíritu que se yergue ante lo inexorable del destino. En esos momentos, ¿a qué otro consuelo se podía apelar? Dios, origen de todo bien, era también en el corazón de los hombres, el causante de todo el dolor, para el cual ya los había destinado. Ahora sólo restaba pedirle que recibiera esa alma con su generosidad magnánima, y le concediera la paz eterna.

Pedro Arriagada con su esposa, llegaron vestidos de negro. Ester, sinceramente apenada, se sentó junto a Mercedes, a quien dijo:

—No se imagina lo que siento la muerte de esta niña. La

conocíamos desde chiquita y en casa la queríamos como si fuera de nuestra familia. ¡Qué lástima que no hayan alcanzado a mandarnos el auto que compramos en Concepción! Habríamos ido con toda el alma a Lolén, a buscarla.

En ese momento, entró Fuentes a decirle a Mercedes, que ya se marchaban con García. Les acompañarían Torchi y Vicente Galarce. En la camioneta del molino traerían el cajón con los restos de Elena.

Llegaron a la hora del crepúsculo a la casa de doña Rosa Maureira, que los recibió realmente consternada. La pieza donde Elena dormía su último sueño estaba abierta, y en el corredor algunos hombres y mujeres de rodillas sobre el piso enladrillado, rezaban recogidamente. Cerca de la ventana, las ramas de un árbol rozaban los vidrios, meciéndose blandamente. En el fondo del pequeño valle, alzábanse los cerros aun bañados de sol muriente, que las sombras iban empujando hacia la altura. Balaban los rebaños diseminados entre los hualentos que cubrían los lomajes próximos.

Reinaba en todo el ámbito una tristeza penetrante, que se retorció en la quejumbre del viento. El estero cerca de la casa seguía cantando su canción monocorde, al destrenzar su melena clara entre las piedras. Pájaros gemebundos volaban hacia sus alojamientos, bajo el cielo hondo de lejanías. Y bajo el corredor, la voz ronca, empapada en sinceridad, de las gentes sencillas:

...ahora y en la hora
de nuestra muerte...

Doña Teresa que estaba sentada a los pies de la cama de Elena, alzó los ojos llorosos cuando García la tocó en el hombro:

—¡García!—gimió—¡García!

Y no pudo decir más, porque el llanto le ahogó las palabras.

Había muerto esa mañana, cuando menos su salud, podía hacerlo presagiar. Despertó muy temprano, antes que doña Teresa, a quien llamó:

—¡Teresa! No duermas tanto. Mira, viejita, qué mañana tan linda!

Satisfaciendo sus deseos, doña Teresa abrió la ventana, por donde penetró la brisa fresca y fragante, en tanto el sol se derramó como un chorro de oro dentro de la pieza. Había en todo un soplo de vida nueva, un grito glorioso y jocundo, una canción de amanecer.

—¿Cómo te sientes, mi hija?—le preguntó la señora.

—Muy bien tía, pero no tengo ganas de levantarme. Oye, viejita querida, ¡tengo tantos deseos de comer mote! Fíjate que anoche soñé que lo habíamos pelado las dos con la tía Carmela, en una fuente bien grande, y después llenamos el azafate azul. ¡Qué rico estaba! ¿Por qué no consigues con doña Rosa que pele un poquito? Y con esta ceniza de hualles dicen que sale muy lindo. Dile, ¿quieres?

Tenía esa mañana un bello y suave color sonrosado en las mejillas. Los ojos le brillaban, pero había un no sé qué de luz dormida en ellos, de cansancio que tal vez ella misma no advertía. La señora Teresa salió a buscar a doña Rosa Maureira para rogarle que pelara un poco de mote. La encontró en el patio junto al pilón del agua sobre el cual se deshojaban los pétalos de una enredadera recién florecida.

—¿Qué le parece, Rosita?, Elena, ha amanecido con antojo hoy. Dice que anoche soñó que estaba pelando mote con la Carmela y tiene tantos deseos de comer un poquito. ¿Por qué no le hacemos? Yo le ayudo.

—No hay para qué se moleste Ud. Y vea lo que son las cosas. Yo ahora mismo estaba pensando en esta niña, porque veo que la mejoría es poca. Parece que está enferma del ánimo también. Y eso hace mucho, mire. El cristiano enfermo ha de tener deseos de mejorarse porque si no está perdido. Y esta niña no se alegra, lo pasa «apensionada» como si tuviera su pensamiento en otra parte. Quien sabe si está queriendo sin que le correspondan. Y no hay cosa más mala, misiá Teresa. Es el peor gusano que se le puede meter en la cabeza al cristiano. Le haremos mo-

tecito pues, con ceniza de troncos para que salga bien tierno. Lo único que se va a dilatar un poco porque el trigo tiene que pasarse de lejía. Por suerte tengo un poquito de trigo candeal.

—Muchas gracias, Rosita, muchas gracias.

—No hay por qué. Es un agrado servir a quien se quiere. Y hoy, ¿cómo amaneció Elenita?

—Despertó muy temprano y me contó al momento su sueño.

—Vea no más. Yo esta mañana también desperté al primer canto del gallo. Y me levanté en seguidita, porque tenía un desasociado muy grande en la cama. Yo, misía Teresa, soy muy «aucionera» en estos golpes del corazón, y para no mentirle le diré que pensé mucho en la niña. Para colmo al salir al corredor, veo que una de las gallinas patoñas, que a Ramón le gustan mucho porque son de una raza muy ponedora, se vino a mi encuentro y sacudió las alas haciendo un cacareo de gallo con moquillo. Yo no la quiero asustar, pero dicen que es mal indicio, que son anuncios de muerte y es preciso matarlas al momento porque al tercer canto ya no hay caso. Es anuncio seguro. Por suerte tenía a la mano un varejón de hualle, y la volteé del primer garrotazo. Vaya, me alegro tanto que la niña haya amanecido mejor. A ver si antes del almuerzo le llevamos un pocillo con mote para que pase el día bien contenta.

Doña Teresa la oía ávidamente deshojando unas rositas de la enredadera. Después le dijo:

—Ojalá que no tenga ningún contratiempo en su enfermedad esta chiquilla. Rosita, cuando esté el desayuno, me avisa para venirlo a buscar.

—No se intranquilece. Yo misma le llevaré el café para saludarla.

Elena leía, reclinada sobre los almohadones, un pequeño libro de las ediciones de «El Chileno» que alguien llevara hasta aquel rincón. Era una novela de Gyp, y contaba la historia de un niño. Al ver entrar a doña Teresa, Elena dejó resbalar hasta los pies de la cama el libro, y le dijo:

—¿Sabes? Se me han quitado las ganas de comer mote.

Oye, cuando me traigas el desayuno, tráeme también un poquito de miel. Hasta aquí se siente el olor de las azucenas del jardín, ¿por qué no cortas una y me la pones en un vaso aquí en el velador?

Se había sentado en la cama con aire de estar soñando. Doña Teresa con los ojos húmedos y brillantes, la miraba apoyada en el respaldar del catre. Elena se puso el chal, y luego lo echó hacia atrás como si le molestara su contacto, pasándose en seguida la mano sobre la frente.

—Me gustaría que le escribieras a la Merceditas, para que venga con García. Tengo hartos deseos de verlos. Se conoce que los dos se quieren, ¿no es cierto, tía Teresa? ¡Qué lástima que no se puedan casar!

Doña Teresa le iba a contestar, cuando la vió rendir la cabeza.

—¡Ay, qué sueño me dió de repente!

Se había inclinado sobre las almohadas, y cuando la señora se acercó para acomodarla, Elena abrió los ojos, para mirarla con un infinito desmayo, como un niño que desea llorar, para cerrarlos en seguida. Luego, tras un pequeño tiritón, su cabeza resbaló en la almohada, rendida para siempre.

De un salto doña Teresa, se acercó para enderezarla entre sus brazos. Pero ya había allí la rígida inmovilidad de la muerte. En voz baja, intenso grito contenido, le dijo:

—¡Elena, Elena!... ¡Elenita!

Y ante el silencio inexorable el grito le salió como un alarido:

—¡Ay, madre mía! ¡Ay, Virgen santa!

Afuera la rama de un árbol se balanceaba dulcemente junto a los cristales. En el corredor zumbaban los moscardones y cantaban los pájaros. La vaca clavela bramaba en el corral, esperando la ordeña. Pasaban las yuntas por el camino hacia los potreros y junto al estero las mozas cantaban la alegría del amanecer y de su juventud. ¡Qué cosa tan mínima era el dolor, en medio de la vida que seguía su ritmo indiferente!

XXI

—¿Qué le pasa a Ud.? La he notado un poco rara estos días. No sé si triste o fastidiada...

—No me pasa nada, Andrés. ¿Acaso no soy la misma de siempre? ¿Por qué cree eso?

—La misma, claro está. Pero hay algo que me oculta, y se me ocurre la tiene apenada. ¿No me prometió que nunca tendría secretos para mí?

Conversaban cerca del pozo, en voz baja, aparentando indiferencia, en medio de los niños que jugaban en el patio. Mercedes lo miró un instante desde el fondo de los ojos, como si quisiera trasmitirle todo su afecto.

—Sí, en realidad hay algo que no te he contado, por no apenarte—le dijo—pero es verdad que las penas entre dos son menos. Hace unos días recibí una carta de Fernando, en la cual me dice estar muy arrepentido de todo lo que hizo, y me insinúa sus grandes deseos de reconstruir nuestra vida matrimonial, prometiéndome ser otro hombre, sólo dedicado a trabajar y a quererme.

García con la cabeza baja, la oía sintiendo un dolor punzante. La triste situación que tantas veces temiera y que le dejaba las noches enteras sin dormir, llegaba al fin. Largo rato permaneció en esa actitud, tal si las palabras de Mercedes le hubieran

hecho el efecto de un garrotazo. Por fin le contestó con la voz deshecha como si las palabras se le cayeran de los labios.

—¿Y piensa venir para acá?

—Me escribe desde Santiago, a donde llegó hace poco. Tiene un hermano allá en muy buena situación, y este le arregló el asunto del molino. Parece que ahora van a trabajar juntos. Me dice, además, que apenas su situación se afiance un poco vendrá a buscarme para irnos a vivir a Santiago.

García sombrío y como si una resolución única y fatal lo penetrara, le dijo ahora en voz dura, casi colérica:

—Y Ud., claro, se irá.

Había alzado la cabeza y la miraba de frente, con el rostro terco, y las pupilas azules apretadas en un ansia fuerte, que era como la luz de una suprema decisión.

Era un día luminoso y ardiente de principios de diciembre. Una brisilla juguetona, ciñó al busto de la joven, la blusa de seda blanca, delatando la suave redondez de sus senos. Tenía los ojos plenos de luz cálida y en los labios húmedos y encendidos, una sonrisa esquiva. Quiso sentirle un momento padecer, verlo hasta qué punto la amaba, y contestó con lánguida despreocupación:

—¿Quien sabe?... ¿Y si así fuera, qué haría Ud.?

—¿Yo? Desearle que fuera muy feliz. Lo demás, ¿qué interés podría tener para Ud.?

—¿Quien sabe?... —tornó a repetir ella, como en un susurro. El interés por los buenos amigos, no se concluye así no más. ¿No le parece?

García se quedó mirándola como un enajenado, como si de pronto dudara de que era ella quien le hablaba. Una súbita garrra de hierro le apretaba la nuca, en tanto que sus nervios, eran cien víboras mordién-dole el corazón. Tartamudeando, articuló por fin:

—Así es que todo...

—Lo ocurrido entre nosotros, era nada más que para entre-tenirme, mientras volvía mi maridito, le interrumpió entonces ella, sonriendo melancólicamente. ¡Qué tontito eres! ¿Es posible

que puedas dudar en esa forma de mi cariño? ¿Esa es la fe que tienes en mí? Pero te perdono de todo corazón. Me gusta verte convertido en un niño para quererme. —Y bajando la voz acariciante le dijo: —Oye, ¿vamos al cementerio esta tarde? Le llevaremos flores a mi madre, y a Elena. A ellas que nos quisieron tanto les pediremos nos iluminen en este duro trance. Mientras tanto, piensa tú en la posible respuesta para Fernando, ojalá en forma que le hagamos desistirse de su viaje a ésta.

Era la hora de la clase y se separaron, en ese dulce acuerdo. Se aproximaban los exámenes de los niños, y con ese motivo, García, había estado muy preocupado. Veía venir con temor aquellos dos meses de vacaciones, durante los cuales, posiblemente, sólo se verían de vez en cuando. El, se aburriría en el pueblo, obligado muchas veces a pasar las tardes jugando al póker, donde el Rey, o entregado a las mínimas entretenciones de sus amigos de Villa Hermosa, que a veces para su estado de ánimo se tornaban intolerables. Y ahora, la vuelta de Arlegui que hasta entonces sólo fué una amenaza lejana, se convertía en una realidad preñada de inquietantes augurios. Todos esos días sentía su amor como una canción melancólica. Las señoras Loyola, después de la muerte de Elena, vagaban por la casa como seres sin alma. Las veía sólo en las horas de las comidas, silenciosas con él, tal si recogidas dentro de su pena le alejaran sin advertirlo, de su intimidad, o secretamente tuvieran un reproche para él. Por otra parte, el pueblo se iba quedando solo. Vicente Galarce ahora no se veía, preocupado con todos los afanes de su cosecha. Alfonso Fuentes estaba en Tomé, acompañando a su madre que sufría del corazón, y a Tito Jara lo habían mandado a Temuco para atender la agencia del molino en esa ciudad.

Entregábase, entonces ahincadamente a la lectura. Por suerte de su viaje a Santiago, trajo una buena provisión de libros que le hacían soñar con absurdos y lejanos viajes en compañía de Mercedes. Y ahora llegaba el otro a quitársela, invocando el derecho que le concedía la ley, aun cuando los sentimientos de ella quisieran rebelarse. ¿Qué podía hacer ante lo irremediable?

Pobre, obscuro, sin ninguna situación que le permitiera alzarse sobre aquel medio tan mezquino, reducido sólo a lo que las circunstancias quisieran hacer de él.

Fueron esa tarde al cementerio, en romántico peregrinaje. Mercedes dejó el cochecito en la escuela y se habían ido caminando lentamente, gozando de la infinita dulcedumbre que llenaba todo el ámbito. Reconcentrados en sus pensamientos, marcharon silenciosos, sin poder aclarar la sombra inquietante que les preocupaba. El cementerio estaba solitario. Sólo ellos llegaban a turbar el hondo silencio de aquel recinto donde yacían los restos de tantas personas, que supieron de anhelos, de inquietudes y de preocupaciones, muchas de las cuales, sólo encontraron su solución allí. Tras los tapiales, alzábanse unos cipreces meditabundos entre los cuales plañía el viento. El pasto crecía sobre las tumbas humildes, donde ya la carne vencida se reintegraba a la tierra.

Mercedes se detuvo de pronto, frente a una reja de hierro, junto a la cual se quedó largo rato ensimismada, tal si estuviera sola y ajena a cuanto la rodeaba. Un suspiro largo, la hizo alzar el rostro hacia el cielo, mientras sus labios musitaban una oración. García al lado de ella, con el sombrero en la mano, se había quedado mirando la inscripción con el nombre de aquella mujer que albergara en su seno a Mercedes, a la adorada, que le hiciera conocer el más hermoso sentido de la vida. Una emoción intensa le llenaba el pecho. ¿Cómo sería aquella señora? Fué haciéndola revivir en su imaginación, ayudado por las palabras de Mercedes, cuando en otras ocasiones la recordaba:

—¡Ay, ojalá pudiera parecerme a mi madre! ¡Qué linda era!

Y su veneración la exaltaba, adornándola de los más bellos atributos espirituales, y de las mayores gracias y dones físicos. Ahora ya no quedaría nada bajo la tierra. Polvo negro, tierra donde dormía el recuerdo de tantas cosas que jamás retornarían.

—¡Andrés!

La voz de ella, a pesar de haber pronunciado su nombre, lo estremeció.

—Ven. Híncate aquí, cerca de mí. Pidámosle que perdone

este amor. Pidámosle que lo santifique, que lo proteja. —Y como en un éxtasis fervoroso, su ruego se hizo trémulo—. ¡Es lo único hermoso que me ha concedido la vida, madrecita! Ayúdanos tú, protégenos de todas las desdichas que nos puedan venir.

García, junto a ella, sentía el suave e imperceptible aroma de su cuerpo. Quiso rezar, pero ninguna oración se le vino a la mente. En cambio, sentíase traspasado por el dulzor de los momentos felices que conociera en el amor de Mercedes. La miel fragante de su boca, la tersa frescura de su rostro, el arrullo de sus palabras, los mil sueños que imaginara junto a ella; todo eso que ahora se oscurecía de negros presagios con el anuncio de la venida de Arlegui.

Después fueron a ponerle flores a Elena. Hacía ya más de dos meses que había muerto. ¿Qué quedaría de aquel cuerpo tan frágil? Andrés se quedó largo rato mirando la lápida sobre la cual se leía:

Aquí yacen los restos de

Elena Loyola Rojas.

Nacida el 10 de junio de 1896.

Fallecida el 6 de octubre de 1917.

¡Veintiún años de vida, que ahora dormían para siempre! Murió, precisamente, en la época cuando se comienza a soñar, a sentir la caricia del amor, principio y fin de la existencia humana. Y para ella, para la pobre niña todo no había sido sino una queja, una amargura, un dolor callado, como la angustia de un niño extraviado en la medrosa obscuridad de un camino.

Se volvieron lentamente. Parecía que desde el seno de la tierra, les llegaba un suave consuelo, un hálito de esperanza. Mercedes, de pronto, dijo:

—Qué hay, ¿qué has pensado tú, respecto a la contestación a la carta de Fernando?

Andrés permaneció un momento silencioso, y después un tanto vacilante repuso:

—Creo que lo mejor será contestarle en forma muy prudente a fin de no exasperarlo, haciéndole ver que es mejor que él viva tranquilo sin preocuparse de Ud. hasta que vea si en realidad siente una sincera necesidad de volver otra vez a la vida del matrimonio...

Mercedes le miraba intensamente, como si tratara de ver más allá de lo que las palabras decían, hasta que de súbito, le interrumpió nerviosa.

—Sí, para después seguir viviendo como unos tortolitos. No, Andrés, adivino tu intención. Tú tal vez, con esto deseas sondearme, o dejarme en libertad para seguir el camino del sentido común. Pero eso no lo deseo, ¿me entiendes? Ahora te amo a ti, únicamente. El tiempo dirá después su palabra definitiva. Le voy a escribir, diciéndole, en forma tranquila, eso sí, pero terminante, que como él quiso tener su libertad, que siga con ella. En nada le molesté entonces. Que me deje tranquila ahora. Eso es lo justo. Le diré, además, que mi resolución es irrevocable, y si viene a ésta será para darle la misma respuesta.

Un tanto agitada, se detuvo bajo el sombraje de un árbol que era un oasis de frescura, en un recodo. Con una ramita se sacudía los zapatos cubiertos con el cálido polvo del camino. García, la contemplaba, sin encontrar qué palabras decirle. Eran sus ojos azules, los únicos que podían en aquel instante expresar toda la gratitud de su alma, y la felicidad que como un soplo luminoso lo envolvía. Era la mujer fuerte, para afrontar la vida, y la criatura tierna, delicada, sumisa, para ofrendar al amor todo el encanto de su juventud.

—¡Oh, Mercedes!—balbuceó al fin—no sé qué decirle, no sé qué hacer, para pagar todo esto.

Ella con los ojos barnizados de triste suavidad, se había quedado mirando hacia la azul lejanía. Emocionada, con la voz un poco trémula, repuso:

—¿Qué hacer? Quererme siempre, Andrés. ¡Siempre! ¡Qué lindas son a veces las palabras! ¿No es verdad, mi amor?

Y animándose, ahora alegre, agregó:

—Oye, ¿quieres que te cuente? Tengo un proyecto. Tú, ¿qué piensas hacer en estos dos meses de vacaciones?

—¿Yo? En realidad esto me ha preocupado bastante, pues me apena vivir alejado de Ud. tanto tiempo. Pensaba quedarme aquí, con la esperanza de verla de vez en cuando.

Mercedes, con el aire de quien tiene un secreto que contar le dijo:

—¿Sigamos? Oye, fijate que yo he entusiasmado a la tía Lucrecia, para irnos al sur, por un mes. Iremos a Valdivia, a Cochamó, a Calbuco, a Puerto Varas, que es tan bonito. Entonces tú nos esperas por allá. Durante el viaje yo le preparo el ánimo a la Quecha, a fin de que no le parezca mal. ¿Qué te parece?

—Me parece un proyecto tan hermoso, que sólo de pensarlo, me hace temblar de alegría. ¿Y cuándo sería eso?

—En el mes de Enero. Es la época mejor.

Se aproximaban a la callejuela que conducía al colegio. García quiso seguir en su compañía, con el secreto anhelo de llegar hasta él, y allí alcanzar el bello instante de una caricia, pero Mercedes le dijo:

—Mira, es mejor que te vayas por el lado del molino. Evitemos de que nos vean juntos ahí en la avenida.

García se detuvo, mirándola ansiosamente, tratando de reprimir sus nervios y disimular el acelerado latir de su corazón. Mercedes, a su vez, había posado su mirada sobre él. Una sonrisa de picardía le jugaba en el rostro. Graciosa y tierna le dijo:

—Ya sé lo que deseas, niñito malo. Pero ahora no, mi amor. ¡Ay, yo también lo quisiera! Será otro día. Haz cuenta que ahora me has besado, sobre los ojos, de esa manera tan dulce como tú sabes hacerlo. ¿Ya? Seamos ahora unos niñitos buenos. ¡Hasta mañana! ¿Te vas contento?

—Sí, Mercedes. Hasta mañana.

Saltó ágil la acequia, casi oculta por el pasto, y ya junto al

cercos que seguía las curvas de la calle, se volvió a mirarlo sonriendo. Los rayos del sol al perforar la seda de su sombrilla bañaron su cabellera de luz rosada. Entonces alzó la mano, para tocarse los labios y extender en seguida los dedos, como si soltara un pájaro que se deshiciera en la cálida luz, antes de abrir las alas.

XXII

—¡Pst!

Suavemente, como el ala de una mariposa que rozara sus oídos, le cosquilleó el llamado de ella. García, junto a la baranda de la cubierta del pequeño vaporcito que hacía la travesía entre Puerto Varas y la Ensenada, trataba de escudriñar con la ayuda de unos gemelos, la lejanía brumosa de las riberas del Llanquihue. Rápido se volvió a Mercedes, que estaba de pie junto a la chimenea.

—Ven a sentarte aquí. Vieras que tibiecito está.

Era una mañana nebulosa y fría. Trepidaban las máquinas, en el fondo del pequeño barco, jadeando a ratos como bestias extenuadas. Sobre el agua de un azul intenso, el barco iba dejando una estela honda, bordada de espumas. El paisaje se quedaba escondido entre las nieblas densas que se cernían sobre las tierras ribereñas.

Mercedes se había sentado tras de la chimenea, cuyo calor atemperaba la brisa trasminante. Andrés, con el abrigo cerrado y el cuello subido, la contempló en silencio un instante:

—Siéntese, señor—le dijo la joven bromeando cariñosa y risueña—¿no tiene frío?

Sonrió García estregándose las manos enérgicamente:

—En realidad, hace frío, pero no es un frío que entuma, sino por el contrario parece fortalecer. ¿No es cierto?

—La pura verdad—replicó ella—y créeme que yo me siento mejor aquí encima del agua, que allá en Puerto Varas. Parece que el cambio de clima tan brusco me resfrió.

Andrés se había sentado tan cerca de ella, que sentía en el costado el tibio contacto de su cuerpo. Largo rato quedáronse contemplando la lejanía, tratando de descubrir algo de esa belleza, que la variedad espléndida del paisaje ofrece en esas regiones. Pero las nieblas obstinadamente, en lugar de disiparse se tornaron más densas.

—¿Pero ha visto, García, las porfías de la Quecha? Preferir quedarse allá en el hotel, en vez de venir a conocer todo esto. Me parece una gran tontería. ¿No es verdad, niño?

—Ya lo creo—repuso el joven dulcemente acariciado, por las palabras de ella, que le hacían pensar, en como todos sus sueños imposibles habían ido, poco a poco, llevándolo a una hermosa realidad.

García llegó dos días antes que ellas. Al despedirse de Mercedes en una de esas perfumadas y románticas tardes del verano del sur, no sintió ya tan agudo el dolor de esa separación, como cuando se fuera a Santiago, llevando la incertidumbre de no saber si volvería a esas tierras. Esa tarde era una inquietud esperanzada, la que rebullía en su corazón. Era más bien una deliciosa ansiedad que le estironeaba los nervios, y a ratos le producía una especie de laxitud en la cual se hundía para soñar con los momentos en que Mercedes tras de acariciarle con la mirada, le había entregado también la pulpa fragante de su boca.

Y el tren rodaba ahora hacia el sur. A ratos entre un ejército atónito de palos secos, de mástiles desolados que daban la impresión de estar ateridos, cuando unas nubes plomizas se cernían sobre ellos, y luego como heridas por sus recias y agudas puntas se iban desgarrando poco a poco. Eran los últimos restos de la selva musical y olorosa, enmarañada y sombría, entre cuya espesura se posara antes la pisada cautelosa de los pumas, y en

cuyos claros relucían los ojos inquietos de los venados nerviosos y ágiles. Empero, entre aquella tupición de palos deformes, desde la tierra brotaba desafiando la crueldad del hombre, el renoval vigoroso, de los hualles de los maños y los canelos de hojas transparentes y perfumadas. A veces una copihuera, se asía a un gancho ennegrecido y deforme, envolviéndolo con sus liana finas, exornándolo con sus flores rojas, o blancas tenuemente rosadas, como las mejillas de una novicia cándida, de las cuales, las gruesas paredes claustrales, no hubieran aún borrado el carmín de sus días de sol.

Alojó esa noche en Osorno; un pueblo activo y saludable en donde llovía desganadamente a la hora de su llegada. El hotel donde se hospedó estaba lleno de turistas: rubias alemancitas de ojos claros e ingenuos, inglesas altas de mirada fría y desdeñosa, lisas como una tabla aplanchadora y chilenas graciosas en cuyos ojos se asomaba una lumbre suave y acariciadora. Casi todos los hombres, andaban preocupados de comprar películas para fotografías, de inquirir detalles de los lugares a donde se podía excursionar, de averiguar la salida de trenes, autos, o estudiar la manera de arrendar caballos para ir a saturarse del paisaje.

Al día siguiente tomó el tren a Puerto Montt. Era una hermosísima mañana de sol. De pie sobre una de las plataformas pudo contemplar a sus anchas el espectáculo fantástico que el campo del austro ofrecía a esa hora. En un recodo, sobre el tajo de un torrente, de la más pura transparencia, vió, de súbito, el arco plomizo de un puente cuya ferretería pareció envolver en un abrazo helado y estridente a todo el convoy que al desprenderse de él, lanzó un alarido jubiloso que repercutió en el aire fresco y estremecido de vuelos de pájaros. Grandes plazoletas de robles airosos, de coihues austeros, de avellanos enrojecidos de frutos como un cerezal rojo montaños. Y en tanto, la brisa del austro se entraba en el pecho, como un tónico, como una canción, como un soplo vivo, comunicador de energías que infundían deseos de irse a correr a través de los pastizales, en medio de los

cuales se erguía el gracioso y elegante huahuán, sobre el cual los pájaros describían parábolas ingravidas.

Y por en medio de todo, en su corazón, en los montes y en el fondo de los esteros azules, estaba ella, Mercedes, la adorada, que tenía en su cuerpo la gracia de un árbol joven, en sus pupilas la limpidez del agua, y en la boca la frescura de esas flores de copihue que asomaban temblorosas entre la maraña de la selva.

Y de pronto apareció ante sus ojos, el lago: agua viva y palpitante, barnizada de dorada luz. Entre los montes ribereños los techos rojos de las casitas ponían una alegre nota de color. Bajo un cielo azul profundo, el alarido de la locomotora adquiría sonoras y claras vibraciones tal si fuera una voz jocunda, que, llevada por un ser invisible corriera delante del convoy, para anunciar su arribo a aquel pueblito a donde se entraba por un camino que era como un cinturón de enredaderas florecidas.

Todo era allí hermosísimo, y no obstante una dulce tristeza le llenaba el corazón. Recién llegaba, y ya a García, le pareció estar mucho tiempo, en ese pueblo que tenía algo del silencio de un parque campesino, en la hora del crepúsculo. Por la tarde para disimular su ansiedad, se fué a conocer Puerto Montt cuyas casas daban la impresión de estar estrechadas entre el cerro y el mar. Unos hombres morenos que al hablar pronunciaban las palabras con un ceceo dulce y melancólico vinieron a ofrecerle su bote para llevarlo hasta la isla de Tenglo, bello jardín en medio de la azulidad profunda del océano. Ya el sol poniente bañaba con sus últimas y vivas lumbraradas todo el ámbito, llenándolo de poesía. Resonaba lejanamente el mar, gemía el viento entre los tranqueros y en la oquedad de los grandes árboles rumorosos, y entonces, en medio del agua, sus ojos admirados, vieron una goleta con sus velas desplegadas teñidas por la luz romántica del atardecer. Era una visión de ensueño: verde, azul, rosa y malva, que le hizo pensar en aquellos navíos corsarios de Drake o Cavendish, cuando volvían de sus viajes maravillosos con sus velas de oro y púrpura. Después, una gasa suave y transparente

envolvió la barca como un cendal de misterio que fuera tajando la proa hasta perderse en la lejanía.

Unos píos largos, empapados en cristalino dulzor, sacudieron el éxtasis de Andrés. Descendía la noche poniendo en todas partes su halo de misterio. Sobre el agua que se hinchaba perezosa, navegaba el espíritu de los desconocidos en su barco de sombras. Hundieron en ella los remos con suave chasquido, y el bote avanzó silenciosamente hacia la orilla de Angelmó, en donde ya las luces se alargaban sobre la superficie del mar como senderos palpitantes.

Y ahora, Mercedes, estaba junto a él, acompañándole en esa excursión, que tenía un recóndito encanto para su corazón. Hubiera deseado que ese paseo se prolongara indefinidamente, para olvidar todas aquellas crueles dificultades que los separaban. Para experimentar la alegría de sentirla suya. Y se entristecía pensando en que ese paseo no duraría sino ese día, para retornar en seguida a vivir doblegado a las apariencias, que sólo dejaban en el pecho una huella amarga y desesperanzada.

De pronto ella le preguntó sacándolo de sus sueños:

—¿Sabes tú, a qué hora estaremos de regreso en Puerto Varas?

Se habían mirado a los ojos en los cuales despuntaba la escondida ansiedad de sus almas. Les pareció que ambos se habían quemado el corazón con la lumbre de sus miradas. Una fina garúa había dejado sola la cubierta y entonces Andrés, atraído hacia sus labios la mano de Mercedes.

—No sé mi amor—le contestó—quisiera que no regresáramos nunca. Que pudiéramos quedarnos siempre detrás de esas montañas para querernos siempre.

Se quedaron silenciosos un momento y después, Mercedes, dijo lentamente, como si hablara algo que ella misma no supiera a qué se refería:

—Creo que es a las ocho.

Hacia el medio día llegaron a la Ensenada. Era un paraje hermosísimo, aquel, en donde estaba situado el Hotel, rodeado

por grandes y majestuosos árboles. En esos momentos alumbró el sol, y su luz radiante, disipó las espesas nubes que cerraban el horizonte. El cono nívico del Osorno, resplandeció en la lejanía en medio de un paisaje que tenía algo de fantástica irrealdad.

Almorzaron en una mesita que estaba arrinconada en un ángulo penumbroso del comedor. El aire fresco encendió las mejillas de Mercedes, en cuyas pupilas había una luz intensa. ¡Qué delicioso le pareció a García, aquel almuerzo en el cual se sentían los dos unidos por una afectuosa intimidad! Ella le puso mantequilla al pan, para ofrecérselo, en seguida, con risueña ternura:

—Ud. disculpará señor que tome el pan, aunque no me lavé las manos. Pero así es más sabroso. Sírvasse. Supongo que el viaje le habrá dado apetito.

—En realidad—replicó el mozo sonriendo alegremente—no podremos decir que sólo nos alimentaremos de la belleza del paisaje, y del placer de esta excursión. Pero es mejor así, porque de este modo puedo gozar de la felicidad de comer este pan que han tocado sus manos.

Rió ella, gozosa, como una colegiala que disfruta de un día de holganza. Luego exclamó:

—Pero no se puede negar que es muy lindo todo esto. Me gustaría pasar aquí todo el verano. Y como dijo el poeta, con un libro, un buen amigo, y un sueño dulce que no lo perturben ni deudas ni pesares...

—¿Ni siquiera el dolor de amar?

Hizo ella un mohín gracioso y displicente.

—¡Quién sabe! Yo creo que a veces es también necesario sufrir, para saber, por medio del contraste, valorar toda la dicha que hay en la tranquilidad de un afecto sin sobresaltos.

Conversaron después, evocando los bellos momentos de su amor. Era como volver a entonar una canción siempre nueva, que hiciera rebullir dentro de ellos un viento melodioso. Recordaron también al pueblo, que en la distancia se hacía simpático, sin sus

chismecillos y pequeños problemas aldeanos. Era como un paseo cariñoso, en donde la ilusión ponía todo el encanto del pasado.

En ese momento apareció en la puerta del comedor, el administrador del hotel, un alemán alto y ceremonioso que anunció:

—Está listo el auto que va a buscar la combinación a Petrohué. ¿No hay ninguno de los señores que desee ir hasta allá? El coche volverá una hora antes de la partida del vapor.

Mercedes que estaba pendiente de las palabras del hombre, se puso vivamente de pie para preguntarle:

—¿De manera que yendo hasta allá, se vuelve a tomar el vapor?

—Exacto, señora. Y ya que están Uds. aquí sería lástima, que no conocieran ese camino. No se arrepentirán, créame.

Relampaguearon los ojos de Mercedes. Volviéndose a Andrés le preguntó:

—¿Qué le parece...? ¿No le gustaría que fuéramos hasta allá?

—Pero encantado—dijo García con entusiasmo—sería lástima si perdiéramos una oportunidad como ésta.

No lo discutieron más. Instantes después estaban ambos sentados en el automóvil que salía hacia Petrohué. Frente a ellos iba un señor pequeño, vivaracho y nervioso, que al poco les dio conversación. Era un español, un andaluz comerciante en paños, avecindado en Valparaíso:

—¿Van Uds. hasta Peulla?

—¡Ay, desgraciadamente no!—replicó Mercedes. Vamos sólo hasta Petrohué para volvernos esta misma tarde.

—Dice Ud. bien, desgraciadamente, porque en verdad es una lástima, venir a asomarse a estos parajes sin alcanzar a conocerlos. Es como si un hambriento se asomara a la puerta de un banquete sin poder participar en él. Y a veces uno siente hambre de belleza, de emoción, de inquietud tal vez, para gozar mejor de todos los dones del sentimiento. ¿No es así?

Hablaba el hombre con un gran fervor, con un entusiasmo ilimitado. Mercedes, entretanto, mirándolo pensaba en lo tre-

mendo que debía de ser detrás del mostrador de su tienda, para elogiar las excelencias de sus telas. Sería necesario emplear todas las energías para desprenderse de sus ofertas. Sonriendo le contestó:

—Sí, todo eso está muy bien. Pero cuando no es posible, no queda otro remedio que resignarse.

—Pues querer es poder, mi hermosa señora. Hay momentos en que es preciso olvidarse de todo para gozar del placer de la vida. ¡Qué lo sé yo! Y vivir no es únicamente, trabajar, comer, moverse; es necesario también dar al espíritu la satisfacción de gozar del espectáculo espléndido del mundo. Y diga Ud. si no. ¿No vale la pena haber andado cien leguas o más, para venir a ver todo esto?

En efecto, el paisaje en aquella parte del camino era realmente fantástico. El auto iba por una huella de color chocolate, gruesa costra de lava que dejara el torrente de una erupción volcánica. Seguía a través de una estrecha garganta, entre cerros altísimos coronados de nieve donde fulguraba el sol. Los flancos de los cerros, estaban cubiertos de árboles silenciosos donde no gritaba un pájaro, ni siquiera se oía el rumor del viento. A veces la nieve como largas cabelleras, descendía en transparentes cascadas hasta el lecho del río que se deslizaba entre las piedras y los troncos muertos que obstruían su cauce. Y el agua, por el efecto de las substancias minerales, o de la luz, tenía los más raros y caprichosos colores. Azul, verde glauco, morado, amarillento, el torrente se retorcía saltando entre las piedras, y a ratos era una verdadera danza musical la que producía al caer en flores de espuma para ir después a descansar de aquel juego en un remanso transparente y cristalino. Y todo estaba saturado de misterio, de soledad, de silencio, en tal forma que hasta las palabras tenían resonancias extraordinarias que devolvía el eco distante.

Mercedes, afirmada en el brazo de hierro del asiento, tenía una expresión de asombro en los ojos. Aquello hacía pensar en el viaje maravilloso de Aladino, por su jardín de ensueño. Y en tanto, el silencio parecía ahondarse, como si la atmósfera fuese

un cristal que ellos fueran rompiendo; para penetrar en el misterio que guardaba aquella ruta de emoción. De pronto, Mercedes, tomando del brazo a Andrés, no pudo reprimir un grito de admiración, a tiempo de mostrarle algo que la hizo alzar el rostro por encima de los otros viajeros.

Era el Lago de Todos los Santos. El lago de Esmeralda como también lo llaman. Un espectáculo que sobrepasaba a toda ponderación se ofrecía a su vista. La estrecha garganta por donde rodaba el auto, se había cortado para ensancharse en un ámbito amurallado de cerros abruptos, y nimbado de neblina azul. Y abajo estaba dormido, el lago verde, intenso, inmóvil entre las riberas inaccesibles y hurañas.

Todos los viajeros habíanse quedado silenciosos, sobrecoídos por el ambiente, traspasados de belleza. Sólo se oía el jadeo del motor que latía angustiado en el repecho, antes de llegar a la orilla, cerca de la cual se mecía graciosamente como una paloma blanca, el vaporcito que hacía el crucero hasta Peulla. Mercedes, con una emoción de niña chica, cogió la mano de Andrés, para apretarla nerviosamente, en tanto le decía:

—¡Pero qué hermoso es todo esto! ¡Qué inmensamente bello!

Y luego de saltar del auto, se acercó a él, para decirle como en un susurro:

—No sabes la pena que me da, de que no podamos seguir más adelante.

Sin darse cuenta, le había tomado del brazo, sintiendo la intensa alegría de encontrarse entre gentes desconocidas. Andrés la miraba cariñosamente. En sus ojos había una muda súplica. Con la voz trémula le dijo:

—Mercedes, ¿por qué no le avisa a doña Lucrecia que nos ha ocurrido un accidente y no podremos regresar hasta mañana? Mañana, pasado... ¿qué más da, si pensamos en la eternidad que es para nosotros el tiempo, estrechados por tanto rígido convencionalismo, del cual debemos ser esclavos? ¿Por qué no nos libertamos aunque sea por un día? ¿Acaso nuestro amor no merece un poco de piedad, de consideración de parte de nosotros

mismos, ya que nadie la tendrá de él? ¿Quién sabe lo que nos aguarda mañana?

Mercedes le oía en silencio. Su mirada se iba a través del lago cruzado a ratos por pájaros silenciosos, en un vuelo lento, como si también sintieran la embriaguez de contemplar la mágica belleza del paisaje. De pronto la joven movió la cabeza. como si saliera de un sueño para volver enérgicamente a la realidad:

—¡Ay, caramba que estúpida es la vida a veces! ¡Cómo tenemos que martirizar a nuestro pobre corazón! Y pensar que este mismo corazón, es el culpable de muchas de nuestras desventuras.

Había comenzado a hablar con vehemencia, para terminar como en un monólogo a la sordina. Después, como si quisiera desprenderse de algo que entorpeciera sus movimientos, se irguió alzando los brazos, para sacudir su cabellera con nervioso ademán. Con voz dulce y lenta dijo:

—Sí, nunca podrá llamarse amor aquel, por el cual no seamos capaces de hacer un sacrificio. Si es que se puede llamar sacrificio aquello que nos está pidiendo a gritos el alma. Dime, ¿tú lo quieres, Andrés?

—Mercedes...

Y como siempre en esos casos, en que la elocuencia huye para dejar paso a la emocionada ansiedad que enmudece los labios, los de García callaron. Mercedes entonces, sencillamente dijo:

—Vamos.

XXIII

La cosa se resolvió más fácilmente que lo que ellos pensaban. Doña Lucrecia inesperadamente decidió ir hasta la Ensenada, en compañía de unas amigas de Temuco recién llegadas a Puerto Varas, y que proyectaban hacer el viaje hasta ese punto. Mercedes, ebria de felicidad, no atinaba qué decirle cuando al hablarle por teléfono a su tía, esta se lo comunicó:

—¿Así es que mañana te encontraremos aquí? ¡Qué bueno, Quechita! Sin necesidad de verte, creo que nunca has estado más linda que hoy. Eres un encanto.

—¿Portarme bien? ¡pero ya lo creo! ¿Te olvidas que soy una señora de respeto?

—¡Ah! ¿Faltarle yo el respeto a alguien? Mira, no seas mal pensada. Me siento como un pájaro purificado por el aire de estas montañas, y con el alma tan inmaculada como la nieve.

—Sí, tú también te vas a poner poética cuando llegues aquí, y no sería raro que te ocurriera el milagro de olvidar treinta años, para iniciar un idilio, en una noche de luna, si se te presenta la oportunidad.

—Bueno. ¡Hasta mañana!

Mercedes colgó el fono, y como una chiquilla feliz se volvió hacia Andrés, saltando y haciendo sonar los dedos como casta-

ñuelas, mientras con el busto en escorzo, jugándole la lumbre cálida y juguetona en las pupilas, le decía:

—¿Qué tal niño? ¿Qué quiere decir todo esto? Que nos vamos a pasear! Fíjate que las Aranda se vienen mañana con la Quecha para acá, donde nos juntaremos todos. Dime, ¿no es linda la vida?

Bajo la penumbra del galpón, en donde estaban, le ofreció los labios, para esquivarle la cara en el preciso momento, poniéndole la suavidad de la palma de su mano sobre los labios de él.

—¡Cuidadito! Los niños deben portarse muy bien, porque si no, la mamá no los lleva de paseo.

Sólo cuando estuvieron a bordo del vaporcito, se vinieron a dar cuenta de que este no volvía a Petrohué sino hasta el día subsiguiente. Mercedes asustada observó:

—Pero podremos volvernos en un auto...

—Pues, ¡vive Dios!—replicó el español que era quien les informaba—no sería raro que Ud. por milagro de su belleza y simpatía pudiera hacerlo, eso si que habría de ser por allá arriba sobre la nieve de los cerros. ¿Se atrevería?

—No me embrome. ¿Entonces no hay camino?

—Señora, no se preocupe. El barco volverá, si no es mañana, cualquier día. Ahora no hay que acordarse de otra cosa sino de gozar de este espectáculo espléndido. Vea Ud. ¿no es ésta una visión de «Las mil y una noches»?

El barco se deslizaba tan suavemente que parecía ir resbalando sobre la superficie tersa del agua que se hinchaba ligeramente. A lo lejos en el sol, aquel espejo verde intenso, parecía trizarse como si fuera un abanico salpicado de pedrerías rutilantes. A ratos daba la impresión de que era una inmensa sábana de terciopelo que se arrugaba en pliegues de suavidad. Nubes rosadas y amarillentas se desgarraban bajo un cielo de turquesa. En partes, los cerros se estrechaban, y entonces el barco se anegaba de misterio, todo envuelto en gasas azules.

Y de pronto la sirena lanzó un pitazo hondo y grave, como si fuera la voz del lago que convidara a todos los habitantes de

la región a asomarse a él. Por entre una estrecha garganta que partía un cerro, descendía un río transparente. Daba la impresión de venir corriendo desde arriba, como de un hontanar nacido en el cielo. Por ese camino claro, venía un pequeño bote tripulado, por una mujer joven y rubia, con dos pequeños que empuñaban los remos. Desde el barco descolgaron entonces, una cesta en donde iban provisiones, diarios, revistas, algo del mundo de los vivos para ese mundo de los sueños donde ellos vivían. Sonó arriba la campanilla, la sirena lanzó un breve pitazo y el barco se alejó dejando sobre la superficie del lago, bruñida de sol, al bote que se mecía suavemente, mientras la mujer rubia sonreía agitando un pañuelo de despedida.

Mercedes, sentada tras la pequeña cámara del capitán, hojeaba una revista, aprovechando el momento en que el andaluz parlanchín se había ido a buscar cigarrillos a su maleta. En el barco iba muy poca gente. Un alemán alto de boina negra, y amplios pantalones de excursión, había venido todo el camino sacando fotografías del paisaje, en tanto su mujer, una gordita de mejillas encendidas, leía profundamente interesada una novela de Jack London, vertida al alemán. El era geólogo de unos yacimientos petrolíferos en la Argentina, según le explicó al español que no podía pasarse sin hablar, y acaba de comprar un pequeño fundito en las orillas del lago, en donde pensaba venir a pasar todos los años sus vacaciones.

Mercedes oía muy interesada, todos los detalles, de cómo era la vida en aquellos parajes solitarios, en donde nadie se preocupaba de lo que hacían los demás. En ese momento el vaporecito, pasaba junto a la isla Margarita, situada en la parte más ancha del lago y cuyos terrenos estaban dedicados a la ganadería por su dueño.

—Me encantaría vivir por aquí—dijo la joven cerrando bruscamente la revista. Si yo fuera sola, también vería modo de comprar un pequeño fundo donde me encerraría para siempre. Es decir para siempre no. Cada año iría de pasco a Santiago o a otra ciudad, a fin de no olvidarme por completo de que era una

persona civilizada. Construiría una casita muy monona, y tendría una lancha, aquí en el lago, para excursionar en los días de sol, o en las noches de luna. Y me gustaría que todos se olvidaran de mí...

Andrés, que la oía forjar aquellas quimeras irrealizables, que no pasaban de ser sueños de mujer enamorada, sonrió diciéndole:

—¿Y yo también?

Ella le miró con graciosa coquetería, demorando su respuesta.

—No. Tú podrías venir de visita cuando quisieras. Entonces yo vendría a esperarte en mi lanchita, así como esa mujer que vimos denantes y que se me figuró una princesa encantada.

—Pero tanta soledad la cansaría. Tendría Ud. necesidad de una persona con quien conversar, y salir a pasear; alguien que la acompañara en las noches de soledad en la montaña.

—¡Ah, claro! Sería necesario buscar un administrador. Esa es la parte más difícil de mi proyecto, porque la patrona, sería muy exigente...

—¿Por qué?

—Porque pondría condiciones muy difíciles.

—¿Serían condiciones tan imposibles de reunir?

—Muy difíciles. Parece que Ud. ya tiene interés por el puesto ¿no? Pero a Ud. mi amigo no se lo daré. Se lo digo desde luego.

—¿Tan inútil me cree?

—No es que lo crea inútil sino que se me ocurre que Ud. se puede enamorar de la patrona, y entonces a ella, no le quedará más remedio que despedirlo.

—¿Tan cruel sería?

—Sí... ¿no cree que he sido siempre cruel con Ud.?

Aquel dulce juego amoroso, fué de pronto interrumpido por el español, que venía un tanto desconcertado, pues el alemán y su mujer se habían puesto a hablar en su idioma, sin hacer caso de él.

—Pues mire Ud., señora, que esta tierra debería llamarse el país idílico. Tarde me he venido a dar cuenta que no debí venir solo por estas regiones. Porque, ¡vamos! todo invita aquí a soñar,

tanto que aun cuando no tengo nada de poeta, creo que voy a salir escribiendo un canto a esta tierra maravillosa. ¡Vaya Ud. a saber cómo irá a resultar eso! Y que Dios me lo perdone. Fíguérese de lo que es capaz un hombre desesperado:

Andrés, sonriendo, le preguntó con amable cordialidad:

—¿Y por qué tan desesperado?

El español, arrugó la piel de la frente, con un gesto que era característico en él:

—Bueno, Ud. no podrá comprender en estos momentos, la causa de mi inquietud, porque cuando la felicidad nos toca con su varita mágica, el espíritu se recoge hacia adentro, y no nos deja ver nada de lo que nos rodea.

—¿Así es que Ud. cree que Andrés es un hombre muy feliz— le preguntó Mercedes?

—Pues, ¡vive Dios!—si no lo es quiere decir que este caballero no se contenta ni aunque le den el Universo, porque a su lado la felicidad no cuesta, no digo imaginarla, sino sentirla.

Y tras una pausa en la cual se advertía en él una viva curiosidad, el español, no pudo resistir a preguntar:

—¿Son Uds. recién casados, seguramente?

En ese momento la sirena anunciaba la llegada a Peulla, y Mercedes sin contestar se paró de un salto para ir a mirar junto a la baranda el paisaje todo envuelto en una densa neblina azul clara.

Sin consultárselo, pero como si sintieran una rara embriaguez, en recorrer aquellas rutas de belleza y emoción, habían seguido camino adelante como atraídos por el anhelo recóndito de llegar hasta un paraje donde pudieran darse al amor qué, como una fiebre lenta, a veces adquiría un ritmo acelerado, y les iba devorando, consumiendo en una ansiedad en la cual latían todas las formas del deleite. Y así, en aquel día que siguió al de su llegada, recorrieron todos los rincones de ese lugar de sin igual belleza que es Peulla. Se internaron en los montes donde sólo alentaba el misterio, para darse el alma en cálidos y largos besos, entre la penumbrosa frescura del ramaje oloroso, donde sólo los chucos

audaces exploradores de la selva, rompían de rato en rato el gran silencio. Después, jinetes en unos nerviosos caballitos serranos, galoparon por un hermoso valle que se abría hacia el Este, en donde volaban enormes bandadas de canquenes que se posaban confiados sobre el pastizal, en tanto ellos cruzaban el torrentoso Peulla, para llegar hasta la laguna del Encanto, cuyas aguas tenían una sombría y gélida inmovilidad, entre los altos árboles.

Pero en sus cuerpos jóvenes, estaba ardiendo el ansia del amor. Tal vez sentían un ligero cansancio físico, pero en el fondo de las pupilas había un misterioso llamado, algo como un dulce acuerdo en que no intervenían las palabras, pero sí, hacía temblar las manos y les subía como una fragancia desde lo más íntimo del ser.

Debían regresar al día siguiente, y por la tarde, fueron a través de la selva gigantesca, hasta el lugarejo llamado Puerto Blest, situado ya en tierra argentina, en las márgenes del lago Nahuel-Huapi. Aquel camino de fantasía puso en sus espíritus, una especie de éxtasis silencioso. Bajo la selva inmensa, portentosa, el camino era una rayita parda que a veces parecía irse a perder en un abismo, o en el corazón mismo de la selva. Y por todas partes silencio; un silencio grandioso. El sol del austro hacía entrever aspectos maravillosos en la montaña, cuyos árboles se tocaban por encima del camino, desde el cual, el cielo sólo se veía a ratos como una manchita azul.

Y después de admirar el Tronador, gigante áureo, que resplandecía en el fondo de una garganta, cruzaron la Laguna Frías, agua profunda, quieta, de un verde intenso, y misterioso, rodeada de altos murallones cortados a pique. Una lancha a gasolina les condujo velozmente hacia la otra orilla, en donde flameaban los suaves colores de la bandera del sol de mayo. Alguien contestando a una pregunta, dijo:

—En esta laguna se han echado sondas de 900 metros sin encontrar fondo.

Mercedes, al oírlo, siente un estremecimiento, y aprieta el

brazo de Andrés, que la atrae hacia él. En voz baja y lenta le pregunta:

—¿Tiene miedo?

Ella alza los ojos intensos. Luz cargada de pensamientos afectuosos para decirle muy quedo.

—No. Cerca de ti, ¿por qué lo había de tener?

Luego otra vez la selva, cuyo misterio perfora un camino sombrío donde el sol, sólo a ratos, logra penetrar tímidamente. Arriba hay un cielo profundo, con cierta transparencia de cristal y vaguedad de abismo. En todo el ámbito una fragancia, a humedad a maderos sombríos a humus y a flores de raro aroma. Y otra vez agua. País del agua y de las selvas magníficas es éste. Y ahora el Nahuel-Huapi, es un espejo azul, que se recorta entre las riberas enmarañadas de árboles majestuosos. Susurra el viento suavemente, y hay unos pájaros que sobre el cerro de los Tres Hermanos, describen círculos ingravidos como si embriagados de luz y de frescor, estuvieran jugando al pillar en la altitud sin horizontes de aquel paisaje de ensueño.

Soledad y silencio. El agua duerme, la montaña no tiene ahora un susurro. Y el cielo es tan hondo que ninguna nube se atreve a navegar en él. Como no es día de combinación, el hotel está también solitario. Sólo después de un rato aparece un hombre de voz lenta, que al hablar, da la impresión de sentir asombro, al oír sus propias palabras.

Han vagado después, toda la tarde, por las orillas del lago. Y cuando un crepúsculo suave en el cual la claridad evanescente se diluye en el paisaje, han cruzado el agua azul para ir en la lancha a gasolina a ver en la otra ribera, el río de Los Cántaros, que descende por en medio de la selva, despeñado entre troncos y piedras decoradas de espuma. Hay allí alerces hermosísimos, y el sol con sus últimas lumbraradas pone un soplo mágico barnizando de rosa el agua y poniendo aladas colgaduras de oro, entre los alerces que semejan gigantescos árboles de Pascua. Una delgada sombra parece descender desde el cielo fresco y empalidecido en donde surge con limpidez brillante la Cruz del Sur.

Unos pájaros que vuelan muy alto y mueven sólo a ratos las alas dejan caer una nota temblorosa sobre la poética azulidad del agua, que parece florecer en un suave latido musical. En tanto, el motor de la lancha late con un gemido convulso, hasta estallar después vigoroso y dejar la orilla velozmente.

Pero esta embriaguez de luces, de sol y de aire vivificante, parece transformarse dentro de ellos en un ansia tremante, en una inquietud deliciosa, en un anhelo que se retuerce en ellos como una serpentina de fuego que les obsedia y les arrulla. El ansia divina del amor les arde adentro como un cirio que les va consumiendo, en una idea devorante, fija, recóndita, que asoma en sus pupilas, pero que las palabras no llegan a decir. Esto les torna silenciosos, como si cada uno sintiera el placer de ver que la razón huye tímida, empujada por ese anhelo férvido que clama angustiado por una dulce realidad. Por una realidad que haga desaparecer ese enervamiento hecho de dolor y de deleite.

Y después de un largo paseo, por el camino alfombrado de hojas húmedas, durante el cual sus labios han callado, vuelven lentamente hacia el hotel, que está envuelto en una soledad tan honda, que da la impresión de que trata de ocultarse medroso, en el recodo del camino. Ya son más de las 9 de la noche, y el largo crepúsculo del austro aun no termina. Una sombra indecisa envuelve todo el ámbito en un cendal misterioso. Apoyados en la baranda del corredor, se han quedado un rato contemplando la sábana oscura del lago, y de pronto Mercedes dice lentamente, con un temblor raro en la voz:

—Tengo un poco de frío.

—¿Frío?—dice Andrés, y la voz se le quiebra como si le faltara el aire. Cogiendo el chal que han dejado sobre un banco, se lo pone amorosamente sobre los hombros.

Pero ella, al poco rato, como poseída por un sentimiento indefinible, mezcla de timidez, de rubor, de afecto y de misterio, vuelve a musitar:

 —Tengo frío.

—¿Frío?—vuelve a preguntar Andrés con inquieta ingenuidad—¿Quiere irse a su pieza ya?

Ella no contesta, pero tomándole del brazo con un leve estironcito le hace caminar. Y ya junto a la pieza que ella ocupará se han detenido temblorosos, como si ninguno de los dos se atreviera a expresar su anhelo:

—Hasta mañana, entonces ¿no?

Ha ido cerrando Mercedes la puerta, con la mano sobre la llave, hasta no dejar más espacio que el que ocupa su cuerpo, pero Andrés no se mueve del umbral. Mudo, con cierto temblor febril que se advierte en el brillo de sus ojos, y en un leve tiritón de sus manos, dice por fin en un susurro suplicante:

—¡Mercedes!

Ella no contesta, pero su mano se alza para acariciarle la cabeza. Resbala detrás de la nuca y le atrae lentamente hacia su cuerpo. Andrés siente el hálito tibio de su boca, la suave fragancia de sus senos, y sin saber como están unidos en un largo beso. Tras ellos se ha cerrado la puerta, y apoyados en ella sienten que una dulce embriaguez les circula por las venas como un vino ardiente.

—Andate—dice ella, como en un ruego—¡ándate! Pero los anillos tibios de sus brazos le siguen ciñendo, cada vez con más fuerza.

—¡Amor, mi amor, Mercedes!—suplica él en un susurro, mientras sus labios ávidos, besan, besan siempre, sobre los ojos, tras las orejas entre el cabello oloroso, en la seda tibia del cuello, en tanto los cuerpos se unen, se unen y el ánfora de sus caderas adquiere una larga y estremecida vibración.

—Andate—gime rendida la adorada. Pero el abrazo se estrecha, se ahinca en un dulce martirio. Cae un botoncito y rueda por el suelo con un ruido que a ellos se les antoja tan grande como si se derrumbara el Universo. Y por entre la seda de la blusa, revienta la seda tersa de los senos, flores maravillosas envueltas hasta entonces en el misterio de los sueños de él. Y su cálida fragancia enciende una nueva embriaguez, despierta una

nueva e intensa sed, en los labios incansables que resbalan desde el puntito inicial de la suave redondez, para ir de ahí a buscar la húmeda frescura de los labios de ella, tal si quisieran transfundirse el alma en un secreto que no se acabará de decir jamás.

Y la lámpara interior sigue ardiendo cada vez más intensamente. ¡Arde, arde! Arde, quema, calcina. Sube como un río dulce hasta el cerebro donde enciende visiones maravillosas, en latidos de vida, en torbellinos férvidos que revientan en un soplo, que les hunde en un vértigo delicioso, para alzarlos en seguida a los espacios, desde donde imaginan derrumbarse en una polvareda de destellos áureos.

Afuera está el misterio de la noche. El gran silencio de la noche austral, sobre la cual parpadea la Cruz del Sur. El viento ha llegado a cantar bajo los corredores una balada de ensueño. Canta y gime entre las rendijas de las puertas, junto a los cristales de la ventana. Pero ellos ya no oyen. Tampoco oyen el latido de sus corazones tal si quisieran saltar al infinito, o fueran un niño enajenado, columpiándose bajo el azul del cielo.

Y de pronto han salido del mundo para internarse en las sendas maravillosas del paraíso. Una fronda ardiente, alucinada, les envuelve. La vida busca ahora el sendero de la vida, con un ansia frenética, delirante. La voz de ella, ya no es un ruego, es un gemido blando, es una caricia que rechaza lo que está anhelando. —¡No!—dicen los labios, pero los senos se estremecen en dulces latidos. ¡no...! susurra débilmente la voz, pero los labios se hunden en los labios. ¡No... no...! Pero las piernas dulces son lianas frescas y ardidas sobre el lecho, asiendo el amor, sujetándolo, atrayéndolo a su cálida prisión.

Y ahora es un rumor de palabras que no terminan, de agitado respirar que rebulle entre seda tibia y carne fragante, que al sentirse penetrada, gime dulcemente estremecida, en un ritmo delicioso, en un torrente de intensidad, que de pronto vierte la vida sobre la vida, para unirla en un soplo divino, en el cual hay también un divino dolor que los labios de la adorada expresan

en un largo jay... rendido; corola que se desprende al sentir el polen que deja el amor como la brisa una caricia suave.

Para oír el blando chasquido de los besos, el viento canta ahora tenuemente. Su rumor se alarga y se retuerce con melancolía como si estuviera hecho de almas sin luz, que lloraran lejanamente, angustiadas de no alcanzar jamás la dicha. Y es que la dicha está ahí adentro, escondida, oculta en un ánfora tibia y fragante. Ha venido a refugiarse en ese rincón de la montaña, para verter en el alma de dos seres, todo el mágico deleite de un minuto de felicidad. Para hacer dulce realidad el ansia ilusionada, y convertir en jardín el erial de tantas desesperanzas. Para apriar en una conjunción divina, toda la sublime poesía de los sueños que como pájaros jubilosos, se escaparon de todas las mentiras y convencionalismos de la existencia haciéndose tras la exaltación ardiente, remanso de serenidad y de belleza.

Pero, ¡jay! la noche esta vez, empapada en la dicha del amor, ha sido demasiado breve. Ya la blancura nívica de los cerros próximos se ha cubierto de cendales de rosa. Un pájaro ha lanzado un pío largo, que vibra melodioso y claro, como una gota de agua que cayera sobre el cristal del alba. Sólo entonces la infinita fatiga del amor, les cierra los párpados, hundiéndolos en un sueño delicioso, que refresca los cuerpos extenuados, dentro de los cuales está adormecida pero intacta, la chispa de la juventud.

Y sólo cuando el sol, mago milagroso que adora la belleza, porque es la esencia de ella, penetra en la estancia para hundir su lanza de oro en el pecho de Mercedes, Andrés García ha despertado para quedarse en éxtasis, contemplándola. Ella duerme. Duerme con la cabeza sobre su brazo, con los labios entreabiertos, como si soñara, o le sonriera a la felicidad.

XXIV

Fué en la noche de un sábado, cuando la viuda Fernández, después del rosario, a donde como de costumbre fuera con su amiga Filomena Miranda, se encontró en su casa con un inesperado huésped.

Se había quedado en la puerta de su negocio, comentando risueñamente con su amiga, el hecho de que esa tarde al salir de la iglesia, habían visto pasar por el callejón a don Pedro Arriagada con Ester y Griselda, en el flamante auto que compraran en Concepción. Iban a dar un paseo antes de la hora de la comida y las acompañaba Alfonso Fuentes, que esa tarde guiaba el coche, pues don Pedro se lesionó una mano y no estaba en condiciones de manejar.

—¿Pero te fijastes niña lo hinchada que iba la Ester? Si parece que no cabía en su pellejo. A mí me da tanta risa, ver a estas mugrientas, tirando esa facha! ¡Cómo si uno no las conociera! Bendito sea Dios. Mientras más se vive más se ve. Me acuerdo ahora, cuando vivían en la hijuela, y solían venir a la casa de los Fuentes. El viejo arreando los bueyes a caballo en el pértigo de la carreta, con la garrocha en la mano, y la Celia arrebozada en un pañuelo verdoso, que compraron aquí mismo, en los tiempos cuando el finado Nicanor tenía la tienda. Las dos chicuelas sentadas arriba de los sacos de trigo, con unas chupa-

llas que eran para la irrisión de todo el mundo. ¿Tú no las vistes nunca?

La Filomena adoptaba una actitud de curiosidad, casi infantil, como la de una persona que oye hablar de cosas muy anteriores a su existencia. Entonces la viuda para halagarla, aunque en muchas ocasiones asegurara lo contrario, le dijo:

—¡Qué estoy lesiando! Si entonces tú apenas estarías recién nacida. Hay que ver. Si estas ya son burras viejas. Como andan tan «ensolimanadas», no se les nota la edad. Si dicen que a la Griselda ya no le...

E inclinándose al oído de Filomena, le susurró algo que debió ser muy picante y divertido, pues esta pugnando por sonrojarse, se refa por lo bajo diciendo:

—¿Y así quiere casarse con Alfonso, ésta?

—Ahí verás lo descalabazado que es el medio leso, ese. ¡Si la Griselda puede ser madre de él! A mí no vienen a contar cuentos, porque cuando este muchacho estaba en el Liceo de Temuco, ya la Griselda pololeaba con el Jefe de la Estación que en ese tiempo era un tal Rossel, un hombre muy tunante que dicen que la pasó por el aro, y después pidió el traslado para dejarla plantada.

—¿Será tonto? La pura verdad que yo no lo creía tan enfermo de las piernas a este Alfonso.

—¡Psh! Cállate niña, si este Alfonso es un flojonazo. Como la otra se casó con Pedro a quien consideran muy rico, creen seguramente que la hijuela se la darán a la Griselda. Y no saben lo «agarrado» que es Pedro. ¡Yo que lo conozco pues, mi hijita! Es piedra azul. Piedra azul ya te digo. Con decirte que antes ni la pensión pedía. Ahí en la tienda, se hacían con Manuel, unos «chauchos» que en mi casa, ni el perro se los come.

—Y ahora tan relamidos.

—Sí, más fruncidos que una gallina con moquillo. Ahora ya no se «rolan» no más que con el cura y las Urizar. Ah, ¿y no sabes? Dicen que el marido de la Mercedes ha vuelto a Santiago, y desde allá le ha escrito muchas cartas convidándola a ponerse

bien. Pero ella no quiere. A mí nadie me quita que la Mercedes está «insolentada» con el preceptor. No sé quien me dijo, que antes de las vacaciones, venía de ese lado del cementerio, con el mosca muerta, ése.

La Filomena entonces adoptó una táctica que siempre le daba muy buenos resultados. Era defender a las Urizar. Esto exasperaba a la viuda.

—Cómo ha de ser eso, señora. Si doña Lucrecia es muy seria...

—¡Cállate la boca! Qué me vienes a decir de la Lucrecia. Buena alcahueta también ha sido. A mí no me vengas a porfiar, porque yo sé lo que hablo. La Lucrecia le abonará todo a su chiquilla. ¡La niña! Lo único que le falta es decirle: ¡a na nay la guagüita! Y te diré que la Mercedes ya no es tan nueva. Debe andar muy cerca de los treinta y cinco años, aunque ella dice que tiene veintiocho.

—¿Entonces es mayor que yo?

La viuda no pudo reprimir un gesto de asombro ante el desplante de Filomena. Se acordaba perfectamente que Mercedes aun no nacía, cuando ya Filomena, iba al colegio de doña Milagros. Pero ahora era su compañera de pelambres y era preciso otorgarle, aun las cosas más absurdas. No obstante le preguntó con cierto retintín, entre meloso y zumbón:

—¿Qué edad tienes tú, hijita?

Filomena tartamudeó enredándose al responder:

—Yo... yo tengo, es decir voy a cumplir treinta y uno este verano.

—Sí, en cada pata—diéronle ganas de contestarle con toda su alma a la viuda. Mas, disimulando una sonrisa le dijo:

—Mayor que tú es pues, niña. ¡Vaya, fíjate como son las cosas! Pero la Mercedes aun no sale de sus dengues y de sus aires de chiquillita consentida. Si parece que va a pedir la «papa» cuando habla. Le han dicho que tiene un modo muy dulcecito para hablar, y ella se cree. Y la Quecha le tapa todo lo que haga, no creas tú que no. No podía ver a Arlegui, pero la mosquita

muerta de la Mercedes se le engalló hasta salir con la suya. Para mí que es la Lucrecia quien le aconseja no juntarse con él. Y te diré que a mí no me saca nadie de entre ceja y ceja, que la Mercedes está templada del preceptorcito ese... ¡y no es más que un pobre tiuque! Desde que está aquí no se ha sacado el ternito plomo con que llegó, y ya se les está poniendo verdoso. A poco más van a salir los burros detrás de él.

La Filomena sonreía regocijada. En ese momento la sirviente de la viuda, que estaba en el interior ocupada en sacar una hornada de pan, entró en el negocio trayendo el canasto que vagueaba esparciendo un grato aroma. Extrañada le preguntó:

—¡Vaya señora! ¿Ud. no ha visto a un caballero que la espera en el comedor? Yo lo pasé para allá porque me dijo era muy amigo suyo.

—¡Cómo es eso, muchacha!—exclamó la Fernández abruptamente—. Y no me habías dicho nada.

Y volviéndose a Filomena, le dijo:

—Espérate, no te vayas todavía. Voy a ver quién es.

Apresuradamente entró al comedor, en donde bajo la luz de la lámpara, el rostro pálido de un hombre joven estaba inclinado sobre un periódico. Al verla se alzó para ir a su encuentro, con una sonrisa que ponía casi una expresión de ironía en su semblante. Era alto, delgado, y el pelo muy negro echado hacia atrás le relucía.

—¡Qué hay señora! ¿Cómo le va?

La viuda no pudo retener una exclamación de asombro:

—¡Don Fernando! ¿Ud. por acá? ¡Cuánto me alegro de verlo! ¿Y desde cuándo?

—Acabo de llegar. Vine en un auto de Temuco, para regresar esta misma noche.

—¡Vaya, vaya! ¿Y qué de bueno lo trae por acá?

Fernando Arlegui, sonrió entreabriendo los labios con aire dubitativo. Era todo un buen mozo. Los ojos cuyo color no se veían en la penumbra de la habitación, tenían no obstante, una luz desdeñosa. Con las manos en los bolsillos de su abrigo color

cáscara, se balanceó un momento sobre uno de sus pies, guardando ese silencio insinuante, de quien necesita decir algo y no sabe como empezar. En los ojos de la viuda, había una luz ansiosa, que al mismo tiempo era gozo. Gozo de pensar que sabría muchas cosas y podría contar el doble. Con el manto enrollado sobre los hombros, se había concentrado entera para oírle. Por fin Arlegui dijo:

—Bueno señora, perdone Ud. pero como lo que deseo conversarle es un poco largo, yo le ruego me diga si podría comer aquí. En la forma que Ud. estime, es decir. .

—¡Psh! Vaya don Fernando. Si no tiene para qué decírmelo. Si ya lo había pensado. Aguárdese un momento, mientras hablo con una amiga que me espera. Vuelvo en seguida.

Salió con estrépito, para decirle a Filomena, que ya se iba a marchar.

—¡Niña por Dios! ¿A qué no adivinas quién está aquí?

Y tras un rato de expectación, la viuda le agregó con vehemencia:

—No vas a caer nunca. Fíjate que es Fernando, el marido de la Mercedes.

—Eeeh! . . . hizo la otra asombrada. ¿De veras?

—¿No te digo? Con que objeto te iba a mentir. Viene a hablar conmigo. No dejes de volver mañana para contarte. Te diré que si la Mercedes anda con leseras, ahora se va armar la gorda. Este Fernando es muy hombronazo y no le va a aguantar «añuñuyes». Hasta mañana. No dejes de venir.

—¡Cómo se le ocurre!

Le hubiera dado la tienda entera, la Fernández a Arlegui, por esa feliz ocurrencia de venir a verla, y ser la primera en conocer todos los detalles del asunto. Aquello le causaba una alegría indecible. Con una agilidad extraordinaria había puesto el mantel y los cubiertos sobre la mesa del comedor, mientras Arlegui, fumando cigarrillo tras cigarrillo, se paseaba lentamente por la estancia, preguntando algunos detalles de la vida en la aldea.

—Me dicen que Pedro Arriagada se casó, ¿ah?

La viuda en cada pregunta detenía sus quehaceres, un breve instante, para mostrarle su rostro de felicidad, a la visita:

—Se casó pues, don Fernando...

—Así es que el hombre encontró por fin quien lo quisiera.

—Ya Ud. sabe que nunca falta harina para los chicharrones. Se casó con una de las Quezada. Ud. debe acordarse de esta gente. Son las dueñas de la hijuela que queda detrás del cementerio.

—¡Ah! si, claro! Recuerdo que eran muy amigas de las Loyola. Y a propósito ¿que es de esa gente?

—Ahí están como siempre. En la primavera pasada se les murió la sobrina. Han estado lo más apenadas las pobres. Son tan solas...

Arlegui se detenía para lanzar una espesa bocanada de humo y preguntar de nuevo:

—¿El viejito se murió también?

—No, fíjese. Todavía está vivo, el pobre. Pero es como si no viviera porque está ciego y tullido. Enterándola no más. Por fortuna tienen ahora un pensionista que se ha aquerenciado mucho en la casa.

Arlegui, la oía distraído ahora. De un porta tarjetas de paja, colgado en la pared, había sacado una fotografía que examinaba con lenta curiosidad. Pero como si las últimas frases de su interlocutora le hubieran quedado resonando en los oídos, se volvió para preguntarle bruscamente:

—¿Ah, sí? ¿Y quién es el fulano ese?

La viuda le iba a contestar, pero en ese momento se abrió la puerta por donde asomó la cara reluciente y los vivos ojos del «Negro» el perro de Vicente Galarce, que en sus correrías se metía por todas partes. Desapareció la sonrisa del semblante de la dueña de casa, para gritar al perro agitando furiosamente un mantel que tenía en las manos, y con el cual limpiaba las copas:

—¡Sale afuera! Quiltro más intruso éste. Y tan sinvergüenza como su amo.

Y tras de cerrar la puerta, violentamente, se volvió hacia Arlegui para contestarle con la más insinuante de sus sonrisas:

—Es un tal García que llegó como ayudante de la escuela de la señora Mercedes.

—Bah, ¡qué curioso! ¿Así es que es un hombre el ayudante que tiene ahora la Mercedes? ¿Y por qué es eso?

—¡Vaya Ud. a saberlo don Fernando! Cosas del Gobierno que uno no sabe por qué son. Y es la primera vez que pasa esto, porque antes fué siempre una niña.

Una preocupación que no pudo disimular había obscurecido el ceño de Fernando Arlegui. Con la punta del tenedor, trazaba sobre el mantel figuras geométricas, en tanto el pulso le temblaba imperceptiblemente. Una mariposa nocturna, giraba obstinada junto a la lámpara, trazando círculos de sombra. La viuda, sentada muy próxima a él, le escrutaba ansiosamente. Se había hecho un silencio tan hondo que se oía nítidamente el gri-gri de los grillos ocultos en la oquedad de los tabiques.

Por fin Arlegui, rechazando con gesto nervioso, el plato que apenas había tocado, rompió el silencio:

—¿Y el fute ese es soltero?

—Sí, soltero.

—Será muy amigo de Mercedes.

La viuda vaciló largo rato antes de contestar. La mariposa después de describir rápidamente dos círculos junto al tubo de la lámpara donde se chamuscó las alas, se estrellaba ahora con golpes secos sobre la mesa. La Fernández optó por dar una respuesta evasiva.

—Como trabajan juntos, tendrán que ser amigos. Parece que se avienen muy bien. Dicen que es buena persona. Yo para no mentir, es bien poco lo que lo conozco.

Fernando, tras de dar un furioso manotón, a la mariposa que se le había estrellado en la frente, apoyó el codo sobre la mesa, y afirmando la cara en la palma de la mano, miraba a la viuda tratando de descubrir la intención que ocultaban sus palabras. Después con los labios apretados, como un gruñido que apenas se entendió dijo:

—¿Sí, no?

Embargado por una visible molestia, se levantó para prender un cigarrillo, y medir después con largos pasos, la estancia. Tornó a sentarse, y esta vez, como si no pudiera soportar el tumulto de sus pensamientos, le habló francamente a la mujer cuyas pupilas brillaban como las de un avaro, frente al cual, estuvieran contando una bolsa de monedas.

—Pues yo señora, he venido a hablar con Mercedes, y ésta no me ha querido escuchar ninguna de mis proposiciones, aleccionada seguramente por esa perra vieja de su tía, que nunca me ha podido tragar. Yo había pensado irme y no volver jamás después de una escena bastante violenta que tuvimos denantes. Pero algo me ha retenido. Me tinca que la Mercedes tiene algún enredo con el preceptorcito ese, o con algún otro fulano. De otra manera no se explica la actitud tan terca y dura que tuvo para rechazar mis ofertas. Ud. más de algo debe saber.

La viuda ahora, con los ojos bajos, entregaba lentamente sobre el mantel, una miga de pan. Conocía el carácter violento de Arlegui, y calculaba las molestias del lío en que se podía meter, si hablaba más de lo conveniente. No obstante, un violento deseo de hablar, le hacía cominillo adentro.

Fernando preguntó:

—¿No tiene por ahí algún trago de fuerte? Algo que sea agradable para que Ud. también me pueda acompañar.

De un estante empotrado en la pared, extrajo la mujer, una botella de largo cuello, que puso sobre la mesa.

—Hay menta. ¿Le sirvo con agua o solita?

—Así solita no más—repuso Arlegui—tratando de dar a su voz un tono de broma cordial y afectuosa, sirviendo las copas, con el pulso un poco tiritón.

—¡A su salud pues, señora!

—A la suya pues don Fernando, y porque le vaya bien en todos sus asuntos—dijo la vieja con socarrona malicia.

—Gracias—repuso el mozo apurando hasta la última gota. Y luego con el cigarrillo en los labios, entrecerrando los ojos heridos por el humo, añadió:—No crea que tengo mayor interés.

Lo que hay es que como Ud. comprenderá, yo estoy casado, y a pesar de lo ocurrido, creo, no sé si me equivoco, que Mercedes es una buena mujer, y ¡qué diablos! yo estaba dispuesto a olvidarlo todo, para rehacer la vida. Pero si ella se obstina no hay más que dejarla seguir con su capricho. ¿No le parece?

Llenaron de nuevo las copas que vaciaron sin preocuparse de hacer salud. La Fernández tenía los ojos brillantes, y en el rostro un aire de compunción, como la de una persona dolida del pesar ajeno, pero que tampoco puede hacer nada por remediarlo. Tras un largo silencio dió su parecer:

—Así no más es don Fernando. ¡Ay, esta vida! Nunca podrá ser como uno la desea.

Afuera el viento de marzo anunciador de las ventiscas otoñales, gemía blandamente; los grillos seguían entonando su canción de melancolía, en tanto lejanamente se oía el ladrar de los perros en las casas de la aldea. La conversación languidecía y de pronto Arlegui, se puso de pie lanzando con energía la colilla del cigarro.

—A mí lo que me fastidiaría, es que la Mercedes tenga un amante aquí. Eso sí que no lo soporto. Mientras lleve mi nombre no lo puedo permitir... Al fin y al cabo el hombre es hombre y puede sacudirse de todo. ¿No le parece?

—Así no más es, don Fernando. Sí, muy verdad. Tiene Ud. toda la razón.

Arlegui se mordió los labios, disimulando una mirada de rencor.

—Vieja maldita—pensaba—está de ganas que se muere por largar la pepa, pero no se atreve. Pero hay que hacerla cantar.

Y en efecto, poco a poco, la Fernández, se fué tornando más expansiva. La menta le había soltado la lengua, haciéndole olvidar sus temores. De su boca fueron saliendo todos los chismes de la aldea, todas las malévolas conjeturas e intrigas lugareñas. Arlegui la oía con una sonrisa cruel, mordiendo con fuerza el cigarrillo, o despedazándolo entre los dedos nerviosos. La ani-

maba a cada rato, con un afirmativo movimiento de cabeza. Después dijo:

—Tiene que ser así no más. Pero que se agarren fuerte. De mí no se van a burlar téngalo por seguro.

—Pero tenga calma don Fernando. Convénzase Ud. mismo por sus ojos y después piense lo que ha de hacer. También pueden ser habladurías; ya sabe lo chismosa que es la gente de aquí.

—¡Ah, claro! Yo veré lo que he de hacer. Lo único que digo es que les va a costar caro. Bien caro. ¡Caramba! Por eso es que la Mercedes está tan tiesa. Y como tiene a la sinvergüenza de la Quecha que le alcahuetea todo. Creían que yo me había muerto, pero se han equivocado. ¡Ah!

Se fué, poco a poco, exaltando hasta la violencia. En su rostro se advertía más la ira que el sufrimiento. La Fernández también se puso de pie. Súbitamente el mareo del trago se le disipó, y ahora medía las consecuencias de lo que podía ocurrir, a causa de sus malévolos informes.

—Tenga calma, don Fernando, tenga calma. No se olvide que en este pueblo la gente es muy chismosa. Por eso yo soy enemiga de tener «camarico» con nadie. Aquí me lo paso metida en mi casa. Si yo le he contado algo es para que Ud. se guíe no más, y sepa lo que se dice. Yo nada he presenciado. No me vaya a meter en estos asuntos don Fernando por Dios, mire que Ud. se va y soy yo la que quedaría padeciendo aquí. Ya veo todo lo que esta gente mala lengua me inventaría.

Arlegui había tomado su sombrero para marcharse. Una sonrisa helada, le entreabría ligeramente los labios.

—Me voy—dijo—buenas noches. No tenga cuidado. No hay para qué nombrar a nadie. Creo que sé ser bien hombre en todos mis asuntos. Quédese tranquila. Buenas noches.

En la calle de la estación, bajo los acacios lo esperaba un auto. Le fué preciso despertar al chofer que se había dormido afirmado en el volante. En ese momento un tren de carga pasaba con gran ruido hacia el norte. El alarido de la locomotora quedó resonando lamentosamente en la noche. En la puerta del

cuartel, bajo la luz agonizante del farol, Crisanto completamente borracho, discutía con uno de los soldados:

—Vaya a acostarse, mi sargento, no sea porfiado.

—No me acuesto, ni me acuesto. Y vos no me venís a dar órdenes a mí. No se te olvide que soy tu jefe, Crisanto Contreras, el roto más paco que se ha visto por estas orillas. Y hartó perro «tamién». No aguanto pelo en el lomo, porque el que tiene que ir preso va no más y ¡no hay tutía!...

XXV

—¿Así es que no vuelves a almorzar?

Junto a los vidrios de la galería, Mercedes se miró en un espejito, que después guardó en el bolsillo de su paletó. En voz baja, aparentemente alegre, entonaba una canción. Después sacudiéndose los polvos que le quedaron en la pechera, se inclinó para tomar los guantes que estaban sobre una silla. Distraída preguntó:

—¿Qué me dijistes?

Doña Lucrecia sentada en su rincón habitual, estiró el hilo de un ovillo de lana azul, para repetir en seguida:

—Te preguntaba si vuelves a almorzar.

—Yo creo que no pues... Porque seguramente las chiquillas Céspedes no me van a dejar venirme. A lo mejor tienen algún almuerzo preparado allá en la montaña. Ya sabes lo cariñosas que son.

—¿Vas a ir sola?

Sonrojóse, Mercedes. Para disimularlo, se puso a sacudirse la falda del vestido.

—Claro pues. ¿Con quién quieres que vaya?

Doña Lucrecia sonrió maliciosa. Tratando de no aparentar intención alguna, repuso.

—¡Ah, yo no sé pues! Pero se me ocurre que podía haber convidado a algún amigo suyo...

Mercedes se había vuelto a mirarla sonriendo ahora tristemente. Tenía las mejillas encendidas y entre los labios húmedos, le brillaban los dientes. Su voz fué suave y cariñosa.

—¡Mira tonta no más! Siempre estás con tus bromas. Y lo haces de pura envidia, porque hartó que lo quieres tú también.

—¡Bah, eso sí que está bueno! ¿Por qué lo voy a odiar? Aunque mis motivos tendría porque le gusta mucho hacerse el zorro manco.

Un profundo suspiro se había escapado del pecho de Mercedes. Súbitamente los ojos se le humedecieron. Doña Lucrecia a su vez se puso seria, y miraba con expresión melancólica a través de los cristales. Mercedes de pronto se acercó para abrazarla, hasta caer de rodillas hundiendo el rostro en el regazo. Unos sollozos largos la doblegaron, delatando la pena que llenaba su alma.

Doña Lucrecia también conmovida hasta las lágrimas acariciaba la seda negra de su cabellera. Varias veces trató de hablarle pero las palabras se le quebraban sin poder salir. Por fin le dijo:

—No tengas pena, mi hijita. No tengas pena, no hay dolor que no tenga consuelo en esta vida.

La joven como una niña chica se sentó a sus pies, sobre un cojín, para seguir llorando en silencio:

—Tanto que me lo digistes tú, Quecha—articuló por fin con la voz enronquecida. —Y no te quise hacer caso, sólo yo tengo la culpa. Yo no más. ¡Qué distinta sería ahora mi vida si hubiera oído tus consejos! Mientras que ahora a más de mis sufrimientos, viviré sólo para hacer desgraciado a otro ser.

—Así fué pues, mi hija querida. Por eso ahora no hay más que darse ánimos y tener conformidad.

Mercedes la miraba ahora con una tristeza infinita reflejada en su semblante. Después tomando las manos de su tía las acercó a sus labios.

—Quecha, Quechita linda, yo deseo que nos vamos de aquí este año. Ya no podré vivir en este pueblo, en donde nunca tendré tranquilidad. Vámonos a donde tú quieras, a donde tú me digas.

La señora la miraba tierna y grave, sin comprender bien aquel repentino anhelo. Y no pudo retener la pregunta:

—¿Y García qué hará?

Mercedes se quedó silenciosa. El canario lanzaba un claro y apasionado gorjeo, como si se sintiera traspasado por la tibia frescura de aquella hermosa mañana de marzo. El cielo era una inmensa turquesa, y sobre unos álamos, en los cuales, ya el otoño que comenzaba, había puesto unas salpicaduras de oro, se deshacían unas nubecillas rosadas. Desde un rincón del pequeño parque se alzó una bandada compacta de chiriguas, con un rumor que fué como un súbito y melodioso aletazo del viento. La joven ahora con expresión rendida, habíase reclinado en el brazo del sillón ocupado por doña Lucrecia. Sus ojos tenían una expresión ausente que ponía una gracia poética en su rostro... Después dijo, lentamente:

—¿García? Yo no sé lo que hará. Es decir el hará lo que yo le diga. Y yo nunca lo dejaré solo, Quecha. ¡Nunca! Preferiría morir antes de hacerlo. ¡Si tú supieras cómo es de grande, cómo es de inmenso mi cariño por él!

Doña Lucrecia tenía un aire preocupado. Con una de sus manos sobre la cabeza de la joven le hundía los dedos entre la cabellera.

—Pero mi hija, por Dios! ¿Y qué piensas hacer? Al fin y al cabo tú no puedes...

Se detuvo sin encontrar la palabra que atenuara la dureza de su expresión. Pero Mercedes, con lánguida dulzura, le interrumpió:

—Ser su amante. Eso es lo que no te atreves a decirme, Quecha. Pero dilo no más. Nada me duele siempre que sea por él. Por él, por este cariño estoy dispuesta a sufrirlo todo. ¡Todo, todo! ¡Oh, si supieras cómo me ha sabido enamorar! Si supieras

qué delicadezas, qué hondas ternuras ha tenido para mí. Y es un niño ante la vida. Un niño que se moriría de desesperación, si yo lo abandonara, si le quitara mi cariño. Y no podría, Quecha. Sería imposible. Tanto como si me pidieras que siguiera viviendo sin respirar. Yo no sé lo que haré. Lo único es que debo quererlo siempre. Toda mi vida será para él.

—Pero es que no te puedes olvidar por completo de la razón, Mercedes. No puedes olvidar todas las obligaciones que tiene la vida. Exponerte a tanta cosa triste, quien sabe si hasta el desprecio de cuantos nos conocen.

—¿Y qué me importa a mí el desprecio de los demás, si él me quiere? ¿Para qué necesito yo la sonrisa de los demás sin su cariño? ¿De qué me serviría todo eso, si por acatarlo me estoy dando a cada rato cien puñaladas en el corazón? ¿Crees tú que ese es el verdadero sentido de la vida? Crees tú que es más honrado vivir rindiéndole culto a la mentira y a la hipocresía? ¿Crees tú que es nobleza la de una mujer, matar lentamente a un hombre, sabiendo que la adora, sólo por aferrarse hipócritamente a las conveniencias, aunque todo eso lo estén rechazando nuestros sentimientos más íntimos?

—¡Ay, Mercedes, todo eso es muy bonito, muy hermoso! Pero si siquiera durara siempre, si no fuera languideciendo poco a poco hasta concluirse. Yo también he sido joven y aun no estoy tan vieja, como para no sentir la falta del afecto de un hombre. Pero todo eso, mi hija se lo lleva el tiempo demasiado pronto...

—¡Quién sabe!—dijo Mercedes, soñadora. —Cuesta trabajo creer en ese duro porvenir cuando se siente la exaltación de un sentimiento. Pero aunque así fuera creo que no es posible rechazar lo bello. Claro que todo debe concluir alguna vez. Ese canario que está cantando, un día se morirá. Mañana esas flores tan hermosas estarán marchitas. Pero, mientras tanto, dime, ¿podemos dejar de sentir admiración por ellas?

—¡Ah, claro que no! Pero, mi hija linda, fíjate que tu situación es especial. ¿Crees tú que Fernando se va a a quedar tan tranquilo? Parece que no lo conocieras.

Mercedes se había incorporado, y abriendo una de las ventanas gritó hacia el patio:

—¡Pancho! ¿Está listo el caballo?

A través de la reja se asomó la cara del mozo, que repuso:

—Hace rato que está listo patroncita.

—Bueno, ya voy entonces.

Cerró la ventana, y volviéndose hacia doña Lucrecia, contestó a su reflexión:

—Es que eso no lo voy a dejar así. Con el permiso tuyo, yo pediré el divorcio. Ciertamente que así como es aquí, no me desata de él, pero por lo menos me garantiza que no me molestará.

Había tomado la huasca, con la cual se golpeaba lentamente la falda, mientras sus ojos se iban a través del espacio.

—¡Fernando, Fernando!—exclamó después con la voz ronca y triste. Si no hubiera de ser injusta contigo, Quecha, muchas veces he pensado en el bien que me habrías hecho, si doblegando mi voluntad en esa ocasión me hubieras obligado a obedecerte. ¡Qué feliz sería ahora! Pero a que martirizarnos con eso. Creo que en la forma como lo recibí, no le quedarán más ganas de volver.

—Quien sabe Mercedes, quien sabe—repuso la señora suspirando. No sé quien le contó a Pancho, que esa tarde, después de venir a hablar contigo, lo vieron entrando en casa de la viuda Fernández. ¡Qué cositas le habrá contado esa víbora!

—Pues yo me defenderé—replicó enérgicamente Mercedes.

—Pediré amparo a la autoridad si es preciso. ¡Hombre sin delicadeza! Pudiera tener un poco de vergüenza antes de venir a meterse aquí después de todo lo que hizo. ¡Ah!... me da ira pensar en que un día lo quise. Bueno, me voy, Quecha. Hasta luego.

—Hasta luego, Mercedes. ¿Así es que no vuelves a almorzar?

—No sé, mira. Casi seguro que no.

—Bueno entonces. De todas maneras yo te guardaré alguna cosita. Ah, se me olvidaba decirte pasarás donde la Teresita Loyola, a avisarle que como a las once va a ir Pancho a buscarla para que se venga a almorzar conmigo. No te olvides.

—No.

Bajo el galpón, sujeto por las riendas que colgaban de un garfio, la esperaba el Tordo, su hermoso caballo negro, que era manso como ninguno para montarlo, pero al cual, nunca pudo doblegarse a arrastrar el cochecito. Toda su mansedumbre se tornaba inquietud entonces. No podía soportar oír el ruido del coche tras él. Eso sí que cuando hacía tiempo que no lo ensillaba, se ponía demasiado brioso, y en muchas ocasiones, le era preciso a Mercedes, darle unos cuantos azotes para dominarlo. Pero al descender, ella se abrazaba a su cuello, como para pedirle perdón por su violencia. El Tordo en cambio, no le daba ninguna importancia a la cosa. Estregaba con una falta de respeto sin igual, su hermosa frente en los brazos de Mercedes, llenándole el traje con la espuma del bocado, que sus fuertes dientes tascaban, como para disimular sus energías. En sus grandes ojos, sobre los cuales le caía un gracioso mechón, no había ningún rencor para su linda dueña.

Mercedes, siempre antes de montar, lo sacaba del galpón para ver si estaba bien limpio. Le gustaba verlo con sus redondas ancas relucientes, y con el mechón limpio de «amores secos» de los cuales se llenaba apenas lo soltaban al potrero. Era experta, además, para apreciar si un caballo estaba bien ensillado.

—Oye Pancho, ¿no me dijistes que el caballo estaba listo?

—Claro pues, patroncita.

—¿Sí, no? Mira como está la cincha de suelta.

—Es que a este caballo le ha dado por hincharse, al tiempo de ensillarlo, señorita. Ahora después de viejo, está aprendiendo mañas.

—Lo mismo que tú...

—¡Eh, yo no pues! Las bestias son mañosas; los cristianos son «idiosos».

—Bueno entonces por «idioso» te voy a pegar como al Tordo, un par de huascazos en la cabeza, para que otra vez ensilles como es debido.

Pancho que adoraba a Mercedes, de quien decía que no había

otra patroncita más linda y buena que ella, miró al caballo y después a Mercedes, sin atinar a que se refería.

Hasta que de pronto llevándose las dos manos a la cabeza exclamó:

—¿Seré mata de arrayán? Me le habían olvidado las testeras.

Y alzando las manos en actitud de barajar el fustazo, conque la joven ahora en medio del patio, le amenazaba risueña y juguetona, se disculpó:

—Es que se las iba a cambiar por las granates, patroncita, y después me lo olvidó. ¿Seré?

Fué a buscar la cinta indiana, que adornaba las cabezadas y que Mercedes misma, arregló. Después echó las riendas encima:

—¿La encumbro patroncita?

La alzó el hombre cogiéndola por los pies, mientras ella empinada, se apoyaba en la montura.

—Chís, no pesa nada hoy la patrona. ¿Qué no tomó desayuno?

Hincháronse las pantorrillas dentro de la tersa suavidad de las medias. Un tirante rosado asomó fugaz ante los ojos del hombre que ahora sujetaba al caballo de las riendas, mientras ella se acomodaba sobre la silla.

—Bueno, hasta luego Pancho.

—Hasta luego, señorita.

Era una tibia y hermosa mañana de sol. El paisaje tenía esa poética belleza de los frutos y de las hojas maduras que ya comienzan a languidecer. Por el camino pasaban algunas carretas cargadas con choclos y matas de porotos, que dejaban una fragancia a potrero húmedo en la hora del amanecer. En un cerco vecino, unas potrancas de cola larga, galopaban en briosa carrera, como si se sintieran atraídas por el Tordo, que estironeaba el bocado con gallarda y viva inquietud. Mercedes lo chistó, acortando las riendas suavemente y golpeándolo despacito, con el extremo de la huasca en la tabla del cuello. Unos tiuques mansurrones y desganados, iban volando de una estaca a otra, con un chillido desapacible.

Mercedes, después de aquel dulce desahogo, que tuviera con su tía, iba con el ánimo más tranquilo. Desde el fondo de su tristeza le nacía una energía nueva, una tranquila confianza para afrontar el porvenir. Alegres proyectos le rebullían ahora en la mente. Se irían de allí, de aquel pequeño pueblo que tanto amaba, pero que se le hiciera odioso por las inquietudes que veía venir para su amor. Y ella sentía ansias de vivir, de gozar plenamente de su juventud y del cariño de ese hombre, fuente inextinguible donde se calmaría su sed de ventura. Se irían a una ciudad grande, donde pasarían más desapercibidos. Allá también iría Andrés. Con su afecto, ella le ayudaría a buscar otros senderos más propicios. Le infundiría valor para luchar, y a tener confianza en sí mismo acompañándole en sus desfallecimientos. Y en tanto se amarían sintiendo la infinita alegría de saber que la felicidad no era una quimera. ¿Quién podía saber lo que guardaba el porvenir? Era preciso afrontarlo con fe y optimismo.

Y al pensar que esa mañana, iba a encontrar a Andrés, en casa de los Céspedes, donde pasarían el día, sintió una alegría inexpresable. Era el comienzo de una existencia nueva, que se ofrecía como un pórtico jubiloso, en cuyo umbral quedarán todas las tristezas y las inquietudes. ¡Qué caramba! La vida era siempre hermosa cuando se llevaba adentro ese divino tesoro de la juventud, de que hablaba el poeta. Así la esperanza era tan amable como la más espléndida de las realidades. Diéronle deseos de emprender una loca carrera, para llegar pronto donde las Céspedes, mas, una dulzura recóndita la retuvo, como si sus sueños la acariciaran toda entera, o se diera un baño de suavidad.

Tan abstraída marchaba, que no advirtió que un hombre a pie venía a su encuentro. Solo al oír la voz, en la cual había una fría amabilidad, la arrancó súbitamente de su ensoñación: —Buenos días Mercedes.

Dió la joven un tiritón sobre la silla, sofrenando bruscamente al caballo, que dió un ligero salto de costado. Una sensación rara de haber quedado desnuda y de sentirse aterida, la envolvió.

Su cara, en cuyos ojos se reflejó el asombro, había palidecido, y casi repentinamente sintió que tras aquel hielo, en su ser, se desataba una violenta reacción, que se le transformaba en una ira que nunca sintiera antes. Estaba roja. Detuvo su caballo para mirar a Fernando, que con una sonrisa mezcla de ironía y de amabilidad, fijaba sobre ella sus ojos penetrantes.

—Buenos días replicó al fin Mercedes. —Y casi impaciente preguntó: ¿qué desea Ud.?

Temblaba la huasca imperceptiblemente en su mano, mientras un anhelar de inquietud, le agitaba los senos. Arlegui, calmoso prendió un cigarrillo, acercando a su rostro, entre sus manos ahuecadas, la llama del fósforo.

—Te extrañará que salga al camino a hablarte—dijo él lentamente—y no vaya a tu casa como debiera ser. ¡Hem! Me recibistes tan cordialmente el otro día, que no era como para sentir entusiasmo de volver. Sin embargo, pensaba hacerlo esta tarde, si no te encontraba ahora.

Mercedes, en tanto, sentía que una gran tranquilidad, que un sereno dominio de sí misma, volvía a su espíritu. Le contestó casi antes de que terminara:

—Bueno y, ¿qué desea?

—¡Ah, va apurada la señora! sonrió Arlegui nervioso y burlesco.

—Sí, —contestó ella con energía—voy apurada, y no veo el objeto de detenerme aquí, porque no tengo nada que hablar con Ud. ¡Nada, absolutamente nada! Ni en el camino ni en mi casa. En ninguna parte.

—Con que nada, ¿no? Eso todavía tenemos que verlo.

Experimentó la joven el deseo de dar un azote a su caballo, y desprenderse de un galope, pero después pensó que era mejor apurar aquel trago amargo, hasta donde fuera preciso. Así por lo menos, podría ir hacia el comienzo del fin.

—Sí—dijo Mercedes—eso será lo único en que estemos de acuerdo, de aquí en adelante. En que es necesario arreglar legalmente esta situación. Ya había pensado en pedir amparo a la

autoridad, a fin de que por lo menos me garantice mi derecho a estar tranquila, y a no ser molestada.

Arlegui, muy pálido, la miraba con fría y escrutadora insistencia. Trataba de disimular su nerviosidad, fumando su cigarrillo con largas y repetidas chupadas. Después, como quien desea ofrecer algo sobre lo cual no tiene mayor interés, le dijo:

—Mira, Mercedes; yo he venido en son de paz a proponerte que rehagamos nuestra vida. Para probarte la sinceridad de mi intención, vuelvo a repetir mi oferta y estoy dispuesto a darte el plazo que me pidas para que reflexiones. Yo olvidaré todo lo pasado.

Mercedes le oía golpeando la estribera con la huasca, pero de pronto sonriendo con amargura replicó:

—No se puede pedir mayor generosidad a quien...

—¿A quién qué?

—A quien ha sido el más feroz de los egoístas. ¡Ay! Lo que me admira es la tranquilidad suya, por no emplear otra palabra más dura, para decir que olvidará el pasado. ¡El pasado! Ese pasado que Ud. supo aprovechar bien. No se puede pedir mayor generosidad, pero le doy las gracias. Entre Ud. y yo no puede haber sino olvido. Es lo único que puedo pedirle y ofrecerle. Jamás, oígalo bien, jamás, podré volver a vivir con quien se burló de mí sin ninguna consideración. ¡Jamás! No podré vivir nunca más con un hombre por quien sólo siento...

—Desprecio y odio— dijo Arlegui, tirando el cigarrillo.

—No, nada de eso. Sólo indiferencia. Siga Ud. su camino sin ocuparse de mí. Y que le vaya bien. Adiós.

Requirió las riendas, para proseguir su camino, pero Arlegui, ahora enardecido, se le interpuso de un salto.

—Es que no te vas a ir así no más—le gritó. De mí no te quedarás riendo, ni dejándome plantado con tus aires de reina. Lo que hay, es que tienes un amante. Que vives públicamente con un hombre, y a pesar de eso te atreves a usar mi apellido. ¡Confésalo, confiesa que eres una sinvergüenza!

Le hablaba a gritos gesticulando con violentos ademanes,

como un enajenado. En los ojos de Mercedes, fulguraba también una cólera inmensa.

—¡Canalla!—le dijo—¡Canalla! Más que canalla eres un cobarde, un bandido que asalta en el camino a una mujer.

—¡A una mujer! A una prostituta dí, mejor, a una infame que se olvida que lleva el nombre de un caballero, para revolcarse con su amante a vista y paciencia de la perra alcahueta de tu tía. No eres nada más que una... A ti y a tu amante los mataré como perros. ¡Los mataré, los mataré! Confiésalo, dí que tienes un amante.

En el colmo de la exaltación, frenético y desmelenado, había cogido las riendas del caballo, tratando de desmontarla. Mercedes con los ojos brillantes de lágrimas, azotaba a su bestia que trataba de desprenderse alzando las manos y cabeceando furiosamente. Pero el hombre se colgaba de las riendas, intentando coger las manos de Mercedes a fin de sacarla de la silla. Entonces, enloquecida, le azotó en la cabeza, con tal violencia que el hombre se soltó lanzándole las más horrenda de las blasfemias, para dar un salto hacia atrás llevándose la mano al bolsillo.

—¡A ti entonces! ¡Muere canalla!

Fué un segundo de claridad, un instante de supremo llamado a todas sus energías. Mercedes vió brillar el arma que tuvo un destello fatídico en la luz del sol, y como si en un desfile vertiginoso, viera toda su vida y la de lo que amaba corriendo hacia un despeñadero, alzó las riendas del caballo, requiriéndolo con desesperada energía, en tal forma que la noble bestia, de un salto estuvo sobre Arlegui, cogiéndolo medio a medio con los encuentros, mientras el freno como un martillazo azotaba la cara del hombre.

Fué un encontronazo feroz. Un instante en que Mercedes como en un vértigo de claridad mental, comprendió que aquello era como un abrazo con la muerte. Y, junto con el estampido del balazo, que pasó junto a los oídos de la joven como el ludir fatídico de un alambre, el cuerpo de Arlegui se azotó en el suelo con tan fiera rudeza, que en una voltereta trágica, quedó

un instante con los pies hacia arriba, para en seguida doblarse lentamente, hasta quedar de bruces sobre el camino, como un saco que no está bien lleno y se derrumba de una carreta.

Entonces Mercedes, transida de angustia, pasó junto al cuerpo de Fernando de cuya frente se escapaba un hilo de sangre, mientras de su pecho salía un ronco gemido. Más allá, enterrado en el espeso terral, asomaba fulgurando al sol, el cañón del revólver. Entonces sintió una fatiga inmensa, como si los brazos se le cayeran, y le hubieran dado un mazazo en el cerebro. No supo si regresaba a la casa o volvía hacia el pueblo. Sólo experimentó el ansia de dejarse caer al suelo, y así hubiera ocurrido si Pancho que en ese momento iba hacia la Villa a buscar a doña Teresa, no la encontrara.

—Patroncita, por la Virgen Santísima, ¡qué le pasa!

Ella no pudo responder. Como un niño que siente el ansia terrible de llorar, y no puede, se abrazó del cuello del hombre, que la alzó en sus brazos para depositarla sobre el asiento del coche y volver apresuradamente hacia la quinta.

XXVI

Después del ardiente estío, ebrio de luces, de aromas y de frutos maduros, el otoño, príncipe melancólico que canta baladas de ensueño entre las frondas, había llegado a pintar de oro pálido, los árboles. Una angustia de canciones errantes, llevaba ahora el viento en sus alas. Y en el ambiente flotaba una dulce poesía que era como la expresión nostálgica, de otros días más bellos.

Era la media tarde un día de fines de abril. Más o menos la misma época en que un año atrás llegara Andrés, a Villa Hermosa, Había almorzado en casa de las señoras Loyola, con don Pedro Arriagada y su mujer, que por ser domingo fueron invitados. Ester estaba muy orgullosa de su próxima maternidad, y don Pedro se sentía también muy ufano, asegurando que el viajero habría de ser un hombre. Al fin y al cabo él mantuvo siempre mucha compostura en sus líos amorosos, y a los amigos, les decía en confianza que le sobraba vitalidad hasta para engendrar un par de mellizos.

Doña Teresa lo embromaba.

—A mí me tinca que va a ser chancleta. El bultito ese, no es como para que venga un hombre.

—¿Sí? Lo veremos señora Teresa, lo veremos. Casi me atrevería a apostarle mi cabeza.

—¡Bueno! No sea cosa que vamos a quedar en vergüenza después.

Ester, que ya sentía la íntima ternura del hijo que palpita-
ba en su entraña, protestó con vehemencia:

—Y si es mujer, ¿qué importaría? Creo que los hijos se quie-
ren lo mismo, ya sean hombre o mujer. Yo estaré igualmente feliz.
Claro que por Pedro me gustaría que fuera hombre.

La señora Carmela dijo lentamente:

—Los hombres son unos ingratos, Estercita. Apenas ya están
grandes se van a buscar otros cariños. En cambio, la mujer es
más de su casa y más apegada a la madre.

—Es que cuando llega ese caso, todos se van—interrumpió
Arriagada—sean hombres o mujeres. ¿No le parece don Andrés?

García hizo un gesto, sonriendo con aire distraído, como de
quien no entiende en consultas de esa especie. Arriagada lo em-
bromó:

—El amigo García siempre calladito. Ya va estando bueno
que se case, también.

—¡Miren!—protestó doña Teresa. —Déjelo así como está no
más. —Así vive lo más tranquilo. No venga Ud. a aconsejarlo
mal, porque entonces tendría que irse de nuestro lado. Es el hijo
que tenemos. Después que se fué Elena...

Un súbito dolor trizó la voz de la señora. Un halo de tristeza
como cuando se abre una puerta y entra el viento, se introdujo
en la estancia.

—Pobre, mi hijita—suspiró doña Carmela—así como era de
buena fué de desgraciada.

Ester, también conmovida, dijo entonces:

—No tengan pena. Al fin y al cabo ella está descansando,
de todas las preocupaciones de esta vida.

—Es verdad—apoyó Andrés—es verdad. Elena era un ángel
bueno, y si hay algo más allá de esta tierra, ella debe estar dis-
frutando de lo mejor. Lo contrario querría decir, que la justicia no
existía aquí, ni en ninguna parte.

—Muy cierto —confirmó Arriagada. —Pero no hablemos

de cosas tristes, porque es seguro que Dios le habrá otorgado todas sus mercedes a Elenita. Hablemos de lo presente ahora que se trataba de que el amigo García, se debía casar, ¿se han fijado Uds. que los jóvenes de Villa Hermosa son bastante poco amigos del matrimonio?

—Sí, pero el más diablito cayó—exclamó doña Teresa— porque hay que ver que Jara, había dejado a unas cuantas chi-quillas con los crespos hechos.

García, mientras los demás conversaban se había quedado abstraído, fumando con el codo apoyado sobre la mesa, entretenido en mirar como las volutas del humo se retorcían en el aire. Como siempre pensaba en Mercedes. ¿Qué estaría haciendo en esos momentos? En su mente se agitaban en tumulto todos los recuerdos de su amor. Todas sus incidencias. Sentía la alegría de saber que nadie le podría quitar su cariño. Pero también la intensa amargura de estar siempre separado de ella. Vivir preocupado de las apariencias, de estar atento a que nadie pudiera ofenderla con algo en lo cual él tuviera la culpa. ¿Por qué era tan agudo su dolor de amar? ¡Cuánto le hizo sufrir aquella violenta incidencia ocurrida entre Mercedes y Arlegui! Esos días sintió nacer en él, un súbito y reconcentrado sentimiento de odio hacia aquel miserable. Un odio que le enardecía. Un odio que le subía en quemantes oleadas hasta el cerebro, y le hacía tiritar las manos sintiendo el fastidio de no haber podido castigarlo como se merecía. Obsediado por ese pensamiento, lo buscó por todas partes. Rondaba en las noches por las calles, con los nervios tensos, listo para lanzarse sobre él, como una fiera. Fué a Temuco a buscarlo, pero por más que se indagó no lo pudo encontrar. Fernando hacía cerca de dos meses que se había hecho humo. También la policía de esa ciudad, le siguió la pista sin poder averiguar su paradero.

Y en tanto ella, la adorada, estuvo tan enferma que a no mediar su juventud y su rico temperamento de mujer decidida a vencer el dolor y a tener fe en el futuro, lo hubiera pasado mal. Una terrible crisis de nervios la tuvo agobiada unos cuantos días.

Pero poco a poco, se fué rehaciendo y sentía ahora una especie de descanso de saber que aquella encrucijada que pudo ser mortal, había por lo menos definido una situación; la de que Arlegui ya no volvería a pretender que continuaran su vida matrimonial. No volvería seguramente. Ella estaba dispuesta a defenderse, y ahora sería la primera en disparar si llegaba el caso.

Pero García al pensar en todo eso, sentía una inquietud inexpresable. Cualquier día aquel bandido la volvería a acechar y tal vez asesinarla, y entonces, ¿qué sería de él? ¡Ah, qué inmensa crueldad había en las gentes que murmuraban salpicando de lodo, y pérfidas insidias a aquellos que se amaban en trance de dolor y de eterna inquietud! Que vivían en mundo de sobresaltos y obsesiones. A aquellos para quienes cada despedida era un martirio, y un beso les costaba un río de desesperación. ¡Qué infinita tortura, era amar, a espaldas de todo aquello que la sociedad había establecido! ¿Por qué la gente sentía tanta inclinación a convertirse en lobos despiadados, sin acordarse que cualquier día el amor podría herirles en el medio del corazón?

¡Ah, pero también era cierta que esa gente carecía de sensibilidad, de afinamiento para comprender el tormento de un amor que se ahinca como un garfío, como una garra, que no soltará jamás, o como un torniquete que gira sin tregua, impulsado por los celos, por las dudas y por todos esos escondidos martirios, que mantienen los nervios tensos y hacen sangrar el corazón! No quedaba entonces más remedio que cobijarse en el ensueño, para huir de la realidad aviesa y buscar la otra, la que encendía el amor y dibujaba filigranas azules dentro del cerebro.

Y no obstante, ¡que bello era querer a una mujer! Como un cristal facetado por los más fantásticos colores, todas las visiones del mundo se embellecían a través de su persona. Como las hadas de las leyendas, devolvía generosamente esa adoración, con la fragancia de su cabellera, con el frescor dulce de sus labios, con la luz cálida y afectuosa de sus ojos. Sólo quien estaba sintiendo, sólo quien estaba vibrando como una cuerda melodiosa, sabía valorar todo aquel acendrado tesoro de sentimientos. ¡Qué ar-

monía tan pura sabía verter en el alma de un hombre, la palabra de una mujer adorada!

Pero también el amor en esta forma, tenía fuera del ensueño doliente, el tormento físico. La tortura de pasar a veces muriéndose con la ansiedad de un beso. ¡Qué intensamente sentía Andrés este anhelo! Vivía obsediado por el secreto encanto de su cuerpo. La sentía como un perfume dulce, como un arroyuelo de suavidad, como la caricia de pétalos frescos, como el aleteo de una brisa tibia que jugara sobre su piel desnuda. Pero estas sensaciones se iban ahincando, en una sucesión infinita de gradaciones que eran como si su cuerpo se lanzara hacia el vértigo, envuelto en una llamarada que se encendía más y más. Los pétalos eran entonces, marcas de fuego, el arroyuelo de suavidad, río de lava, alambre ardiendo retorcido en la carne viva, y la brisa tibia, oleadas tumultuosas, que le causaban una especie de embriaguez angustiada y frenética. ¡Ah, su cuerpo, su dulce cuerpo en donde se asilaba la esencia divina del amor! El la había sentido como un vaso fresco desbordado de óleos fragantes, que lo ungían de suprema felicidad. Y cuando una mujer venía a calmar todo ese infierno de retorcidos anhelos, dándose a un cariño en el cual estaba la esencia de Dios mismo, los imbéciles, aquellos que se visten con el burdo ropaje de la vulgaridad, lo llamaban maldad.

Enervado de tanto cavilar, y aprovechando un momento en que la conversación entre los Arriagada y las Loyola se hacía más animada e íntima, se levantó para salir al corredor a tomar un poco de aire. En uno de los árboles del jardín, un zorzal lanzaba unos silbidos cristalinos y melodiosos.

Sentía esa tarde una extraña inquietud. Lacerado por un dolor recóndito, que le caía como una gotita de nieve sobre la sensibilidad, sus pensamientos eran cuerdas sutiles que le fueran llenando de vibraciones inquietantes. Y en realidad, dentro de lo ocurrido en los últimos días, no tenía ningún motivo para sentirse así. Por el contrario, debía ser más bien una grata esperanza la que acariciara su intimidad. Había recibido el día

antes una larga y cariñosa carta de don Casiano, en la cual le manifestaba que contara como siempre con su apoyo para cualquier traslado en su empleo, y ahora creía poder hacerle esa oferta con la absoluta seguridad de cumplirla, pues sus amistades en el Ministerio eran más numerosas, pues los «ñatos» esos, seguían siendo muy buena gente. Hortensia en una postdata, le saludaba cariñosamente, haciéndole algunas bromas sobre las insinuaciones matrimoniales que ella le hiciera en su viaje a Santiago. Aquella chiquilla tan hermosa, y con mucho «chiche» le seguía recordando con gran interés y simpatía. Terminaba deseándole que eso de allá, donde él estaba, concluyera pronto y entonces ella tuviera la satisfacción de verlo casada con esa niña que le haría muy feliz.

Andrés, al recordar las frases de la carta, sonrió tristemente. ¡La felicidad! ¿Qué cosa era? En todo caso, no sólo la ficción del poeta que dice acerca de ella hermosas irrealidades. Era algo tangible, pero que no se podía retener y que estaba hecho de inquietud y de dulzura. Leves y sutiles pinceladas en lo sensible que quedaban en el espíritu como la suavidad de un perfume o la sonrisa de una mujer. Porque, ¿podía llamarse felicidad esa terrible crueldad de saber que Mercedes lo amaba, en tanto todo los separaba poniendo impalpables murallas de zozobra entre ellos, que ahora no se atrevían ni siquiera a darse un beso, pues creían ver en todas partes el ojo vigilante de la maledicencia? Y no obstante todo era tan hermoso, enredado con el recuerdo de ella. Cada incidente de su vida, tenía un matiz seductor y un soplo de simpatía, pues casi siempre estaba relacionado con Mercedes, que con su presencia embellecía ante sus ojos, todo lo circundante.

Esa noche, estaba convidado a comer en Colliguay. Lo convidó Mercedes por la mañana al salir de misa. Se lo dijo en voz baja casi imperceptible, al tiempo de despedirse. Andrés quiso rehusar pero hubo en la mirada de ella una dulce luz imperativa, que hizo morir las palabras en sus labios. Y ahora estaba como una

cuerda tensa, esperando con ansiedad, la hora de irse para la quinta.

Desde su ventana miró hacia la calleja, quieta e igual al día, como la viera al llegar. Entre las yerbas que crecían a ambas orillas de la acequia, picoteaban algunas gallinas. Un cerdo rojizo, con manchas negras en el cuerpo y las orejas, trituraba con deleite un hueso. Como si la brisa fuera una fina malla en donde se cerniera el oro de la tarde, una sombra tenue ponía bajo los árboles una melancólica dulcedumbre. Todo estaba absolutamente igual. En la pared desconchada de la casa del frente, un cartel que fué rojo, ahora incoloro, aleteaba a ratos, como un pájaro prisionero. En una ventana faltaba un vidrio, y arriba de la puerta, en el techo, una teja quebrada daba la impresión de estar próxima a caerse. Y no obstante, había pasado un año con sus lluvias y ventiscas, sin que tal ocurriera. Así también, la puerta de la estación, seguía con sus tablones desclavados, chirriando desapacible al girar sobre sus goznes enmohecidos.

Frente a aquel estatismo de las cosas, García se quedó pensando en cuán distinta era la condición humana. ¡Cuántas cosas, bellas, alegres o tristes, habían en cambio ocurrido a los habitantes de la aldea apartada en ese año de vivir en ella! Acontecimientos algunos que habían dejado huellas tan hondas, que imprimían un rumbo definitivo a una existencia, como en su caso. Muchas veces se preguntaba en que iría a parar aquel amor tan intenso, y no divisaba nada en el futuro que aclarara su sentimental curiosidad. ¿Sería siempre esa ansiedad de vivir queriéndola dolorosamente? La posesión de la mujer amada no había restado el más mínimo prestigio a su ilusión. Por el contrario, parecía haberla exornado con nuevos atributos, con una especie de amarra recóndita que lo hacía sentirse más unido a ella.

Cantaban a esa hora los gallos, en los patios vecinos, y su canto era como una herida de tristeza en la apacibilidad del atardecer. Quiso leer y al azar, cogió «La locura de Almáyer» esa novela de Conrad que le hacía soñar con bellas errancias a través de países lejanos y exóticos. Pero esas páginas que otros

días tenían para él un encanto sugestionante, ahora se le figuraron desvaídas e incoloras. ¡Mercedes, Mercedes! Mágico nombre que encerraba para él todo el sentido de la vida. No podía alejar su pensamiento de aquel nombre, junto al cual se erguía la adorada. ¿Qué estaría haciendo en ese momento? ¿Lo recordaría con el apasionado fervor que lo hacía él? Sí, seguramente. Tenía pruebas definitivas para pensarlo así. Y no obstante, el mañana incierto le punzaba en el corazón, como la duda a los viajeros extraviados, que siguen una ruta sin saber si en realidad los conducirá a su destino.

Se lavó cuidadosamente, y después con lenta meticulosidad, fué escobillando, su ropa, sus zapatos, su sombrero. Muchas veces se miró en el espejo para ver si había en su persona, algún detalle inarmónico. Después hojeó largo rato aquel librito de Gyp, que contaba la historia de un niño, y que tuvo Elena en sus manos hasta el momento de morir. ¡Pobre chiquilla! ¿Porqué no fué ella Mercedes? ¡Ah, la eterna contradicción de la vida que ponía siempre los más duros tropiezos en el camino hacia la felicidad!

—Mañana en la tarde le iré a dejar flores,—pensó dejando el libro sobre el velador. —Le pediré perdón muchas veces por lo que involuntariamente la hice sufrir. Su espíritu nos protegerá a Mercedes y a mí...

En la esquina, frente al almacén de Arriagada, encontró a Tito Jara que iba con Nora, hacia el molino en donde ésta le ayudaría dictándole unas planillas, en las cuales estaba muy atrasado. Saludaron a García cariñosamente.

—Pero qué ingrato se ha portado con nosotros—le reprochó Nora—¿por qué no nos va nunca a ver? ¿A dónde se mete Ud. que no se le ve por ninguna parte?

García se disculpó pretextando nuevas ocupaciones en la escuela. Tito tras de Nora, le cerró un ojo, haciéndole un malicioso visaje.

—¿Con que muchas ocupaciones, ¿no?

De la puerta del molino venía saliendo en ese momento

Javier Méndez que les contó lleno de entusiasmo una curación sorprendente que había obtenido, en uno de los serenos del molino. El hombre estaba enfermo del estómago y todo le caía mal, pero con unas gotitas de parafina, al día, estaba completamente restablecido. Bajo el brazo, Méndez, llevaba un paquete que mostró satisfecho a sus amigos:

—Son dos gallinitas que me acaba de regalar este ñato. El pobre está tan contento, que no ha encontrado como manifestarme su gratitud. Hay que ver también que la mejoría no le alcanza a costar ni cuarenta centavos que fué lo que compró de parafina. Así es que ya saben. Los convido mañana a una cazuela.

—¿Con parafina?—le preguntó Nora riendo.

—No pues, a donde va! Pero a Ud. le voy a recetar unas gotitas, a no ser que sea el amigo Jara quien las necesite...

Se despidieron, comprometiéndose a almorzar juntos al otro día. García siguió lentamente su camino hacia la casa de Mercedes que al verlo llegar, fué a su encuentro hasta la reja de la entrada.

—¿Por qué vino tan tarde? Lo estuve esperando desde que almorzamos, para que hubiéramos ido a andar hasta los «Robles Viejos». ¿Qué estuvo haciendo?

Lo miraba con cierto enfado tierno y dulce a la vez. Mientras lo interrogaba entregándole la luz afectuosa de sus ojos, había dejado como olvidada su mano en la de él.

—Nada. Estuve lateado toda la tarde.

—¡Pero mira que eres tontito! Fíjate que la Quecha se acostó a dormir la siesta, y yo estuve toda la tarde esperándote, aquí en la galería. Quise mandar a Pancho a buscarte, pero después no me atreví creyendo que te habías juntado con tus amigos.

En su rincón de costumbre, doña Lucrecia tejía en la penumbra, pues ya se había hecho el crepúsculo. Lo saludó cordial y afectuosa:

—¡Qué hay García, como le va!

—Muy bien señora, para servirle.

—Muchas gracias. ¿Y por qué se ha puesto tan rogado, para venir por acá?

—No hay tal. Vengo cada vez que me convidan.

—Sí, pero ya no hay necesidad de convidarlo. Sabe Ud. demasiado bien el camino.

Habían cerrado la puerta de la galería y adentro el ambiente, era tan amable y grato, que García experimentó un delicioso bienestar. Un perfume suave, a flores, a yerbas aromáticas y a todo ese algo indefinible que encierra el calor del hogar. Afuera el viento gemía entre las rendijas, haciendo oscilar lentamente las copas de los árboles, ocultando a ratos, la luz del farol que había en la puerta del retén de la policía.

—¿Por qué no enciendes la luz Mercedes?

—¡Y para qué, cuando estamos tan bien así! ¿No es cierto García?

—De veras—dijo éste. —No hace ninguna falta.

Así en la intimidad de ese rinconcito, conversaron después, recordando aquellos hermosos días de su paseo al sur. Intencionalmente, Andrés y Mercedes, iban nombrando algunos parajes, que estaban unidos en su recuerdo por un instante de dicha, que ya evocaban con nostalgia. Después la conversación giró hacia los proyectos de ellas que se proponían irse a vivir a Concepción, antes que comenzara la época de las lluvias. La casa de la quinta, se la arrendarían a Javier Méndez.

García, las oía con una tristeza indefinible. Aun cuando tenía casi la absoluta seguridad, de conseguir su traslado a Concepción, experimentaba un vago temor que no acertaba a explicarse claramente. Le parecía que allá el medio lo ahogaría; que en una ciudad grande, Mercedes, advertiría la insignificancia de su situación, pues la escasez de sus medios bien disimulada aquí, se haría más ostensible allá. La joven por el contrario, hablaba con optimista entusiasmo de la nueva existencia que las aguardaba.

—¿Ud. ya renunció a su puesto?—le preguntó García.

—No, todavía no. Olivares no quiere ni por nada que renuncie. Pero yo no estoy dispuesta a seguir más. En una ciudad gran-

de como es Concepción, creo que no faltará con que llenar la vida. ¿No te parece, Quecha?

—Así lo creo—repuso lentamente la señora, dejando escapar un suspiro.

Durante la comida estuvieron casi tristes, como si en el ánimo de los tres hubiera una preocupación que ninguno se atrevía a exteriorizar. Afuera el viento se había hecho más intenso y se oía como un rumor hondo entre los árboles del jardín.

—Y Ud., García, ¿piensa quedarse aquí siempre?—le preguntó de pronto doña Lucrecia.

Andrés, cogido de sorpresa, se encendió sin saber que contestar. Pero Mercedes vino en su ayuda, diciendo en son de broma:

—¡Cómo se te ocurre, Quecha! El también se irá a Concepción para estar cerca de sus amigas. ¿No es verdad, García?

El mozo, permaneció en silencio. Un temblor apenas perceptible, le agitaba las manos. Por fin repuso:

—Me encantaría. Ojalá pudiera hacerlo.

Durante la sobremesa, se quedaron conversando de los muchos trajines que les sería preciso realizar para movilizarse. Mercedes, le preguntó:

—Pero Ud. García nos ayudará. ¿No es cierto?

—¡Pero claro! No necesitan ni preguntármelo.

Los tres se habían empeñado en darle animación a la charla aquella noche. Y no obstante, la conversación languidecía a cada rato, y se sorprendían tan silenciosos como si estuvieran en misa:

—¿Por qué no tocas algo, Mercedes?

—Ya... ¿Vamos a la sala?

García, sentado en una silla, junto al piano, se quedó ensimismado. Le pareció que su corazón, que su espíritu, que él, todo entero, era un cristal, en donde caían con un chasquido melodioso las notas que la joven arrancaba del teclado. En ese instante sentía su vida como un sueño dulce y triste. ¡Qué eterna era su sed de adorarla! ¡Qué infinito su deseo de no moverse de

allí! De no experimentar la cruel realidad, de marcharse de esa casa donde todo le atraía amorosamente. Y las notas seguían cayendo sobre él, como caricias armoniosas, dándole la impresión de que su cuerpo era también un instrumento tan sensible, que cada arpegio se le entraba para quedar vibrando en una íntima y suave resonancia.

Después, Mercedes, cantó en voz tan baja, que era casi un susurro de suavidad, que se enredaba con aquellos latidos musicales, como argollas de oro al estrellarse sobre un terciopelo. Era aquella vieja canción, aquella canción sencilla y vulgar, pero a la cual el fluir de su alma, prestaba un encanto tal, que cada palabra parecía tener un significado recóndito y alto a la vez:

En tu imagen pensando adorado
sorprendíome tan hermoso sueño.
En tu pecho soñé dulce dueño
blandamente reclinada estar...

Y entonces la sentía dentro de él, como un vaso de fino cristal, fresco, claro, en el cual cada vibración le hacía recordar, muchas bellas incidencias de su amor. Cerró los ojos para verla como en aquella mañana cuando amaneció dormida junto a él. Los encendidos labios entreabiertos, la cabellera negra extendida sobre la almohada, los senos dorados de sol, y junto a él, la ventura imponderable de su cuerpo, nardo y resedá, que después de la divina entrega palpitaba en un ritmo de suavidad. Sin cálculos mezquinos, ni falsos pudores, Mercedes daba lo más hermoso de su ser, como un brillante su mejor resplandor al ser tocado por un rayo de sol. Ayer, su cuerpo, todo envuelto en un soplo de ensueño. Hoy, su espíritu sutilizado por la emoción.

Salió a despedirlo hasta la reja. Al darle la mano junto a la sombra protectora de un árbol próximo, se atrajeron cariñosamente. Sus labios, al besarle, le dieron la impresión de verter sobre su boca, un pomo de esencias frescas que le produjeron una rara embriaguez.

—¡Amor, mi amor!—le dijo atrayéndola hacia él, con un ansia desesperada en que palpitaba todo su sentimiento: —¡no me abandones nunca!

Ella, con las dos manos le tomó la cabeza, y en una caricia lenta, le dijo entonces:

—No, Andrés. ¡Nunca! Eres mi amor, mi único cariño, mi niño bueno.

Y en cada palabra, bajo la tenue luz de las estrellas, un beso que al despedirse, se prolongó, se apretó estrechándose hasta convertirse en un dulce martirio. Y ya, en medio del camino, su voz le seguía acariciando:

—Hasta mañana. ¿no?

Se marchó como poseído por una enajenación maravillosa. ¿Qué tesoro de príncipe oriental, podría igualarse a éste que llevaba prendido en lo más íntimo de la sensibilidad? Tenía la pureza del canto de un pájaro que pía al nacer el alba. La suavidad perfumada de las violetas cuando se yerguen tímidas, bajo el pálido sol del invierno. Ninguno de los pensamientos que aflúan como chispazos de luz a su cerebro, podían condensar aquella deliciosa impresión que lo penetraba como una suave claridad, como una esencia que lo hacía sentirse ingrátido y experimentar el deseo de correr o de cantar todo aquello que le rebullía adentro como un latido musical.

Sus caricias le dejaban un remanso de calma, de esperanzada quietud. Eran como un sedante que tenía la virtud milagrosa de hacer huir todos los temores que le obsediaban a diario. Un vigor nuevo como un soplo de frescura lo inundaba, comunicándole energías y fe en el porvenir. Era cierto. La vida no entregaba tan fácilmente sus halagos, y para doblegarla, acercándola a los anhelos de cada uno, era preciso luchar, luchar siempre, hasta vencer. Y él, ¿por qué no había de vencer? ¿No tenía acaso el amor de ella, que sería como la palabra mágica que le fuera abriendo todos los caminos? Con su amparo todas las dificultades irían desapareciendo lentamente hasta que sus sueños, hechos realidad,

se transformaran en el amable refugio de su futura existencia en la forma como él la imaginaba.

Caminaba absorto, con todos sus pensamientos recogidos en su mundo interior, intenso y complicado casi siempre, pero ahora alumbrado por alegres destellos, que le infundían valor, y, hasta deseos de tener la oportunidad de emplear todas sus adormecidas energías, en esa lucha que era preciso afrontar, para conquistar la felicidad. Junto a él la noche latía quedamente, con leves susurros. Por el lado del villorrio de San Enrique, hería la quietud, el lamentoso ulular de un perro. Desde una hondonada montuosa, llegaba el rumor de los grandes árboles, en donde el viento entonaba sus baladas de ensueño y de misterio. Un olor a estiércol fresco, venía desde los corrales próximos al camino, en donde dormían los ganados.

Pero García que en otras ocasiones se embriagaba, con todo aquel olor a campo, ahora no se daba cuenta de nada, e iba como hundido en un éxtasis. No podía ordenar sus pensamientos ni dar forma clara a sus proyectos para el porvenir, pero aquella tristeza que sintiera todo ese día, se le había transformado en un ansia formidable de no detenerse, ni amedrentarse ante ningún obstáculo. Todo lo resumía en Mercedes y su amor; y por el otro lado, en sus energías de hombre, para doblegar el destino, para hacerlo suyo, y entregárselo a esa mujer, como la única ofrenda de que era capaz su voluntad.

El largo y vibrante relincho de un potrillo que pastaba cerca, le hizo levantar la cabeza. En el fondo del camino como un ojo vigilante que acechara a la noche, veíase la luz esquiva de uno de los faroles de la calleja de la Villa, que ocultaban a ratos las ramas de los árboles. Y de súbito como si el tronco de uno de los acacios, se partiera en dos y una de esas partes tomara todas las formas de un ser humano, para avanzar a su encuentro, vió que un hombre le cerraba el camino. Casi instantáneamente, su instinto en una violenta corazonada le advirtió el peligro.

—Es él—pensó—es él. —Y con los nervios tensos apretó los

puños. Una voz incisiva, breve, seca, que le hizo el efecto de un latigazo en pleno rostro, le interrogó:

—¿Andrés García?

—El mismo. ¿Qué se ofrece?

—Yo soy Fernando Arlegui...

Pareció que el hombre le había lanzado las palabras como piedras que le golpearan el corazón. Una injuria soez que era la provocación al duelo, las rubricó. Andrés no le vió la cara. No supo si era alto o bajo, lo sintió más bien, como se advierte un peligro informe, en un trance supremo.

En ese momento pasaba a gran velocidad, y como un monstruo negro y frenético, un tren de carga que embestía aullando a la noche. Le pareció que el alarido le perforaba el cerebro. Sintió que sus dientes se apretaban, que algo como la cola helada, pringosa y oscura de una sabandija se le enredaba en la cabeza. Y no supo cómo se sintió enlazado a aquel hombre, que a su vez, estrechó a su cuerpo, el anillo duro de unos brazos largos y huesudos. En tanto, palabras entrecortadas e injuriosas encanallaban la boca del enemigo, que trataba de derribarlo, dándole al mismo tiempo furiosas cabezadas.

Pero Andrés sentía ahora que sus fuerzas se habían multiplicado, que al aire fresco entraba mejor en su pecho y le hacía respirar mejor. Entonces el otro, jadeante, dándose cuenta de su impotencia, trató de desceñirse, sin conseguirlo, pues ahora García apretaba, apretaba aquel cuerpo escurridizo, hasta poder al fin, con un impulso violento alzarlo en vilo, y arrojarlo rabiosamente al suelo. Diéronle impulsos de arrojarle sobre él, de hacerle añicos la cabeza a puntapiés, de triturarlo, de arrancarle el alma si fuera posible. Pero la confianza en sus fuerzas, el deseo de castigarlo sin encanallarse, triunfó sobre él. Sentíase estremecido de coraje, de fuerza, de desprecio, por aquel hombre que cerca de él, se enderezaba lentamente. Con la voz trémula lo requirió:

—Párate badulaque, bandi...

Pero no alcanzó a terminar. Dos fogonazos casi simultáneos, alumbraron su rostro. En un momento de suprema angus-

tia, le pareció que una luz enceguedora se abría frente a sus ojos. Que el rostro de Mercedes, que sus pupilas hondas, amorosas y angustiadas, que sus labios dulces se acercaban a él. Pero no lo alcanzaron. Con las dos manos apretadas sobre el pecho por donde la vida se le escapaba en dos chorros de sangre, se tambaleó tratando de dar un paso, pero casi instantáneamente una oscuridad, densa como un abismo lo envolvió sin encontrar donde poner el pie. Entonces abrió los brazos buscando en que apoyarse, hasta caer lentamente, junto a uno de los árboles de ese camino, por donde tantas veces pasara soñando con la dicha. Cayó sin pronunciar una palabra, ni siquiera la queja de su último dolor. Y nadie junto a él. Sólo la noche, seguía latiendo con leves susurros.

Q

